
HQÑ™
La sombra de un corazón
Claudia Cardozo



CLAUDIA CARDOZO

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La sombra de un corazón, n.º 295 - mayo 2021

I.S.B.N.: 978-84-1375-681-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

«La dicha suprema de la vida es la convicción de que somos amados, amados por nosotros mismos; mejor dicho, amados a pesar de nosotros».

Victor Hugo

Capítulo 1

Surrey, Inglaterra, 1890

La mañana del trigésimo segundo cumpleaños de Gabriel Hartford amaneció tal y como él esperaba: lúgubre y hostil.

Lo supo tan pronto como abrió los ojos y miró en dirección a la ventana cuyas cortinas dejó corridas la noche anterior. Aunque eran poco más de las nueve, bien podría haber estado contemplando un amanecer oscuro acentuado por las finas gotas de lluvia que golpeaban contra el cristal.

Le daba igual en realidad, se dijo al emitir un hondo suspiro antes de hacer a un lado las mantas y ponerse de pie con un gemido de pesar. Al sentir sus miembros crujir y un desagradable aguijón en la base de la espalda, se dijo que sin duda las más de tres décadas cumplidas empezaban a hacer estragos en su cuerpo. Aunque, en honor a la verdad, también hubiera sido justo reconocer que el estilo de vida que había venido llevando los últimos dos años debía de tener también algo que ver con eso. Pero no se le ocurrió reflexionar demasiado en aquello. ¿Para qué? Ya bastante tenía con las reconvenciones de su madre; ella se daba abasto de sobra para recordarle cada día cuán decepcionante había resultado ser y lo convencida que se encontraba de que los llevaría a todos a la ruina.

Gabriel siempre había amado y respetado profundamente a su madre, de modo que cuando estuvo vestido y listo para bajar al comedor se dijo que ese era un día tan bueno como cualquier otro para hacerle ver que estaba en lo cierto.

Al llegar al vestíbulo se topó con un par de doncellas que se esmeraban por encerar los pisos, después de terminar de hacer otro tanto con la escalera que acababa de utilizar, y creyó atisbar a otra que se alejaba acarreando unos cubos con ambas manos en dirección a la cocina con un andar patoso provocado por el peso que le doblaba la espalda. Timmons, el mayordomo, lo saludó con una inclinación de cabeza y Gabriel estuvo seguro de que desvió la mirada para que su reprobación no fuera demasiado evidente. El sirviente siempre se había tomado su lugar con demasiada seriedad y, aun cuando le

agradaba, empezaba a encontrar un poco agotadora la continua censura en sus gestos. Sin embargo, no se decidía a despedirlo; llevaba sirviendo a la familia desde que podía recordarlo y era consciente de que los otros sirvientes resentirían un acto de esa naturaleza. Además, no había llegado todavía tan bajo como para dejar sin empleo a un hombre demasiado mayor para conseguir otro, aun cuando le otorgaran excelentes referencias.

—¿Ves como no soy un absoluto desastre, madre? Tal vez deba esforzarme un poco más —masculló entre dientes al detenerse un momento ante la puerta del comedor; luego, tomó una gran bocanada de aire e hizo un gesto al lacayo que permanecía de pie y atento para abrir la puerta. Al advertir su indicación, el joven asintió y deslizó la fina hoja de madera; Gabriel solo dudó una milésima de segundo antes de dibujar una amplia y falsa sonrisa en su rostro y entrar.

Su madre se encontraba sentada a la derecha del asiento principal, como había hecho durante sus treinta años de matrimonio y los casi dos que llevaba viuda. Lo mismo que la reina, la señora Hartford decidió que usaría el luto a perpetuidad en memoria de su difunto marido y, aunque Gabriel era consciente de que la relación entre sus padres jamás fue precisamente apasionada, le parecía un gesto casi conmovedor. Algo que jamás se le habría ocurrido mencionar en presencia de su madre, claro.

—Llegas tarde.

La seca reprimenda de su madre llegó acompañada de un pequeño titubeo antes de tomar con firmeza la taza que se llevó a los labios tensos. Gabriel apenas frunció el ceño y le dirigió una mirada sesgada mientras un lacayo le acercaba una bandeja del aparador en que se encontraban las viandas dispuestas para el desayuno.

—Buenos días también para ti, madre —comentó él.

A diferencia de otros caballeros, a Gabriel jamás le entusiasmaron los desayunos copiosos y con los años esa aversión no había hecho más que acentuarse, en especial cuando arrastraba una resaca de varios días. Por ello, hizo un gesto de desagrado ante el plato de salchichas y arenques que le presentaron al tiempo que lo alejaba con un movimiento firme. El lacayo retiró el plato, viéndose arrepentido por su error, pero Gabriel no dijo nada; tan solo se estiró para tomar la tetera que su madre acababa de dejar sobre la mesa tras servirse la que debía de ser su segunda o tercera taza de té.

La señora Hartford no dijo nada durante varios minutos, pero Gabriel notó que lo miraba con el ceño más fruncido de lo habitual, y cuando al fin habló lo hizo usando un tono acerado que le recordó al mismo que sin duda habría usado su padre de encontrarse en su lugar.

—La señora Norton dijo ayer durante la cena que los nuevos sirvientes parecen haberse acostumbrado a la actividad de la casa

antes de lo que esperaba, pero que le gustaría que hablara con ellos para dejar algunos puntos en claro.

Gabriel elevó casi imperceptiblemente las cejas al oír el comentario de su madre; salvo para reñirlo, era el más largo que le oyera decir en mucho tiempo.

—¿Tenemos nuevos sirvientes? —preguntó él una vez que se recuperó de la extrañeza.

—Dos. Una doncella y un nuevo lacayo; ella llegó hace un par de semanas y él apenas ha cumplido unos días en la propiedad… —La señora Hartford dudó antes de continuar—: Supongo que no debería estar sorprendida de que no lo hayas notado.

Gabriel suspiró y se tragó el comentario que había estado a punto de hilvanar. Hubiera sido sin duda uno sarcástico e hiriente, lo que solo habría dado pie a su madre para atacarlo también, con lo que se habrían enzarzado en una nueva discusión. No estaba de humor para eso y, además, su cabeza estaba matándolo.

—Son demasiados —comentó él en un falso tono indiferente—. No puedo reparar en todos; sabes que soy distraído.

Eso último era una gran mentira porque Gabriel siempre había sido más observador de lo que le gustaba aparentar y ambos lo sabían, pero la señora Hartford debió de considerar también que no tenía sentido rebatirlo si no deseaba entablar un altercado, por lo que cabeceó mansamente antes de reanudar la charla.

—Él parece bastante capaz, pero la señora Norton no está muy segura respecto a ella; al parecer, carece de experiencia y por eso ha decidido usarla para las labores menos demandantes. De cualquier forma, si para cuando termine el mes no ha dado muestras de mejora, no quedará otra alternativa que despedirla.

Gabriel apretó los labios, pero no dijo nada de inmediato. No dudaba de que al ama de llaves o a su madre no les temblara la mano para echar a la calle a una joven por considerarla poco capaz; y en cuanto a referirse a las labores menos demandantes con tanta liviandad cuando estaba seguro de que a la pobre chica en cuestión debían de ponerla a fregar pisos y limpiar techos… Tal vez se tratara de la doncella a la que había visto acarreando esos cubos con agua en el vestíbulo, consideró en un rapto de lucidez. Cualquiera fuera el caso, él siempre había procurado mantenerse apartado de los asuntos domésticos; su madre lo hacía sin mayores problemas. Fue su labor principal en vida de su padre y continuó haciéndolo desde su muerte sin haberse molestado siquiera en preguntar a Gabriel alguna vez si se encontraba de acuerdo con ello. Como a él entonces, lo mismo que ahora, eso le daba más bien igual, habían llegado a un conveniente y tenso acuerdo tácito al respecto.

En ese momento, sin embargo, algo lo llevó a hacer un comentario

acerca de ese tema que consideraba tan espinoso. Quizá simplemente le molestó la indiferencia con que su madre se refirió a esa joven a quien no conocía, pero que ella no hubiera dudado en privar de su sustento, cuando él acababa de reflexionar acerca de un caso similar en cuanto al mayordomo, a quien pretendía conservar en su puesto pese a sus reservas por un tema de consideración. O tal vez solo estaba enojado, aburrido y con los estragos de los años recién cumplidos y la resaca que no dejaba de provocarle un desagradable martilleo en los oídos.

—Prefiero que no lo hagas a menos que sea del todo necesario —él habló con mayor firmeza de la que había usado hasta entonces.

Su madre detuvo el movimiento del tenedor que acababa de enterrar con un golpe fiero en una lonja de jamón y le dirigió una mirada extrañada.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Gabriel se encogió de hombros y ladeó el rostro en dirección a la ventana. Al parecer, el clima permanecería nublado durante lo que quedaba del día, juzgó al toparse con el cielo encapotado y los cristales empañados.

—No lo sé —respondió él con sinceridad—. Pero no lo hagas.

Era poco habitual que Gabriel usara su posición de dueño de la propiedad para hacer sentir su poder, en especial con su madre; pero ella, lo mismo que él, sabía que no era buena idea discutir uno de sus pedidos cuando adoptaba ese aire de serena autoridad, por lo que asintió de mala gana antes de responder:

—Indicaré a la señora Norton que muestre un poco más de paciencia, pero no prometo nada. Tal vez este no sea el trabajo para ella y en ese caso no habrá nada que podamos hacer —dijo ella al fin como si hiciera una muestra de gran concesión.

Gabriel esbozó la sombra de una sonrisa carente de alegría y cabeceó en un gesto de agradecimiento tan burlón que su madre rechinó los dientes, pero una vez más calló y no dijo una palabra hasta que hubo terminado con el contenido de su plato. Solo entonces miró de reojo al lacayo que permanecía cerca de la mesa e hizo un ademán para que se marchara. Cuando se encontraron a solas, dejó su servilleta sobre la mesa y llamó la atención de su hijo al dar un firme golpecito con la palma abierta ante sus ojos.

—He recibido una carta de tu hermana —anunció ella en lo que le pareció un susurro.

Gabriel fijó la mirada en el techo abovedado antes de echar un vistazo a su madre y no le sorprendió encontrarse con esa expresión mezcla de anhelo y encono que acostumbraba adoptar cuando mencionaba a su díscola y consentida hija.

—Supongo que se encuentra bien —dijo él con cierta cautela

procurando adivinar la verdad en el rostro de su madre.

Ella vaciló un instante antes de responder, algo poco habitual porque la señora Hartford nunca vacilaba.

—Eso creo…

Una pequeñísima sonrisa se dibujó en los labios carnosos de Gabriel al ver la duda en sus ojos.

—Necesita dinero —afirmó él como quien menciona las inclemencias del tiempo—. Es por eso que escribió.

Su madre apretó los labios y Gabriel pudo ver que sujetaba el borde del mantel con firmeza.

—La vida en el extranjero es costosa y ella no cuenta con muchos medios —replicó ella de mala gana—. Además…

—Cecily se marchó con la fortuna de su difunto marido y la promesa de compartir la de ese conde con el que decidió fugarse, ¿no? Eso sin contar todo el dinero que consiguió que le hicieras llegar sin mi permiso y lo que has continuado enviándole los últimos meses. —Gabriel ensanchó la sonrisa ante la expresión sorprendida en el rostro de su madre—. ¿Pensabas que no lo sabría? No soy *tan* distraído, madre.

Gabriel pensó que su madre terminaría por hacerse algún tipo de daño permanente por la forma tan fiera en que pareció tensar cada músculo de su cuerpo antes de dirigirle una mirada indignada.

—También es mi dinero —recordó ella entre dientes.

—No el que usaste para enviar a Cecily; ese en realidad me pertenece y, aún más importante, forma parte del patrimonio que me legó mi padre. Se me ocurren cosas más urgentes en las que usarlo que enviárselo a la irresponsable de tu hija para que lo derroche con ese conde arruinado que ni siquiera puede casarse con ella…

La señora Hartford no lo dejó terminar y enarboló un dedo tembloroso ante él para obligarlo a callar.

—Estoy segura de que es así. Como por ejemplo gastarlo en tus… distracciones, ¿cierto? Dilapidando el dinero que tu padre te dejó al creer que serías lo bastante digno para continuar con su legado cuando lo único que has hecho desde su muerte ha sido arrastrar el nombre de nuestra familia por el fango.

La voz de su madre fue menguando en intensidad según llegaba al final de la frase y cuando pronunció la palabra «fango», pareció como si hubiera perdido del todo el aliento. A Gabriel le dio la impresión de que se sentía un poco arrepentida de haberse dejado llevar por la furia al dejar salir todo lo que sin duda debía de llevar mucho tiempo pensando y que hasta entonces se había cuidado de expresar con tanta claridad. Pero eso a él le dio igual. Hubiera sido falso de su parte no reconocer que sintió una pequeña punzada de dolor frente a una acusación como aquella, en especial por la verdad que no podía negar

en sus palabras, pero la rabia y el resentimiento fueron más fuertes que cualquier dolor que hubiera podido sentir. Venía siendo así desde hacía mucho tiempo y era la única forma en que descubrió que podía continuar con su vida cuando perdió lo que le daba sentido a la misma. Por eso, al mirar a su madre y responder a sus acusaciones lo hizo con la sombra del rencor brillando en sus ojos y una casi patente y loca alegría por el placer de lastimarla al menos una mínima parte de lo que ella lo había herido también.

—Cuando Cecily y yo éramos niños, discutíamos con frecuencia acerca de cuál de nosotros era tu favorito. A veces ganaba ella y en otras ocasiones lo hacía yo —comentó él con frialdad, desconcertando un poco a su madre con un recuerdo tan lejano, pero el rostro de la señora Hartford se crispó al oír lo que dijo a continuación—: Creo que es en cierta forma justo que, llegados a este punto, ambos hayamos conseguido defraudarte por igual.

Sin esperar una respuesta que, estaba seguro, solo sería tan desagradable como sus propias palabras, Gabriel se puso de pie y se dirigió a la puerta del comedor, pero apenas acababa de cruzarla cuando llegó a sus oídos el eco de la voz de su madre. Una voz que se oyó mucho menos enfadada de lo que esperaba y sí mucho más triste.

—No por igual, Gabriel.

El viento fuera de la casa, a donde Gabriel se dirigió con paso apresurado, pareció llevarse las palabras de su madre, pero sin duda no hicieron lo mismo con el pesar que quedó clavado en su pecho mientras las repetía una y otra vez en su mente.

Los alrededores de Cloudfield, la propiedad de su familia en la campiña, siempre habían tenido la capacidad de infundir en Gabriel una enorme paz. O al menos así fue hasta hacía unos cuantos años, se recordó con una mueca amarga mientras recorría los campos con grandes zancadas sin atinar a decidir en qué dirección ir con exactitud. El viento le golpeaba la cara y sentía que caminaba en círculos como un idiota porque se encontraba demasiado furioso para saber qué hacer. Parte de él se hallaba tentado a regresar a la casa para enfrentar a su madre y sumergirse en una discusión que le ayudara a liberar parte de la rabia que tenía clavada en el pecho, mientras que la otra solo quería alejarse y dejar todo atrás.

La carta de Cecily fue el detonante perfecto para llevarlo a ese punto, supuso al pensar en ello. Típico de su hermana causar problemas incluso desde la distancia. Aunque era sin duda un pensamiento egoísta, había pensado que al encontrarse tan lejos las consecuencias de sus actos dejarían de afectar a lo que quedaba de su reducida familia, pero ahora estaba seguro de que había sido una

esperanza vana. Incluso cuando descubrió que su madre enviaba regulares y elevadas sumas de dinero a la dirección en que Cecily se había instalado en París con el hombre al que decidió seguir un tiempo atrás, decidió que bien podría hacer como si no lo supiera; que su madre continuara pensando que era lo bastante despistado y que estaba tan sumido en sí mismo que nunca lo advertiría. Y que su hermana siguiera creyendo que era un inepto amargado por el despecho al que podría engañar a su gusto, como había intentado hacer siempre.

Pero ya estaba harto.

¿Por qué podía todo el mundo hacer lo que le venía en gana sin importarle lo que las consecuencias de sus actos causaran en los demás mientras él debía continuar viviendo en ese infierno que había creado para sí mismo?

Malditos fueran Cecily y su egoísmo. Malditas las reconvenciones de su madre y maldita también su propia cobardía. De haber sido más valiente quizá su vida en ese momento sería otra.

Sin darse cuenta de lo que hacía, sus pasos lo llevaron al bosque donde él y su padre acostumbraban ir a cazar cuando él era un niño y la propiedad se encontraba atestada por los huéspedes que su madre insistía en invitar con frecuencia. Entonces a él eso le había encantado. Su madre hacía y disponía sobre los demás como una reina y Gabriel se consideraba afortunado de vivir bajo su sombra, aunque no fue sino muchos años después, cuando decidió tomar las riendas de su vida, que descubrió que solo era un súbdito más y que su madre esperaba que agachara la cabeza ante sus demandas como cualquier otro.

A pesar de verse rondado por unos pensamientos tan deprimentes, Gabriel no pudo evitar sentir una buena cuota de nostalgia al fijar la mirada en el campo ante él. En aquella época había sido feliz; se consideraba afortunado porque estaba lleno de vida, tenía un gran futuro ante él, poseía el amor incondicional de su padre y las atenciones de su madre. Incluso la relación con su hermana no era tan álgida entonces como habría de serlo después. Y en aquel tiempo, además, *ella* ya se encontraba allí. Era solo una niña, pero Gabriel ya había empezado a descubrir en él ese amor que solo habría de incrementarse con los años. Su vida era perfecta hasta que empezó a derrumbarse poco a poco frente a sus ojos y ahora solo quedaban un montón de ruinas a sus pies que no sabía cómo reconstruir; ni siquiera estaba seguro de desear hacerlo.

—Ellie…

El lamento escapó de sus labios con la misma suavidad de un suspiro y se vio un poco sobresaltado por haberse dejado llevar de esa forma por la melancolía. ¿Cuándo fue la última vez que pronunció su

nombre? ¿Acaso no se había prometido que no lo diría más, que la sacaría de su corazón de la misma forma que ella había decidido hacer con él?

Resopló, irritado por esa muestra de debilidad, pero su enojo se vio multiplicado al caer en la cuenta de que no se encontraba a solas en el claro al que sus pasos lo llevaron. Había alguien más allí. Pudo sentirlo de una extraña forma que no hubiera sabido cómo explicar; tal vez una alteración en el aire, el eco de un sonido ajeno a la paz que había supuesto encontrar allí. Una suave risa… ¿Alguien se había reído? ¿De él, quizá?

En lugar de dar media vuelta y marcharse, aguzó los oídos y dio unos cuantos pasos hacia adelante, en dirección a la fuente de ese sonido. Tendría gracia que huyera en sus propias tierras de lo que fuera que se encontrara allí.

No tuvo que buscar mucho; apenas acababa de avanzar un par de metros cuando distinguió lo que en un principio le pareció un pequeño fardo enrollado a los pies de un arce particularmente frondoso, pero al acercarse advirtió que se trataba de una forma encogida sobre sí misma con la cabeza gacha y las manos a la altura del rostro, como si llorara. Una mujer. Una joven, mejor dicho, consideró al intentar descifrar las formas que dejaba adivinar el vestido holgado y de color indefinido que llevaba.

Intentó ser discreto y no llamar su atención, demasiado intrigado para mostrarse tan respetuoso como habría hecho en otras circunstancias, pero dio un paso en falso y su pie se enganchó con los restos de un tocón recién cortado y estuvo a punto de caer. Apenas consiguió recuperar el equilibrio antes de darse de bruces, pero no fue lo bastante silencioso para no llamar la atención de la mujer que sufrió un sobresalto tan pronto como oyó la imprecación que escapó de sus labios.

Gabriel advirtió el momento preciso en que ella reparó en su presencia y levantó la mirada de lo que fuera que estuviera observando hasta hacía un segundo.

Tuvo razón al presumir que se trataba de una mujer más bien joven, comprobó al observar su rostro; pero le pareció también mucho menos anodina de lo que le había hecho suponer su ropa vieja y poco vistosa. Aunque sus rasgos no eran precisamente extraordinarios, sino más bien comunes y de una simetría un tanto extraña a una primera mirada, fueron sus ojos los que llamaron su atención. No recordaba haber visto nunca antes unos ojos como esos. No solo por el color, del azul más límpido que había visto jamás, sino por el negro de las pupilas, que provocaba un efecto casi perturbador. Por lo demás, no habría podido ser considerada siquiera guapa, aunque poseía en conjunto un atractivo interesante.

Fue evidente que la había sorprendido, pero Gabriel debió reconocer que poseía un temple bastante firme porque, pasado el sobresalto, se puso de pie con parsimonia y, después de ocultar tras su espalda lo que fuera que llevara sujeto entre las manos, inclinó la cabeza e hizo la reverencia más torpe que le habían prodigado jamás.

—Señor.

Poseía una voz agradable; en absoluto refinada pero sí muy musical, lo que le llevó a analizarla incluso con mayor interés. Solo entonces reparó en el delantal desteñido y ligeramente manchado por el barro que debió de salpicarle mientras ella permanecía encorvada sobre el césped, y en la cofia caída sobre la nuca.

Una criada.

Eso explicaba los torpes modales y la expresión inquieta que creyó ver aflorar a sus ojos cuando advirtió su presencia. Fuera de ello, sin embargo, no se veía asustada o aprehensiva, como sabía que le hubiera ocurrido a otras de haber sido descubiertas tomándose un descanso fuera de hora en un lugar alejado de la casa. Creyó detectar incluso cierto ademán desafiante en la forma en que mantenía sus manos tras la espalda ocultando de su vista lo que fuera que llevaba y en el mentón ligeramente elevado. Solo por eso; por esa muestra de valentía y descaro, Gabriel se dijo que se merecía librarse de cualquier reconvención que sin duda habría recibido de haber sido otro quien la encontrara en esa situación.

—No creo que este sea el mejor momento para dar un paseo. La lluvia ha amainado, pero sin duda arreciará antes de que termine la mañana —dijo él, y continuó sin disimular la diversión que le produjo verla abrir mucho los ojos al oírlo dirigirse a ella con esa naturalidad —. Recomendaría que regresara a la casa. Eso si ya ha terminado con lo que fuera que estuviera haciendo, claro.

No pretendió ser sarcástico u hostil, pero últimamente parecía ser el único tono que conseguía usar y fue evidente que ella lo tomó como una reconvención un tanto ligera, pero no por ello menos molesta. No había sido esa su intención, claro, pero que lo colgaran si iba a disculparse con una sirvienta en un día como aquel.

De modo que no dijo nada hasta que la vio incorporarse con movimientos medidos; a lo sumo la observó con los ojos entrecerrados y con poca discreción a fin de adivinar lo que pensaba, pero fue un absoluto fracaso. El rostro de la chica era una máscara, mezcla de indolencia y resignación, lo que le produjo incluso mayor curiosidad. La vio sacudir su delantal con una mano mientras mantenía la otra tras ella; incluso prefirió usarla también para acomodarse la cofia sobre su cabello castaño con movimientos torpes al grado que el trozo de tela terminó por reposar sobre su frente en un ángulo torcido y en absoluto favorecedor. A Gabriel lo mataba la intriga por saber qué

rayos era lo que escondía de su vista, pero consiguió tanto contener esa curiosidad como fingir que le era del todo indiferente.

Cuando la joven debió de juzgar que se encontraba ya más o menos compuesta, hizo otra reverencia como si se encontrara dispuesta a marcharse, pero entonces reparó en la mirada de Gabriel fija en su mano tras la espalda y debió de adivinar lo que pensaba porque solo entonces él vio un atisbo de miedo en sus ojos. Unos ojos tan expresivos que sintió una punzada de vergüenza por haber permitido que su curiosidad y aburrimiento le llevaran a hacerle pasar esa angustia. ¿Qué le importaba a él lo que ocultara la chica? Tal vez estuviera en amores con el hijo del lechero y esa fuera la declaración de amor del muchacho. O quizá se tratara de una carta de su madre. A él le daba igual y no había caído tan bajo aún como para no mostrar un ápice de respeto por los secretos de una mujer, sirvienta o no.

Estaba a punto de insistir en que se marchara, quizá con mayor amabilidad de la que usó hasta entonces para resarcir en parte su indiscreción, pero ella se le adelantó al observarlo con un leve rastro de inquietud y algo de enojo.

—¿Quiere saber lo que es?

La pregunta surgió de sus labios como si se la hubieran arrancado de mala gana. Una especie de concesión hecha muy a su pesar y solo porque era consciente de lo débil de su posición y del poder que tenía él sobre ella. Algo que sin duda debía de resentir; Gabriel lo adivinó en su mano crispada sobre el delantal y el ceño fruncido aun cuando su voz sonó más bien resignada.

A Gabriel su actitud le causó tanta gracia como una buena cuota de fastidio. Cierto que la muchacha no tenía la culpa de que le resultara tan difícil ocultar sus emociones, pero hubiera preferido que no fuera tan evidente. Le hizo reparar nuevamente en que era también extremadamente perceptiva y que él hizo demasiado obvio un interés un poco vergonzoso.

—¿Lo robó de la casa? —inquirió él a su vez.

Sabía que era una pregunta cruel, pero era algo que se le daba bien últimamente. Decir lo primero que se le pasaba por la cabeza sin considerar cómo afectaría a los demás. Su madre sin duda se sentiría orgullosa.

La joven dio un paso hacia atrás al oírlo y abrió los ojos incluso más, con lo que estos parecieron llenar su rostro, un efecto curioso y un tanto perturbador, juzgó Gabriel al notarlo.

—Claro que no —dijo ella con lo que le pareció una entonación de horror—. No he robado nada.

—Entonces, no es de mi incumbencia.

Gabriel creyó que la burla debía de ser evidente en sus gestos, incluso en su voz; esperaba ver un gesto de molestia en el rostro de la

chica al darse cuenta, así como que lo dejara pasar en consideración a quién se trataba, pero lo que no vio venir fue que ella se viera tan ofendida e incluso, y esto lo desconcertó más de lo que habría cabido imaginar, absolutamente aterrada.

—Me pertenece. No soy una ladrona —continuó afirmando ella sin mostrarse consciente de lo que su expresión parecía decir.

—Ya veo —atinó a decir Gabriel, un poco sorprendido por esa reacción.

Ella no pareció oírlo y dio un par de pasos en su dirección con el rostro elevado y la mirada fija en sus ojos como si creyera que así él sería capaz de comprender mejor el alcance de sus palabras.

—Digo la verdad —insistió la joven—. Nunca he robado nada en mi vida. Podría jurarlo.

Gabriel suspiró, arrepentido y avergonzado de sí mismo por no haber podido contener su lengua. Qué iba a saber esa muchacha de las sutilezas del sarcasmo, se dijo de mala gana.

—No será necesario —indicó él procurando sonar tan amable como le fue posible—. No dudo de que esté diciendo la verdad.

La joven parpadeó un par de veces y lo observó con las cejas arqueadas. Parecía como si le costara creer algo como aquello.

—¿Me cree? ¿Confía en mi palabra, aunque nunca antes me haya visto? —preguntó ella, y solo entonces Gabriel notó que su acento le recordaba poderosamente a los usados en las zonas más pobres de Londres—. ¿Por qué?

—Considérelo un juicio de carácter —respondió él tras encogerse de hombros y esbozar una sonrisa pesarosa—. ¿Ahora planea regresar con sus labores o prefiere continuar tomando el aire?

Ella apretó los labios y un gracioso sonrojo afloró a sus mejillas; Gabriel adivinó que obedecía más al enojo que a la vergüenza. La vio asentir con el delgado cuello tan tenso que creyó que se lo fracturaría, hizo otra torpe reverencia y se marchó en dirección a la casa con la cabeza gacha y la mano que sostenía lo que fuera que ocultara apretada contra el pecho. Solo entonces Gabriel cayó en la cuenta de que no se le había ocurrido preguntar su nombre, pero, aunque aún sentía cierta intriga provocada por su actitud, la verdad era que no le interesaba lo suficiente como para dedicar más pensamientos a la extraña conducta de la muchacha. De modo que se encogió de hombros una vez más y tomó la dirección contraria para dirigirse al pueblo, un camino enlodado por la reciente lluvia que sin duda arreciaría en cualquier momento.

Bien, se dijo mientras cerraba los ojos y caminaba con rapidez para bajar una ladera. Tal vez tuviera suerte y se rompiera el cuello en el camino.

Poco antes de entrar por la puerta de la cocina que conducía a los jardines y que era, por norma, la que los sirvientes de la casa debían usar cada día, Sapphira tomó aire como si se preparara para sumergirse en el mar. Un mar embravecido y poco tentador, se dijo con una mueca de sus labios delgados.

Estaba tan cansada y aburrida de seguir órdenes. Le gustaba trabajar tanto como al que más, lo había hecho de alguna u otra forma durante toda su vida; jamás habría podido sobrevivir de otra forma. Sin embargo, era la primera vez que se veía en la necesidad de asumir tantas obligaciones y empezaba a desesperar. Tenía las manos destrozadas por tanto fregar suelos y pulir madera; su espalda estaba matándola porque la mayoría de sus labores debía realizarlas agachada y apenas conseguía dormir unas cuantas horas cada noche al cerrar los ojos, exhausta, y caer sobre su pequeña cama antes de que debiera ponerse de pie nuevamente para empezar una vez más. Y como si eso no fuera suficiente, sentía sobre su cabeza la amenaza latente de que incluso todos esos esfuerzos no valieran la pena.

El ama de llaves no estaba contenta con ella. Eso era bastante evidente; tanto como que sin duda debía de habérselo comentado a la señora Hartford porque cuando subió a limpiar los rescoldos de la chimenea del salón se topó con la dama y esta le dirigió una mirada airada que le dejó muy en claro que posiblemente sus días en la mansión se encontraran contados. Pero necesitaba el trabajo. Y la paga. Sobre todo eso. Contaba con cada centavo que debía recibir y si por su ineptitud se veía en la necesidad de buscar algo más perdería tiempo y recursos valiosos que necesitaba con desesperación.

Suspiró, tentada a ceder a esa avalancha de autocompasión que a veces la embargaba, pero consiguió reponerse en el último momento. No la habían despedido aún, ¿no? Podía mejorar para que la señora Norton se encontrara satisfecha con ella y se lo hiciera saber a la dueña de la casa. Solo tenía que acostumbrarse al ritmo de sus nuevas labores, esforzarse un poco más…

Unos cuchicheos provenientes de la cocina llamaron su atención e hizo a un lado sus pensamientos, al menos por un momento.

Acababa de atravesar el corredor que llevaba de la puerta trasera a las dependencias de los criados; un camino que se bifurcaba recordándole a una ratonera. A la izquierda se encontraban las cocinas, de frente conectaba con otro largo pasillo que llevaba a las habitaciones que el ama de llaves y el mayordomo consideraban sus dominios y, de doblar a la derecha, se habría encontrado ante la empinada escalera que conducía al piso superior. *El otro mundo,* lo llamaba Sapphira en secreto. Ese lugar tan distinto a aquel en que transcurrían sus días y donde vivían las personas que estaba en la

obligación de servir.

Normalmente se hubiera dirigido a hablar con el ama de llaves para recibir instrucciones; ella debía de encontrarse en la despensa revisando las provisiones con la chica ayudante de la cocina que era la encargada de llevar la lista de lo que se necesitaba al pueblo; pero el susurro de las voces le resultó tan invitante que no pudo evitar doblar a la izquierda en dirección a las cocinas, de donde parecía provenir.

La señora Cushing era una cocinera excelente, pero también la mujer más chismosa con la que había tratado, y vaya que Sapphira se había visto en la necesidad de tratar con algunas. Distinguió su voz apagada casi de inmediato, así como la de Mary Saunders, la doncella de la señora Hartford. Ellas dos acostumbraban reunirse cuando tenían un respiro de sus labores y, según Sapphira había notado, usaban la mayor parte del tiempo en cuchichear acerca de las novedades de la casa. Todas estas relacionadas con la vida de sus empleadores, claro.

No le extrañó entonces que al avanzar con mucho tiento para no ser vista y asomar a la ventana del corredor que daba a la cocina, se topara con la imagen de ambas mujeres recostadas sobre la gran mesada que dividía la cocina y donde la señora Cushing acostumbraba disponer los platillos para las comidas.

Saunders, como debían llamar a la doncella por poseer un rango superior al de la mayoría, exceptuando al mayordomo y al ama de llaves, tenía los codos apoyados sobre la superficie de madera. Era una mujer huesuda y algo atildada que acostumbraba asumir un aire decoroso y diligente en presencia de la señora Hartford, pero cuando su patrona no se encontraba cerca adoptaba una actitud totalmente distinta. Sus maneras se relajaban y hablaba con cierta rudeza haciendo grandes ademanes con las manos. Lo hacía en ese momento enarbolando los largos dedos ante el rostro interesado de la cocinera, mucho más pequeña y rechoncha que ella, y quien tenía una expresión mezcla de curiosidad y reprobación que Sapphira supuso se debía a que no estaba del todo segura de que fuera correcto que hablaran de lo que fuera que Saunders estuviera diciendo.

Sapphira aguzó el oído y se puso de perfil para asegurarse de que no podían verla desde el interior de la habitación. No fue necesario tamaño cuidado en realidad, porque las cortinas de la ventana estaban casi corridas del todo y hubiera sido imposible que notaran su presencia.

—Jimmy dice que los oyó discutir.

La voz de Saunders era por lo general un poco chillona, pero ella se esmeraba en hacerla sonar algo más grave cuando se encontraba ante la señora Hartford. En ese momento, sin embargo, con la libertad que le daba encontrarse lejos de su señora, el tono le recordó a Sapphira al de un ratón.

—¡Vaya novedad!

La respuesta de la señora Cushing surgió cargada de un sarcasmo poco habitual en ella, pero Sapphira comprendió con rapidez a qué se debía. Con seguridad hablaban de la señora Hartford y su hijo. Desde que llegó a la casa no había hecho más que oír charlas a escondidas en las que distintos miembros del servicio hacían algún comentario respecto a su mala relación. En realidad, ella no los había oído discutiendo en todo el tiempo que llevaba a su servicio, pero eso se debía a que apenas interactuaba con ellos.

—Pero esta vez ha sido peor. Parece que tiene algo que ver con la señorita Hartford.

—Lady Walwyn, Saunders.

La voz de la cocinera decayó al corregir a su compañera. Casi nunca se mencionaba el nombre de la otra hija de la señora Hartford; al menos no en voz alta.

—Sí, sí, lo que sea —la respuesta de la doncella surgió de mala gana; era obvio que encontraba molesto verse corregida cuando estaba tan a gusto con sus habladurías—. Lady Walwyn. Con lo que le gusta a ella ese título. Tanto que lo arrastró por los suelos tan pronto como pudo.

—¡Saunders!

—Sabes que es cierto. Una viuda respetable que atesorara el recuerdo de su marido no se hubiera fugado con el primer conde italiano que le susurrara palabras al oído. —La doncella no se detuvo, sino que, por el contrario, continuó aún con mayor ímpetu—: No digo que no debiera rehacer su vida, pero seguro que pudo encontrar algo que no la obligara a huir hasta Francia persiguiendo a un hombre de esa calaña. Una mujer tan joven y bella. Siempre lo fue… desde que era una jovencita. Creí que al enviudar se casaría de nuevo pronto, y en lugar de eso va y se consigue un amante. Pobre señora Hartford. Qué manera de darle disgustos a una madre. Y al difunto señor Hartford también, claro; Dios sabe que eso le llevó más rápido a la tumba.

El jadeo de la señora Cushing se oyó con claridad incluso desde donde Sapphira escuchaba con avidez, y no le extrañó que así fuera. Ese había sido un comentario un tanto cruel por parte de la doncella; más de lo habitual. Aunque ella no lo conoció ya que llevaba casi un par de años muerto cuando empezó a trabajar en la mansión, todos coincidían en que el anterior señor Hartford había sido un amo considerado y por ello su memoria era bien respetada.

—Ya deja de decir esas cosas —la reprimenda de la cocinera se oyó como la caída de un hacha sobre la mesa—. El señor Hartford estaba ya muy enfermo antes de que ocurriera todo esto. Pero sí, creo que todos esperábamos que la señorita Cecily se mostrara algo más sensata

—ella continuó con más suavidad y en un tono algo más bajo al decir lo último—. El valet del señor Hartford, que estuvo en Londres con él cuando todo esto pasó, dijo que en la familia esperaban que ella se casara con el amigo del señor Gabriel, ¿lo recuerdas? Lord Haversham. Estuvo aquí cuando eran compañeros en Eton y siempre mostró mucho interés por la señorita.

Saunders resopló y ahogó una risa agria y poco alegre.

—Tanto que terminó casado con la pequeña Ellie —dijo ella en un tono levemente despectivo.

La respuesta de la cocinera se demoró un par de segundos.

—Bueno, sí, y son extraordinariamente felices según he oído —replicó ella al fin, y sonó un tanto dudosa—. Aunque es verdad que fue todo un poco precipitado.

—En especial para el señor Gabriel, ¿cierto? —respondió Saunders de inmediato—. Al pobre debió de caerle como un jarro de agua fría. Con las esperanzas que tenía…

—¿Qué ocurre? ¿Por qué están ustedes allí, cuchicheando? ¿Ha terminado con sus labores para el almuerzo, señora Cushing?

Sapphira consideraba que el ama de llaves, la señora Norton, debía de tener alguna habilidad casi mágica que le permitía adivinar cuando miembros del servicio haraganeaban, y lo pensó una vez más en ese momento al oír su voz salida de no sabía dónde, pero que tuvo la bastante aspereza para hacer callar a ese par de mujeres que habían estado hablando hasta entonces. Al observar en su derredor, no le sorprendió ver que el ama de llaves en realidad acababa de llegar de sus dependencias y se encontraba de pie ante el umbral de la cocina con las manos en las caderas y los pies ligeramente abiertos en una postura casi de guerra. Contemplaba el interior del lugar y, si bien Sapphira no tenía una vista tan clara desde su ubicación, no dudaba de que la cocinera y la doncella debían de encontrarse tan sorprendidas como ella. Incluso tal vez también temblaran…

Sin detenerse a oír las recriminaciones de la mujer, dio media vuelta e hizo como si se hubiera vuelto invisible, aunque estaba segura de que el ama de llaves debió de haber notado su presencia, pero estaba tan enojada e iba tan dispuesta a enfrentar a ese par que pareció considerar que no valía la pena reprenderla por haberla encontrado oyendo con tanto descaro. De modo que exhaló un suspiro de alivio, dio gracias al cielo por ese pequeño golpe de suerte y se escabulló lo mejor que pudo en dirección al corredor que conducía a la habitación en la que se acostumbraba a disponer las cosas para la cena.

Una vez allí, observó la pila de objetos que debía limpiar junto a otra de las chicas que se ocupaban de todo tipo de labores, como hacía ella misma, y dio un nuevo suspiro, esta vez de pesar. Había rumas de copas, platos, candelabros, manteles y servilletas para planchar…

Aunque a Sapphira le parecía que todo estaba impecable, el mayordomo insistía en que debían ser repasados cada día porque Dios los librara de que algún miembro de la familia Hartford se encontrara con una huella en una copa o una arruga en su servilleta.

Aún un poco aturdida por la escena en la cocina, Sapphira se recordó que acababa de hacer la promesa de esforzarse un poco más para mantener su puesto en la mansión, de modo que no tenía derecho a dedicar siquiera un solo pensamiento a la idea de desesperar por todo el trabajo que tenía por delante. En lugar de ello, asumió una actitud decidida, se remangó las faldas y se dejó caer muy derecha sobre una silla para tomar luego un paño limpio, lo embebió en el pulidor que ella misma ayudó a preparar hacía un par de días y empezó con la fatigosa labor de pulir la plata.

Mientras sus manos se movían sobre el metal, admirando la forma alargada de la bandeja que empezaba a destellar, se permitió recordar la charla que acababa de oír entre la cocinera y la doncella, lo que la llevó a su vez a pensar en el encuentro con el señor Hartford en el bosquecillo al que se había escabullido para tomarse un respiro del trabajo.

Desde luego que sabía quién era él. Lo había visto antes, por eso le bastó con encontrarse con su rostro cuando notó su presencia para sentir que su corazón se detenía un segundo. Creyó que la despediría allí mismo. Pero él no lo hizo. Por el contrario, prefirió burlarse de ella, recordó con el ceño fruncido y un poco picada por no haber sido capaz de asumir una actitud más segura, de haber dicho algo…

Sapphira sacudió la cabeza y exhaló un hondo suspiro, deteniendo sus pensamientos con brusquedad. ¿Acaso habría podido decirle algo de lo que pensaba en verdad? Su mayor preocupación era conservar ese empleo a toda costa y el desafiar al dueño de la mansión, el hombre de quien salía su paga en primer lugar, hubiera sido poco menos que una idiotez. Pero, aun así, había algo en él que le provocaba ganas de decirle un par de cosas. Como que era una pena que siendo tan joven y tan apuesto pasara buena parte del día sumido en una vida tan indolente.

Se marchaba al atardecer y no regresaba hasta muy avanzada la madrugada, siempre en un estado lamentable, según había oído susurrar a los lacayos. Sus discusiones con su madre eran pan de cada día y era habitual que se le viera vagando por la casa y los alrededores una vez que despertaba muy avanzada la mañana.

Una pena, ciertamente, se repitió Sapphira con un nuevo suspiro y sin dejar de frotar el paño contra el metal. Qué manera más tonta de ver pasar la vida.

Desde luego, no dudaba de que él pudiera tener algunas razones para haber adoptado esa conducta. Sabía también gracias a

conversaciones oídas a hurtadillas que hasta antes de la muerte de su padre se le consideraba un caballero modelo y se tenían grandes expectativas respecto a todo lo que haría una vez que asumiera el control de sus bienes. Pero algo había pasado, y aun cuando no lo tenía del todo claro porque era un tema acerca del que no se hablaba abiertamente, estaba segura de que tenía relación con una mujer.

—Ellie.

Sapphira dio un pequeño brinco, sorprendida al oír el eco de su voz retumbando en la habitación. No debería haberlo dicho en voz alta, se recriminó al mirar sobre su hombro como si temiera que alguien pudiera oírla; pero no había nadie allí y exhaló un suspiro de alivio al comprobarlo.

¿Quién habría sido esa Ellie por quien el señor Hartford se lamentaba de aquella forma?, se preguntó retomando sus labores. Quien fuera, debía de haber sido muy importante para él; pero según la señora Cushing y Saunders ahora estaba casada con otro. Con un hombre que había sido su amigo y que estuvo a punto de convertirse en su cuñado, además.

Sin duda, debía de haber una buena historia allí, reflexionó. Una historia que no era de su incumbencia y en la que ni siquiera debía soñar en indagar o la señora Norton se enteraría y entonces sí que podría despedirse de su trabajo, concluyó un poco avergonzada por haber permitido que su intriga le ganara la partida.

Satisfecha de haber llegado a una conclusión que con seguridad la mantendría alejada de problemas, frotó la plata con más empeño y sonrió al advertir que podía ver su reflejo en la brillante superficie. Tal vez se le diera mal fregar los pisos, pero la señora Norton no podría poner ni una pega a sus habilidades con el pulidor, concluyó aliviada. Si tenía que pasar el resto de su vida haciendo algo como aquello, estaba dispuesta a hacerlo. Cualquier cosa que le permitiera cumplir su promesa.

Capítulo 2

Gabriel no se rompió el cuello ni ninguna otra parte del cuerpo durante su visita al pueblo. Lo que sí consiguió fue contraer un resfriado que lo mantuvo enclaustrado y de mal humor durante una semana; incluso debió quedarse en la cama todo un día porque no hubo manera de que sus piernas le obedecieran cuando intentó levantarse. Maldijo, obtuvo la insana satisfacción de ver temblar a todas las doncellas que se presentaron a servirlo, e incluso disfrutó de imaginar lo mucho que todo aquello debió de molestar a su madre. Pero cuando se dio cuenta de que su conducta era infantil y más egoísta de lo habitual, no le quedó otra alternativa que permanecer rumiando su enojo a solas, furioso con la que juzgó una muestra de debilidad porque, ¿qué más le daba a él si su madre rabiaba o las doncellas echaban a correr una vez que dejaban su habitación? ¿No era eso lo que deseaba? ¿Ser tan incómodo a los demás como fuera posible y de esa forma expulsar siquiera parte del odio que sentía por el mundo? El problema era que a veces no tenía tan claro lo que quería. Si todo aquello o simplemente darse por vencido y contemplar cómo pasaba su vida ante sus ojos hasta que se extinguiera del todo y encontrara la paz que le era tan esquiva.

Lo único que significó una ligera distracción fue la presencia de la joven criada que pasó por su habitación un par de veces durante el día. Fue evidente en cada una de ellas que habría preferido estar haciendo cualquier otra cosa, claro, pero Gabriel procuró no pensar mucho en ello; era demasiado divertido como para detenerse a considerarlo.

Su primera aparición se dio muy temprano por la mañana, cuando él acababa de despertar y de echar al mayordomo que se había presentado con la sugerencia de mandar llamar al médico. Cargaba con un cubo repleto de carbón que debía de pesar más que ella para reabastecer la chimenea, pero la vio entrar con la espalda muy erguida, aunque procuró no mirarlo ni una sola vez mientras cumplía con sus labores, lo que a Gabriel le dio la oportunidad perfecta para examinarla a placer.

Lo había dejado muy intrigado tras su encuentro en el bosque con

su falsa actitud humilde, sus secretos, y esa mirada esquiva que encontró tan curiosa. En ese momento, mientras se arrodillaba frente al fogón con el borde del horroroso uniforme que llevaba arrugado entre las piernas y sumergía medio cuerpo dentro de la chimenea para retirar los restos de las brasas y reemplazarlos por los nuevos maderos, apreció que ni era tan joven ni tan poco atractiva como le había parecido durante su primer tropiezo. Habría cumplido ya los veinte años, cuando menos, y al calor del fuego que empezaba a chisporrotear apreció que no eran tan solo sus ojos lo más llamativo de su apariencia. Tenía también un cutis lozano, mejillas que parecían encontrarse siempre sonrosadas y unos labios de lo más seductores; delgados, pero lo bastante rellenos para sentir un leve cosquilleo en el pecho ante la idea de recorrerlos con la punta de los dedos. Idea que hizo a un lado de inmediato por considerarla ridícula e indigna, desde luego.

A él nunca le llamaron la atención las criadas, ni siquiera cuando era un mocoso y empezaba a sentir interés por las mujeres. Las consideraba un territorio prohibido. No porque no hubiera algunas que conociera que no fueran atractivas, sino porque era consciente de su poder sobre ellas y aprovecharse de él estaba fuera de toda cuestión. Muchos de sus amigos se ufanaban con frecuencia de las veces que se habían metido en las habitaciones de las sirvientas y cómo ellas jamás decían una palabra al respecto, pero ni siquiera en sus momentos más oscuros o cuando había pensado que estaba del todo hundido en el fango, había considerado siquiera la posibilidad de hacer lo mismo.

Ahora, mientras observaba los movimientos un tanto torpes de la chica, que incluso volcó el cubo una vez que terminó de apilar su contenido en la chimenea, y admiraba las curvas apenas insinuadas por el vestido, se dijo que ello nunca iba a cambiar. No la deseaba, pero le intrigaba. Y cuando se está tan aburrido como le ocurría a él, e imposibilitado de salir y perderse como acostumbraba, indagar para entretenerse siempre era una buena opción.

No le dijo nada entonces, sin embargo, prefirió observarla y entretejer mil historias respecto a cómo esa joven, obviamente de clase baja, pero con acento londinense y poco diestra en las labores domésticas, había terminado sirviendo en una mansión de Surrey.

Gabriel tenía un libro abierto sobre la manta que lo cubría en la cama; un volumen de poesía que había sido su favorito cuando iba a la escuela y que acostumbraba releer con frecuencia hasta hacía un par de años, cuando pasó a convertirse en un objeto más de los muchos que permanecían en su habitación, pero al que apenas miraba. Las palabras habían dejado de tener sentido. No obstante, cuando se vio en la necesidad de buscar algo para leer mientras se recuperaba,

fue el único que encontró a mano y por eso lo tenía con él, pero se contentaba con pasar las hojas con el dedo índice en un rítmico golpeteo mientras mantenía la mirada puesta en la figura que había empezado a dar vaivenes en su lugar sin atinar a marcharse, como si se preguntara si había algo más que se requiriera de ella.

Al final, sin darle tiempo para pensar en algo a fin de hacer que se quedara un instante más, y tras hacer una reverencia sin mirarlo, la chica se dirigió a la puerta y se marchó cerrándola tras ella, con lo que solo dejó a Gabriel más intrigado por su errática conducta.

Ella volvió por la tarde cargando una pesada bandeja con el servicio de té y Gabriel no pudo menos que preguntarse en qué estaría pensando la señora Norton para permitir que alguien tan poco presto a esa clase de labores llevara con ella uno de los servicios de porcelana favoritos de su madre. Si lo dejaba caer, estaba seguro de que no habría nada que pudiera decir para que ella no la echara de inmediato.

En esa ocasión, sin embargo, no se contentó con observarla, sino que tan pronto como se liberó de su peso, tras exhalar un suspiro de alivio al dejar la bandeja sobre un mueble junto a la puerta, Gabriel le hizo un gesto para llamar su atención. Había conseguido levantarse, después de todo, y en ese momento se encontraba sentado en una butaca bajo la ventana. No se molestó en vestirse, tan solo cubrió su cuerpo con una larga bata que caía rozando sus pies descalzos sobre la alfombra. Si la joven se sintió incómoda al encontrarse ante un hombre semidesnudo, lo ocultó muy bien, pero Gabriel notó que, una vez más, rehuía su mirada al posarla sobre sus propios pies. Tenía las manos entrelazadas tras la espalda y un leve gesto indeciso asomó a sus facciones; solo entonces él reparó en una casi imperceptible cicatriz en la comisura del labio inferior, apenas una línea blanquecina que se confundía con su tez impoluta.

¿Se debería a una caída en la niñez? ¿O a un accidente más reciente? Quizá fuera obra de un padre muy estricto o un pretendiente abusivo… Cualquiera fuera el caso, un hecho tan pequeño como aquel aumentó esa curiosidad que no sabía a qué achacar que no fuera a una inactividad obligada que empezaba a volverlo loco.

—¿Necesita algo?

Fue ella quien habló, posiblemente inquieta tras permanecer tanto tiempo de pie y en silencio, pero tampoco lo miró entonces, y Gabriel empezó a encontrar irritante su actitud.

—Quiero un té —él dijo lo primero que se le pasó por la cabeza, señalando la bandeja que dejara sobre el aparador.

Sin dar pruebas de que encontrara ofensiva su rudeza, ella asintió y se dirigió al mueble para servir la bebida con extremo cuidado. Cuando volvió, sin haber preguntado cómo lo prefería, una

negligencia que habría hecho pegar un grito al ama de llaves, Gabriel la tomó de entre sus manos esmerándose por encontrar su mirada, pero ella continuaba con los ojos gachos y él estuvo a punto de exhalar un resoplido de fastidio.

El té estaba horrible. Endulzado en exceso y con leche, algo que él prefería evitar, pero aun así lo bebió hasta casi terminar con el contenido de la taza y entonces se la tendió para que la rellenara una vez más.

—Sin leche y menos azúcar esta vez —dijo tan solo.

La criada asintió, como había hecho antes, pero Gabriel notó que esta vez tenía los labios crispados y habría jurado que apretó los dientes al tiempo que daba media vuelta para cumplir con su pedido. Además, y esto le arrancó la sombra de una sonrisa, habría jurado que estuvo a punto de mirarlo antes de alejarse. Eso era una mejora.

Sintió la bebida mucho mejor cuando ella se la entregó y fue su turno para asentir, pero en su caso fue una burlona señal de satisfacción que, observó, no tuvo un buen recibimiento. Al parecer, la joven no tenía un gran sentido del humor.

—¿Necesita algo más? —preguntó ella, atrayendo su atención.

Definitivamente, no había servido antes en otra casa. De haberlo hecho, hubiera sabido que esa clase de preguntas nunca eran bien recibidas; lo habitual era que la servidumbre permaneciera en silencio y expectante hasta que su señor decidiera anunciar lo que necesitaba o la despidiera. Pero ella era impaciente y estaba poco entrenada, por lo que su inquietud le ganó la partida. En otra, tal vez le habría molestado, pero tratándose de ella lo encontró casi divertido. Casi.

—¿Te entretengo? —preguntó él a su vez en tono ácido—. No me gustaría hacerte perder el tiempo.

La criada levantó la mirada con rapidez y fijó sus ojos muy abiertos en su rostro. Gabriel advirtió que lo miraba con extrañeza, como si se preguntara si se burlaba de ella o pretendía reprenderla. Cualquiera que fuera la conclusión a la que llegó, fue obvio también que había caído en la cuenta de su error, porque empezó a sacudir la cabeza de un lado al otro y entreabrió los labios un par de veces antes de encontrar la voz y las palabras para excusarse:

—Lo siento, señor, no pretendía… —Ella carraspeó con suavidad y Gabriel casi pudo oír a su mente funcionar mientras daba con las palabras apropiadas.

Él se dijo entonces que estaba siendo innecesariamente cruel y que, sin importar cuán aburrido se encontrara, nada le daba derecho a atormentar a la pobre chica de esa forma, por lo que suspiró y levantó una mano para evitar que empezara a enhebrar otra patética disculpa.

—Déjalo —indicó, incómodo consigo mismo por esa sensación que empezaba a asaltarlo—. Puedes irte si así lo quieres. No necesito nada

más.

La joven dudó un instante antes de cabecear y, tras echar una mirada alrededor, tomó la taza de sus manos sin esperar a que él se la tendiera y la puso sobre la bandeja. Luego, miró el servicio con el entrecejo fruncido y pareció decidir que no tenía sentido dejarlo allí, de modo que recogió todo y se dirigió a la puerta haciendo mil malabares para abrirla sin tirar nada. Antes de que se marchara, sin embargo, Gabriel la detuvo con un carraspeo y la criada se paró en el umbral de la puerta mirando sobre su hombro en un penoso equilibrio.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó él.

Ella parpadeó un par de veces, como si encontrara sorpresiva su pregunta, pero no tardó demasiado en responder, y cuando lo hizo, fue mirándolo directamente a los ojos en un gesto tan honesto como desafiante:

—Sapphira, señor —respondió ella.

Gabriel asintió, sin decir nada; tan solo hizo un gesto para dar a indicar que podía marcharse, lo que ella hizo con grandes aspavientos, no sin antes emitir lo que le pareció un leve suspiro de alivio. Cuando consiguió cerrar la puerta tras ella sin ocasionar ningún desastre, él se recostó en la butaca y empezó a raspar el tapiz del apoyabrazos con el borde de una uña en un ademán inconsciente.

—Sapphira —susurró Gabriel a la habitación vacía con semblante pensativo—. Qué nombre más horrible.

* * *

Sapphira pasó buena parte de los días siguientes decidida a mantenerse tan lejos de la habitación de Gabriel Hartford como le fue posible, algo no demasiado difícil porque después de la última vez que le sirvió, cuando al fin consiguió llegar a las cocinas con el servicio de té, feliz de no haber estropeado nada, estuvo a punto de darse de bruces contra uno de los lacayos y, aunque consiguió sostener la bandeja contra su pecho, una cucharilla de plata fue a dar contra el piso. El ama de llaves fue testigo del incidente y, después de reprenderla durante varios minutos, anunció que tenía suerte de no haber roto nada irreparable y que desde ese momento en adelante más le valía mantenerse alejada de nada que pudiera considerarse de valor. A Sapphira aquello le sentó bastante mal porque creyó que al fin empezaba a ganarse su confianza y que por eso la envió a atender al señor Hartford, pero fue evidente que la mujer se arrepentía de ese impulso y ahora estaba relegada de nuevo a las labores más duras.

Veía una gran pila de objetos por pulir y pisos por fregar en su futuro, se dijo aquella noche al dejarse caer sobre la cama que compartía con otra de las chicas del servicio tras devorar la cena que

acostumbraban tomar en el salón de los sirvientes. Por lo demás, sin embargo, el hecho en sí no era tan malo; eso la mantendría lejos del señor Hartford y de sus extrañas miradas.

Le costó mucho mantener la compostura y fingir indiferencia mientras sentía sus ojos clavados en ella durante todo el tiempo que se encontró allí. Por un instante temió que fuera uno de aquellos señores que acosaban a las sirvientas de los que había oído tanto hablar a las jóvenes que trabajaban en casas como esa y de los que desgraciadamente ya había aprendido algo, pero entonces recordó que una de las primeras cosas que le dijo Mary, la chica con quien compartía habitación en Cloudfield, fue que el señor Hartford nunca mostraba interés en el servicio. Era incluso como si no se encontrara allí; algo que en un primer momento Sapphira había encontrado un poco insultante, pero la muchacha le hizo ver que en realidad era una suerte. Ella había tenido una amarga experiencia unos años atrás con el hijo mayor de la casa en la que alguna vez sirvió y consideraba una bendición que el señor Hartford mostrara por ella el mismo interés que le hubiera inspirado un mueble.

Sapphira supuso que esa era la clase de cosas por las que tendría que empezar a dar gracias en su nueva vida, y respecto a la actitud del señor Hartford, tal vez se había estado imaginando cosas. O tal vez el pobre hombre se encontraba tan aburrido y enojado por sus continuas discusiones con su madre que su mayor entretenimiento era burlarse de las criadas. Como ella.

No muy segura de por qué le resultó tan molesto llegar a esa conclusión, se prometió entonces que de cualquier forma tendría buen cuidado de mantenerse lejos de él, tan solo por si acaso. Y había cumplido esa promesa, consideró un par de semanas después al caer en la cuenta de que apenas lo vio un par de veces desde entonces; ambas al cruzarse con él en el vestíbulo antes de que abandonara la casa y ella se ocupara de sus labores del día. El señor Hartford no le dirigió una sola mirada y a Sapphira aquello le pareció perfecto; pero ella sí que se permitió examinarlo porque sentía mucha curiosidad respecto a ese hombre de semblante indolente, pero que, había descubierto por sus discretos ademanes y su forma de mirar, poseía un mundo interior más interesante de lo que aparentaba.

Como le ocurría desde la primera vez que lo vio, dedicó al menos un par de minutos a pensar en lo atractivo que era. Quizá se tratara del hombre más apuesto que había visto en su vida; no es que hubiera visto muchos, claro. Al menos no de los apuestos. Pero, aun así, dudaba de que, sin importar cuánto tiempo viviera, fuera a ver a otros que lo superaran.

A una primera mirada su belleza hubiera podido considerarse muy clásica, con rasgos angulosos y bien cincelados; ojos azules, cabello de

un rubio oscuro que contrastaba con su piel levemente bronceada y labios carnosos.

Poco antes de morir, su madre la había llevado a la Galería Nacional en Londres para entretenerla durante una de las desapariciones de su padre, cuando Sapphira pasaba los días preguntándole cuándo volvería este y si, cuando lo hiciera, podrían quedarse en la ciudad durante algo más de tiempo del que tenían acostumbrados. Ella estaba encantada con la capital y la entristecía la idea de tener que marcharse antes de poder recorrerla a gusto. En aquella época tenía apenas doce años y ya habían vivido en cinco o seis ciudades distintas durante diversos periodos de tiempo. Ella no lo sabía entonces, pero su deseo se haría realidad e iba a quedarse en Londres durante mucho tiempo. Desde luego, las cosas nunca resultan exactamente como una las desea y pronto ese sueño cumplido se convirtió en la más grande de sus pesadillas. Pero eso lo descubrió luego.

Entonces, mientras recorría la galería de la mano de su madre, con los labios entreabiertos y los ojos dilatados por el asombro, se permitió admirar las hermosas obras de arte que se desplegaban ante ellas, una tras otra. Pinturas, a cual más impresionante, seguidas por un sinfín de esculturas talladas al detalle con tal maestría que más de una vez se vio en la necesidad de pellizcarse para asegurarse de que no se encontraba soñando. En verdad había personas en el mundo con la habilidad de crear obras maestras, se repitió una y otra vez entonces, boquiabierta.

Entre todo aquello que le fascinó, hubo algunos grabados clásicos que llamaron su atención de forma especial. Representaban a diversos tipos de personas en poses estudiadas cuyos rostros fueron retratados a la perfección y todos tenían una característica en común: eran hermosos, gallardos y un tanto soberbios; o eso era al menos lo que proyectaban las líneas que acentuaban sus rasgos y la rigidez de sus posturas.

Gabriel Hartford le recordaba a aquellas figuras. Quizá la única diferencia con ellas fuera que, contrario a estas, sus ojos no parecían vacíos sino colmados de una amargura que hacía tambalear esa perfección engañosa.

Por lo demás, si dejaba de lado su aspecto, su conducta era cuando menos extraña. Parecía encontrarse en un punto álgido de su relación con su madre, eso estaba bastante claro; bastaba con oír sus tirantes charlas y alguna que otra discusión con ella que, si bien nunca llegaba a los gritos, hacían evidente sus malas relaciones. Y pese a ello, a él parecía importarle mantener una apariencia de fría cordialidad que Sapphira encontraba de lo más extraña. Si por algún motivo ese hombre guardaba un resentimiento casi palpable hacia su madre, ¿por qué no se lo decía? Tal vez aquello los ayudara a ambos. En lo que a

ella se refería, era lo más lógico; pero a pesar de llevar poco tiempo en la mansión, había aprendido ya que las personas como los Hartford no se comportaban siguiendo la lógica, sino que había mil y un rituales respecto a lo que se esperaba de ellos, que se esforzaban por cumplir a rajatabla. Quizá fuera eso lo que contenía a Gabriel Hartford de hacer o decir lo que en verdad hubiera deseado.

Su vida un tanto desenfrenada también llamó su atención, como sin duda debía de ocurrir con los otros miembros del servicio que lo comentaban entre cuchicheos, y las personas del pueblo, que giraban las cabezas a su paso y lo saludaban con respeto y mansedumbre aun cuando era evidente que en su ausencia lo censuraban.

A Sapphira le habían llegado rumores oídos a media voz y fingiendo indiferencia, de que el señor Hartford acostumbraba visitar a algunas mujeres llamadas de mala vida que se encontraban tanto en la taberna del pueblo como en alguna más alejada. Las mismas personas que lo mencionaban decían también que aun cuando esa era una conducta que podía considerarse del todo reprobable, decía mucho de él que jamás se hubiera acercado a las jóvenes del pueblo o a alguna de las varias viudas que también vivían allí. Para Sapphira, que tenía una forma de ver la vida un tanto radical, y que tanto una cosa como otra le parecían igual de condenables en un hombre de su edad y posición, aquello le pareció una disculpa un tanto idiota.

Si a ello se le sumaba que era habitual que llegara muy avanzada la madrugada en un pésimo estado debido a la bebida, y que su interés para con la propiedad y sus otras obligaciones era cuando menos indolente, no podía evitar preguntarse por qué se molestaba en dedicarle siquiera un solo pensamiento. Era un hombre despreciable, sin duda, y su condición superior a la suya no lo salvaba, sino que tan solo acentuaba lo vergonzoso de sus actos. Ella siempre había despreciado a los hombres incapaces de controlarse a sí mismos y que caían con tanta facilidad en esa clase de vicios, pero había algo en él que no conseguía nombrar y que le inspiraba una profunda compasión.

La siguiente vez que se topó con él, sin embargo, una noche en la que se tuvo que quedar hasta muy tarde fregando el piso del vestíbulo debido a que la lluvia en el exterior había ocasionado que algunos lacayos dejaran todo enlodado, cualquier atisbo de compasión que hubiera podido despertar en ella desapareció como por encanto.

Estaba a punto de terminar con su trabajo; tan solo le quedaba poco menos de un metro por fregar y sentía las manos encarnadas por el uso del limpiador. No había cenado, pero la cocinera le prometió que dejaría un plato para ella en la mesa del salón de los sirvientes; le bastaba pensar en ello para que su estómago empezara a rugir. Era una noche cálida y el sudor corría por su frente y el cuello; solo

deseaba comer, quitarse ese vestido que le raspaba la piel y lavarse con agua fresca para caer sobre la cama y dormir por horas. Pensó en ello y se le escapó un gemido de anhelo. Mientras la señora Cushing preparaba la cena llegó a ella un delicioso olor a estofado; la idea de poder sentarse a devorarlo a gusto le hacía agua la boca y tuvo que esforzarse por concentrar su atención en desaparecer todos los rastros de barro del piso de mármol. Encorvada y con el paño entre las manos que refregaba con todas sus fuerzas, parecía como si se encontrara en medio de un rezo para pagar algún tipo de penitencia; sus rodillas la estaban matando, pero ya casi…

Entonces la puerta de entrada se abrió con brusquedad y en su campo de visión aparecieron un par de botas embarradas que se movieron por todo el suelo recién fregado dejando un reguero de suciedad a su paso.

Sapphira supo perfectamente de quién se trataba, lo adivinó segundos antes de levantar el rostro y fijar su mirada en la figura de espaldas a ella y que trastabillaba en dirección a la escalera sin dirigirle siquiera una mirada como si se tratara tan solo de un fardo tendido sobre el suelo que no mereciera mayor atención. Furiosa, se irguió de rodillas y apretó las manos con todas sus fuerzas, conteniendo a duras penas su indignación; ni una sola palabra brotó de sus labios, pero algo debió de emanar de ella, algo tan poderoso y cargado de ira contenida que el hombre se detuvo bruscamente cuando acababa de poner un pie sobre el primer peldaño y dio media vuelta para encontrarse con su rostro encendido. Él la miró como si fuera la primera vez que la veía, parpadeó y entreabrió los labios sin decir nada de inmediato, pero Sapphira supo que se había dado cuenta de lo ocurrido al reparar en las huellas de barro sobre el mármol.

Ella sostuvo su mirada, aunque su sentido común le dijo que estaba cometiendo un gran error. Lo más sensato hubiera sido agachar la cabeza, mantener los ojos fijos en el suelo y lamentarse en silencio para empezar una vez más. Pero estaba cansada y hambrienta. Y a él parecía importarle tan poco.

Esperaba una palabra de reprensión, un grito, incluso una mirada airada y de desprecio; pero no fue nada de eso lo que obtuvo. En su lugar se encontró con una sombra de arrepentimiento y, de no haber sido porque le pareció sencillamente imposible, hubiera jurado que él había estado a punto de abrir la boca para disculparse. No hizo nada de aquello, sin embargo, tan solo suspiró y, tras vacilar un instante, sacudió la cabeza de un lado a otro y le dio la espalda para reiniciar la subida con el mismo paso pesaroso que habría usado de cargar un fardo muy pesado a las espaldas.

Sapphira se mantuvo inmóvil y con el aliento contenido, asustada y confundida a partes iguales. Lo primero porque no podía creer que

hubiera sido capaz de desafiarlo de aquella forma aun cuando lo hubiera hecho tan solo con una mirada y sin palabras; y lo segundo porque no alcanzaba a comprender el por qué de esa reacción. Él había sentido su proceder y lo lamentaba de verdad, de eso estaba segura, pero esa indolencia que parecía envolverlo le había ganado la partida una vez más.

Qué hombre más extraño era, se dijo ella al reanudar el trabajo con un quejido que reflejaba su agotamiento.

No terminó hasta una hora después y ni siquiera se molestó en pasar por la cocina; consiguió a duras penas arrastrarse hasta el dormitorio en el ala de los sirvientes y se desvistió a oscuras para no molestar a la chica con la que compartía la cama. Luego se tendió y cerró los ojos quedándose dormida tan pronto como puso la cabeza sobre la almohada. Estaba demasiado cansada para dedicar un solo pensamiento más a la extraña conducta de Gabriel Hartford y la mucha curiosidad que inspiraba en ella.

La señora Hartford no volvió a hacer mención a Cecily durante semanas y Gabriel agradeció que así fuera. No soportaba la idea de verse inmerso en otra discusión, en especial cuando sabía que, aun cuando la ganara, eso en realidad significaba una victoria muy pequeña.

Su madre adoraba a su hija menor y tenía sentido que, pese a lo mucho que se esforzaba por ocultarlo, se preocupaba profundamente por ella. Para Gabriel era difícil no sentirse un auténtico miserable cuando ponía en palabras lo poco que le agradaba su hermana y lo mucho que reprobaba la forma en que se había conducido. Lo que, si era sincero consigo mismo, era más bien hipócrita de su parte.

¿Porque había una gran diferencia entre él y Cecily? Durante un tiempo pensó que sí. Se congratulaba incluso por considerarse superior a ella en muchos sentidos. Él jamás había disfrutado lastimando a otras personas ni era tan egoísta como para anteponer sus propios deseos sobre los demás. Su hermana había hecho cosas como aquellas desde que podía recordarlo mientras que él siempre procuró ser más considerado, pensar en los otros antes que en sí mismo. Dar sin esperar nada a cambio con la esperanza de recibirlo también porque eso era lo justo…

Gabriel esbozó una sonrisa burlona al meditar en adónde lo había llevado esa vida modelo que tanto se esforzó por construir. Al menos Cecily, reprobable o no, tenía lo que deseaba; ella nunca dudó en extender ambas manos e intentar tomar lo que consideraba suyo por derecho. De allí su huida con ese conde idiota con el que debía de estarlo pasando tan bien más allá de los lamentos que escribía a su

madre para enternecer su corazón y conseguir que le enviara el dinero que necesitaba.

Por ello, en parte para evitar nuevas discusiones con su madre y también porque, en el fondo, sentía un atisbo de admiración por la determinación de Cecily, no hizo mayores comentarios cuando el administrador de la propiedad se acercó un día a él para informarle de que la señora Hartford había dispuesto nuevamente de una importante suma para hacerla llegar a cierta dirección en Francia. El hombre tuvo el buen tino de no develar sus sospechas respecto a donde había ido a parar el dinero porque la conducta de su hermana nunca se comentaba abiertamente en la casa, pero Gabriel supo con absoluta certeza que lo reprobaba tanto como él.

Ahora bien, una cosa era respetar las decisiones de su hermana, aun cuando lo hiciera a regañadientes y la considerara lo bastante mayor para asumir las consecuencias de sus actos, y otra muy distinta era estar dispuesto a usar sus recursos en mantener esa vida de disparate que había decidido emprender. Y mucho menos pagar también los caprichos de ese conde idiota que jamás le agradó.

De modo que dio orden al administrador de no hacer nada respecto a ese movimiento que su madre había procurado cubrir con tan malos resultados; pero señaló también que, de advertir algo similar en el futuro, tenía su permiso para negarse a entregar cualquier suma que considerara sospechosa sin antes haber hablado con él. Cuando aquello ocurriera, porque estaba seguro de que así sería, su madre iba a pegar el grito en el cielo y se presentaría ante él con toda su furia. Pero ya se las arreglaría entonces. Él era tan capaz como ella de mostrarse inflexible y de hacerle frente cuando era necesario. Lo aprendió un poco tarde, claro; esa determinación le habría sido mucho más útil antes, pero estaba decidido a no permitir que nunca más pudiera manejarlo a su gusto. Ella, astuta como siempre, se había dado cuenta de aquello y era muy cauta respecto a las batallas que valía la pena pelear y aquellas en las que era más sensato replegarse.

Como en la que Gabriel había decidido llamar «la cruzada por la criada».

Por algún motivo que no alcanzaba a comprender del todo, su madre estaba determinada a despedir a la joven sirvienta de dedos torpes y nombre extraño mientras que él luchaba por lo contrario. El porqué había decidido convertirse en el defensor de la chica era algo que tampoco tenía del todo claro. Tal vez se encontrara más aburrido de lo que pensaba.

Según le contó su madre en su última mención a sus intentos de buscar a alguien más apropiada para el trabajo, el ama de llaves, la señora Norton, le había contado que la criada causó un pequeño desastre en las caballerizas. Aunque su madre lo llamó un ataque en

toda regla pese a que no profundizó en los detalles. Tan solo comentó algo respecto a caballos desbocados y cubículos destrozados, y si bien Gabriel se prometió que profundizaría un poco más en el tema porque aquello sonaba demasiado interesante como para no hacerlo, en ese momento, en medio de su conversación con su madre, lo único que supo con certeza era que no estaba de acuerdo con que se deshiciera de la chica tan solo por un accidente ajeno a su voluntad, como parecía ser ese el caso.

Al oírlo, su madre apretó los labios, tensó las manos que en ese momento tenía firmemente sujetas a la aguja con la que bordaba y las finas arrugas a ambos lados de su rostro se acentuaron hasta simular un trozo de pergamino ajado; sin embargo, no dijo una sola palabra, tan solo asintió con brusquedad y desvió la mirada acerada de su rostro. Lo que para Gabriel significó una de esas pequeñas victorias de las que se sentía tan orgulloso en el momento, pero que luego le hacían notar que, en realidad, acababa de conceder algo, no estaba seguro del qué; tal vez fuera el resultado de la siguiente que su madre se encargaría de iniciar en cualquier momento. Y esa, sin duda, no la otorgaría con tanta facilidad.

De modo que, tan pronto como pudo, y tras procurar no pensar demasiado en lo que le esperaba y qué relación tendría con su hermana…, porque estaba seguro de que la aparente mansedumbre de su madre tenía que estar relacionada con ella, Gabriel decidió que necesitaba saber qué rayos había ocurrido en el establo y cómo la criada se había visto involucrada.

Estuvo tentado a hacerla llamar para preguntárselo directamente, pero supuso que eso tan solo la hubiera puesto en problemas y a él en evidencia. Así que optó por forzar un encuentro de una forma más discreta y fue en su busca con cuidado de no llamar la atención de los otros sirvientes, en especial de la señora Norton, que tan pronto lo vio asomar por las cocinas le dirigió una mirada extrañada. Tras asegurarse de que no necesitaba nada en respuesta a la pregunta del ama de llaves, Gabriel repasó las dependencias a su vista con rapidez y, tras comprobar que la joven no se encontraba allí, subió una vez más al piso principal. Después de aquello, recorrió los salones, pero tampoco obtuvo mucho éxito. Estaba a punto de renunciar a su búsqueda después de que en un momento de claridad cayera en la cuenta de que estaba actuando como un tonto al dar vueltas en su propia casa para dar con alguien con quien ni siquiera debería tener interés en hablar, cuando oyó un suave canturreo proveniente de la biblioteca y sus pasos lo dirigieron hacia allí incluso antes de que su mente fuera capaz de advertir lo que hacía. Cuando llegó hasta la estancia, sin embargo, tuvo que detenerse un momento en el umbral para analizar lo que tenía frente a él.

La joven se encontraba sentada sobre la alfombra, justo debajo de una de las varias estanterías de roble que prácticamente cubrían la habitación circular. Tenía varios volúmenes rodeándola, dos de ellos abiertos en su regazo, y parecía de lo más interesada en lo que fuera que se encontrara leyendo. Desde su posición, Gabriel no pudo ver qué clase de libros eran, pero tuvo una vista insuperable de sus tobillos y un poco más, ya que la falda de su uniforme se le había subido casi hasta las rodillas por la posición en la que se encontraba. Se había deshecho del pesado delantal, que descansaba hecho un bollo a su lado y, como la primera vez que la vio, la cofia se sujetaba a duras penas sobre la nuca, con lo que lucía su cabello alborotado y apenas atado en lo alto de la cabeza como un halo cobrizo.

Una imagen curiosa, cuando menos, se dijo Gabriel en esa silenciosa observación que en realidad duró más bien poco, y no porque la joven reparara en su presencia de inmediato; parecía demasiado sumida en su lectura como para ello. Fue él quien decidió que no iba a permanecer allí de pie como un fisgón para siempre. De modo que se adentró en la habitación haciendo mucho ruido al golpear el suelo con los zapatos y carraspeó al tiempo que se ubicaba frente a la joven, que tardó un momento en reaccionar. Cuando lo oyó, solo atinó a levantar la cabeza y mirar sobre su hombro, pero al no ver a nadie allí, giró los hombros con lentitud y fue elevando suavemente el rostro hasta encontrarse con la mirada divertida de Gabriel, quien asintió en señal de saludo en un ademán burlón.

—Por favor, no te levantes, no pretendía importunarte —dijo él con una inflexión sarcástica—. Parece que no hago más que distraerte de tus ocupaciones.

Vio cómo ella exhaló un suspiro cargado de resignación antes de cerrar los libros con suaves movimientos y dejarlos a un lado junto a los otros. Entonces Gabriel advirtió que se trataba de unos viejos volúmenes de cuentos de hadas y se preguntó por qué ella parecía tan interesada en una lectura tan poco apropiada para su edad; pero entonces la joven se puso de pie y lo miró con una seriedad que disolvió por el momento cualquier interés que no estuviera direccionado a comprender por qué se mostraba tan desamparada. Antes de que pudiera preguntar, sin embargo, ella se le adelantó al carraspear y hablar con tal gravedad que casi le provoca arquear las cejas por la extrañeza.

—¿Cree que podría no hablarle de esto a la señora Norton hasta mañana? —preguntó ella.

Gabriel esperaba cualquier otra cosa. Que se deshiciera en disculpas. Quizá que le rogara que no dijera una palabra al respecto. Pero definitivamente no que le pidiera una prórroga antes de acusarla, como parecía pensar que haría.

Intrigado, la observó fingiendo una indiferencia que no sentía.

—¿Y eso por qué? —inquirió él a su vez.

La joven se encogió de hombros en un ademán resignado.

—Porque hoy es día de pago —respondió ella con una honestidad aplastante—. Cuando ella se entere de esto, me despedirá y es posible que recorte algo de lo que me corresponde si lo hace antes de que cumpla esta semana. Si me echa mañana, no tendré ese problema.

Gabriel cabeceó como si encontrara su razonamiento de lo más sensato, aunque por dentro se estaba riendo a carcajadas. Y no podía recordar cuándo fue la última vez que se rio tanto por algo aun cuando no se atreviera a exteriorizarlo.

—Ya veo —dijo él en tono serio—. ¿Y por qué estás tan segura de que la señora Norton te despedirá?

La joven lo miró como si dudara de su inteligencia.

—Quiere hacerlo desde que llegué.

—¿Porque es cruel?

—Porque no soy lo bastante buena para el trabajo. Ya debe de haberse dado cuenta de eso.

La sencilla respuesta de la joven lo asombró tanto que disminuyó en algo sus ganas de reír. Le dio pie a propósito para que culpara al ama de llaves de sus desgracias, pero ella, contrario a lo que habría hecho otro, tal vez incluso él, que no podía evitar ceder a la tentación de autocompadecerse de vez en cuando, eligió reconocer sus propias limitaciones y aceptar su responsabilidad. Interesante, se dijo, sintiendo cómo su curiosidad se disparaba hasta las nubes.

—Es evidente que no tienes experiencia en este tipo de trabajo, sí —reconoció él entonces, observándola con atención para conocer la respuesta a la pregunta que estaba a punto de hacer—. Y pese a ello, aquí estás. ¿Cómo fue que terminaste aquí, en primer lugar?

Ella no pareció sorprendida por la pregunta, pero tampoco dio la impresión de que recibiera esa inquisición con agrado. Aún más, advirtió que fruncía el ceño y adoptaba una actitud un tanto belicosa al echar los hombros hacia atrás y enderezar el mentón al devolverle la mirada sin parpadear.

—Necesitaba el trabajo y me hablaron de él en el pueblo —explicó ella, sucinta.

—¿Y antes de eso? —insistió Gabriel.

—¿Antes de eso, qué? —replicó la joven acentuando aún más el ceño.

—¿Qué hacías antes de venir aquí?

—Buscaba trabajo, claro, acabo de decírselo.

Gabriel no estaba dispuesto a permitir que su hostilidad lo persuadiera de satisfacer su curiosidad.

—No todo en tu vida puede reducirse a buscar trabajo y terminar

aquí —indicó él.

Ella se encogió de hombros una vez más y llevó sus manos a la espalda.

—Para algunos es así. El que usted no pueda entenderlo no significa que no sea verdad.

Ese había sido un golpe muy bien dado. Gabriel podía reconocerlo tanto como que la joven frente a él era poseedora de una valentía encomiable. Ni siquiera el mayordomo se habría atrevido a hablarle con semejante crudeza sin parecer arrepentido de inmediato, algo que era obvio no ocurría con ella. Tal vez eso estuviera relacionado con el hecho de que se veía ya fuera de la casa y se creía libre de decir lo que pensaba. Decidido a permitir que continuara pensando de esa forma si eso le permitía satisfacer su interés, fingió acusar el comentario con una sorpresa que estaba lejos de sentir.

—¿En verdad piensas eso? —Él continuó antes de que ella pudiera responder a la pregunta—. Porque con seguridad debiste de hacer algo antes de terminar aquí, ¿cierto? No eres de Surrey, tu acento es londinense, y dudo que hayas trabajado antes como criada.

Pudo ver, por su expresión, que no le había hecho gracia que él fuera capaz de afirmar todo aquello, lo que significaba que estaba en lo cierto.

—¿Qué puede importarle todo eso a usted? —preguntó ella.

Fue el turno de Gabriel para encogerse de hombros.

—Tengo curiosidad.

—Está aburrido.

—Lo que siempre incrementa mi curiosidad.

La rápida réplica surgió antes de que él cayera en la cuenta de que ella acababa de acusarlo con bastante acierto. Sí, estaba aburrido. Mucho.

—¿Y qué culpa tengo yo de eso? ¿Por qué debería sacarlo de su aburrimiento?

—Sería una muestra de cortesía.

Ella le dirigió entonces una airada mirada, pero no dijo nada, sino que desvió la vista y se inclinó para tomar su delantal y los libros, que fue recogiendo uno a uno con extremo cuidado para dejarlos luego en el lugar del que los había retirado. Se movía con parsimonia y sin girarse a mirarlo ni una sola vez, como si Gabriel sencillamente hubiera desaparecido. Era obvio que era eso lo que le habría gustado que hubiera sucedido y él no pudo menos que encontrar un poco ofensiva su indiferencia. Por eso, en cuanto ella terminó de poner todos los libros en su lugar y se puso el delantal sobre el vestido ajado, con lo que su apariencia se vio un tanto recompuesta, se dirigió nuevamente a ella.

—Creo…

—¿Le dirá a la señora Norton acerca de esto hoy?

La joven lo interrumpió cuando estaba a punto de hacer otro comentario burlón y habría estado encantado de formularlo pese a la interrupción, pero entonces reparó en que, si bien ella había hablado con voz serena y su rostro no se veía alterado, tenía las manos hechas puños caídas a los lados y sus ojos, que le habían llamado tanto la atención la primera vez que la viera, se habían oscurecido debido a la ansiedad que se esmeraba por ocultar.

—Haré algo mejor —respondió Gabriel—. No le diré nada.

La criada parpadeó unas cuantas veces y entreabrió los labios antes de atinar a responder. Se veía tan sorprendida por su respuesta que tal vez se preguntara si había oído bien.

—¿No dirá nada? —repitió ella—. ¿Por qué…?

—Con una condición.

Fue el turno de Gabriel para interrumpirla y ella calló bruscamente al tiempo que le dirigía una mirada cargada de desconfianza.

—¿Qué clase de condición? —preguntó ella sin disimular su inquietud.

Gabriel se cruzó de brazos y la observó con una sonrisa.

—He oído que hubo cierto incidente en las cuadras en el que te viste involucrada y tengo curiosidad por saber qué ocurrió —dijo él con simpleza—. Cuéntamelo y no diré nada a la señora Norton.

La joven frunció la nariz en un gesto de desconcierto, pero su desconfianza no pareció decaer.

—¿Solo eso? —inquirió ella.

Gabriel se encogió de hombros.

—Te dije que estaba aburrido.

Sapphira aspiró un par de veces y miró el hombre frente a ella con lo que esperaba no fuera una aprehensión demasiado evidente, pero vaya que la sentía.

Cuando el señor Hartford dijo que estaba dispuesto a guardar silencio acerca de su más reciente infracción a cambio de que le contara del incidente en el establo, pensó que se burlaba de ella. Y aunque era posible que en parte así hubiera sido, también era obvio que sentía la suficiente curiosidad como para hablar en serio. La idea en sí era un poco ofensiva; que tomara sus desgracias como un entretenimiento no hablaba muy bien de él. Sin embargo, ella se encontraba lo bastante desesperada para aceptar cualquier cosa que le permitiera conservar el empleo.

Bueno, casi cualquier cosa, se dijo acentuando el ceño fruncido.

—¿Y bien?

El señor Hartford había elegido sentarse en una butaca en espera de

que satisficiera su curiosidad y en ese momento tenía el mentón apoyado en el dorso de la mano en una postura despreocupada que realzaba su atractivo. Un mechón de cabello le caía sobre la frente y mantenía esa sonrisa traviesa que lo hacía parecer más joven de lo que sin duda era.

—Bueno… —Sapphira enroscó un trozo de tela del delantal entre los dedos—. ¿Me da su palabra de que no dirá nada a la señora Norton?

Él elevó los ojos al cielo un instante para dejar en claro su fastidio.

—Te prometí que así lo haría —recordó él—. Ella no sabrá que pasas tus ratos libres escudriñando mis estanterías. Aunque dudo que te encuentres dentro de tus ratos libres, claro.

Sapphira contuvo el deseo de contradecirlo porque habría sido una mentira descarada y, pese a que se había visto en la necesidad de decir unas cuantas, siempre lo hizo llevada por la necesidad. Fingir que no usaba el tiempo en el que debía estar trabajando en sus incursiones por la biblioteca no era una necesidad, sino una muestra de descaro por la que se reprendería luego en privado. De modo que se tragó una réplica acerca de eso y miró al señor Hartford con expresión levemente avergonzada.

—No me refería solo a eso, sino también a lo que le cuente acerca del… asunto en el establo —aclaró ella—. Es posible que no haya sido del todo sincera cuando le hablé a ella acerca de eso.

La sonrisa en el rostro del señor Hartford se acentuó al oírla y Sapphira se dijo que era una pena que no lo hiciera más. Un hombre como él sin duda debería sonreír con mayor frecuencia. Le sentaba estupendamente.

—Ya —dijo él, al parecer encantado con su confesión—. Tampoco diré nada acerca de eso entonces, puedes confiar en mi discreción.

Sapphira lo miró, dudando de sus palabras, lo que él debió de advertir sin dificultad porque entrecerró un poco los ojos. Pero como no dijo nada, ella lo tomó como un pie para que empezara con su historia; de modo que se aclaró la garganta y procuró hablar sin revelar más de lo necesario.

—Me gustan los animales desde que puedo recordarlo —empezó ella—. Sin embargo, no hay muchos en el lugar del que vengo. Tenía razón al suponer que vivía en Londres antes de llegar a Surrey, y como sin duda sabe, salvo por los animales de compañía, no siempre se pueden ver allí los que se encuentran aquí en la propiedad.

—Hay muchos caballos en Londres —señaló él.

Sapphira asintió de mala gana al oírlo.

—Cierto —reconoció ella—. Pero las personas como yo… Nosotros no podemos poseer animales como esos o acercarnos demasiado a los que pertenecen a gente como… usted.

Él cabeceó al comprender y tuvo la delicadeza de no hacer mención a las muchas personas de su clase que no dudarían en denunciar a cualquiera que no considerara de los suyos y que se atreviera a tocar siquiera a uno de sus caballos.

—Continúa —la alentó él al cabo de un momento.

Sapphira se tragó su incomodidad e hizo lo que le pedía.

—Entonces, cuando llegué a trabajar a su casa, una de las cosas que más llamaron mi atención fue que hubiera tantos aquí. Sus cuadras son impresionantes —ella habló con fervor e incrementando su entusiasmo según avanzaba en su narración—. Están todos muy bien cuidados y son hermosos. Cada vez que puedo paso por los establos para echarles una mirada, y cuando los caballerizos los sacan a hacer ejercicio en las mañanas me gusta quedarme un momento observándolos porque es un espectáculo muy bonito…

Su voz fue callando según caía en la cuenta de que decía un montón de tonterías que sin duda a él debían de tenerlo sin cuidado, aunque no se atrevió a mirarlo para comprobarlo. De modo que se aclaró la garganta con delicadeza y procuró centrarse en lo que él pidió que le contara en primer lugar.

—He visto que, con ciertos caballos, los más ariscos, algunos de los caballerizos acostumbran ganarse su confianza acariciando sus patas para conseguir que les permitan montarlos —continuó ella.

Pudo imaginar al señor Hartford asintiendo por la leve oscilación de su pecho, la parte de su cuerpo en que tenía puesta la mirada.

—Comprendo —dijo él tan solo.

Sapphira suspiró, un poco avergonzada por lo que estaba a punto de develar a continuación:

—No se veía muy difícil y me dije que los caballos, en su mayoría, deben de estar entrenados para aceptar esa clase de movimientos…

—Así que simplemente decidiste que bien podrías intentarlo, supongo.

Ella estuvo a punto de decirle que desde luego que suponía bien, pero no quiso darle esa satisfacción; ya bastante se estaba divirtiendo a su costa. Así que se contentó con asentir con brusquedad y continuó como si apenas lo hubiera oído.

—Hay una en particular, es una yegua muy hermosa, su nombre es Selene, tal vez sepa de cuál le hablo. —Sapphira no esperó a que respondiera y siguió con su historia—: La señora Norton me había enviado para recoger unas cosas en el establo que necesitaba, no recuerdo para qué, cuando la vi en su cubículo y no pude resistirme a acercarme. Ya la había visto antes y parecía bastante amistosa; podría jurar que relinchaba de alegría cuando me acercaba…

De la misma forma en que habría podido jurar que el hombre frente a ella había estado a punto de emitir una carcajada, se dijo

interrumpiéndose con brusquedad, pero haciendo una vez más como que no se había dado cuenta. Desde luego que se iba a reír. Y aún no llegaba a lo mejor.

—El cubículo estaba entreabierto y ella no había escapado, lo que supuse era una muestra más de que es una yegua dócil, así que entré y la saludé.

—Tal vez no fuiste lo bastante amable. ¿La llamaste por su nombre, acaso?

La interrupción del señor Hartford la hizo fruncir el ceño y le dirigió una mirada indignada que, para su sorpresa, pareció incomodarlo. Era la primera vez que lo miraba directamente desde que aceptó contarle de ese incidente y no esperó atraparlo con la mirada fija en su rostro.

—La verdad es que así lo hice —dijo ella una vez que se recuperó de la impresión del choque que supuso encontrarse con su mirada de esa forma—. Creí… Supuse que eso le gustaría, y por un momento pareció que así había sido. De modo que se me ocurrió que podría probar a hacer lo que había visto a los caballerizos. No pretendía montarla, ni siquiera sé cómo hacerlo; no me he subido a un caballo en mi vida. Bueno, mi madre decía que sí que lo hacía cuando era pequeña, pero no puedo recordarlo…

Sapphira se detuvo al darse cuenta de que había dicho más de lo que debía; ¿por qué iba a nombrar a su madre frente a ese hombre? Enojada por su indiscreción, carraspeó y enhebró sus ideas a un punto menos personal.

—El caso es que al principio no pareció que nada fuera mal —ella retomó su historia procurando no enfocarse demasiado en sus ojos o en la forma en que habían destellado ante su indiscreción—. Le acaricié una pata y apenas se movió, así que me sentí lo bastante segura para intentar levantarla como había visto que hacían los hombres y… entonces ocurrió.

—¿Ocurrió?

Sapphira suspiró y se encogió de hombros.

—Intentó patearme —dijo, parpadeando al recordar la sorpresa que le produjo la reacción del animal—. ¡En la cara!

El señor Hartford recorrió su rostro con una rápida mirada al oírla.

—Por lo que puedo ver, parece que conseguiste esquivarla —comentó él.

Sapphira decidió ignorar su tono risueño.

—Tengo estupendos reflejos; soy buena esquivando golpes —comentó ella sin profundizar demasiado en ello—. Pero al hacerlo, caí de espaldas contra la puerta entreabierta y tumbé a uno de los caballerizos que acababa de entrar con otro de los caballos que había llevado a pasear. La yegua aprovechó para escapar y tuvimos que hacernos a un lado para salir de su camino; lo que fue una suerte

porque estuvo a punto de aplastarnos. Cuando huyó en dirección al prado, el otro caballo la siguió y causaron un desastre en el proceso. Desde luego, no fue eso lo que le conté a la señora Norton. A ella le dije que había intentado sacudir algo en el establo y que sin querer abrí la portezuela del cubículo, alterando a la yegua con el ruido, y que por eso se encabritó.

—¿Y ella se lo creyó?

La pregunta del hombre resonó en la estancia por un momento antes de que Sapphira se encogiera de hombros en señal de respuesta.

—Tal vez. Tal vez no —reconoció ella de mala gana—. Pero eso fue lo que dije, y como el caballerizo en realidad no vio lo que ocurrió antes de que lo sorprendiera, no pudo decir nada en mi contra. De cualquier forma, no creo que lo hubiera dicho; es un buen hombre y no creyó que fuera tan terrible. Fue tras los caballos de inmediato y, con la ayuda de uno de los lacayos que pasaba por allí, consiguieron llevarlos de vuelta al establo sin muchos problemas.

Él no dijo nada de inmediato, pero Sapphira advirtió que se dividía entre la hilaridad que debía de haberle causado su historia y algo más, algo que le impedía divertirse del todo.

—¿Siempre mientes con tanta facilidad? —preguntó él entonces.

A ella le habría gustado decirle que no, claro, no era algo de lo que una pudiera sentirse orgullosa o ufanarse frente al hombre para el que trabajaba; pero curiosamente solo se le ocurrió decir la verdad.

—No es algo que haga con gusto —respondió, sincera, y sin fingir una vergüenza que no sentía—. Pero si es necesario, no dudaría en hacerlo. No hice nada malo. Cometí un error y fui un poco imprudente, sí, y me siento culpable por haber puesto a la yegua y al otro sirviente en peligro; nunca lo haría de nuevo. Pero…

—Pero lo deseabas demasiado —completó él ante su imposibilidad de dar con una expresión adecuada.

Sapphira asintió de inmediato, un poco sorprendida de que él pudiera expresarlo con tanta claridad.

—Sí, exacto —dijo ella, aliviada—. ¿Puede culparme por eso?

El señor Hartford sacudió la cabeza de un lado a otro y su sonrisa, que hasta entonces le había parecido franca y carente de malicia, mutó bruscamente a otra más tensa y amarga. Tanto que pareció una vez más el hombre en el que había pensado con frecuencia preguntándose qué lo habría llevado a ese estado de perpetua tristeza.

—No. Por supuesto que no puedo culparte por desear tanto algo que no puedes tener —dijo él con frialdad pasados unos segundos—. Nos pasa a todos y, por lo general, nos ocurre lo mismo que a ti. Nos damos de bruces contra la realidad en el momento menos pensado.

Sapphira no supo qué hacer de inmediato frente a una sentencia como aquella, si asentir en señal de conformidad o preguntarle cuál

era la razón de ese encono que resumían sus palabras y que parecía dirigido a alguien más. Pero como eso último hubiera sido una temeridad y ella ya había cometido tantas en lo que iba del día, se contentó con cabecear en un gesto dudoso y lo observó en espera de que dijera algo más.

El señor Hartford, que debió de adivinar buena parte de lo que pensaba, ladeó el rostro y arqueó una ceja en un ademán carente de diversión.

—Ve tranquila —dijo él al fin—. Recibirás tu paga hoy y no diré una palabra a la señora Norton de lo que me has contado, pero por lo que más quieras, mantente alejada de las caballerizas o un día de estos oiré que te has roto el cuello por intentar escapar con uno de mis caballos.

—Yo no pretendía… —Sapphira calló al advertir que él solo se estaba mofando de ella y apretó los labios antes de continuar—: Sí, señor. Gracias.

El señor Hartford asintió y le hizo un gesto para que se marchara, cosa que ella hizo de inmediato, sintiendo un extraño vacío en su interior. En el fondo, había esperado que él se divirtiera a lo grande a su costa cuando le contara lo ocurrido en el establo; lo que no imaginó fue que él se mostrara tan melancólico e incluso enojado.

No por primera vez, mientras se apresuraba a presentarse ante la señora Norton para no darle más motivos de quejas, al menos por aquel día, se dijo que sin duda ese hombre era un enigma que, no entendía por qué, sentía la necesidad de desentrañar.

Capítulo 3

—De ninguna manera. No puedes esperar que acepte algo como eso.

—Gabriel…

—Sobre mi cadáver.

La señora Hartford no se mostró sorprendida por la explosión de su hijo. En lugar de alterarse o responder en consecuencia, extendió una mano para acariciar con semblante pensativo al caniche que reposaba sobre un cojín a su lado en el sillón y que apenas elevó el morro al sentir sus manos rozar sus pequeñas patas.

A Gabriel jamás le había gustado ese animal; lo consideraba casi una extensión de su madre, con tantos años encima que era un milagro andante y que siempre pareció encontrarlo tan molesto como le ocurría a él.

—No hace falta que exageres. Tu hermana y yo confiamos en tu bondad y en tu capacidad de perdonar…

La voz de su madre, pausada y cautelosa, se fue apagando según elevaba la mirada para posarla en su rostro tenso por el enojo.

—Bondad —repitió Gabriel en un remedo insultante de la voz de su madre—. Resulta curioso que uses esa palabra porque estoy convencido de que ni tú ni Cecily habéis pensado jamás que la merezca. En cuanto a mi capacidad de perdonar, la verdad es que lo has hecho sonar como una buena broma.

—Gabriel…

—Cecily no puede volver a esta casa, madre. No hay forma de que lo permita y me cuesta creer que siquiera lo consideres. —Gabriel abandonó la actitud socarrona que había adoptado hasta entonces y miró a su madre con expresión confundida—. ¿Cómo es eso posible? Fuiste la primera en declarar a los cuatro vientos que jamás consentirías disculpar su comportamiento y aquí estás ahora, abogando por ella.

—Cecily es mi hija —dijo su madre sin perder el temple.

—Y también es mi hermana —replicó Gabriel sin vacilar—. Y aun cuando desapruebe su conducta, jamás le desearía un mal. Prueba de ello es que haya pasado tanto tiempo haciendo la vista gorda cuando noté que la ayudabas pese a que me juraste que no lo harías.

La señora Hartford apretó una mano sobre el pelaje del caniche y este ladeó la cabeza para dirigirle una mirada cargada de enfado; Gabriel habría jurado incluso que estuvo a punto de enseñarle los dientes.

—No podía permanecer insensible a su dolor y a las privaciones que ha debido soportar durante todo este tiempo —dijo ella con gran dignidad.

Gabriel emitió un bufido.

—¿Privaciones? —repitió él—. Madre, Cecily no ha sufrido una sola privación en toda su vida y estoy seguro de que su mayor angustia en estos meses en París se ha debido tan solo a su incapacidad de gastar tanto como tiene por costumbre. Por lo demás, no dudo que lo haya pasado bastante bien. El que se encuentre aburrida ahora no es mi responsabilidad.

La señora Hartford se mantuvo firme al devolver a su hijo una mirada muy simular a la que él tenía en ese momento. En realidad, aunque ella era una mujer de edad avanzada, conservaba buena parte de la belleza que la hiciera destacar en su juventud; un atractivo que todos quienes la conocieron entonces aseguraban que había heredado a sus hijos. Sus ojos, de un curioso tono que recordaba al mar en reposo, destellaron con un brillo desafiante.

—Ella tiene derecho a volver y no está en la obligación de contar con tu permiso para ello —aseguró.

Gabriel sonrió y arqueó una ceja.

—Cierto. Cecily puede hacer con su vida lo que mejor le parezca; es lo que viene haciendo desde que tengo memoria —recordó él—. Pero de ahí a pisar esta casa y vivir bajo mi techo como si nada ocurriera, hay una gran diferencia.

—También es mi casa.

—No según el testamento de mi padre.

Ese había sido un golpe muy bajo, se dijo Gabriel al ver la reacción ofendida de su madre al escucharlo, y se avergonzó un poco por ello; pero el enojo, como ocurría con frecuencia últimamente, le ganó la partida y lo detuvo de expresar cualquier disculpa.

La señora Hartford debió de pensar que, de seguir por esa senda, no conseguiría lo que deseaba, porque relajó el rostro crispado y aspiró suavemente antes de volver a hablar en un tono mucho más conciliador.

—Cecily está arrepentida y se siente sola; quiere volver con nosotros, su familia, y no podemos darle la espalda ahora. Sabes que nadie la recibirá en Londres si piensan que no la apoyamos. Gabriel, ella cometió un error, pero ya ha dejado a ese hombre.

Gabriel suspiró y se llevó una mano al cabello alborotado. Su madre había enviado por él cuando acababa de despertar y aunque estuvo

tentado a negarse y decirle a la doncella que envió con el recado que le informara de que no pensaba bajar hasta mucho después, las palabras que según ella había usado la señora Hartford para hacer ese pedido lo convencieron de que debía de tratarse de algo demasiado importante para dejarlo pasar. Comprobó ahora que así era, pero se arrepentía de no haber hecho oídos sordos a ese llamado.

—Madre, eso ahora no tiene mayor importancia. ¿Crees que le interesará a alguien que Cecily dejara a su amante de turno porque se aburrió de él? Encontrará a otro pronto y todo empezará de nuevo.

—No puedes pensar…

Gabriel miró a su madre con el ceño fruncido.

—De Cecily solo puedo pensar y esperar lo peor —declaró, tajante —. Siempre lo he hecho y hasta ahora nunca me ha decepcionado.

—Ella no es mala —replicó su madre de inmediato—. A veces actúa sin pensar, se deja llevar por sus pasiones, es cierto, pero nunca te ha hecho ningún daño.

La mirada de su hijo la obligó a callar tan pronto como terminó de formular la última frase, pero fue ya muy tarde para que Gabriel hiciera como si no la hubiera oído.

—¿No? —inquirió él con un brillo peligroso en sus pupilas—. ¿No lo hizo?

La señora Hartford asumió nuevamente la expresión enojada que tanto se esforzaba por ocultar y el caniche elevó las orejas como si fuera capaz de presentir la tormenta que se avecinaba.

—Si te refieres a esa locura que estuviste a punto de cometer y a la opinión de tu hermana al respecto, debes saber que siempre estuve de acuerdo con ella y me alegra que ambas tuviéramos la suficiente sensatez para impedir que echaras tu vida por la borda. —La señora se atropelló con las palabras, pero no pareció tan convencida como aseguraba porque rehuía la mirada de Gabriel sin dejar de parpadear con rapidez.

Gabriel apoyó una de sus manos sobre uno de los cojines del sillón en el que se encontraba sentado y aspiró con fuerza al tiempo que se iba poniendo de pie con mucha lentitud.

—No quiero hablar de eso —dijo él con una frialdad que contradecía su expresión—. Ya no tiene sentido.

Su madre no se mostró de acuerdo pese a que en un inicio fingió que encontraba interesante la forma en que el perro había empezado a reptar para abandonar el diván y deslizarse suavemente sobre la alfombra.

—¿No lo tiene? —preguntó ella al cabo de un momento, después de que su compañero consiguiera huir y viéndose casi satisfecha de haber llegado a ese punto—. Porque no actúas como si así fuera. El abandono en el que te has sumido, el odio que me muestras cada día y

el rencor que albergas hacia tu hermana me lleva a pensar lo contrario.

—¿Y qué esperabas, madre? ¿Que actuara como si nada hubiera ocurrido? ¿Como si todos no se hubieran confabulado para convertir mi vida en un infierno?

Gabriel había empezado a dar vueltas alrededor de la habitación sin ser consciente de lo que hacía; daba la impresión de que era eso lo único que lo contenía de empezar a dar gritos. Su madre lo miraba con rastros de compasión en esos ojos tan similares a los suyos, pero él no pudo verlo y la señora se apresuró a ocultarlo como si se hubiera dado cuenta de ello y se avergonzara de esa muestra de debilidad. Cuando habló, lo hizo con una entonación serena pero aplastante que desmentía cualquier rastro de comprensión.

—Hice lo que tenía que hacer, Gabriel; lo que cualquier otro hubiera hecho en mi lugar —declaró con firmeza.

Su hijo detuvo sus pasos y la enfrentó con el rostro elevado en un gesto cargado de reproche.

—Si no te hubieras opuesto…

La señora Hartford sacudió la cabeza de un lado a otro y las comisuras de sus labios se elevaron en un intento de sonrisa carente de alegría.

—¿Y qué crees que habría ocurrido de no haberlo hecho? —preguntó ella en tono indulgente.

—Hubiera sido feliz.

La dama acusó la sentencia con un resoplido y miró a su hijo con una ceja arqueada en un gesto idéntico al que él asumía cuando pretendía burlarse de algo. O alguien.

—Desde luego que no —dijo ella.

—¿No?

—No. Porque aun cuando no me hubiera opuesto, ella no te habría aceptado.

Gabriel contuvo el aliento y odió el tono seguro de su madre tanto como la opresión que sintió en el pecho al oírla.

—No es verdad —negó él.

La señora Hartford asintió sin vacilar.

—Claro que es verdad. Y en el fondo lo sabes —dijo ella, implacable—. Gabriel, ella nunca te quiso y no importa lo que hicieras, jamás te habría correspondido. Deberías sentirte agradecido de que te rechazara de la forma en que lo hizo; Dios sabe que es una de las pocas cosas sensatas que esa chica hizo en su vida. Ahora ella parece ser muy feliz y tú nunca has sido más desgraciado, y eso se debe a tu terquedad. Si me hubieras oído…

Gabriel no se quedó para escuchar nada más. Se encaminó a la puerta e ignoró los llamados de su madre sin detenerse un instante.

Sentía su respiración acelerada y las manos húmedas por el sudor que afloró a su piel debido al esfuerzo de conservar el control para no decir lo que hubiera deseado porque, de haberlo hecho, no habría podido parar y posiblemente ese habría sido el fin de sus ya endebles relaciones con su madre.

Ascendió por la escalera del vestíbulo sin mirar los escalones y fue un milagro que no se diera de bruces por la velocidad que llevaba. Cuando llegó a su habitación cerró la puerta tras él con un golpe que hizo retumbar los goznes y pegó una patada a un cubo salido de no tenía idea dónde que encontró a su paso.

Solo cuando consiguió calmarse y su corazón dejó de retumbar en sus oídos, cayó en la cuenta de que no se encontraba a solas.

Vio un manchón gris sobre la alfombra y le costó un momento reconocer a la joven criada que lo miraba a su vez con los ojos muy abiertos y una expresión de desconcierto sin duda provocada por el espanto. A él no se le ocurrió disculparse por haberle dado ese susto, sin embargo, estaba aún demasiado alterado para eso. Lo único que deseaba era que desapareciera; no quería que nadie lo viera en ese estado. Y aún menos que ese alguien fuera ella, quien parecía ahora casi enojada por su abrupta llegada y el hecho de que acabara de volcar ese cubo que, ahora pudo verlo, debía de haber estado colmado de lo que fuera que usara para limpiar los pisos. Vio un líquido oscuro que empezó a humedecer la alfombra y cómo ella se apresuraba a intentar contenerlo con un paño con pésimos resultados.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él entonces, consciente de lo estúpido de su pregunta.

La joven solo tardó un segundo en responder pese a que lo hizo sin mirarlo, toda su atención puesta en la mancha sobre la alfombra.

—Limpio, señor.

—Ya lo noté.

«Entonces, ¿por qué pregunta?».

Gabriel supo sin asomo de duda que las palabras estuvieron a punto de salir de sus labios, pero ella logró contenerlas y él casi sintió admiración por esa muestra de voluntad. El problema era que no se encontraba en su mejor momento para apreciar ese rasgo de su carácter ni ningún otro, de modo que no se detuvo a rumiar en lo que ella debía de pensar de su actitud o de lo egoísta que estaba siendo al impedir que cumpliera con sus obligaciones pese a saber de sobra lo mucho que parecía ella necesitar el trabajo y su precaria posición en la casa.

—Hazlo luego —ordenó él sin mirarla.

—Pero…

—Pero ¿qué?

La joven se puso de pie con esfuerzo. El paño que usaba para

limpiar permanecía sujeto en una de sus manos mientras que la otra colgaba con desmayo.

—La señora Norton quiere que lo haga ahora —indicó ella en tono indeciso.

—Y yo quiero estar solo.

—Pero la señora Norton dijo…

Gabriel dio un paso hacia ella; uno lo bastante largo para encontrarse de golpe casi tan cerca que pudo advertir la tensión de sus labios, que acentuaron la pequeña cicatriz en su rostro y la forma en que sus ojos lucían brillantes por el enfado que apenas podía dominar.

—¿Estás poniendo los deseos de la señora Norton por encima de los míos? —preguntó él, inclinando el cuerpo hacia adelante en un gesto que otra persona habría encontrado amenazador, pero que a ella solo pareció enojarla más—. Quiero que te vayas. Ve a limpiar otro lugar, vuelve luego, no me importa. Y si ella tiene algún problema con eso, dile que suba a discutirlo conmigo.

Ella debió de ver algo en su rostro entonces, algo de lo que Gabriel se esforzaba tanto por ocultar. Una sombra de su dolor, quizá, o la certeza de esa desesperación que lo dominaba, porque él advirtió que su semblante mutaba de forma inmediata. Donde antes vio un fastidio que pensó la llevaría a responderle con enfado en cualquier momento, se encontró de pronto con una curiosidad manifiesta que pasó con rapidez a la compasión. Su mirada se suavizó y, para su sorpresa, ella sonrió. Era la primera vez que lo hacía en su presencia y al advertirlo lo envolvió una calidez extraña que de alguna forma pareció capaz de derretir en parte el frío helado que se había asentado en sus huesos tras la discusión con su madre y los malos recuerdos que esta trajo a su mente.

Confundido, dio un paso hacia atrás como si pretendiera así protegerse de algún peligro inexplicable y la vio asentir lentamente para luego ceñirse el paño a la cintura del delantal y tomar el cubo; todo sin abandonar esa sonrisa misteriosa y cargada de sabiduría que, estaba seguro, iba a empezar a perseguirlo por las noches.

—Me aseguraré de que nadie lo moleste.

Apenas la oyó pronunciar las palabras y, antes de que fuera capaz de comprender del todo lo que acababa de ocurrir, la vio marcharse cerrando la puerta tras ella con suavidad.

Una vez que se quedó a solas, Gabriel echó una mirada a la estancia, que ahora le pareció más vacía de lo habitual, y se dejó caer sobre su cama con los antebrazos apoyados sobre las rodillas y el rostro caído hacia adelante.

Se dividía entre el dolor y el desconcierto. Lo primero gracias a las palabras de su madre, que agravaron una herida que pese al tiempo transcurrido no había terminado de sanar y que posiblemente nunca lo

hiciera; y lo segundo por la extraña conducta de la criada.

No podía recordar cuándo fue la última vez que alguien tuvo una muestra de consideración como aquella para con él. Aunque dudaba de que la chica pudiera siquiera imaginar el motivo de su actitud, había sido lo bastante generosa para hacer a un lado su propio enfado, por justificado que fuera. Esa muestra de nobleza le hizo sentir más miserable que nunca y, de haberse encontrado ella allí, no habría dudado en disculparse.

Tocado aún por lo ocurrido, se echó hacia atrás y cerró los ojos intentando conjurar un rostro que se le antojó borroso, uno que antes nunca había tenido problemas para evocar con claridad. Tal vez incluso los malos recuerdos terminaban por disolverse frente a la rotundidad del tiempo, se dijo con un suspiro cargado de pesar. Ojalá el amor desapareciera con la misma facilidad.

Si la gente supiera lo que algo tan aparentemente inocente como el juego era capaz de provocar, lo tomarían con mayor seriedad, se dijo Sapphira al echar una mirada alrededor de la mesa.

Se encontraba en el salón de los criados y acababa de dar cuenta del guisado que la señora Cushing puso frente a ella tan pronto como se dejó caer sobre su silla con un suspiro de cansancio. Como ocurría casi cada día, era la última en bajar a cenar porque era también quien más tardaba en terminar con sus labores, y los otros criados jamás hubieran considerado retrasar la comida por ella, lo que, reconoció mientras daba un mordisco a un trozo de ternera, era bastante justo. Posiblemente ella tampoco lo habría hecho por ninguno de ellos.

Salvo por otra de las criadas, Vivian, y por un joven lacayo que entró a trabajar poco después que ella, quienes tenían una edad cercana a la suya y eran bastante amistosos la mayor parte del tiempo, debía reconocer que los demás parecían más bien indiferentes a su presencia. Podría desaparecer un día y ni siquiera lo notarían. No era una apreciación que le provocara ningún dolor, sin embargo; eran corteses con ella, en especial la señora Cushing, quien se preocupaba siempre de que hubiera un plato de comida caliente para ella cuando lo necesitara. El problema era que en un lugar como aquel la rotación de personal era bastante habitual y no tenía sentido encariñarse con nadie. Sapphira sabía mucho acerca de las conveniencias de mantener prudente distancia con otras personas; así se evitaban muchos malos momentos y bastantes pesares.

—Como sigas así terminarás por entregarme toda tu paga al final de la semana, Denny.

Su atención se vio atraída por la charla al otro extremo de la mesa y apartó sus pensamientos para enfocarse en el pequeño grupo que

bromeaba mientras los miembros del mismo escudriñaban las cartas que tenían entre las manos.

El joven que había hablado, Arthur, miraba a un muchacho unos años mayor que él y quien se esmeraba en contar las pocas monedas que le quedaban.

—Tendré más suerte en esta… —murmuró él.

—Ambos la tendrán tan solo si el señor Timmons no se da cuenta de que apuestan dinero. Saben que lo tiene terminantemente prohibido.

Fue la señora Cushing quien formuló la sentencia al mirar sobre su hombro a los muchachos antes de regresar su atención al diario que tenía frente a ella. A diferencia de los demás, no parecía muy interesada en el juego, pero habría sido imposible que no notara la actividad a su alrededor y, como siempre, tenía algo que decir al respecto.

—Pero usted no se lo dirá, ¿cierto?

La cocinera no respondió a la pregunta de Arthur, pero le dirigió una mirada de reojo e hizo un mohín que estuvo a punto de convertirse en una sonrisa antes de negar suavemente con la cabeza y enfrascarse una vez más en su lectura.

El lacayo era un joven bien parecido pese a que acostumbraba adoptar una postura esmirriada cuando no se encontraba de servicio, y a Sapphira no le extrañó que la señora Cushing se mostrara tan tolerante con él. De haber sido otro, no habría dudado en acusarlo ante la señora Norton antes de verse envuelta en algo que quebrara las férreas reglas impuestas a la servidumbre.

Arthur esbozó una sonrisa satisfecha ante esa muestra de apoyo, un gesto que se acentuó al reparar en la mirada de Sapphira, que permanecía atenta al intercambio sin soñar siquiera con intervenir. A ella le daba más bien igual lo que hicieran siempre y cuando no se viera involucrada en eso; lo único que quería era terminar con su cena y tomarse unos minutos en relativa paz antes de meterse en la cama. Siempre y cuando al ama de llaves no se le ocurriera que necesitaba algo más de ella, claro.

—¿Quieres jugar, Sapphira? Si no tienes dinero, puedo prestarte unas monedas —ofreció el muchacho con un ojo puesto en su rostro.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro tras llevarse otra cucharada a la boca.

—No, gracias —dijo ella—. No juego.

—¿Por qué no?

—No me gusta.

Arthur no se vio satisfecho con esa respuesta, pero no dijo nada de inmediato porque toda su atención se vio atraída por el naipe que lanzó su contrincante sobre el montón en el centro que dispusieron para ello. Otros dos miembros del servicio, un palafrenero y el hijo del

jardinero, seguían el juego con interés, aunque ya habían dejado de ser parte de él por falta de fondos.

—Debiste retirarte cuando te lo dije, muchacho.

El lacayo se vio encantado ante la carta mostrada y miró las suyas con una sonrisa cargada de diversión antes de dejar caer otra de mayor valor, lo que provocó un coro de carcajadas de los espectadores y un quejido de pesar proveniente del otro hombre que, angustiado, efectivamente iba a tener que entregar toda su paga de la semana.

—Eso es todo para mí —dijo el perdedor, poniéndose de pie con brusquedad—. Me voy a la cama.

Los otros lo vieron marchar con algunas sonrisas mientras la señora Cushing abandonaba una vez más su diario para dirigirle una mirada de lástima. Sapphira, en cambio, tomó el último bocado de su plato y lo ignoró pese a que pasó por su lado en dirección a las habitaciones de los sirvientes. De haberlo mirado, sin embargo, él habría advertido que no iba a encontrar burlas o compasión de su parte, pero sí un desprecio casi palpable.

—Bueno, nadie lo obligó —comentó Arthur tras encogerse de hombros y tomar el dinero antes de mirar una vez más a Sapphira—. ¿Segura de que no…?

Él dejó la frase en el aire y ella negó una vez más, sin responder. No le gustaba atraer la atención; procuraba pasar tan desapercibida como era posible, pero, desde su llegada, Arthur había dado muestras de encontrarla atractiva y, por mucho que ella procuraba mantener las distancias sin mostrarse antipática, era evidente que iba a resultarle un poco complicado quitárselo de encima.

Por suerte, la atención del muchacho se vio reclamada por el palafrenero, que en ese momento examinaba las cartas que dejara caer sobre la mesa. Fastidiado, las desperdigó con una mano y lo señaló con el mazo que aún tenía sin abrir en la otra.

—¿Juegas? —preguntó él con un retintín desafiante.

El otro hombre se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Sabes que no tengo con qué. Solo quería mirar…

—Mirar y jugar no es lo mismo y yo no tengo tiempo para quedarme mirando nada; al menos nada que tú puedas mostrarme —replicó Arthur, dirigiendo a Sapphira una rápida sonrisa antes de continuar—: Si no juegan, dejémoslo por hoy antes de que baje el señor Timmons y nos metamos en problemas.

Sus compañeros asintieron para dar a entender su aceptación y el muchacho se encargó de guardar las cartas. Sapphira, que seguía sus movimientos con discreción, exhaló un hondo suspiro y se puso de pie para dejar su plato en la pila que la ayudante de la señora Cushing se encargaría de lavar antes de terminar el día. Agotada, agradeció a la cocinera y dejó la cocina sin prestar atención a los otros; pero dos

cosas se le quedaron grabadas en la memoria y ambas resultaron igual de desagradables.

La primera fue la mirada que le dirigió Arthur y que pudo sentir sobre su espalda durante todo el camino a través del corredor antes de desaparecer al doblar un recodo; la otra, fue el vistazo que consiguió dar a las cartas que el muchacho mantenía ocultas en la manga durante el juego. Hubiera dado su propia paga de la semana por no haber visto nada de ello porque estaba segura de que una u otra cosa, o a lo mejor ambas, habrían de darle muchos problemas en el futuro.

Gabriel no volvió a toparse con la criada hasta unos días después del encuentro en su habitación y, pese a lo poco que le apetecía reconocerlo, era posible que aquello estuviera relacionado con el hecho de que parte de él temía lo que pudiera ver en ella después de haberlo contemplado en un punto tan bajo. Aunque, bien pensado, se dijo una mañana en la que salió a montar pasado el mediodía, ¿acaso no lo había visto ella precisamente solo en sus puntos más bajos?

El sol había salido en todo su esplendor y sus rayos le quemaron la piel de los brazos cubiertos por la camisa; le bastó con ver el resplandor desde el salón antes de salir para que decidiera dejar la chaqueta en casa ignorando la mirada de reprobación que le dirigió Timmons. Algún día iba a despedir a ese hombre, se prometió.

Al salir, sin embargo, buena parte de su fastidio pareció esfumarse cuando inhaló el aire caliente y limpio que inundó sus pulmones. Cerró los ojos y dejó que la brisa le alborotara el cabello; una sonrisa se dibujó en sus labios mientras se dirigía a las caballerizas. Antes de entrar, echó una mirada alrededor y lo asaltó la misma sensación que le era tan familiar desde que tenía memoria. Casi todos sus problemas desaparecían cuando se encontraba en ese lugar; su padre lo acostumbró a canalizar su energía en esa clase de actividades incluso cuando era un niño inquieto y despreocupado. Y ese refugio nunca lo había defraudado.

Hizo un gesto para despedir a uno de los palafreneros que se acercó a ofrecer su ayuda, algo innecesario porque todos los que trabajaban allí sabían que él prefería preparar a su montura por sí mismo, y el muchacho se alejó tras asentir. Gabriel vio que cargaba entonces con unos grandes cubos colmados hasta el borde con agua y que dejaba el establo arrastrando los pies.

Llegó a sus oídos el sonido de un relincho y supo que Odín, su caballo favorito, un semental por el que pagara una pequeña fortuna hacía un par de años, debió de advertir su presencia. Su potrero era el más alejado del establo para de esa forma mantenerlo apartado del resto de caballos; tenía un temperamento tan volátil que era la única

opción que encontraron sus cuidadores para evitar problemas innecesarios.

Al llegar a la puerta del potrero, dispuesto a darse prisa para empezar el paseo de una buena vez, le gustara la idea a Odín o no, notó que esta se encontraba entreabierta y frunció el ceño, incrédulo ante semejante negligencia. Todos allí tenían advertido que debían mantener esa puerta firmemente cerrada; el caballo podía ser violento con los extraños. Gabriel estuvo a punto de llamar al palafrenero en jefe para preguntarle el motivo de ese descuido, pero al mirar sobre su hombro notó que se encontraba a solas.

Fastidiado, y tras prometerse que sostendría una seria charla con el encargado en cuanto volviera de su recorrido, abrió del todo la puerta, atento a la reacción del animal al verlo. Lo que encontró allí, sin embargo, lo dejó paralizado.

Ella, desde luego. ¿Quién más?

Preguntándose si el destino había decidido burlarse de él, Gabriel aspiró con fuerza y observó a la joven que se encontraba acuclillada y tambaleante al lado de su caballo. Una de sus manos acariciaba su flanco izquierdo mientras la otra se mantenía en el aire, pero con la evidente intención de obligarlo a levantar una de sus patas traseras. El caballo resoplaba y parecía estar a punto de tirarse hacia un lado para alejarla, con lo que sin duda la hubiera aplastado. Chica estúpida.

Gabriel sintió que se le detenía el corazón por un instante antes de atinar a reaccionar, pero cuando lo hizo no se permitió dudar ni un segundo.

—Sapphira, retrocede —dijo él en tono firme y calmado.

La joven miró sobre su hombro, sorprendida, sin duda, tanto por haber sido descubierta como por la orden dada, además de que era la primera vez que la llamaba por su nombre; pero se recuperó con rapidez y volvió pronto su atención al caballo.

—Si me alejo lo asustaré —dijo ella sin alterarse.

—Y si no lo haces te matará.

—No será…

—Haz lo que te dije —insistió él con mayor dureza—. Retrocede hacia mí con cuidado. Sapphira, no te lo pediré de nuevo. Ven aquí.

La joven vaciló una vez más, pero debió de ver algo en su mirada que terminó de convencerla, como que de no hacerle caso él se ocuparía de terminar la labor del caballo. De modo que suspiró y apretó los labios en un gesto de reproche, pero fue poniéndose de pie con cuidado y retrocedió con cierta torpeza, con lo que consiguió atraer la atención del animal, que elevó las orejas y se encabritó ligeramente.

Gabriel dio un paso hacia adelante, atento a la reacción del caballo y a los movimientos de la muchacha; cuando esta se encontró cerca

extendió una mano y la tomó por la muñeca con firmeza. Ella continuaba moviéndose lentamente y, cuando calculó que estaba lo bastante alejada del caballo, asentó la mano en su antebrazo y tiró de ella con brusquedad para sacarla del cubículo sin importarle que en el proceso terminara pegada a su cuerpo y lo empujara con su peso contra una de las paredes del establo. Una vez fuera, Gabriel usó la mano libre para cerrar el compartimento cuando vio que el animal iba hacia ellos y exhaló un suspiro de alivio al mover el cerrojo y oír que el caballo daba coces contra la madera.

La joven, que al fin pareció darse cuenta del peligro que había corrido, suspiró también y cerró los ojos. No fue hasta un par de minutos después que cayó en la cuenta de que se había apoyado con desmayo sobre el pecho de Gabriel; entonces levantó la cabeza de golpe y, abriendo los ojos, intentó alejarse, pero él la tenía sujeta por la cintura.

—Te dije que corrías el riesgo de que algún día te encontrara con el cuello roto —dijo él, hablando casi sobre su oído y con la respiración agitada por la tensión—. ¿Qué pretendías? ¿Robarlo?

Sapphira sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Y yo recuerdo haberle dicho que nunca he robado nada en mi vida —declaró ella.

—Tu actitud me lleva a pensar lo contrario.

—Solo quería acariciarlo…

—Desoyendo mis consejos, claro —comentó él en tono cáustico.

Sapphira no respondió de inmediato, pero echó el rostro hacia atrás, procurando que él no pudiera ver lo mucho que le afectaba la forma en que la sujetaba contra su cuerpo ni el levísimo temblor en su voz.

—Gracias —dijo ella.

Gabriel asintió tras posar la mirada en su rostro y fue soltándola lentamente, momento que ella aprovechó para retroceder y poner distancia entre ambos.

—Supongo que esto es algo que preferirías que tampoco comentara a la señora Norton —dijo él con sorna, sonriendo.

Pareció como si Sapphira hubiera estado a punto de devolverle la sonrisa, pero se contuvo a tiempo y un tenue rubor afloró a sus mejillas.

—Lo agradecería mucho —respondió ella con cierto descaro.

Gabriel asintió una vez más, pero se mostró bastante severo al responder.

—Siempre y cuando me prometas que te mantendrás alejada de cualquier animal de cuatro patas que esté dentro de mi propiedad —anotó él, sin rastro de risa en su voz.

Ella vaciló un segundo, como si se encontrara tentada a negarse, pero al final cabeceó en señal de conformidad y se vio tan apenada

por eso que Gabriel no dudó de que estuviera siendo sincera.

—De acuerdo —dijo ella—. Supongo que eso no incluye a las gallinas; ellas no tienen cuatro patas.

Gabriel no pudo contener más la sonrisa.

—No, claro que no, pero tienen picos —recordó él—. De cualquier forma, confío en que podrás arreglártelas con ellas si hace falta.

Sapphira no respondió y Gabriel se dijo que ya había hablado y hecho suficiente. Si su madre supiera que sostenía esa clase de charlas con una de las criadas le daría un ataque de nervios. Lo que no le pareció en ese momento una perspectiva tan mala, pero se reprendió a sí mismo casi de inmediato. Era una idea demasiado mezquina, incluso para él.

—Vuelve al trabajo —dijo él en un tono algo más formal del que usara hasta entonces, pero hubo una inflexión burlona en su voz al continuar—: Siempre y cuando tengas alguno, claro.

Esta vez Sapphira no contuvo la sonrisa y Gabriel se dijo que era impresionante la forma en que le cambiaba el rostro al hacerlo. De un semblante adusto, casi arisco, lo que la hacía parecer mayor y menos atractiva de lo que en verdad era, pasaba a adoptar una calidez que le pareció radiante. Sus mejillas se encontraban sonrosadas, sus ojos oscuros brillaban y un largo mechón de cabello castaño se le había escapado de la cofia, cayendo sobre el rostro terso y levemente bronceado por el trabajo a la intemperie. Sí, sin duda era una joven más llamativa de lo que parecía a simple vista.

Gabriel la observó marchar con los ojos entrecerrados, preguntándose en qué habría estado pensando para dejarse envolver de aquella forma por las sensaciones que inspiraba en él. Procuró no concederle mayor importancia al tema, de cualquier forma, era más sencillo achacar ese interés a su siempre presente aburrimiento y al hecho de que parte de él encontraba divertido ir contra los deseos de su madre. Si ella estaba decidida a deshacerse de la muchacha, casi tenía sentido que él luchara por lo contrario.

Satisfecho de haber llegado a esa conclusión, exhaló un suspiro y tomó una silla de montar colgada en unos arneses al lado del cubículo en el que se encontraba su caballo antes de entrar, decidido a dar ese paseo que tenía en mente desde su llegada.

Odín se veía más calmado de lo que esperaba y emitió un suave relincho al verlo, llevando la mirada tras su hombro como si esperara ver aparecer a alguien más tras él.

Gabriel le dio una palmada en los flancos al tiempo que extendía una mano frente a su nariz para que lo olisqueara, y solo entonces, cuando lo vio sacudir la crin con agrado, se agachó a recoger los aparejos que había dejado caer al entrar. Tomó la silla y tiró de ella, pero al hacerlo dejó al descubierto un trozo de papel que se apresuró a

recoger. Lo examinó con curiosidad, preguntándose qué podría ser.

Era un papel de mala calidad, arrugado posiblemente por todas las veces que había sido doblado y vuelto a doblar. Pensativo y sin poder resistir la curiosidad, lo desdobló y lo puso a contraluz para descifrar lo que llevaba escrito. Eran solo unas líneas trazadas con más esmero que elegancia, pero perfectamente legibles.

—«Vuelve —leyó en un susurro, con lo que su voz retumbó en la estancia y alertó al caballo, que elevó las orejas—. Te extraño. Nada es lo mismo sin ti; te recuerdo cada día y pienso en ti todas las noches antes de dormir. Vuelve a casa. Te esperaré siempre».

Una inicial, una E escrita y subrayada un par de veces cerraba el mensaje, y Gabriel distinguió unos cuantos manchones causados por lo que supo debían de ser rastros de lágrimas caídas durante su lectura. No supo de dónde salió esa certeza, pero no se permitió dudar ni un instante de que ese papel se le había caído a Sapphira y que esas lágrimas fueron suyas.

Sorprendido por ese descubrimiento inesperado y con demasiadas conjeturas danzando en su cabeza, Gabriel guardó el papel en el bolsillo de su chaleco y terminó de ensillar a Odín. Una fina línea dividía su ceño acentuado y dejó el establo tirando de las riendas del caballo con paso lento. Una vez en el prado, sobre los lomos del animal, lo forzó a correr a campo a través durante horas, pero, desgraciadamente, comprobó cuando acababa de iniciar el regreso, el paseo resultó mucho menos agradable de lo que había esperado.

¡La carta! ¿Dónde demonios la dejó?

Sapphira revolvió sus bolsillos por décima vez en lo que iba del día y emitió un bufido mezcla de enojo y desesperación. ¿Cómo había podido perderla? ¿Y si alguien más la encontraba? Esa última posibilidad no le preocupaba tanto como el hecho de que nadie lo hiciera y no pudiera recuperarla. No había nada comprometedor en la nota que la preocupara; eran tan solo unas líneas que no le concernían a nadie más que a ella. Y las necesitaba. Con todas sus fuerzas. Eran lo único que le ayudaba a resistir esa vida que se había esmerado tanto por conseguir, lo que le ayudaba a abrir los ojos cada día en las mañanas y continuar.

Triste y cabizbaja, estuvo algo más distraída de lo habitual aquel día y la señora Norton pareció tomarlo como una señal para ser incluso más dura con ella de lo que tenía por costumbre. La reprendió por una mancha que dejó en una pieza de porcelana en el salón privado de la señora Hartford al sacudir, y también por no haber encendido el fuego como ella le había ordenado que hiciera. Encontró también un pequeño reguero de cera bajo un candelabro en el vestíbulo que no

advirtió al cambiar las velas…

Para cuando llegó la noche, Sapphira se sentía a punto de romper a llorar. Había perdido su preciosa carta y esa horrible mujer no hacía más que ir tras ella para reprenderla por un error tras otro. El hecho de saber que lo merecía en parte no le ayudó a sentirse mejor. Por eso, cuando llegó al comedor de los criados al anochecer y encontró al grupo de siempre jugando a las cartas en un extremo de la mesa, ocupó la silla más alejada a ellos y mantuvo su mirada firmemente puesta en el plato que la señora Cushing le entregó al verla llegar.

Eran todos un montón de idiotas, se dijo malhumorada al oír las exclamaciones según iban avanzando con el juego. Se encontraba también allí el muchacho que había perdido su última paga hacía solo unas cuantas noches y a Sapphira le bastó con una mirada de reojo para saber que corría el riesgo de perder también la siguiente; pero no se le ocurrió advertirle ni decir una sola palabra. Se encontraba aún demasiado consternada por la pérdida de su carta como para preocuparse por la negligencia de alguien que al parecer no aprendería jamás de ese tipo de lecciones.

Tal vez debido a su molestia, le costó disfrutar de la cena que, por lo general, esperaba con ansias y comió con desgana solo porque sabía que no hacerlo hubiera sido un gesto infantil. La señora Cushing, siempre atenta, le lanzaba unas cuantas miradas de reojo como si de pronto la encontrara muy interesante, cosa que a Sapphira no le hizo ninguna gracia. Odiaba atraer la atención ajena, pero supuso que la cocinera debía de haber notado que estaba más taciturna y callada de lo habitual.

Un lamento llegó a ella del otro lado de la mesa, pero se forzó a mantener la mirada fija en sus manos que sostenían el plato por los bordes. No era asunto suyo lo que ocurriera allí e involucrarse solo le traería problemas que definitivamente no necesitaba. Al cabo de un par de minutos, sin embargo, un corro de carcajadas llegó a sus oídos y no pudo permanecer indiferente por más tiempo.

Como ocurriera en otras ocasiones, todo parecía sucederse alrededor de Arthur, quien parecía tener una extraordinaria habilidad para encandilar a grupos compuestos por jóvenes impresionables y un tanto cándidos, como aquellos que en ese momento lo veían con admiración. El muchacho hablaba con rapidez mientras barajaba un mazo de cartas sin perder la concentración; se echaba el rubio cabello para atrás con un movimiento de la cabeza cuando algún rizo caía sobre su frente y dirigía miradas de alerta a los tres jóvenes que seguían sus movimientos con avidez. En una de aquellas ocasiones, su vista se vio atraída por la silente contemplación de Sapphira, que se mantenía apartada del grupo con el ceño fruncido, y la obsequió con una sonrisa sugerente que a ella le revolvió el estómago y la obligó a

volver su atención a su comida, que le supo más insípida que antes.

El muchacho, al parecer encantado de haberla atrapado mirándolo y con el pecho inflamado, redobló las risas y habló incluso con mayor rapidez, obteniendo así la atención de sus compañeros de juego. Todos lucían encantados con su comportamiento, incluso la señora Cushing y un par de criadas que observaban el juego con interés y le dirigían benevolentes miradas cada tanto como si lo encontraran encantador. Cuando Sapphira volvió a dirigir la mirada hacia allá, sin embargo, notó que el muchacho que iba perdiendo no parecía tan entusiasmado como los otros.

Era joven, aunque era evidente que contaba con unos cuantos años más que ella; pero había algo en su rostro pálido que acentuaba sus pecas y el rostro enjuto que le hizo compararlo con un niño indefenso, y no pudo evitar que le recordara a otros como él, que había visto muchas veces antes. Las manos del muchacho temblaban al sostener las cartas contra su pecho en un gesto protector del todo inútil porque era obvio que, si de su habilidad y temple dependía, Arthur y los otros tenían una nueva victoria segura.

Cuando la última carta cayó, Sapphira dejó de fingir que no le afectaba lo que ocurría frente a ella; si Arthur lo deseaba, podía soñar con que ella lo encontraba demasiado interesante como para resistirse a verlo, que era precisamente lo que hacía. La diferencia era que, contrario a lo que sin duda el joven debía de esperar, ella no tenía la mirada puesta en su apuesto rostro, sino en sus manos, y lo que vio la llevó a acentuar aún más el ceño fruncido, sintiendo cómo la sangre le hervía en las venas. Sin darse cuenta del todo de lo que hacía, empuñó la mano con fuerza sobre la mesa y se clavó las uñas en la palma hasta casi hacerse daño.

El muchacho que llevaba las de perder empezó a parpadear con rapidez mientras Arthur extendía una mano para tomar sus últimas monedas y Sapphira advirtió que lo hacía para contener las lágrimas que afloraban a sus ojos.

—Vamos, Denny, son solo unas monedas, no tienes que ponerte tan sensible, actúas como una niñita…

La burla de Arthur terminó de hacerle perder el escaso control que se esmeraba tanto por conservar. Los acontecimientos del día: el encuentro con el señor Hartford, la pérdida de su carta, las recriminaciones de la señora Norton… Todo terminó por rebasarla y, antes de que supiera lo que hacía, casi como si fuera otra persona la que se movía en su lugar, advirtió que sus pies la obligaban a ponerse de pie y echaba la silla hacia atrás para dirigirse al otro lado de la mesa. Una vez allí, se detuvo tras el muchacho que, consternado por su derrota, apenas advirtió su presencia.

Arthur, en cambio, había seguido sus movimientos desde que

empezó a caminar en su dirección y le sonrió mostrando todos los dientes en un gesto que debió de juzgar atractivo, pero que a ella solo la indignó más.

—Hola, Sapphira; parece que después de todo sí que nos encuentras interesantes —Arthur se dirigió a ella con un gesto radiante—. Denny está a punto dejar su lugar; no le queda ni un penique. ¿Te interesa unirte? Prometo que seré amable.

Los otros muchachos celebraron su broma con risas ahogadas e incluso una de las criadas que observaba la escena esbozó una sonrisa burlona, pero Sapphira apenas lo notó. De pronto, una helada calma había hecho presa de ella, arrasando con el enojo que la asaltara hasta hacía unos segundos.

¿Qué había dicho él una vez?

«En el juego, como en la vida, siempre ganan los que conservan el control, mientras que los que pierden son los que se dejan llevar por la pasión», recitó Sapphira para sí.

Una lástima que él no siempre siguiera sus propios consejos, claro, pero en ese momento a ella le vino muy bien recordarlo. De modo que, sin responder, hizo un gesto a Denny para que se hiciera a un lado, lo que este hizo sin vacilar tras dirigirle una rápida mirada de sorpresa. Entonces ella ocupó su asiento y tomó una carta con descuido sin permitir que nada en su expresión revelara lo que pensaba.

—¿Cuánto apuestan?

La pregunta surgió de su garganta en un tono inocente que pareció divertir a Arthur.

—Solo unos peniques, nada que te lleve a la pobreza; al menos no te dejará más pobre de lo que ya eres. —El muchacho celebró su propia broma, pero luego la observó con una sonrisa sugerente—. Podemos apostar otras cosas si lo prefieres…

Sapphira contuvo un bufido y echó el cuerpo hacia atrás al tiempo que dejaba caer la mano sobre la mesa para tomar un mazo de cartas sellado y lo extendía con firmeza frente a la nariz del muchacho.

—El dinero estará bien —aseguró ella con un brillo en la mirada—. Reparte.

Arthur sufrió un pequeño sobresalto como si su tono acerado lo hubiera sorprendido, pero se repuso con rapidez y asintió con un gesto cargado de mofa.

—Sí, señora —dijo entre dientes.

Sapphira no respondió, pero mantuvo la mirada fija en sus manos sin parpadear. Alguien más alerta y con mayor experiencia habría encontrado eso tan extraño como el hecho de que sus dedos seguían una rítmica secuencia al golpear suavemente sobre la mesa.

Capítulo 4

Contrario a su costumbre, Gabriel decidió levantarse temprano esa mañana. El día anterior recibió una carta de su administrador en la cual anunciaba que estaba a punto de partir a Londres para ocuparse de algunas gestiones necesarias para mantener sus inversiones en la ciudad funcionando y para ello necesitaba su firma en algunos documentos. Aunque a él le gustaba aparentar que no le importaba si su herencia se iba a pique, la verdad era que estaba tan habituado a preocuparse por esas cosas y había luchado tanto porque todo marchara bien durante la enfermedad de su padre que ahora le costaba adoptar una actitud de absoluta indiferencia.

¿En qué le perjudicaba firmar uno o más papeles mientras el administrador cumplía con el trabajo por el que le pagaba? Tal vez fuera negligente, pero era más fácil serlo cuando se nadaba en dinero que sumido en la pobreza, se dijo con cierto desprecio dirigido a sí mismo por un pensamiento tan egoísta mientras hacía como que no notaba la mirada de su madre fija en su rostro desde el otro lado de la mesa.

La señora Hartford no había dicho una sola palabra desde que lo vio aparecer en el comedor; ni siquiera se molestó en darle los buenos días ni Gabriel mostró interés en burlarse por ello como había hecho en otras ocasiones. Desde su última charla respecto al interés de Cecily por regresar a Inglaterra y de que él se negara de forma tajante a recibirla en casa, la señora había levantado la bandera para dar inicio a una guerra sorda que, por lo que parecía, estaba a punto de estallar. Gabriel conocía demasiado bien a su madre como para soñar siquiera con que fuera capaz de mantener esa aparente resignación durante más tiempo.

En ese momento, sin embargo, parecía más interesada en mirar con el ceño fruncido a uno de los lacayos que había osado poner una fuente sobre la mesa con más fuerza de la necesaria provocando un tintineo que le crispó aún más los nervios. Gabriel sintió una oleada de compasión por el pobre diablo porque sabía lo alarmante que podía ser convertirse en objeto de la furia de su madre, pero no fue necesario que fuera en su ayuda porque la irrupción del ama de llaves,

que llegó con paso apresurado y el semblante tenso, lo libró de cualquier reproche que hubiera estado cerca de recibir.

Las llaves que la mujer llevaba colgadas de la cintura resonaron al entrechocar una contra otra cuando se detuvo bruscamente ante su madre tras dar un par de cabezadas en señal de saludo, la segunda de estas dirigida a Gabriel, quien la observó con una ceja alzada. Su rostro no auguraba nada bueno y parte de él se hizo una idea de qué o quién podría haberlo ocasionado.

Su madre, que lo mismo que él pareció un tanto sorprendida por una llegada tan abrupta y por el hecho de verse interrumpida en medio de una comida, algo del todo insólito en alguien tan apegada a las normas como la siempre atinada ama de llaves, vio a la mujer con el ceño fruncido y la alentó a hablar haciendo un gesto con el mentón.

—Es ella, señora —el ama de llaves habló después de cabecear en señal de disculpa—. Otra vez.

Tal y como le había ocurrido a Gabriel, la señora Hartford no pareció necesitar que le aclarara a quién se refería.

Desde luego que sabía de quién se trataba.

—¿Qué ha hecho ahora?

El ama de llaves carraspeó antes de hablar y cuando lo hizo fue mirando sus pies como si le avergonzara profundamente lo que estaba a punto de revelar.

—El señor Timmons la encontró jugando a las cartas con los lacayos —dijo ella en voz susurrante.

Gabriel tuvo que inclinarse un poco hacia adelante para oírla, pero fue obvio que su madre la escuchó perfectamente porque abrió mucho los ojos y, tras separar los labios un par de veces, se aclaró la garganta para hablar:

—¿A las cartas? —preguntó, asombrada—. ¿Dice que esa chiquilla imprudente ha estado instigando esa clase de actividades bajo mi techo?

La señora Norton asintió varias veces y abandonó parte de su actitud temerosa al ver su indignación reflejada en su ama.

—Y apostaban dinero, señora —acotó, horrorizada—. ¡Dinero! Lo que está estrictamente prohibido.

—Desde luego que lo está. Y también debería estarlo que una joven bien criada juegue con muchachos, pero supongo que es demasiado pedir para alguien como ella… ¡Tiene que irse! No puede permanecer aquí ni un segundo más…

Gabriel juzgó que era un buen momento para intervenir antes de que su madre empezara con una retahíla de reproches y entonces nadie podría detenerla.

—¿Y cómo le iba? —preguntó él dirigiéndose a la señora Norton.

El ama de llaves tomó aire con brusquedad al verse interrogada de

una forma tan poco clara y le dirigió una mirada de confusión.

—¿Perdón, señor? —inquirió ella a su vez.

—En el juego. ¿Cómo le iba en el juego?

—Según sé, ganaba, señor.

La respuesta del ama de llaves se oyó un tanto débil, como si no comprendiera la importancia de aquella cuestión. ¿Qué más daba si la chica ganaba o perdía? Tenía que irse, eso estaba claro, y la señora se encontraba de acuerdo con ella.

—Qué interesante —indicó Gabriel, no del todo ajeno a sus pensamientos.

—A decir verdad, el señor Timmons mencionó que no solo cometió semejante imprudencia, sino que se dio el lujo de ganar cada ronda en la que participó. Los lacayos la acusaron de jugar como un tahúr.

—Un tahúr. No es poca cosa.

La señora Hartford pareció recuperar el habla en ese preciso momento y miró a su hijo con expresión enojada.

—¿Pero qué importancia tiene eso, Gabriel? Ha cometido una falta muy seria. Una más. No te opondrás ahora a que la despida —dijo ella.

Gabriel fingió que meditaba seriamente la pregunta y, al final, se encogió de hombros y dirigió a su madre una sonrisa cargada de regocijo. En realidad, no lo dijo entonces, pero no pretendió burlarse de su madre con ese gesto; tan solo se encontraba demasiado divertido como para ocultarlo.

—La verdad, madre, es que ahora, tras oír lo que la señora Norton nos ha dicho y pensar en lo extraordinario de su comportamiento, me opongo más que nunca.

Sin quedarse a comprobar lo que sus palabras provocaron en aquellas dos mujeres que lo miraban con similares muestra de estupefacción, Gabriel se puso de pie y, con una inclinación distraída en señal de despedida, abandonó el comedor.

* * *

Sapphira lanzó sobre la cama la última de las prendas que encontró en una silla y contuvo el sollozo que sintió trepar por su garganta. No podía empezar a llorar en ese momento; eso tendría que esperar a después, cuando no necesitara todas sus fuerzas para hacer su maleta y marcharse de Cloudfield lo antes posible, como la señora Norton le ordenó que hiciera sin darle tiempo a excusarse o explicar los motivos por lo que el señor Timmons la había encontrado jugando con los muchachos la noche anterior. Al parecer, el hecho de que hubiera ganado y los dejara sin un penique solo empeoraba su falta.

Era tan, tan injusto. Ella solo había querido…

Un suave golpe a la puerta la obligó a detener sus pensamientos y se

frotó los párpados con brusquedad para contener cualquier asomo de lágrimas. Lo único que le quedaba en ese momento era su dignidad y no pensaba permitir que nadie la viera lamentándose por su suerte. Mucho menos si ese alguien era la señora Norton, que sin duda debía de haber ido para asegurarse de que no se llevaba nada con ella al marcharse.

Dio permiso para entrar, un poco sorprendida de que el ama de llaves tuviera la delicadeza de tocar antes, pero cuando vio de quién se trataba estuvo a punto de caer sobre el suelo debido a la impresión. Incluso tuvo que abrir y cerrar los ojos un par de veces para asegurarse de que no se trataba de una alucinación.

El señor Hartford se detuvo un momento en el umbral y le devolvió una mirada con la que pareció abarcar el escaso mobiliario y su propia insignificancia. Por un instante, le pareció que se mostró un poco sorprendido, como si fuera la primera vez que entraba en las habitaciones de los criados y le consternara un poco las diferencias respecto al mundo que él habitara, pero la impresión se disolvió con rapidez y, entonces, para total espanto de Sapphira, cerró la puerta tras él y caminó en su dirección con los brazos cruzados a la altura del pecho, acentuando su anchura y haciéndola sentir más pequeña de lo habitual.

—¿Qué es lo que haces?

Él suspiró con pesadez antes de hacer la pregunta como si fuera consciente de lo innecesaria que era, pero no pudiera contenerse a formularla.

Sapphira, que había conseguido reponerse ya de la sorpresa por su llegada y que de pronto se sintió más cansada que nunca, presa de una desesperanza que parecía a punto de ahogarla, sacudió la cabeza de un lado a otro y se encogió de hombros antes de inclinarse para tomar la cofia que no se había molestado en ponerse aquella mañana y juguetear con ella entre las manos.

—¿Qué está…? —Ella no terminó de hacer la pregunta. ¿Qué sentido tenía? En lugar de ello, sonrió sin alegría y lo miró a los ojos sin parpadear—. No importa, supongo que puede ir y hacer lo que quiera. ¿No es acaso dueño de todo esto?

Gabriel hizo como si no la hubiera oído.

—Sapphira, ¿qué estás haciendo? —repitió él.

—Mi equipaje, señor. La señora Norton dijo que debía irme antes de que cayera la noche.

—La señora Norton no tenía derecho…

Sapphira llevó a su cintura la mano que sostenía la cofia y sacudió la cabeza suavemente, con lo que un par de ondas de su cabello cayeron sobre sus ojos y las hizo a un lado con la mano libre y un gesto de fastidio.

—Pero a ellos no los despedirán, ¿cierto? —indicó ella, sin que sonara como una interrogante, sino una certeza cruel—. Como mucho les retendrán un día de paga y los amonestarán, pero eso será todo.

Gabriel comprendió de inmediato a qué se refería.

—¿Te refieres a tus compañeros de juego? No, no recuerdo que la señora Norton mencionara algo acerca de despedirlos.

Ella lo observó con ojos cargados de indignación.

—No. Claro que no —comentó, burlona.

—Crees que es injusto.

—No importa lo que yo crea.

Gabriel sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Estás equivocada. Sí que importa y estoy de acuerdo contigo. Si te despiden, deberían hacer lo mismo con los otros; pero la señora Norton no lo hará porque se volvería loca si se quedara sin tres o cuatro sirvientes de golpe.

—Y no puede esperar a deshacerse de mí —acotó ella.

Gabriel sonrió, en absoluto tentado a negarlo.

—No. Me dio la impresión de que estaba bastante satisfecha con la idea.

Sapphira suspiró una vez más, pero en esta ocasión el gesto reveló buena parte del cansancio y el pesar que la dominaba, y sin poder mantener más esa máscara de indiferencia, se dejó caer sobre la cama con las manos sobre las rodillas. Con el rostro ladeado, dirigió a Gabriel una sonrisa tan triste que hubiera podido romperle el corazón si este no se encontrara ya destrozado.

—La verdad es que no pensé que duraría tanto, ¿sabe? Ella ha tenido más paciencia conmigo de lo que merecía —reconoció la joven en un rapto de honestidad.

Gabriel sostuvo su mirada sin decir nada de inmediato. La vio quebrada, sumida en la tristeza y la desesperación, pero al mismo tiempo atisbó una firmeza de carácter que lo impresionó. Era evidente que hacía un gran esfuerzo por no echarse a llorar y aquello despertó en él una oleada de admiración y ternura que no recordaba haber sentido antes. Sin vacilar o detenerse un instante a pensar en lo que estaba a punto de hacer, avanzó hacia ella y se dejó caer a su lado dejando una pequeña distancia entre ambos.

Sapphira se sobresaltó al advertir sus movimientos, pero no hizo amago de apartarse ni dijo nada que pudiera sonar a un reproche.

—¿Quieres quedarte? —preguntó él quebrando el silencio entre ambos—. ¿Quieres continuar sirviendo aquí?

Ella no dudó al responder.

—Lo necesito —expresó, convencida.

Gabriel asintió como si hubiera sido aquello lo que esperaba oír y calló un par de segundos antes de retomar la charla.

—¿Por qué jugaste con esos muchachos? —preguntó él poniendo en palabras algo que le intrigaba—. No parece que sea la clase de cosa que disfrutes hacer.

A Sapphira no se le ocurrió preguntar qué sabía él acerca de sus intereses o de lo que disfrutaba hacer; en gran parte porque en ese caso, al menos, estaba en lo cierto.

—Y así es —asintió ella con fervor—. No me gusta jugar.

Gabriel pareció un poco sorprendido por el énfasis en sus palabras.

—¿Entonces? —la alentó a continuar.

—Estaba molesta —reconoció ella.

—¿Por qué?

—No eran justos.

—¿En qué sentido? Si me lo explicas, tal vez pueda entenderte.

Gabriel calló y aguardó paciente a que ella respondiera a su pregunta. Por un momento dudó de que fuera a hacerlo, pero entonces la vio apretar los labios y dirigirle una mirada de duda antes de decidirse a hablar. Cuando lo hizo, explicó de mala gana y sin revelar nombres, buena parte de los acontecimientos de la noche anterior. Desde su observación del juego y su certeza de que podrían haber estado cometiendo alguna clase de trampa que no detalló hasta la lástima que despertó en ella la inocencia del muchacho que vio su paga perdida por segunda vez.

Al terminar, lo miró con expresión interrogante, interesada por su reacción tanto como por el hecho de que esperaba que no profundizara demasiado en sus preguntas respecto a la identidad de los supuestos tramposos, y Gabriel no la defraudó al guardarse su curiosidad respecto a ello.

—Ya veo —dijo él, pensativo—. De modo que decidiste darles una bien merecida lección.

—Podría decirse así… —dudó ella al responder.

—¿Y cómo fue que pudiste hacerlo? ¿Cómo es que juegas tan bien?

Sapphira apartó la mirada y la dirigió a sus manos entrelazadas sobre la falda.

—Aprendí mirando —indicó al fin, esquiva.

—¿A quién?

—No tiene importancia.

Gabriel la observó con más curiosidad, si cabía, pero tuvo el buen tino de no insistir. Entonces ella empezó a revolverse, incómoda por esa mirada perspicaz sobre su rostro y por el silencio asentado entre ambos. Sintió sus ojos recorrer su figura deteniéndose en la curva de su cintura acentuada por el delantal que empezaba a incomodarle como si tuviera la extraña habilidad de hacerle sentir demasiado comprimida para su gusto. Parecía que de pronto todo lo que llevaba encima le molestara y sintiera la necesidad de liberarse de ello.

Incluso de su propia piel.

Gabriel aspiró el aroma que despedía, un olor a limpio y a rastros de vainilla, una fragancia dulce que le recordó a algo mucho tiempo guardado en su memoria; tal vez a los bosques de los alrededores o a su postre favorito de la niñez, no estaba del todo seguro. Pero lo que sí tuvo por seguro fue que de pronto le pareció que la joven empezaba a irradiar un calor reconfortante al que se vio irremediablemente atraído. La idea de recostarse contra su pecho y sentir la suavidad de la piel que el vestido dejaba a la vista, ese casi imperceptible trozo entre el cuello de tela basta y el borde del corpiño, le hizo darse cuenta de que se encontraban muy cerca el uno del otro sobre una cama dentro de una habitación cerrada. Ello, sumado a lo sugerente que le pareció la posibilidad de tenderla de espaldas y quitarle ese horrible vestido, lo hicieron darse cuenta de que pisaba un terreno peligroso.

«Criadas no», se dijo en un rapto de enojo del todo dirigido a sí mismo, avergonzado por haber pensado algo como aquello. Fastidiado, se puso de pie con brusquedad, sobresaltándola.

—Algún día tendrás que contarme esa historia —dijo él tras aclararse la garganta y poniendo una distancia prudente entre ambos —. Aún mejor, tengo una idea: permitiré que te quedes siempre y cuando me prometas que lo harás.

Sapphira levantó el rostro al oírlo, incrédula.

—¿Cómo dice? —preguntó ella.

—Espero que me cuentes cómo es que aprendiste a jugar tan bien a las cartas y permitiré que te quedes aquí si prometes que lo harás. No tiene que ser de inmediato, desde luego, me conformo con que acudas a mí cuando lo desees.

—¿Por qué haría eso? —Ella sacudió la cabeza y se respondió a sí misma, dividida entre la risa y el reproche—. No, no lo diga. Es porque está aburrido.

—Entre otras cosas —asintió él, al parecer encantado de que lo adivinara por sí misma.

Sapphira vaciló.

—¿Durante cuánto tiempo piensa que podrá chantajearme con cosas como esta solo para entretenerse, señor Hartford? —preguntó ella entonces.

Gabriel sonrió y se encogió de hombros en un gesto de bien estudiada indiferencia. Se metió las manos a los bolsillos y sintió el trozo de papel que encontró en el establo y que llevaba con él sin entender del todo bien por qué lo hacía, pero que le dio la suficiente seguridad para saber qué responder. Cuando lo hizo, tras abrir la puerta para marcharse y con un último vistazo a la joven sentada sobre la cama y que lo miraba a su vez con extrañeza, esbozó una

brillante sonrisa.

—No lo sé —dijo él—. Supongo que lo descubriremos juntos.

Una extraña calma pareció establecerse en la casa durante algunas semanas después de aquel incidente. Una quietud que, precisamente por su peculiaridad, tendría que ser transitoria, se dijo Sapphira una mañana en la que se ocupaba de sacudir las ventanas del despacho que ocupaba el señor Hartford. O al menos el que acostumbraba usar cuando no tenía otra alternativa y no por su gusto, reconoció también con un suspiro echando una mirada alrededor de la estancia que se había esmerado en limpiar.

No tiró nada, cada objeto se veía libre de la más mínima partícula de polvo e incluso los marcos de la ventana que se afanaba por sacudir se veían tan limpios como si acabaran de instalarlos. La señora Norton no podría quejarse; incluso si le hablara lo suficiente como para hacerlo, se recordó con una buena cuota de diversión y una más pequeña de remordimiento.

Gracias a las buenas gestiones del señor Hartford, el ama de llaves se había presentado ante ella para informarle, con la misma alegría que hubiera mostrado en medio de un entierro, que podía quedarse sirviendo en la casa, pero que si la atrapaban una vez más involucrada en cualquier hecho que ella considerara indecoroso se encargaría personalmente de llevarla a la puerta de los criados y que esperaba, si ello ocurría, no volver a verla nunca más. Desde entonces, la mujer apenas le dirigía la palabra para hacerle llegar sus órdenes y muchas veces prefería usar de intermediarios a los otros criados.

Al parecer, había tomado el hecho de que el señor Hartford intercediera por ella pasando incluso sobre la autoridad de su madre como una grave afrenta a su dignidad. A Sapphira aquello le sentaba bastante mal, desde luego, era por naturaleza reacia a despertar cualquier tipo de emoción en otras personas, fueran estas buenas o malas, pero hubiera sido hipócrita por su parte no reconocer que, a su parecer, la señora Norton tenía bien merecido ese disgusto. Si hubiera sido lo bastante justa para intentar despedir a los otros muchachos, tal y como hizo con ella y sin importar su propia conveniencia, sin duda habría pensado de otra forma.

En cuanto a los otros se refería… Sapphira tenía la satisfacción de saber que la mayor parte de ellos la veía ahora con un respeto casi palpable, en especial el muchacho por el que saliera en defensa y quien ahora la contemplaba con algo muy cercano a la adoración cada vez que se cruzaban en los corredores de la mansión. El único que parecía lejos de mostrar cualquier indicio de algo parecido al afecto era Arthur; él se conducía con ella ahora con una fría actitud rayana a

veces al rencor que a ella le traía sin cuidado. Haber pasado de sus atenciones indeseadas a ese punto de indiferencia le pareció una ganancia en toda regla mayor a cualquiera que hubiera podido obtener con las cartas.

Y todo eso se lo debía a Gabriel Hartford. El mismo al que apenas había visto desde su último encuentro y el que, si por alguna casualidad se topaba con él, hacía como si no hubiera reparado en su presencia o, aún peor, como si le molestara, lo que para ella no tenía ningún sentido.

A lo mejor había dejado de encontrarla entretenida, se dijo Sapphira después de pulir un ángulo de la ventana en el que una mancha particularmente difícil de quitar se encontraba asentada. El movimiento de sus manos fregando contra la madera la llevó a advertir lo maltratadas que se veían; un par de uñas melladas y unas cuantas cicatrices en el dorso no eran lo que se podía considerar una vista muy atractiva. Siguiendo con esa contemplación, reparó en que podía ver su reflejo con claridad en el cristal que acababa de limpiar y sufrió un pequeño sobresalto al toparse con esa joven que le devolvía la mirada y que en ese momento le costó tanto reconocer.

Sapphira jamás había prestado demasiada atención a su apariencia; nunca tuvo los medios o el interés para hacerlo, pero incluso alguien como ella podía aceptar que era una verdadera lástima lo desmejorada que se veía. Sus mejillas levemente hundidas y las ojeras bajo sus ojos hablaban de una alarmante falta de descanso, y sus ojos, opacos como no los había visto nunca, parecían haber perdido cualquier rastro de alegría que hubiera podido conservar hasta entonces.

Con un suspiro, apoyó la frente contra el cristal y cerró los ojos para huir de esa imagen tan deprimente. ¿Quién le daría una segunda mirada a una chica que se viera como ella? No el señor Hartford, sin duda; ¿qué podría encontrar él de atractivo en ese rostro cuando estaba acostumbrado a verse rodeado de mujeres hermosas?

Sobresaltada por haber llevado a su mente por ese derrotero, Sapphira abrió los ojos con brusquedad y dirigió a su reflejo una mirada ceñuda. ¿Por qué demonios pensaba en algo como eso? ¿Qué importaba lo que ese hombre pensara de ella? ¿Qué más daba si a él le parecía fea y aburrida? Ni siquiera debería dedicar un solo pensamiento a considerar algo como eso. ¿No estaba ya metida en bastantes problemas como para también torturarse por algo como aquello? Si él lo supiera se reiría en su cara sin piedad, concluyó avergonzada.

El sonido de un carruaje acercándose por el sendero atrajo su atención y suspiró, agradecida de lo que fuera que interrumpiera esos pensamientos.

Intrigada, se puso de puntillas para mirar mejor y frunció un poco el

ceño al comprobar que, ciertamente, un vehículo se dirigía a la entrada principal de la mansión seguido por otro más pequeño, un coche abierto en el que distinguió un par de figuras vestidas de oscuro que parecían custodiar varias pilas de equipaje.

¿Equipaje?

No supo cómo llegó tan rápido a esa conclusión, pero le bastó con una nueva mirada al primer carruaje para saber que no estaba equivocada. Aunque no pudo ver quién se encontraba en su interior, fue sencillo deducir que se trataba de un huésped y lo comprobó solo unos minutos después cuando el vehículo se detuvo y el cochero descendió del pescante para ayudar a bajar a una figura vestida de azul que se movía con la gracia de un ángel. Sapphira no recordaba haber visto una mujer tan hermosa antes y, cuando esta elevó el rostro al sentir los rayos del sol sobre su cabello e hizo un gesto para que el sirviente le acercara la sombrilla que llevaba con él, advirtió también que había algo en ella que se le antojó familiar.

No podía ser…

Sin detenerse a pensar, recogió los útiles de limpieza con rapidez y, tras una última mirada al exterior, donde la recién llegada había empezado a subir la escalinata de entrada, corrió tan rápido como le dieron los pies en dirección a las cocinas, segura de que una gran explosión estaba por ocurrir y determinada a encontrarse tan lejos de ella como fuera posible cuando finalmente pasara.

Sin embargo, iba apenas por el vestíbulo cuando tuvo que detenerse bruscamente para evitar chocar con lo que le pareció una muralla. Una que evidentemente debía de tener unos reflejos extraordinarios porque la sostuvo con firmeza cuando estuvo a punto de darse de bruces contra el piso.

—¿Qué estás haciendo?

Sapphira aspiró un par de veces para recuperar el aliento, tiempo que aprovechó para observar al señor Hartford con los ojos muy abiertos. Él la tenía sujeta por los hombros en un acto reflejo para evitar que cayera, pero, en ese momento, pese a que se encontraba ya firme sobre el suelo, no hizo amago de soltarla. El cubo que Sapphira llevaba con ella sujeto en una mano se columpiaba de un lado a otro salpicando su contenido a sus pies.

—Tengo que ir…

Su voz surgió tan débil que dudó que él hubiera podido entender lo que dijo; una suerte, supuso, porque en realidad no tenía idea de qué se trataba. Él la mantenía cerca de su pecho y se encontró de golpe atrapada por la intensidad de su mirada… Supuso que debía de verse como una tonta contemplándolo con la boca abierta, pero no fue capaz de reaccionar y soltarse. No habría podido hacerlo ni aunque la vida se le fuera en ello y con seguridad no se hubiera movido ni un

milímetro de no ser porque una suave risa llegó a sus oídos y sintió más que vio la forma en que la tensión inundó el cuerpo del hombre ante ella.

—Veo que no has cambiado, Gabriel. No puedes mantener las manos alejadas de las criaturas menos afortunadas, ¿verdad?

Sapphira advirtió que las manos del señor Hartford cayeron a los lados al tiempo que daba lentamente la vuelta, no sin antes dirigirle una rápida mirada velada por el disgusto.

—Vete.

La orden resonó en sus oídos con tanta firmeza que, aun cuando la encontró desconcertante por la forma en que le habló, cuando jamás lo había hecho con tanta frialdad, no se le ocurrió hacer nada que no fuera obedecer tras asentir y dar una rápida mirada a la mujer que los miraba con una sonrisa burlona. Caminó sin mirar atrás, pero una vez que se alejó lo suficiente, en lugar de dirigirse a las cocinas, como tenía pensado, dejó los útiles de aseo junto a una escalera con mucho cuidado de no hacer ruido y, ya libre de su carga, regresó con pasos suaves hasta que se encontró bajo un arco que la protegía de ser descubierta y desde donde tenía una vista bastante clara de lo que ocurría en el vestíbulo.

El señor Hartford se encontraba donde lo había dejado, pero la recién llegada ahora se encontraba a solos unos pasos de él y, aunque ninguno decía nada en ese momento, Sapphira pudo ver que se desafiaban con la mirada y no hubiera podido decir quién iba ganando.

Al fin, oyó la voz del señor Hartford al dirigirse a la dama y le pareció sorprendente que se le oyera tan calmado cuando era evidente que en realidad se encontraba furioso.

—Diría que me sorprende tu descaro, pero…

Él dejó la frase en el aire, pero ni Sapphira ni la destinataria de ella parecieron tener problemas para entender lo que deseaba implicar. Entonces, la segunda, que se veía casi encantada de haber despertado esa irritación en él, sonrió con más ganas.

—Me conoces demasiado bien para que te sorprenda algo de mí, Gabriel, de la misma forma en que no hay nada que pudiera sorprenderme de ti —dijo ella—. ¿No es ese un rasgo común entre hermanos?

Sapphira cabeceó suavemente al oírla; no era algo que no supiera. Aunque era la primera vez que veía a Cecily Hartford o lady Cecily Walwyn, por matrimonio, el parecido con su hermano era tan notorio que dudar de cualquier parentesco hubiera sido una necedad. Había ciertas diferencias entre ambos, sin embargo, algunas que iban más allá de las esperadas por pertenecer a sexos distintos.

Mientras lady Walwyn hacía alarde de una fragilidad engañosa a

juego con su delicada belleza, el señor Hartford exhibía un talante más adusto, incluso fiero; un rasgo que ya había notado en él y que en ese momento le pareció más evidente que antes. En realidad, le sorprendió la sangre fría con que su hermana lo enfrentaba porque dudaba de que ella hubiera sido capaz de mantener el temperamento si la viera de la forma en que lo hacía él en ese momento.

—Fui muy claro con madre acerca de que no permitiría que te quedaras aquí —dijo él con voz de trueno y un leve temblor, como si le costara controlarse.

Lady Walwyn llevó una de sus hermosas manos al rostro, posándola sobre la mejilla en un gesto cargado de mofa.

—Ella lo mencionó en su última carta, pero supuse que solo se trató de una explosión propia de tu carácter —replicó ella—. Te creo incapaz de dejar a tu única hermana en la calle.

—Tienes una casa, Cecily, una muy confortable según creo recordar.

—Está en Londres.

Gabriel sonrió por primera vez al comprender a qué se refería exactamente su hermana con esa reacia respuesta y Sapphira supo que se sentía satisfecho de no ser el único que no se encontraba feliz con ese encuentro.

—Donde no eres bien recibida —acotó él sin disimular cuan justo le parecía aquello—. Lamento decir que no es algo que no merezcas.

Lady Walwyn elevó el mentón.

—Necesito tiempo —replicó ella, sucinta—. Las personas olvidan pronto, pero mi llegada no pasará desapercibida y me resultará de gran ayuda contar con el apoyo de mi familia para recuperar mi lugar en la sociedad.

—Perdiste cualquier lugar en ella cuando decidiste marcharte con ese hombre…

—¡Estaba enamorada!

Gabriel emitió un bufido y miró a su hermana con desprecio.

—No tienes idea de lo que es amar a alguien que no seas tú misma —espetó él—. Lo tuyo fue un capricho y espero que el pobre diablo con el que te marchaste lo pensara también o imagino que debe de haberse quedado contando sus miserias después de que lo abandonaras.

Lady Walwyn se envaró cuan alta era, lo que no era poco porque tenía una estatura superior a la de otras damas que Sapphira había conocido, aunque ni siquiera así conseguía llegar más allá del hombro de su hermano. De cualquier forma, su elegante postura infundía cierta admiración.

—¿Qué sabes tú del amor? —preguntó ella, aparentando la misma furia que Gabriel apenas conseguía contener—. Jamás has amado a nadie en tu vida.

Fue el turno de su hermano para lucir ofendido; Sapphira sintió más que vio la forma en que dejaba salir el aire por entre los dientes apretados como si acabara de recibir un golpe en el estómago.

—No puedo creer que seas precisamente tú quien diga algo como eso. Sabes bien…

De la garganta de lady Walwyn brotó una seca carcajada que interrumpió sus palabras.

—Por favor, Gabriel, no empieces con eso. Lo que sentías por la pequeña Ellie era cualquier cosa menos amor y eres un idiota si sigues engañándote al pensar lo contrario —replicó ella sin mostrar compasión por el semblante torturado de su hermano—. Si la hubieras amado habrías luchado por ella en lugar de contemplar cómo otro se la llevaba bajo tus narices para luego venir a refugiarte aquí bajo las faldas de mamá. Eso ha sido más cómodo, ¿no? No tienes idea de lo que es abandonarlo todo por alguien, poner en juego todo lo que posees… Es posible que nunca lo sepas y te convertirás en un pobre miserable amargado…

Lady Walwyn se interrumpió bruscamente. Tal vez fuera porque comprendió que había ido demasiado lejos y se arrepintió de ello, o a lo mejor la asustó la expresión en el rostro de su hermano. Cuando este habló, después de que hubiera pasado todo un minuto sumido en un ominoso silencio que incluso a Sapphira empezaba a poner nerviosa, lo hizo en un tono de voz tan calmado y exento de emociones que se le antojó más aterrador de lo que habría sido si se hubiera puesto a dar de gritos.

—No te molestes en deshacer tu equipaje —dijo él—. Te quiero fuera de aquí mañana a primera hora.

Sin una palabra más y sin esperar una respuesta que, por la expresión sorprendida en el rostro de su hermana, no iba a recibir, Gabriel dio media vuelta y se marchó en dirección a la puerta de salida sin mirar atrás. Sapphira dejó salir el aliento que había estado conteniendo, más afectada de lo que habría creído posible por una discusión que no tenía nada que ver con ella. Temblorosa y con una desagradable sensación en el pecho, se alejó también, y tras recoger los útiles de limpieza que dejara en el camino, se dirigió a las cocinas dispuesta a oír los regaños de la señora Norton; cualquier cosa que apartara su mente de la escena que acababa de presenciar.

Lady Walwyn no se marchó a la mañana siguiente, tal y como ordenó su hermano; pero tuvo una excusa excelente para no hacerlo, y Gabriel no pudo hacer nada para obligarla a obedecerle.

Tan pronto como su madre oyó la noticia de que su hija se encontraba en casa, corrió en su busca y pasaron un par de horas

reunidas en sus habitaciones a puertas cerradas. No hubo forma de saber lo que Cecily dijo a su madre en ese ínterin, pero Gabriel supo sin asomo de dudas que debió de tratarse de algo muy serio porque la señora Hartford salió de allí con el semblante demudado y tal expresión de sufrimiento que cuando se dirigió a él y rogó, más que pidió, con voz trémula que permitiera que su hermana permaneciera solo unos días en la casa, él no encontró las palabras para negarse. Y aquella muestra de consideración le hizo sentir débil y ridículo, como sin duda debía de haber sido la intención de Cecily.

Desde que decidió hacer esa concesión, Gabriel procuró mantenerse tan lejos de la casa como le fue posible. Se levantaba más temprano de lo acostumbrado para no tener que toparse con su madre o su hermana durante el desayuno, marchándose luego sin idea de dónde iría. Lo único que tenía claro era que no deseaba permanecer allí; la discusión con Cecily aún le resonaba en los oídos, pero no dedicó ni un minuto a meditar en las acusaciones de su hermana; la idea en sí le parecía intolerable porque, en el fondo, temía las conclusiones a las que pudiera llegar.

Por lo demás, para él fue un alivio alejarse del ambiente en la mansión. Vivir con su madre resultaba siempre complicado, pero hacerlo también con su hermana, cuando llevaba tanto tiempo acostumbrado a verla solo de forma intermitente, era lo más cercano a la tortura que podía imaginar. De modo que prefería merodear por los terrenos, salir a cabalgar y perderse en cualquier lugar que le resultara más agradable que permanecer un segundo más de lo necesario bajo el mismo techo que ellas.

Lo único que echó en falta, para su sorpresa, fue la compañía de Sapphira.

Se había acostumbrado a toparse con ella cada tanto y, aunque no intercambiaran una sola palabra, había algo tranquilizador en su presencia que en ese momento le habría sentado muy bien. Cierto que era consciente de sus abismales diferencias y de que no podía ni soñar en acercarse demasiado a ella, pero aun así consideraba que era una lástima renunciar a tomarle el pelo de vez en cuando y a intentar desentrañar su misterioso comportamiento. Además, tenía muy fresca en la memoria la promesa que le sonsacó respecto a que le contaría cómo y en qué circunstancias aprendió a jugar a las cartas como un tahúr bien entrenado.

Unos días después de la llegada de Cecily a Surrey, cuando empezaba a sentirse aburrido de tener que huir de su propia casa y se planteaba hablar con su hermana para reafirmar la necesidad de que se marchara de una buena vez, dijera lo que dijera su madre, se presentó ante él la oportunidad de hablar una vez más con ella a solas y encontrar algunas respuestas a sus interrogantes.

Acababa de abandonar el pueblo y se dividía entre regresar a la mansión o emprender una incursión a casa de un conocido suyo que vivía a varias millas de Cloudfield. Lord Alberstone era un antiguo compañero de escuela con fama de sinvergüenza redomado que a Gabriel siempre le había resultado muy simpático. Aunque irresponsable y poco presto a los convencionalismos, era justo reconocer que Alberstone era también un hombre inteligente y divertido con quien tendría siempre la seguridad de que iba a pasar un buen rato. Lo mismo que él, además, era poco inclinado a las confidencias, de modo que jamás hacía preguntas personales; tan solo lo recibía con gusto al encontrarse una vez más con alguien a quien consideraba un igual, un compañero de correrías. De haber decidido ir con él, sabía que hubiera terminado borracho y entre las piernas de cualquiera de las mujeres que Alberstone siempre parecía tener a mano.

La idea era tentadora, sin duda; el alcohol le provocaba un agradable olvido en el que no recordaba cuándo fue la última vez que se acostó con una mujer. Contrario a lo que pensaban su madre y todos los que disfrutaban juzgar su comportamiento, no tenía por costumbre seducir a todas las mujeres que se le cruzaban. Era un poco más selectivo que eso y, aunque tuvo un periodo algo alocado en lo que a ello se refería, del que no se encontraba del todo orgulloso, hacía mucho descubrió que hacía falta algo más que una mujer bien dispuesta para calmar a sus demonios.

Los planes que empezaba a urdir se vieron frustrados de golpe al distinguir una figura familiar cuando se encontraba cerca de Cloudfield y que lo llevó a cambiar la trayectoria de su montura, que había empezado ya a girar para dirigirse a la senda que conducía a la propiedad de Alberstone.

La joven criada, Sapphira, cargaba con una canasta que parecía pesar más que ella, pero se mantenía muy erguida mientras andaba con el peso a cuestas sin prestar mucha atención a lo que le salía al paso. Fue así como Gabriel notó que estuvo a punto de tropezar con la rama salida de un árbol, pero logró recuperar el equilibrio con más rapidez que dignidad.

Tras sacudir la cabeza y reír entre dientes, entre divertido por esa torpeza que empezaba a encontrar conocida y la inesperada inquietud que le produjo la posibilidad de que se rompiera una pierna antes de llegar a su destino, Gabriel dio un suave golpe a los flancos del caballo para acercarse a ella.

Sapphira percibió su llegada y también supo que se trataba de él. Pudo verlo en la forma en que sus hombros se tensaron al advertir el sonido de los cascos del animal y cómo esa tensión pareció disolverse al menos un poco cuando llegó a esa conclusión. Esa certeza produjo

en Gabriel una extraña satisfacción. Ella no desconfiaba de él. Al menos no mucho.

—¿Ahora también te encargas de hacer los pedidos al pueblo?

Gabriel hizo la pregunta una vez que llegó a su altura, tras acortar el paso del animal, de modo que pudo inclinarse un poco sobre la silla de montar para ver el rostro de la joven.

—La señora Norton parece pensar que hay menos posibilidades de que ocasione un desastre en este tipo de labores —respondió ella sin parecer ofendida por la rudeza del ama de llaves.

—Has debido negarte.

Sapphira ladeó un poco el rostro para mirarlo de reojo antes de volver su atención al camino.

—Y ella habría estado encantada de que lo hiciera —respondió ella con sorna, tirando de su canasto para encontrar una posición menos incómoda—. La verdad es que casi lo agradezco. Es agradable salir de la casa y caminar hasta el pueblo.

—¿Aun cuando luego debas hacer el trabajo de una mula de carga?

Gabriel imaginó más que vio la forma en que la joven suspiraba.

—Aun así —indicó ella, convencida—. No me gusta permanecer demasiado tiempo en lugares cerrados; es horrible.

—Bueno, me gusta pensar que mi casa es lo bastante confortable para no ser comparada con una prisión.

La joven lo observó por encima del hombro antes de responder:

—¿Y por qué no se encuentra allí ahora? —preguntó ella.

Gabriel arqueó una ceja, sorprendido por una réplica tan ingeniosa como agresiva. Esperó que ella pareciera arrepentida, pero advirtió que, si bien era obvio que se había dado cuenta de su rudeza, estaba demasiado convencida de sus palabras para pensar siquiera en desdecirse por temor a su reacción. Él no atinó a responder nada, así como tampoco a ofenderse. La chica, una vez más, le había dado un buen golpe con bastante sutileza; aunque él no se sentía lo bastante cómodo para explicar su conducta, hubiera sido injusto tomar a mal un comentario que encerraba tanta verdad.

Ella caminaba unos pasos por delante de él y Gabriel notó que el peso del canasto la hacía tropezar, pero que se esforzaba por mantener el paso con tanta sobriedad como era posible. La cual, desafortunadamente, era más bien poca. Después de pensarlo un instante, tiró de las riendas del caballo y desmontó con un movimiento seguro dejándose caer a su lado.

—Sapphira —llamó él.

Ella, que no advirtió lo que hacía por encontrarse con la mirada fija en el camino, se detuvo bruscamente al oír su nombre y apoyó el canasto contra su cadera al tiempo que giraba para mirarlo con el ceño fruncido por la extrañeza.

—Te espera un buen camino aún para llegar a la casa —dijo él, y continuó ante su silencio—. Puedes venir conmigo, sube al caballo.

La joven parpadeó un par de veces al oírlo, llevando la mirada de su rostro al animal como si se preguntara si no habría escuchado mal.

—¿Cómo dice? —preguntó ella al fin cuando encontró la voz para hacerlo.

Gabriel caminó hacia ella y no se detuvo hasta que se halló muy cerca.

—Sube al caballo —repitió él.

Sapphira retrocedió un paso, incómoda por verse asaltada una vez más por la sensación que la embargaba cada vez que se veía en una posición como aquella ante él. Le pareció demasiado alto en comparación a sí misma, demasiado… grande y seguro de sí mismo y de lo que provocaba en los demás; su cuerpo irradiaba un calor que la hacía sentir incómoda y al mismo tiempo atraída. Las mangas arremangadas a la altura del antebrazo dejaban a la vista una piel cubierta por un suave vello que, se dijo, le habría encantado tocar para comprobar su suavidad. Enojada por el que juzgó un rapto de estupidez, dio otro paso hacia atrás y estuvo a punto de trastabillar.

Gabriel, que seguía sus movimientos con atención, aunque por suerte no parecía ser capaz de adivinar lo que pensaba, extendió una mano para ayudarla a recuperar el balance, pero ella se deshizo del agarre con un movimiento brusco cuando apenas acababa de rozar la curva de su brazo. Él suspiró entonces como si esperara su reacción y la encontrara tan molesta como graciosa.

—Sapphira —dijo él entonces, dejando caer la mano y observándola con una de esas profundas miradas que le aceleraban un poco la respiración—. Puedes reconocer que tienes miedo.

Cualquier efecto físico que pudiera provocar su presencia en ella, pareció disolverse como por encanto cuando oyó esa afirmación que se le antojó tan soberbia que no pudo evitar elevar el mentón en un gesto desafiante.

—No sé de qué habla —dijo ella en tono tenso.

—Es bastante obvio…

—Le diré algo: no le temo. Nunca lo haría. Tal vez debería saber que me he visto en la necesidad de tratar con hombres mucho más intimidantes que usted y que nunca han despertado ni el más mínimo ápice de temor en mí. Soy perfectamente capaz de defenderme de lo que haga falta.

Cuando terminó de recitar aquella declaración de paporreta, alzando incluso un poco la voz al final, un silencio casi latente se asentó ante ambos hasta que Gabriel la sorprendió al romper a reír como si acabara de escuchar lo más gracioso que le habían dicho en su vida. Sorprendida, ella empezó a parpadear como un búho y lo miró

con la extrañeza pintada en el rostro; pero él no dijo nada hasta que la risa empezó a menguar y solo entonces se llevó una mano al pecho, que subía y bajaba a un ritmo acelerado provocado por las carcajadas que acababa de echarse a su costa.

—Es bueno saberlo, pero yo me refería al caballo —dijo él al fin con un leve resuello—. Mencionaste que nunca has montado uno y creí que te negarías a aceptar mi ayuda por temor a montarlo.

Lo que Sapphira sintió en ese momento debió de ser muy parecido a los impulsos que tenía cuando era pequeña y deseaba cavar un hoyo en la tierra para enterrarse en él y huir de aquello que no podía enfrentar. La única diferencia era que entonces lo hacía debido al miedo que le inspiraba su miserable vida y en ese momento lo provocaba la vergüenza.

Demasiado abochornada para disculparse o decir algo que la ayudara a salir del enredo en el que su lengua la había metido, se encogió de hombros y miró a Gabriel con tal expresión de arrepentimiento que él lo tomó como una señal de que podía ir un paso más allá en su búsqueda de respuestas.

—Ahora estoy aún más intrigado en lo que a ti respecta. ¿Con qué clase de hombres has tenido que tratar, valiente muchacha? ¿Y qué fue lo que hiciste a esos pobres diablos? —preguntó él en un tono bajo y cargado de intriga—. Porque se te veía realmente peligrosa hace un segundo mientras alardeabas de lo capaz que eres de defenderte por ti misma.

Sapphira sintió que su rostro empezaba a enrojecer y estuvo tentada a echar a correr de vuelta a la casa, pero Gabriel la detuvo al tender una mano hacia ella y, en lugar de hacer amago de tocarla, toda su atención pareció encontrarse centrada en el canasto.

—Dame eso —pidió él.

Sapphira no lo pensó dos veces antes de asentir y tenderle el objeto. Acababa de insultarlo y prácticamente acusarlo de que pretendía aprovecharse de ella; bien podía darle el maldito canasto. Era suyo, de cualquier forma, se recordó con una nueva oleada de vergüenza. Tal vez fuera verdad parte de lo que dijo; estaba acostumbrada a tratar con todo tipo de personas, varios de ellos, hombres que habían intentado dañarla más de una vez, pero Gabriel Hartford nunca había dado muestras de ser como ellos. Pese a que parecía encontrar de lo más divertido burlarse de ella y que empezaba a creer que la veía como una mascota que le prodigaba algunos ratos de diversión, hasta entonces tan solo le había ayudado. Más de una vez.

Él, que se había puesto serio de golpe como si se encontrara rumiando algo de lo que ella acababa de decir y las implicaciones de aquello, tomó el canasto sin esfuerzo y lo aseguró a uno de los lados de la montura. El caballo, que había sido tan hosco con Sapphira y

que incluso en ese momento la miraba con cierta desconfianza, se dejó hacer por su dueño sin abandonar su porte arrogante.

—Ahora sigues tú. Vamos.

Sapphira tardó un momento en comprender a qué se refería y cuando lo hizo sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de negación.

—No hace falta. De verdad. Estamos bastante cerca; si tuviera la gentileza de llevar el canasto con usted le quedaría muy agradecida, aunque a la señora Norton no le hará ninguna gracia saberlo… —Ella comprendió que estaba diciendo tonterías y se interrumpió bruscamente.

Gabriel suspiró como si no hubiera dicho nada que no esperara oír.

—Olvida a la señora Norton por un momento —sugirió él en tono impaciente—. Se te ve exhausta y has hecho ya un largo camino en lo que va del día. Déjame ayudarte.

—Pero no puedo…

—No tienes que montar conmigo si eso te hace sentir incómoda —atajó él, desvaneciendo cualquier excusa—. Yo iré a pie.

Sapphira lo miró como si dudara de su cordura.

—¡Eso es aún peor! —exclamó ella, horrorizada—. No puedo montar su caballo mientras usted camina. ¿Está loco?

Gabriel pareció pensar que ya había tenido bastante de sus pretextos porque, tras exhalar un hondo suspiro y sin darle oportunidad de hacer nada para impedirlo, la sujetó por la cintura con ambas manos y la elevó sin mayor esfuerzo para obligarla a sentar de lado sobre la silla.

—Sujétate de las riendas con fuerza y no mires abajo hasta que te hayas acostumbrado —indicó él sin inflexión en la voz.

Sapphira hubiera deseado decir muchas cosas en ese momento, empezando con un reproche por tratarla con la misma delicadeza que había dedicado al canasto, pero de pronto se dio cuenta de en dónde se encontraba, del suave bamboleo del caballo bajo ella y de que este se había puesto en camino con un paso lento, pero no por ello menos inquietante, y cualquier cosa que se le hubiera ocurrido decir tan solo desapareció de su mente. En lugar de ello, decidió seguir las indicaciones de Gabriel y se sujetó con ambas manos a las riendas al tiempo que fijaba la mirada en la crin del caballo durante unos instantes antes de reunir el suficiente valor para mirar hacia adelante.

Aunque los primeros minutos se le antojaron un poco extraños e incluso un par de veces la asaltó el temor de caer, descubrió pronto que aquella sensación mutaba a otra mucho más agradable y se sorprendió sonriendo, encantada de ver la extraña forma en que acababa de cumplir uno de sus deseos más anhelados. Si su madre la viera se sentiría tan feliz como ella, no tenía duda de ello.

El pelo del animal era tan fino y delicado que se vio cediendo a la tentación de acariciarlo con suavidad y rio al recibir un suave relincho a cambio, al tiempo que aumentaba ligeramente el trote.

—Le simpatizas.

El comentario la obligó a trasladar su atención del caballo al hombre que andaba a su lado con paso firme y que no parecía tener problemas para acompañarlos sin hacer un gran esfuerzo. Él miraba hacia el frente, pero Sapphira adivinó por sus palabras que hasta hacía un momento debió de haber seguido sus movimientos con mucha atención.

—Por lo general es bastante arisco con cualquiera que no sea yo, así que puedes tomarlo como un pequeño triunfo. Tal vez, de no haberte detenido ese día en el establo, habrías conseguido que te diera la pata o lo que fuera que estuvieras intentando hacer —continuó él sin variar el tono indiferente, aunque ella captó una leve inflexión divertida en su voz cuando continuó—: Ahora, viendo lo bien que parecen llevarse, no sé si debería sentirme celoso.

Sapphira sonrió y dio una amable palmada al cuello del animal, mucho más cómoda de lo que se había sentido en mucho tiempo al mecerse con el suave paso del caballo y la voz del hombre que caminaba a su lado.

—Le aseguré entonces que no iba a intentar robar su caballo, señor Hartford, y no importa cuánto me guste él, tampoco lo haría ahora —comentó ella.

Gabriel la observó de reojo y sus miradas se encontraron un segundo antes de que ella retirara la suya en un gesto tímido porque vio algo en su rostro, un rastro de distraída amargura que la confundió; de haber sabido algo más al respecto habría reconocido el deseo en esa mirada, pero ninguno dijo nada y continuaron con el paseo hasta encontrarse cerca de la casa, y entonces Sapphira hizo amago de intentar detener el caballo apretando su flanco con las piernas juntas sin dejar de sostenerse de las riendas, pero el animal no le hizo mayor caso.

—Creo que este es un buen lugar para detenerse —dijo ella entonces, alzando la voz al dirigirse a Gabriel.

Él pareció encontrarse a punto de protestar. Quizá hubiera deseado decir que podían continuar un poco más o que nadie se atrevería a criticarlo si decidía que fueran hasta la misma puerta para evitarle así una caminata innecesaria, pero debió de captar el leve temblor en su voz que revelaba el miedo que le provocaba meterse en un nuevo problema, porque asintió con un gesto hosco y obligó al caballo a detenerse con un suave tirón de las riendas. Al hacerlo, sus manos rozaron las de Sapphira, y aunque él llevaba guantes, ella sintió el calor de su piel incluso a través del cuero, pero las retiró con rapidez e

intentó descender del caballo deslizándose por la silla con cierta torpeza.

—Espera un momento —la detuvo él.

Gabriel le ayudó a bajar con la misma impersonal eficiencia que había mostrado al obligarla a subir, pero, de forma intencional o no, ella no habría sabido decirlo, la sostuvo un momento contra su pecho y Sapphira sintió su mano abarcar la curva de su cadera en una suerte de caricia antes de soltarla y alejarse para bajar también el canasto y dejarlo a sus pies. Entonces, sin mirarla, ocupó su lugar sobre la silla con mucha más elegancia de la que ella había mostrado, y giró levemente el morro del caballo para ponerlo en camino.

—Señor Hartford. —Sapphira lo detuvo con un gesto indeciso y continuó antes de que él pudiera interrumpirlo—. Muchas gracias.

Gabriel la observó desde lo alto y asintió, pero no dijo nada y se alejó sin mirar atrás dejándola allí sola y de pie a la vera del camino con unos pensamientos tan confusos que hubiera deseado quedarse y dejarse envolver por ellos; encontrar una explicación a todo lo que sentía. Pero entonces los sonidos provenientes de la casa llegaron hasta ella y se obligó a enfocarse en sus labores; tenía aún mucho por hacer, recordó al tomar nuevamente el canasto y reanudar el camino con un suspiro. No podía darse el lujo de pensar en Gabriel Hartford en ese momento.

En realidad, se amonestó con fiereza al apurar el paso, ella no debería dedicarle ni un solo pensamiento a ese hombre. Ni en ese momento ni nunca.

Capítulo 5

La deseaba. Era eso lo que ocurría. Se moría de ganas de tomar a esa pequeña criada y descubrir el placer que podría encontrar en ella, así como todo el que se sabía capaz de darle.

Tan sencillo como eso.

Y esa certeza, por humillante que pudiera ser, infundió a Gabriel la bastante calma para saber lo que tenía que hacer. Que era tan natural como mantener sus manos lejos de ella. Lo cual, desde luego, no impedía que pudiera pensar en las mil y una cosas que le gustaría estar haciendo en su lugar. Que fue precisamente a lo que se dedicó desde ese momento cada vez que la veía o se topaba con ella.

Al principio no fue malo, incluso era divertido descubrir su mirada confusa cuando lo atrapaba observándola, y un par de veces tuvo que contener el deseo de reír al verla tropezar debido al desconcierto. Debía de pensar que era un hombre muy extraño y con un sentido del humor un tanto cruel si disfrutaba de burlarse de una joven a su servicio. Pero Gabriel jamás se disculpaba, solo sonreía y la dejaba sumida en su confusión, satisfecho de haber desfogado de alguna forma esa necesidad que en el fondo le avergonzaba.

Pero luego comprendió que eso no era suficiente. Porque cuando la miraba antes de que ella lo advirtiera, algo que ocurría con cierta frecuencia, tenía tiempo suficiente para admirarla con seriedad e imaginar todo aquello que no se atrevía a hacer. Recordaba entonces lo que sintió en las contadas ocasiones en que la tocara, las ansias de ir más allá. Mientras la veía recorrer la mansión, a veces con paso apurado para atender a las peticiones de la señora Norton, o pensativa y cabizbaja, tal vez meditando acerca de lo que debía hacer a continuación, se permitía recorrerla con la mirada, deshacerse al menos en su mente de todas esas capas de ropa horrible que se veía obligada a llevar. Jugaba con la idea de imaginar cómo sería el tacto de su piel desnuda bajo sus manos y la forma en que ella lo acariciaría si él se lo pedía.

Su voz diciendo su nombre en medio de la pasión, la forma en que se velarían sus ojos al encontrarse con los suyos mientras la poseía…

A Gabriel le acometió la más extraña certeza. Supo que, si pudiera

tenerla, si alcanzara la gloria de estar dentro de ella, quizá todo lo demás desapareciera y pudiera encontrar de nuevo la paz que creyó perdida para siempre.

Lo que era una horrible ironía porque él estaba decidido a mantenerse tan lejos de ella como fuera posible; pero eso no impidió que continuara con esa silente observación o que dedicara buena parte de su tiempo a intentar encontrar respuestas respecto a la historia de esa joven. Porque estaba seguro de que ella debía de tener una historia de lo más interesante; le bastaba con releer la nota que encontró en el establo para saberlo. Alguien esperaba por ella. Alguien la amaba. Y era probable que, sin importar de quién se tratara, ella lo amara también. Un asunto más acerca del que pensar y que no dejaba de resultar un poco extraño para él porque cuando meditaba acerca de ello lo sorprendían las ganas de ir con ella y pedirle que le dijera si estaba en lo cierto.

De modo que, gracias a todas esas confusas sensaciones, Gabriel se mostraba más hosco que nunca. Y la presencia de su hermana en la casa no hacía más que empeorar su mal humor.

Cecily era lo bastante lista para mantenerse apartada de él tanto como le era posible; en especial tras su llegada y la discusión que mantuvieron. Sin embargo, también era egoísta y desconsiderada, así que bastó con que pasaran unos días para que pareciera olvidar ese incidente y empezó a hacer lo que se le daba mejor: incordiar.

Aunque Gabriel intentaba evitar encontrarse en la misma habitación que ella, con frecuencia debió superar su aversión y compartir el comedor durante la cena o toparse con ella cuando recorría la casa. Entonces hacía lo posible por mostrarse indiferente, pero su hermana lo conocía bien y debía de saber perfectamente lo mucho que le fastidiaba su presencia.

Uno de aquellos días, en los que se encontraba en el salón, ella y su madre se reunieron con él algo más temprano de lo habitual antes de que el mayordomo anunciara que la cena se encontraba ya servida y no le quedó más alternativa que esperar con ellas. Él fingió encontrar muy interesante una figura de porcelana sobre la chimenea, pero estuvo a punto de dejarla caer al oír la puerta del comedor abrirse y ver a la joven criada entrar portando una bandeja con las bebidas que acostumbraban servirse como aperitivo.

¿Desde cuándo permitía la señora Norton que Sapphira hiciera esa clase de labores? Eran las doncellas quienes se encargaban de ello, no las criadas, y definitivamente no ella. Las copas de cristal tintinearon cuando la bandeja que sostenía con fuerza se ladeó de forma casi imperceptible. Seguro que su madre no lo había notado; estaba muy entretenida en su charla con Cecily, pero él sí que lo hizo porque no podía evitarlo. Como le ocurría siempre, su atención se vio

inmediatamente atraída hacia ella y, en ese caso, también al desastre que temió que pudiera ocurrir en cualquier momento, aunque podía decir en su defensa que se recompuso con rapidez y mantuvo el semblante imperturbable incluso cuando advirtió su mirada y esto provocó que la bandeja se balanceara una vez más.

Gabriel sintió el impulso de ir en su ayuda, pero supo que el hacerlo con su hermana presente hubiera sido como pintarse una diana en el pecho frente a un cazador particularmente cruel. Él podría con ella, llevaba toda su vida haciendo frente a la conducta de Cecily, pero dudaba de que Sapphira pudiera decir lo mismo. Así que desvió la mirada y redobló sus intentos de lucir indiferente mientras ella se acercaba a su madre para ofrecerle una bebida.

Si la señora Hartford encontró extraño que fuera precisamente ella a quien enviaran a servirles cuando la señora Norton la tenía en tan baja estima, se cuidó bien de decirlo. Solo extendió una mano para tomar su copa con un gesto despectivo y sin dirigirle una segunda mirada. Cuando fue el turno de Cecily, esta se tomó un momento para examinarla, tal vez reconociendo en ella a la joven que viera junto a Gabriel a su llegada, lo que provocó que se dibujara una maliciosa sonrisa en su rostro antes de recibir su bebida. Lo que fuera que vio en Sapphira debió de parecerle de lo más divertido porque entonces su sonrisa se ensanchó y dirigió a su hermano una rápida mirada entendida. Él, que muy a su pesar no había podido mantener del todo su fachada impasible y se vio una vez más en la necesidad de mirar en dirección a donde la joven se encontraba, advirtió el examen tanto como la mueca burlona en el rostro de su hermana y le correspondió con una hosca mirada.

Sapphira, que esperaba no hubiera notado ese rápido intercambio o el interés que había despertado en ambos por motivos tan distintos, continuó con lo suyo y fue a dejar la bandeja sobre un aparador; posiblemente porque el peso empezaba a vencerla y prefería descargar parte de su contenido antes de acercarse a Gabriel. La atención de este, sin embargo, se vio atraída al oír las palabras de su hermana que, tras dar un sorbo a su bebida, se dirigió a su madre con el mismo tono animado que acostumbraba usar cuando se sentía feliz por algo. Consciente de la clase de cosas que alegraban a Cecily, Gabriel se puso en alerta de inmediato.

—Recibí una carta de lady Salisbury esta mañana —anunció ella—. Entre otras cosas, comentó que pronto se iniciará la temporada y que cree que podría ser la ocasión perfecta para mi regreso.

Gabriel sabía que esa lady Salisbury era una de las mejores amigas de su hermana, la hija de un marqués arruinado que había tenido la «fortuna», como dijeron Cecily y su madre en su momento, de que un viejo y acaudalado barón se fijara en ella y asegurara su futuro. Algo

similar a lo que ocurrió con su hermana, claro, aunque en su opinión el pobre Walwyn ni había sido tan acaudalado ni tan viejo, y definitivamente no tan tonto como a Cecily le gustaba proclamar. Pero se guardó bien su opinión, curioso, a su pesar, de lo que tendría que decir su madre al respecto.

La señora Hartford, sin duda dividida entre mostrar el entusiasmo que debía de sentir ya que su temperamento era, después de todo, muy parecido al de su hija, y su natural temor al posible rechazo que esta podría recibir de presentarse en Londres de buenas a primeras después del escándalo que desató, tuvo el buen tino de mostrarse algo más cauta.

—¿No crees que tal vez sea más sensato esperar a que la temporada se encuentre por terminar? De esa forma, todos se encontrarán más dispuestos a recibirte con el aprecio que mereces.

Gabriel tomó las palabras de su madre con una sonrisa que no se molestó en ocultar. A su parecer, aquello podría haberse interpretado como que buena parte de la sociedad estaría ya lo bastante aburrida por la falta de novedades y recibirán su llegada con más benevolencia. Pero Cecily no era buena interpretando nada y estaba seguro de que lo único que su cerebro había registrado era que su más grande aliada no estaba de acuerdo con ella.

—¡Pero entonces me perderé la temporada! ¿Qué sentido tendría haber regresado? Los mejores bailes son los que se ofrecen al inicio —dijo ella, casi ofendida—. Me sorprendes, madre.

Gabriel contuvo una risa, pero Cecily advirtió el gesto y le dirigió una mirada de enojo.

—No creo haber dicho nada divertido —señaló ella.

—Eso es porque no eres yo, evidentemente; de serlo, te habría causado tanta gracia como a mí —replicó él de inmediato y sin disimular la burla en su voz.

La dama contuvo el aliento y resopló antes de dirigir nuevamente su atención a la señora Hartford, que había seguido el intercambio entre sus hijos en silencio.

—No hace falta que peleen —señaló ella, mirando de uno a otro con el ceño fruncido, aunque fue obvio que había sido el comentario de Gabriel el que más le fastidió—. Intentamos encontrar una solución al problema de Cecily.

Fue el turno de Gabriel para resoplar al tiempo que lanzaba una rápida mirada a Sapphira, que parecía estar esforzándose por pasar inadvertida y hacer como si no fuera capaz de oír nada de lo que ocurría a su alrededor. En ese momento, tras dejar en el aparador la mayor parte del contenido de la bandeja, había dispuesto sobre ella solo la copa de clarete que Gabriel acostumbraba tomar antes de la cena y se dirigió hacia él con la mirada gacha.

—¿Intentamos? —repitió él un poco distraído—. No entiendo cómo algo de eso puede serme de interés.

Su madre pareció encontrarse a punto de dar una respuesta a sus palabras, pero Cecily se le adelantó al dirigir a su hermano una mirada cargada de veneno.

—Ignóralo, madre, tal y como yo he aprendido a hacer —dijo ella —. Es evidente que su amargura le impide considerar la importancia que tiene esto para nosotras. Desde luego, a Gabriel le tiene sin cuidado lo que ocurra en Londres; recuerda que juró no volver a pisar la ciudad para no encontrarse con… ¿Cómo se diría? ¿Viejos conocidos?

Gabriel sintió cómo todos sus miembros se tensaban y lo único que lo detuvo de dar una respuesta apropiada fue la llegada de Sapphira, que acababa de ponerse a su lado y, advirtió, tendía hacia él una copa que vaciló un momento antes de tomar. No supo por qué lo hizo, pero en ese momento se vio incapaz de buscar su mirada.

Cecily, que pareció tomar su silencio como una muestra de debilidad, sonrió a su madre y continuó con ese tono desagradable que acostumbraba usar cuando pretendía atacar a quien considerara un enemigo en potencia.

—Lady Salisbury no solo me alentó a volver pronto a Londres, sino que compartió algunas novedades —indicó ella con una fría sonrisa—. Según ella, se ha topado varias veces con la pequeña Ellie y lord Haversham; aunque ya sabes que son poco dados a asistir a bailes. Después del nacimiento de su primer hijo, asistieron al que dieron los duques de Devonshire y se comenta que parecen tan enamorados como siempre. Quién lo hubiera dicho, ¿cierto? Jamás lo imaginé.

Gabriel sujetó el pie de la copa con fuerza innecesaria; tanta que, por un momento, pareció que había estado a punto de quebrarla, pero consiguió contenerse tras respirar un par de veces. Desde luego que Cecily iba a usar esa carta. ¿Para qué molestarse en buscar una forma ocurrente para herirlo si tenía la mejor de todas a mano? Sin embargo, estaba decidido a no darle esa satisfacción, y menos aún a ponerse en ridículo frente a su madre y…

Sin poder evitarlo, elevó la mirada en busca de Sapphira y no le extrañó que, aun cuando ella parecía entretenida en recoger la bandeja para marcharse, de espaldas a ellos, tenía el rostro ladeado para mirar sobre su hombro. Se encontró entonces con sus ojos; fue cosa de apenas un instante, un intercambio silencioso que, como había ocurrido antes, pareció obrar el milagro de calmarlo. Un segundo después, ella retiró la mirada y, llevando su carga, hizo una reverencia en dirección a su madre, que apenas parecía recordar que se encontraba allí, y partió con paso apresurado dejando la estancia sumida en un silencio ominoso.

Casi podía palparse la tensión en el ambiente y, de no haberse encontrado tan fastidiado por la malicia de su hermana, posiblemente hubiera disfrutado de la mirada sombría en el rostro de su madre y del mentón elevado de Cecily, quien ahora lo miraba con un gesto de abierto desafío como si esperara que le increpara por haberlo provocado de aquella forma y estuviera lista para iniciar una nueva discusión. Pero Gabriel no quiso darle la satisfacción de comprobar lo mucho que le habían afectado sus palabras; comprendió de golpe que empezaba a perder el gusto por bajar a su nivel y responder como un perro rabioso. De modo que, en lugar de decir una palabra respecto a ello, tal y como ellas sin duda esperaban, se puso de pie con un movimiento pesaroso y, tras beberse el contenido de su copa de un trago, la elevó en un brindis cargado de mofa y se marchó del salón sin excusarse y con el secreto placer de dejar a ambas con la boca abierta.

* * *

Sapphira acomodó cuidadosamente las copas de cristal en la alacena, pero cuando estaba a punto de terminar advirtió que sus manos eran presas de un leve temblor y solo atinó a darse una brusca palmada para recuperar el temple. Se comportaba como una tonta que acabara de oír una terrible noticia que le había destrozado los nervios.

Desde luego que el señor Hartford había estado… No, se corrigió de inmediato. *Estaba* enamorado de su prima, esa mujer a la que tanto había oído nombrar desde su llegada. Ellie. La actual vizcondesa de Castlecomer.

¿Lo habría amado ella también? Porque, de ser así, entonces no hubiera tenido sentido que se casara con otro. Solo cabía pensar que no correspondió a los sentimientos de su primo, que conoció a alguien más que sí le inspiró algo como aquello. Su abandono, obviamente, esa incapacidad de amarlo, lo habían afectado tanto que, pese a todo el tiempo transcurrido, él continuaba ahogado por el despecho y el dolor.

Eso explicaba muchas cosas.

Agotada y adolorida como si acabaran de molerla a palos, Sapphira exhaló un hondo suspiro tras poner la última copa en su lugar. Al menos la señora Norton no podría culparla de haber roto algo, se dijo después de dejar la despensa y tras renunciar a tomar la cena con los otros sirvientes. De por sí ellos no la veían con mucha estima y al parecer resentían que el ama de llaves la hubiera enviado a servir a los señores al salón. ¿Pero qué hubiera podido hacer ella? Dos de las doncellas se encontraban enfermas y a la señora Hartford no le gustaba que los lacayos se ocuparan de ese trabajo. Dios era testigo de

que a la señora Norton le costó una enormidad tragarse su orgullo y asignarle esa labor. Lo último que Sapphira deseaba en ese momento era ser objeto de miradas de enojo o encontrarse nuevamente en un ambiente incómodo y hostil.

Ya había visto bastante de eso en el salón.

De cualquier forma, comprobó mientras dejaba el ala de los criados, no tenía mucha hambre pese a que apenas comió algo de fruta a media tarde; su estómago se sentía como si acabara de tragar un avispero. Iba camino a su habitación, después de dar un rodeo para atravesar el vestíbulo sin ser vista, cuando algo la llevó a desandar sus pasos y dirigirse a la biblioteca. Luego, al pensar en ello, se preguntó varias veces qué la alentó a hacer algo como eso y, aunque procuró convencerse de que tenía en mente husmear entre los estantes, como había hecho varias veces antes, la verdad era que eso no era del todo verdad. Lo cierto era que simplemente no podía encontrar una explicación razonable.

Le bastó con poner un pie dentro de la biblioteca para saber que no se encontraba sola, pero no se sintió sorprendida o amedrentada al toparse con la figura de Gabriel apoltronada en una butaca de cara a la chimenea. Aunque no podía ver su rostro, el fulgor de las llamas iluminó su perfil y pudo advertir que mantenía la mirada perdida y los labios apretados como si sus pensamientos se encontraran muy lejos de allí.

Lo más sensato habría sido dar media vuelta y marcharse; no parecía que él hubiera advertido su presencia, así que podía irse y nunca lo sabría. Pero vio algo en su rostro, en la forma en que una de sus manos colgaba frente a él en un ademán de abandono, que la llevó a dar un paso hacia él antes de ser siquiera consciente de lo que hacía.

Se veía triste y solo y lo único que tuvo por seguro en ese momento fue que deseaba hacer cualquier cosa que le ayudara a salir de ese estado.

—A mi padre le gustaba mucho jugar —dijo ella tras dar otro paso tembloroso en dirección al fuego y sin mirarlo directamente—. Creo que no había nada en el mundo que disfrutara más.

Vio de reojo que él tensaba los hombros un instante antes de dejarlos caer nuevamente y que, aun cuando tampoco hizo amago de buscar su mirada, aún inmerso en el resplandor del fuego, ladeaba ligeramente el rostro para oírla con mayor atención. Sapphira tomó su silencio como una señal de que podía continuar y así lo hizo:

—No recuerdo un momento de mi vida en el que no lo viera con una baraja en la mano, o con ganas de tener una, en todo caso —recordó ella con una pequeña sonrisa cargada de triste nostalgia—. Él me enseñó cuando era pequeña, aunque mi madre le pidió muchas veces que no lo hiciera. Ella pensaba que no era algo que debiera

saber una niña, pero mi padre decía que podía ser una habilidad útil para mí en el futuro. A la luz de lo ocurrido y de algunas otras cosas, es posible que él estuviera en lo cierto.

Sapphira iba dando unos pasos más según hablaba hasta que quedó de pie frente a la chimenea, con Gabriel sentado a su lado. Podía sentir su mirada en su rostro y se permitió mirarlo también de reojo, atenta a su expresión. Él, que de golpe había mutado el ceño fruncido por un gesto más relajado, la observaba con las comisuras de los labios ligeramente elevadas, lo que le llevó a pensar que encontraba un poco divertida su historia. Bueno, no podía culparlo por eso, pero con seguridad de haberla conocido por completo no le hubiera hecho tanta gracia. Ella, de cualquier forma, no estaba dispuesta a revelar demasiado de sí misma; era muy personal y bochornoso. Solo imaginar lo que él podría decir de conocer sus secretos le quitaba el aliento; nunca podría volver a mirarlo a los ojos si lo supiera.

—Por tu forma de hablar, es obvio que compartes la opinión de tu madre —señaló él, haciendo gala de una astucia que no la sorprendió —. Me atrevería a decir que jugar no es algo que disfrutes.

Sapphira se encogió de hombros.

—Puede ser divertido. A veces —concedió de mala gana—. Es la necesidad por jugar lo que me molesta.

—Y eso era lo que le pasaba a tu padre. Él lo necesitaba.

Sapphira no respondió, lo que Gabriel pareció tomar como una afirmación porque empezó a asentir lentamente, pero no insistió respecto a ese tema. En lugar de ello, apoyó un codo sobre el sillón ladeando el cuerpo para mirarla de lado.

—¿Por qué no te sientas? —sugirió él.

Sapphira parpadeó y miró a su alrededor, confundida por la sugerencia, y estuvo a punto de negarse, pero le bastó con ver su rostro para saber que él estaba listo para rebatir cualquier argumento que se le pudiera ocurrir. Miró el pequeño lugar a su lado, el que habría sido su primera opción, pero no se atrevió a ocuparlo porque no habría sabido qué hacer con él tan cerca; había otras sillas, claro, y un bonito diván cuyo tapiz acostumbraba acariciar cuando lo sacudía, suave como una nube; sin embargo, le bastó con pensar en lo que diría la señora Norton si la descubría sentada en él para rechazar la idea de inmediato.

Rendida, exhaló un suspiro, se acomodó las faldas lo mejor que pudo y se dejó caer sobre la alfombra con las piernas recogidas de lado, asentando las manos unidas sobre el regazo.

Gabriel, que había seguido sus movimientos con curiosidad, arqueó una ceja.

—Muy bien —dijo él—. Supongo que nos vendrá bien para lo que tengo en mente.

Sapphira no supo qué responder a semejante declaración, sorprendida y con la curiosidad danzando en su mente. Una intriga que se acentuó al ver que se ponía en pie con elegancia y se dirigía al escritorio en un rincón y volvía al cabo de un momento con algo entre las manos. Antes de que le diera oportunidad de preguntar de qué se trataba, él se despojó de la chaqueta del traje de etiqueta que acostumbraba usar para la cena y, tras lanzarla con descuido sobre la butaca, se dejó caer a su lado.

—¿Qué está…? —Sapphira, que había seguido sus movimientos con los ojos abiertos al máximo, carraspeó para aclarar su garganta—. ¿Qué está haciendo?

En lugar de responder, Gabriel empezó a soltar los botones de su camisa a la altura de las muñecas para arremangarla sobre sus antebrazos y, una vez que terminó con aquello, le mostró con la mano extendida lo que había llevado con él.

Un mazo de cartas.

—¿Juegas?

Sapphira abrió y cerró la boca un par de veces, demasiado consternada aún por su comportamiento como para pensar en una respuesta sensata; aun así, cuando menos fue capaz de sacudir la cabeza de un lado a otro para dejar claro lo que pensaba de semejante idea.

Gabriel, sin embargo, no pareció sorprendido o desalentado por su reacción. Por el contrario, empezó a barajar las cartas con una habilidad que le indicó que sería un oponente bastante digno.

—Dijiste que disfrutas jugar por diversión —continuó él ante su silencio—. Solo una partida. Desde luego, no tengo que decir que no están permitidas las trampas.

—Yo nunca hago trampas.

La respuesta de Sapphira brotó en un tono de tal indignación que, fue evidente, el considerar siquiera que él pensara algo como aquello de ella fue suficiente para sacarla de cualquier estado de estupefacción en el que se hubiera encontrado hasta entonces.

Gabriel sonrió, encantado por esa muestra de pasión.

—¿Quieres que crea que venciste a un grupo de muchachos acostumbrados a jugar con toda clase de gente sin hacer trampas? —insistió él, sin parecer que reprobara la posibilidad de que así hubiera sido.

Sapphira extendió una mano para tomar el mazo de cartas y sus dedos rozaron los de Gabriel; fue solo un instante, un leve toque que bastó para sentir cómo una corriente de energía subía por su columna y le cortaba el aliento. Pero se recompuso con rapidez, decidida a que él no lo advirtiera, no fue capaz de mirarlo a los ojos para saber si también habría experimentado algo.

—Es posible ganar sin hacer trampas, ¿sabe? —dijo ella, recorriendo el borde de la baraja con el pulgar—. Existen algunos trucos…

—Trucos moralmente cuestionables, supongo —completó Gabriel en tono grave.

Sapphira contuvo una sonrisa. Era el tipo de expresión que hubiera usado su padre para disculparse, y al recordarlo le asaltó una oleada de melancolía mezclada con disgusto; una mixtura de emociones bastante habitual cuando de él se trataba.

—Puede llamarlos así si lo desea —reconoció ella con poco entusiasmo, jugando con el mazo de cartas con gesto ausente—. De cualquier forma, no puedo jugar con usted.

—¿Por qué no? —replicó él de inmediato—. Te aseguro que no te lo pondré sencillo. Con trucos o no.

Sapphira elevó levemente el rostro y lo observó con los ojos entornados.

—Usted sí que sería capaz de hacer trampas, ¿cierto? No lo dudaría un segundo.

Gabriel esbozó una enigmática sonrisa y tomó el mazo de sus manos con gesto resuelto para ubicarlo en el espacio frente a ambos.

—¿Qué quieres apostar?

Sin duda, nada aquella noche había salido como pensó que ocurriría, consideró Gabriel mientras meditaba su próximo movimiento.

Al bajar algo más temprano para reunirse con su madre y Cecily, pensó que lo esperaban unas horas de tenso aburrimiento, sazonadas con algunas discusiones y comentarios malintencionados. En lugar de ello, sin embargo, había terminado sentado sobre la alfombra jugando una partida de cartas con una de las criadas y no podía recordar cuándo fue la última vez que se divirtió tanto.

Al final, Sapphira aceptó jugar con él, siempre y cuando no hubiera dinero de por medio. Ella no lo dijo, pero fue evidente que odiaba la idea de apostar y, cuando él le preguntó qué hizo con el dinero que ganó a los muchachos, ella respondió muy suelta de huesos que se lo entregó al joven que habían esquilmado unas noches atrás.

Impresionante, mas no sorprendente, se dijo Gabriel cuando ella lo comentó como si fuera lo más lógico del mundo.

Cuando la señora Norton contó que los muchachos se habían referido a su compañera de juegos como un tahúr, Gabriel pensó que se trataba de una exageración propia de su despecho por haberse visto vencidos por una joven en apariencia tan inocente. Ahora, sin embargo, tras dos partidas, ambas ganadas por ella con bastante soltura, se dijo que tal vez no se tratara de una exageración en

absoluto.

Desde luego, ella estaba usando algunos trucos; lo supo de inmediato, pero como él hacía otro tanto no se le ocurrió quejarse. Con trampas de por medio o no, Sapphira era realmente buena, lo que acentuó su curiosidad respecto a la forma en que habría sido criada.

—Hablaste de tus padres en pasado. ¿Están muertos?

Gabriel dejó caer la pregunta de golpe con la esperanza de que ella, concentrada en el juego, respondiera por impulso y no tuviera tiempo de hilvanar alguna mentira. Para su inmensa satisfacción, así fue, porque Sapphira elevó los ojos de sus cartas y lo observó con cierta sorpresa al tiempo que respondía con rapidez.

—Sí —dijo ella en tono serio—. Murieron ambos.

Gabriel asintió y buscó en su rostro una señal de lo que sentía al respecto. Vio pesar, dolor y también una buena cuota de reproche, pero no supo si dirigido a esos padres ausentes o a sí misma.

—De modo que eres huérfana —comentó él entonces usando un falso tono indiferente—. No es algo que me sorprenda.

Sapphira frunció el ceño al oírlo.

—¿Le parece divertido? —preguntó ella.

—No he dicho eso.

—Pero lo parece.

Gabriel suspiró y relajó los dedos que sostenían las cartas.

—Lamento si te he dado esa impresión; no hay nada de gracioso en que hayas perdido a tus padres y siento que sufrieras esa pérdida —se apresuró a decir él, y continuó en un tono algo más ligero—: Pero si te soy sincero, tiene un toque de ironía.

El ceño de Sapphira se acentuó.

—No imagino cómo es eso posible —comentó ella.

Gabriel se encogió de hombros y elevó las cartas sobre su cabeza.

—Es lo que cabía esperar —dijo él—. Hay algo en ti, en tu forma de ser… Huérfana, pobre, desamparada, indefensa…

—No. Eso último no es verdad —lo atajó ella de inmediato—. Puedo asegurarle que soy cualquier cosa menos indefensa.

Gabriel sonrió mirándola a los ojos y dejó caer sus cartas suavemente sobre la alfombra, atento a su reacción.

—Te creo —replicó él sin vacilar—. Estoy seguro de que «indefensa» no es un término que se deba usar en lo que a ti respecta.

Y era cierto, se dijo al verla guardar silencio y analizar su respuesta a esa jugada con la mirada fija en sus cartas, que mantenía firmemente apretadas contra sí, un ademán que atrajo su mirada hacia la curva de su pecho, donde el corte del vestido acentuaba su figura que, había descubierto gracias a su obsesiva observación, era mucho más voluptuosa de lo que la ropa holgada dejaba adivinar a una primera mirada.

Ella levantó el rostro de golpe, como si hubiera sido capaz de sentir la intensidad de su examen y, en lugar de parecer ofendida por ello, lo obsequió con una sonrisa. Era obvio que debía de tener una estupenda mano y se relamía frente a una nueva victoria, pero a Gabriel aquello no podía importarle menos. Estaba totalmente fascinado por la forma en que esa sonrisa lo afectaba hasta lo más hondo.

¿En qué había estado pensando al considerar que no era hermosa? Lo era, sin duda, podía verlo ahora. Tanto que le robó el aliento y sintió un cosquilleo traicionero en los dedos por la intensidad del deseo de tocarla que lo asaltó. ¿Cómo era posible que algo tan sencillo como una sonrisa lo redujera a un ente atontado que habría dado cualquier cosa por acercar el rostro a su cabello e inhalar el olor que despedía? Estaba tan cerca y al mismo tiempo tan lejos que le provocaba un dolor casi físico. Y ella parecía del todo ignorante de aquello. Le acababa de dar la vuelta a su mundo tan solo con sonreír y ni siquiera lo sabía.

Sapphira, ajena sin duda a todo lo que a él le obsesionaba, develó sus cartas y esperó, sin variar su expresión ansiosa o la sonrisa que estaba seguro conjuraría una y otra vez durante la noche.

—¿Y bien? —preguntó ella, impaciente—. Gané, ¿cierto?

Gabriel suspiró y apoyó las manos tras él para sostenerse sobre las palmas en una postura de derrota.

—Oh, sí, Sapphira —dijo él con un gesto levemente amargo—. Claro que has ganado.

Ella se vio demasiado satisfecha de sí misma como para reconocer las implicancias de sus palabras o el hecho de que no pareciera referirse tan solo al juego propiamente dicho. Porque Gabriel supo en ese momento, sin asomo de duda y en un rapto de angustia, que se encontraba irremisiblemente vencido.

Por alguna extraña razón que en un inicio no se permitió siquiera intentar desentrañar, Gabriel no vio a Sapphira por varios días. No quería reconocer ante sí mismo que echaba de menos su presencia y se dijo que debería sentirse agradecido de que las circunstancias, cualesquiera que fueran, le permitieran alejarla de su vista. Eso podría ayudarle a replantear su comportamiento y, aún más importante, sus emociones.

El problema era que, cuanto más se permitía pensar en ello, más convencido estaba de que no iba a encontrar una explicación razonable a nada de lo que sentía. O de que le importara hacerlo, de cualquier forma.

Casi sin notarlo, había retomado viejos hábitos que hizo a un lado después de la muerte de su padre. Como recorrer la propiedad a

caballo y hablar con algunos de los arrendatarios para saber cómo iban las cosas para ellos. Aunque confiaba en el administrador, de allí que prácticamente hubiera dejado el manejo de todo en sus manos, últimamente lo asediaba la idea de que estaba llevando su apatía demasiado lejos. Si su padre supiera que habían pasado meses desde la última vez que se acercó al pueblo a menos que fuera para tomar el camino que llevaba a la taberna, se levantaría de su tumba y lo mataría con sus propias manos.

Como esperó que ocurriera, le bastó hablar con un par de arrendatarios para saber que todo iba tal y como siempre; incluso un poco mejor considerando su negligencia. El primero de ellos al que se acercó no pareció precisamente alegre de verlo; era posible que sus andanzas fueran el centro de las críticas en las reuniones que Gabriel sabía que sostenían de vez en cuando, pero desde luego que no se atrevió a decírselo en la cara. Casi hubiera preferido que lo hiciera, en realidad, porque el leve desprecio que vio en su mirada al dirigirse a él lo ofendió más que cualquier cosa que hubiera podido decirle.

Antes de que el que había asumido que sería su futuro se trastocara de la forma en que lo hizo, Gabriel siempre se sintió orgulloso de ser un hombre respetado en la región. Los arrendatarios lo conocían desde que era un niño y tomaban como natural el hecho de que, según creció y su padre fue envejeciendo, él adoptara muchas de las responsabilidades hasta que el manejo de la propiedad recayó del todo en sus manos. Era así como debía ocurrir. Estaba listo. Lo prepararon para eso. En aquel tiempo no podía imaginar que el abandono de Ellie lo afectaría a ese grado y que optaría por apartarse de todo aquello que hasta entonces fue tan importante para él.

«Ella no te abandonó», susurró una voz muy similar a la de su madre a su oído. «Ella buscó su propio destino y tú jamás fuiste parte de él».

Irritado por lo que juzgó como una mala pasada de su inconsciente, Gabriel desvió sus pensamientos del rumbo que corrían el riesgo de tomar y apuró a su montura para regresar a la mansión; pero una vez que se encontró cerca del patio principal optó por dar un rodeo porque no sentía ningún deseo de entrar y encontrarse con su madre. O Cecily. En lugar de ello, se dijo que bien podría usar la entrada posterior, la que daba a las cocinas. La posibilidad de que aquello le permitiera encontrarse con Sapphira solo hizo la idea más tentadora.

No llegó a poner un pie en la entrada una vez que entregó su montura a uno de los mozos encargados, porque se topó con ella de pronto como si la hubiera conjurado con el pensamiento.

Sapphira caminaba con la cabeza gacha y un paso lento que no tenía nada que ver con su habitual andar enérgico y apresurado. Tenía la mirada fija en el césped y Gabriel notó que llevaba un hato de ropa

enrollado entre las manos que se veía un poco pesado. Sin detenerse a pensarlo dos veces, se dirigió hacia ella saliéndole al paso con tal rapidez que la joven pareció sorprendida al verlo y tuvo que frenar bruscamente para evitar tropezar con él. Solo entonces, cuando ella elevó el rostro y pudo mirarla con atención, reparó en que había algo extraño en ella que no advirtió antes.

—Lo siento. Iba distraída…

Gabriel frunció el ceño, aún más sorprendido, tanto por lo apagada que se oyó su voz como por el hecho de que fuera ella quien se disculpara cuando había sido él quien estuvo a punto de provocar el choque. Era poco propio de ella que se arrogara una culpa que no le pertenecía.

—No te he visto últimamente —comentó él, atento a sus gestos.

Sapphira se encogió de hombros y llevó el hato de ropa a una de sus caderas como si encontrara demasiado agotador sujetarlo contra el pecho. Empezó a flexionar uno de los brazos con lentitud y Gabriel advirtió que exhalaba un suave suspiro antes de responder.

—He estado en la cocina —dijo ella.

—¿No estás siempre allí?

Sapphira recibió el comentario con una suave sonrisa.

—Bueno, sí, pero me refería a que la señora Norton me encargó que le echara una mano a la cocinera porque su ayudante tuvo que marcharse de improviso y… —Ella suspiró de nuevo y sacudió la cabeza de un lado a otro, imprimiendo a su voz un tono más animado —. Ha sido divertido. No soy buena cocinera, jamás he podido hacer algo remotamente decente, pero la señora Cushing es una buena maestra. He aprendido mucho con ella en estos días. Quizá me permita hacer un pastel pronto…

Su voz fue apagándose y calló de golpe como si el simple hecho de hablar le supusiera un gran esfuerzo y Gabriel inclinó la cabeza para mirarla con mayor atención. Notó que sus mejillas y la frente se encontraban demasiado sonrosadas para achacárselo al hecho de que estuviera trabajando, y captó también sus labios pálidos y una leve capa de sudor sobre su piel.

—Sapphira, no parece que te encuentres bien —dijo él con sus sentidos en alerta—. Entra a la casa y tómate un descanso.

Ella negó con gesto débil.

—No puedo. Aún tengo mucho por hacer. Prometí que cuando terminara con esto iría al almacén por algunas cosas que la señora Cushing necesita y aún tengo que ayudarle con la cena de esta noche. Lady Walwyn dijo que quiere que prepare faisán.

—Mi hermana puede vivir sin cenar faisán —la interrumpió Gabriel en tono peligroso.

—Pero…

—Estás enferma, y si no es así, al menos lo pareces —continuó él, seguro de que se trataba de lo primero.

Sapphira se llevó una mano a la frente y frunció el ceño.

—Tengo calor —dijo ella—. Me vendría bien un poco de agua; eso es lo que ocurre. No he bebido nada desde hace horas, pero en cuanto lo haga seguro que me encontraré mejor. ¡Y el almuerzo! Aún no he tomado el almuerzo, pero la señora Cushing preparó un estofado y no dudo de que esté delicioso. Mi madre preparaba uno muy bueno también, y la señora Peters… ¿Le he hablado de la señora Peters alguna vez? Su comida es extraordinaria. La echo tanto de menos…

Preocupado por lo que juzgó un delirio que solo confirmó lo mal que se encontraba, Gabriel sacudió la cabeza de un lado a otro y extendió una mano para rozar su frente con la yema de los dedos. Considerando lo mucho que lo atormentaba la idea de tocarla porque se sabía incapaz de hacerlo sin que lo asaltaran unas ideas de lo más inapropiadas, vaciló un instante antes de hacerlo, pero era la única manera de confirmar sus sospechas.

—No. Nunca me has hablado de esa señora Peters; pero confío en que lo harás pronto —dijo él, atento a la sensación de su piel afiebrada contra sus dedos fríos—. Ahora escúchame bien: estás ardiendo en fiebre. Vas a entrar a la casa y meterte a la cama; haré que llamen al médico para que te reconozca. Tal vez solo sea un enfriamiento, estás cansada…

Sapphira sacudió la cabeza al oírlo y el movimiento estuvo a punto de obligarle a retirar la mano, pero, para su sorpresa, ella la sostuvo por la muñeca y la llevó a su mejilla.

—¡Qué agradable! —exclamó sonriente—. Su piel está mucho más fresca que la mía, ¿no podría dejar su mano ahí un momento?

Muy a su pesar, Gabriel no pudo menos que esbozar una sonrisa y la contempló con tierna exasperación. Parte de él se sentía inclinada a considerar su pedido; nada le apetecía más que tocarla. Estaría encantado, en realidad, de recorrer cada rincón de su cuerpo con las manos y mostrarle lo placentero que podía ser eso para ambos. Pero se reprendió de inmediato, avergonzado de haberlo siquiera pensado. ¡La chica estaba enferma!

—Temo que no será posible, pero el médico pensará en algo para mantenerte fresca —dijo él, dejando caer la mano—. Ahora hazme caso y entra en la casa.

Sapphira sacudió la cabeza una vez más y pareció como si el acto le hubiera costado un gran esfuerzo porque Gabriel la vio tambalearse y no lo pensó un segundo para dar un paso hacia ella y sostenerla por la cintura, ayudándola a apoyarse contra su pecho. El hato de ropa cayó sobre la hierba, pero no le prestó atención, todos sus sentidos estaban puestos en la joven que temblaba entre sus brazos y que, advirtió,

había empezado a derramar algunas lágrimas que descendían por sus mejillas.

—Tengo calor —dijo ella en un gemido ahogado.

—Lo sé.

—Y me duele la cabeza.

Gabriel asentó una mano en su cintura y la ayudó a dar unos pasos en dirección a la casa. Aunque Sapphira caminaba con dificultad, fue una suerte que dejara de negarse a hacerle caso, se dijo según avanzaban.

—Puedo imaginarlo —comentó él para mantenerla consciente; parecía como si fuera a desmayarse en cualquier momento—. Pronto te encontrarás mejor.

—Y extraño mi casa —la voz de la joven surgió en un balbuceo que le costó descifrar—. Y a mi madre. ¡Dios! Incluso extraño a mi padre; jamás pensé que lo diría. Edward… Pobre Edward. Él es al que más echo de menos; las cosas serían tan distintas si pudiéramos estar juntos.

Gabriel hizo un esfuerzo para no hacer la pregunta que le quemaba la garganta. ¿Edward? ¿Ese E fue el que escribió la carta? ¿El que la extrañaba y amaba tanto como ella parecía hacerlo?

—Usted es tan afortunado —Sapphira interrumpió sus pensamientos al continuar con un leve tono de reproche—. Tiene un hogar, una familia…

—Mi familia no es precisamente una muestra de buena fortuna —replicó él sin poder contenerse.

—¡Pero es su familia! Sea como sea… Y tiene una hermosa casa. Y mucho más por lo que sentirse agradecido. Pero no, prefiere ir por ahí lamentándose. ¿Le he dicho cuán molesto puede ser?

Gabriel ahogó una risa y luego suspiró, aliviado de ver que la puerta de entrada a las cocinas se encontraba ya muy cerca.

—Me hago una idea —respondió él tan solo.

—Cuando lo conocí hubiera podido golpearlo con un plumero, ¿sabe? No lo entendía. Teniendo todo esto. —Sapphira hizo amago de elevar una mano para abarcar la casa, pero apenas fue capaz de levantarla un par de centímetros y suspiró, rendida—. Pero entonces me di cuenta.

Estaban ya a la altura de la puerta y Gabriel golpeó con la mano libre, en espera de que algún sirviente en el interior le oyera.

—¿Te diste cuenta de qué? —preguntó él, un tanto distraído.

Entonces, sintió los dedos de Sapphira sobre su mejilla y ladeó el rostro para mirarla. Su toque ardía y sus ojos se veían vidriosos, dotándolos de una apariencia extraña, casi sobrenatural. Por un instante, le pareció como si fuera capaz de leer hasta el secreto más oculto de su corazón.

—De que está tan solo muy, muy triste —respondió ella en un susurro.

Gabriel se dijo después que fue una suerte que la puerta se abriera precisamente en ese momento porque no habría sabido qué responder a una afirmación como aquella. En lugar de considerarlo, siquiera, se enfocó en el rostro consternado de la muchacha que le abrió la puerta y que se hizo a un lado con los ojos desorbitados por la sorpresa que debió de provocarle toparse con su señor cargando en brazos a una de sus compañeras. Al entrar y adentrarse en el corredor, se topó también con la señora Norton, que venía de la alacena y que se dirigió a él con expresión confundida.

—Sapphira está enferma. Y exhausta —Gabriel se adelantó a cualquier cosa que hubiera podido decir y pasó por su lado sin vacilar —. Haga llamar al médico.

Sin esperar respuesta, giró en dirección a donde sabía que se encontraban las habitaciones de los criados y sostuvo a Sapphira con mayor firmeza contra su pecho. Ella había empezado a sudar y fue evidente que apenas podía tenerse en pie, además de que había caído ya del todo en la inconsciencia.

Preocupado, Gabriel esperó a que el ama de llaves reaccionara y fuera con ellos, pero fue en realidad la joven que los recibiera la que actuó con mayor rapidez al abrir la puerta de la habitación para que él pudiera entrar con Sapphira y recostarla suavemente sobre la cama.

—¿Qué está esperando? —Él miró sobre su hombro al ama de llaves, que se había detenido en el umbral de la puerta y miraba de uno a otro con expresión de espanto—. Un médico. Ahora.

La mujer pareció reaccionar frente a su tono demandante y asintió con los labios apretados antes de dar media vuelta y marcharse a cumplir con la orden. Mientras tanto, la joven doncella se ocupó de acomodar la cabeza de Sapphira sobre la almohada y le tocó la frente, dando un bote al sentir el calor que desprendía.

—Pobrecita —comentó, suspirando—. Ha estado trabajando demasiado estos días, ¿sabe? Con la limpieza y la cocina. Apenas descansa, pero parece siempre desesperada por complacer a la señora Norton y que no la eche. Tenía que caer en algún momento.

La joven calló bruscamente al reparar en que quizá había dicho demasiado y lo miró con cierto temor, pero Gabriel la tranquilizó con una sonrisa y, tras dirigir una última mirada al rostro pálido de Sapphira, se encaminó hacia la puerta.

—Quédate con ella y no la dejes a solas hasta que recupere el conocimiento —dijo él antes de marcharse—. Si la señora Norton pone alguna objeción, dile que yo te lo he ordenado. Que el médico suba a hablar conmigo cuando la haya visto.

La joven asintió con fervor y él abandonó la habitación con una

desagradable presión en el pecho.

Tal y como ordenó, el médico fue en su busca tan pronto como terminó de revisar a Sapphira, y su informe solo confirmó lo que ya pensaba. En su opinión, la muchacha había cedido a la fiebre debido al agotamiento y la alimentación desordenada, por lo que se encontraba terriblemente débil, lo que a su vez derivara en ese cuadro febril que ahora la mantendría postrada en cama durante varios días.

No había nada de lo que preocuparse, señaló el médico; con reposo y buena comida estaría pronto de pie. De cualquier forma, Gabriel insistió en que regresara al día siguiente y todos los que hicieran falta hasta que ella se encontrara del todo restablecida. Al médico pareció resultarle extraño que se mostrara tan interesado en la salud de una de las criadas, pero se contuvo de hacer preguntas y aseguró que volvería temprano a la mañana siguiente, cosa que hizo, así como las siguientes tres, y en todas ellas pasó luego a informar a Gabriel acerca de la evolución de Sapphira.

Pese a su interés y a que había tenido ya una discusión con su madre por ese tema gracias a las quejas que sin duda el ama de llaves debió de llevar a su señora, Gabriel no se acercó nuevamente a la habitación de la joven para comprobar sus progresos. Prefirió fiarse de la opinión del médico y de lo que consiguió sonsacar a la doncella que había designado para que la cuidara. Algo más que la señora Norton debía de resentir como la mayor afrenta.

Según la joven, Sapphira pasó un día semiinconsciente, pero tan pronto como despertó se mostró mucho más descansada de lo que recordaba haberla visto nunca. Comió todo lo que la doncella le llevó e incluso hizo algunas preguntas respecto a lo que había ocurrido; pero la muchacha no supo explicar cuál fue su reacción cuando le explicó que había sido él quien la ayudó a regresar a la casa. Dudaba de que ella hubiera sido del todo consciente de lo que dijo durante su delirio, pero supuso que lo sabría cuando consiguiera hablarle.

La doncella le informó además de que Sapphira intentó levantarse tan pronto como despertó, pero Gabriel ya había dado indicaciones a la señora Norton para que, si se sentía tentada a ponerla a trabajar sin considerar su enfermedad, lo pensara dos veces a riesgo de perder su propio empleo. El ama de llaves lo miró entonces como si acabara de tragar un sapo, pero no se le ocurrió contradecir sus órdenes.

De eso habían pasado ya algunos días y Gabriel supuso que Sapphira debía de encontrarse ya casi recuperada. Incluso esperaba verla revolotear por la casa en cualquier momento, algo que le despertaba tanta ansiedad como preocupación. Sentía que las cosas se le habían ido de las manos en lo que a ella se refería. Su reacción al

verla enferma, la angustia que lo asaltó entonces y el deseo de protegerla incluso de su propio entorno lo asustaban de una forma que no sabía cómo explicar incluso a sí mismo. Lo más sencillo era asumir que su empatía estaba cimentada en el aprecio que esa joven inspiraba en él, pero sabía que las cosas eran un poco más complicadas que eso.

Estaba tan inquieto que incluso se sorprendió reflexionando seriamente acerca del pedido de su madre para que apoyara el regreso de Cecily a Londres. Desde luego, la idea de que él viajara con ellas estaba fuera de toda consideración; su hermana no exageró al mencionar su juramento de que no volvería a pisar esa ciudad, pero si usara sus horas muertas en escribir algunas cartas para allanarle el terreno…, con seguridad ella se las arreglaría para arruinarlo todo luego con su comportamiento, no lo dudaba un segundo, pero al menos él podría hacer algo que no estuviera relacionado con fantasear con la chiquilla que se recuperaba bajo su techo.

Era una idea tan buena como cualquier otra, se dijo de mala gana, ya que no sintió nada que se asemejara siquiera al entusiasmo que habría cabido esperar ante la idea de retomar contacto con sus amistades en Londres o hacer sentir el poder que siempre ansiara poseer para influir de alguna forma positiva en la vida de los suyos.

Tal vez Cecily tuviera razón y él simplemente se encontrara vacío e incapaz de sentir cualquier emoción que no fuera amargura o desidia.

Ese día en particular, aunque había cumplido con la promesa hecha a sí mismo de recorrer la propiedad y mantenerse atento a las necesidades de sus arrendatarios, terminó por regresar más temprano de lo calculado. Por suerte, no se topó con su madre o hermana al llegar y eso le dio tiempo de dirigirse a su habitación antes de verse incluido en alguna conversación que no sentía ningún deseo de sostener.

Al llegar a su dormitorio, sin embargo, se dio con la sorpresa de que, al parecer, no importaba lo que él deseara porque iba a tener que hacer frente a una charla que con seguridad resultaría mucho más peligrosa para él que cualquier discusión con su familia en la que se viera involucrado.

Sapphira estaba de pie al lado de su cama y Gabriel apenas acababa de dar un paso hacia ella, a punto de decirle cuánto le alegraba verla al fin recuperada, cuando reparó en que ella lo miraba con una mezcla de enojo y sorpresa que en un inicio le costó comprender. Al menos hasta que advirtió que sostenía un papel en una de sus manos y supo de qué se trataba.

La carta. La había descubierto entre sus cosas al limpiar, supuso al ver que había un paño caído a sus pies que sin duda habría dejado allí al dar con su descubrimiento. No estaba seguro de dónde dejó el papel; posiblemente, distraído, ni siquiera se había molestado en

esconderlo. Alguien más no le habría prestado mayor atención, ni siquiera se hubiera molestado en leerlo. Pero con Sapphira era distinto, claro. No solo era demasiado curiosa por naturaleza como para no echarle un segundo vistazo; ya que la carta en realidad le pertenecía, era lógico que la leyera, no hubiera podido ser de otra forma.

Con un suspiro, Gabriel se dijo que no era así como supuso que se darían las cosas. Su plan había sido entregarle el dichoso papel tan pronto como se recuperara y pudiera hablar con ella, consciente de que hizo mal al ocultarlo cuando lo encontró en lugar de entregárselo de inmediato. Pero eso ella no podía saberlo, y aun cuando se lo dijera ahora, ¿por qué iba a creerle?

De modo que decidió tomar las cosas con calma y, antes de que ella alcanzara siquiera a abrir la boca para decir lo que pensaba, cerró la puerta tras él, consciente de lo que un gesto como ese le indicaría a ella y sin que le importara mucho lo que cualquier otro pudiera pensar. Luego, se acercó a Sapphira con los brazos cruzados y semblante impasible. Aguardando.

—¿Por qué?

Como esperaba, fue Sapphira quien quebró el silencio al dirigirse a él con el papel elevado y el ceño fruncido.

—Usted sabía que era mía. ¿Por qué no lo me la devolvió? —continuó ella con la confusión latente en su voz—. La he buscado por todas partes. La necesitaba…

—¿Quién te la envió?

Sapphira recibió su pregunta con los ojos muy abiertos y tardó casi un minuto en responder.

—¿Y qué importancia tiene eso para usted? —inquirió ella a su vez, mirándolo con naciente exasperación—. ¿No va a disculparse?

Gabriel le devolvió la mirada con la sombra de una sonrisa.

—¿Haría eso alguna diferencia? —preguntó él.

Sapphira suspiró y se llevó una mano a la cadera con el mentón elevado en ademán desafiante.

—No, si no lo dice de corazón —declaró ella sin vacilar—. Y no lo hace, ¿cierto? No está avergonzado de su comportamiento ni es consciente del daño innecesario que me ha causado…

Gabriel suspiró, dejó de lado parte de su actitud indiferente y la observó con gesto grave.

—Te equivocas —dijo él—. Nunca te haría daño adrede y sí me arrepiento de haberte causado una angustia como esta. Tienes razón en que debí devolverte la carta en cuanto la encontré; lo pensé con frecuencia, pero algo me detenía.

—¿Algo como qué?

—No lo sé. —Gabriel no estaba dispuesto a reconocer ni siquiera

ante sí mismo la verdad—. Fue un acto infantil y egoísta, y te ofrezco disculpas por haberlo hecho. Te prometo, Sapphira, que jamás quise ocasionarte dolor. Es lo único que tengo por seguro.

Ella le dirigió una mirada desconfiada, como si le costara creer del todo en sus palabras, pero Gabriel vio que parte de la tensión que la poseyera hasta entonces empezaba a ceder. Tras suspirar y sacudir suavemente la cabeza, Sapphira dobló el papel con mucho cuidado y lo guardó en el bolsillo de su delantal.

—¿No vas a contarme quién te la envió? —preguntó él sin poder contenerse.

Sapphira levantó la mirada y lo observó con el ceño fruncido.

—¿Por qué quiere saberlo? —Ella no esperó a obtener una respuesta, se la dio a sí misma sin darle tiempo a considerarlo—: No lo diga. Está aburrido y cree que podría entretenerse con eso, ¿cierto? Lo siento, pero esta vez no podré complacerlo; esta carta es demasiado importante para mí para que usted la banalice de esa forma. Si se lo permitiera sería como permitirle jugar con mi corazón.

Sin esperar a oír su respuesta, Sapphira recogió el paño caído a sus pies y lo fijó a la cintura del delantal; después, se encaminó a la puerta, pero apenas acababa de dar un par de pasos cuando Gabriel se situó ante ella obstruyéndole el paso.

—¿Qué está haciendo? —preguntó ella, confundida.

—¿Quién es E? Mencionaste a un Edward cuando delirabas. ¿Se trata de él? —Gabriel habló con rapidez, atento a su reacción.

Sapphira resopló.

—No debería sorprenderme que la haya leído, claro —dijo ella—. En cuanto a lo que sea que haya dicho estando enferma, repetiré lo que dije antes: no es de su incumbencia. Ahora, por favor, hágase a un lado. Tengo mucho por hacer.

Gabriel no se detuvo a considerar lo que hacía; quizá de haberlo hecho hubiera tenido el suficiente sentido común para detenerse antes de dar un paso del que no habría retorno. Pero no halló las fuerzas para contener una vez más lo que tanto deseaba. Venía haciéndolo casi desde la primera vez que vio a esa joven, ¿por qué resignarse a esa tortura? De modo que, tras tragar espeso, se acercó a ella y puso una mano sobre su brazo en una caricia delicada pero firme que pareció sorprenderla la suficiente para hacerla callar.

—Me incumbe —dijo él en voz muy baja, lo suficiente tan solo para que ella lo oyera—. No debería, pero es así. Dime, Sapphira: ¿quién es este hombre? ¿Estás enamorada de él?

Ella entreabrió los labios y buena parte de su actitud belicosa pareció desaparecer bajo su toque; aún más, cuando Gabriel usó la mano libre para acariciar su rostro dio un leve brinco por la sorpresa y lo observó con los ojos muy abiertos

—No estoy enamorada de nadie —musitó ella casi en un balbuceo —. Pero eso…

—No digas de nuevo que eso no es de mi incumbencia porque entonces yo tendré que responderte también de nuevo que sí me incumbe —declaró Gabriel.

—¿Por qué?

—Porque si amaras a alguien yo no podría hacer esto.

Sin esperar a oír lo que fuera que ella tuviera que decir, tal vez pedirle una explicación para una afirmación como esa, Gabriel inclinó el rostro hacia ella y capturó sus labios con un gemido que pareció abarcar todo el anhelo que llevaba tanto tiempo incubando en su interior. Sintió que Sapphira se tensaba entre sus brazos cuando la sujetó por la cintura para atraerla a su cuerpo, pero ella no tardó más de unos segundos en relajarse y entreabrir los labios al tiempo que elevaba el rostro para mirarlo antes de cerrar los ojos con un suspiro de rendición.

Sus labios eran tan suaves, el roce de sus manos que temblaban contra su pecho tan delicado, que necesitó echar mano de todo su autocontrol para no hacer una locura. Se concentró en besarla, paladear su sabor y entregarse al placer que le provocó tenerla al fin tan cerca como había soñado durante tanto tiempo. El olor de su cabello lo aturdió tanto que se sorprendió trastabillando al llevarla con él para apoyar su espalda contra la pared, algo totalmente necesario porque no parecía como si ella tuviera más control de sus piernas.

Sapphira le rodeó el cuello con las manos y arqueó la espalda como si intentara encajar su cuerpo contra el suyo, buscando que cada resquicio se acoplara tanto como fuera posible. Él comprobó entonces que poseía una figura a la que esos horribles vestidos que llevaba no hacían ninguna justicia. Sintió los pechos llenos bajo sus manos y refregó los pezones con la punta de los dedos, fascinado por los sonidos que escapaban de su garganta.

Gabriel no pudo recordar cuándo fue la última vez que sintió algo como aquello al besar a una mujer; posiblemente no le hubiera ocurrido nunca. Su cuerpo ardía y, cuando ella rozó sus muslos con la cadera en un movimiento instintivo, él empujó hacia adelante con un gemido, preguntándose hasta cuándo podría contener el deseo de subirle las faldas y tomarla como todo en él gritaba que debía hacer. Ella no lo detendría, lo supo con seguridad, pero ¿acaso eso le daba derecho a arruinar su vida de esa forma? El que Sapphira no fuera capaz de comprenderlo, que en su inocencia estuviera dispuesta a dejarse llevar por la pasión, no le daba a él el poder para aprovecharse de ella.

Nunca nada en su vida le costó tanto como separar sus labios y

dejar caer sus manos, retrocediendo con pasos torpes sin dejar de observarla a los ojos para encontrarse con su rostro sumido en la confusión. Sus ojos, más oscuros que nunca, le parecieron dos pozos desbordados por la pasión y sus labios inflamados por sus besos estuvieron a punto de arrancarle un lamento de pesar.

—Gabriel…

Oírla decir su nombre por primera vez le supuso un golpe tan punzante que necesitó cerrar los ojos un segundo para recomponerse. Lo asaltó una sensación mezcla de embeleso y temor que le atenazó las entrañas. No podía temerle. ¿Por qué diablos iba a tenerle miedo a ella?

Angustiado, abrió los ojos y se inclinó hacia ella para depositar un suave beso sobre su sien, una caricia tan breve que no duró más que un instante y se separó poniendo distancia entre ambos.

—Lo siento.

No estaba seguro de por qué se disculpaba cuando oyó las palabras escapar de sus labios. Aún más, en realidad no hubiera podido decir si se excusaba ante ella o ante sí mismo. Quizá ambas cosas. Cualquiera fuera el caso, sus palabras parecieron atravesar esa suerte de niebla que había caído sobre ambos y que tenía a Sapphira inmovilizada contra la pared, con los miembros caídos en un gesto de abandono. Gabriel la vio sacudir la cabeza como si así pudiera recobrar el sentido común y observó el momento preciso en que, como él, cobró consciencia del todo de lo que había estado a punto de hacer.

Entonces le recordó a una niña aterrada, demasiado sorprendida de sus propios actos como para atinar a hacer otra cosa que no fuera huir. Y él no hizo absolutamente nada para detenerla.

Capítulo 6

—Lady Heath me ha asegurado que si Cecily desea volver no encontrará un mejor momento para hacerlo que ahora. Tras el escándalo propalado por los vizcondes de Harrington nadie le prestará demasiada atención; están todos demasiado interesados en saber lo que ocurrirá ahora. Se comenta que lord Harrington planea dejar Londres para reunirse con su amante, pero lady Harrington no se lo pondrá sencillo, seguro que recuerdas lo orgullosa que es. La llegada de Cecily pasará desapercibida si actúa con prudencia… Gabriel, ¿has oído una palabra de lo que dije?

Gabriel parpadeó y miró a su madre con semblante imperturbable.

—Perfectamente, madre. Pretendes utilizar una desgracia ajena para que Cecily pueda cumplir con su capricho y regresar a Londres, aunque es bastante probable que tenga que marcharse nuevamente en cuanto vuelva a ocasionar un desastre; pero eso a ti no te importa —repuso él—. ¿Me he perdido algo?

La señora Hartford exhaló un bufido y dirigió a su hijo una mirada de fastidio, pero él ya había vuelto su interés al paisaje ante ambos.

Se encontraban en el jardín, donde su madre había ido en su busca después de que le informaran de que él no se reuniría con ella y Cecily para el té. Al llegar allí, lo halló sentado en una de las bancas dispuestas de cara al norte, desde donde tenía una vista estupenda del campo. Ella entonces ocupó una a su lado y empezó a compartir esas noticias que parecía encontrar tan interesantes y que a él no podían llamarle menos la atención. Aun así, procuró escucharla porque sabía que, de no hacerlo, no descansaría hasta dar con el motivo de su distracción. Y que lo mataran si estaba dispuesto a permitir que su madre se enterara de qué era aquello que lo mantenía distante y preocupado.

—No tienes ningún derecho a juzgar a tu hermana, Gabriel, y mucho menos a asumir que sabes lo que hará en el futuro; ella se encuentra arrepentida de sus errores y solo desea retomar su vida tal y como la recuerda —la señora Hartford habló con calma en un evidente esfuerzo por no perder el temperamento—. Ella no sabe vivir de esta forma, ya lo sabes. No podemos forzarla a permanecer aquí, se

marchitaría, ella no es como…

—¿Como yo? —preguntó él ante su silencio con una mirada de reojo—. ¿Ibas a decir eso?

La señora cabeceó.

—Puedes pensarlo así si quieres —concedió ella, continuando antes de que él pudiera decir nada—. Por favor, Gabriel, no he venido aquí para pelear contigo; estoy agotada de tus comentarios sarcásticos y de la desesperación de tu hermana. Sería tan sencillo para ti ayudarla.

—Lo he hecho —recordó él, fastidiado por la punzada de compasión que sintió al ver su rostro decaído por el agobio—. Escribí a nuestros amigos, abogué por ella…

Su madre hizo un gesto de exasperación.

—¡Escribiste! —repitió ella—. También yo lo hice, pero eso no hará ninguna diferencia para la sociedad. ¿Qué valor tienen unas cartas escritas por compromiso? Ellos no lo creerán hasta que nos vean a su lado.

—Madre…

—Gabriel, por favor, solo una breve visita; un par de semanas para dejar a Cecily instalada y entonces te prometo que volveré aquí contigo y nunca te volveré a criticar por elegir este lugar —prometió ella.

Gabriel negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo él, y se sorprendió al comprender que lo decía en serio—. No puedo hacerlo.

La señora Hartford lo miró a los ojos y debió de ver en ellos que no habría nada que pudiera decir que lo convenciera, pero en lugar de montar en cólera, como Gabriel esperaba que hiciera, suspiró con pesadez y se puso de pie con movimientos muy lentos.

—Creo que no eres consciente de que esta actitud no solo lastima a tu hermana, sino también a ti mismo —declaró ella con una inflexión compasiva en la voz, lo que le sorprendió—. No importa si viajas a Londres o decides permanecer aquí para siempre, nunca podrás dejar el pasado atrás si insistes en vivir ahogado en los recuerdos.

Sin decir nada más, su madre se alejó con los hombros ligeramente encorvados, un gesto de desaliento poco habitual en ella y que a él lo dejó sumido en una mezcla de emociones que lo mantuvo allí durante horas.

* * *

Cuán injusto era que el dinero fuera una necesidad tan apremiante, se dijo Sapphira no por primera vez al pasar por la pequeña oficina de correos en el pueblo para enviar parte de su paga, como hacía cada semana desde que entró a trabajar para los Hartford.

Pero claro. Era difícil preocuparse por las cosas realmente

importantes de la vida cuando se tenía hambre o vivías en las calles sin una manta para pasar los días fríos. Ella sabía mucho acerca de eso. Y para mantenerse apartada de una vida tan miserable como aquella, el dinero era tan necesario como el respirar en sí. Injusto, pero cierto.

Al menos le quedaba el consuelo de saber que ese dinero que tanto le costaba ganar era bien recibido y que tendría el fin más noble que podía imaginar.

Hacía mucho frío aquella mañana, advirtió arrebujándose con el manto que tuvo el buen tino de tomar antes de dejar la casa. Era su día libre, el primero que tomaba tras permanecer todo aquel tiempo enferma, y la señora Norton aceptó a regañadientes que abandonara sus quehaceres para dar un paseo por el pueblo. A su parecer, ya había descansado bastante y hubiera sido más considerado de su parte usar ese día para retribuir los cuidados que recibió, pero Sapphira no se encontraba en el mejor estado para reclamarle consideración, de modo que no dudó un instante en insistir en que le dieran el día que le correspondía.

Necesitaba dejar la mansión al menos por unas horas o se volvería loca.

Un río serpenteaba cerca de donde se encontraba; era una corriente poco caudalosa que atravesaba el pueblo y que se distrajo siguiendo sin reparar del todo en lo que hacía; caminaba cabizbaja y con el ceño fruncido, sumergida del todo en sus pensamientos.

Los bajos de su vestido se mancharon con el fango del camino y unas gotas de agua asentadas, tras el paso de la lluvia, salpicaron sus pantorrillas al pisar con fuerza, pero apenas le molestaron. Era casi agradable sentir cosas como aquella después del ambiente estéril de la mansión. Incluso se había permitido dejar su uniforme para usar uno de sus vestidos; un traje sencillo y barato pero bonito en un tono de verde similar al de la hierba que pisaba y que le recordó que no era una sirvienta todo el tiempo, que también podía ser ella misma. Una joven que, reconoció con un aguijón de dolor en el pecho, se sentía terriblemente confundida.

¿Debería renunciar? Sería lo más sensato, claro, pero ¿qué haría entonces? ¿A dónde iría? Y, lo más importante, ¿de dónde iba a sacar entonces el dinero que necesitaba? Cierto que había adquirido cierta experiencia en el tiempo que llevaba sirviendo allí y era posible que la señora Norton le proveyera con buenas referencias, feliz de verla marchar. Pero no tenía idea de cuánto tiempo pasaría antes de que encontrara otra colocación, siempre y cuando pudiera hacerlo. Además, y esto se hizo lugar en su mente por más que se esforzó por ignorarlo, si se iba ya no lo vería más.

Con un suspiro que sonó casi como un sollozo, Sapphira apretó las

manos a los lados y apuró el paso, sin saber a dónde se dirigía, pero segura de que al menos ese movimiento constante la ayudaba a conservar la sensatez. Si se permitía detenerse y pensar; si se entregaba a los recuerdos, estaría en un grave problema. Porque entonces tendría que reconocer la verdad; que todos sus pensamientos estaban dirigidos a una sola persona, a Gabriel Hartford, y que, si él se encontrara a su lado, ella no podría hacer nada que no fuera quererlo. Como llevaba haciendo desde antes de saberlo.

Una corriente de aire estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio y tuvo que sujetarse a los restos de un árbol que le llegaba a la cintura y junto al que se detuvo un momento para recuperar el aliento. Echó una mirada sobre su hombro y se sorprendió al advertir que se había alejado mucho del pueblo. Su plan había sido dar un paseo hasta allí y luego entrar en la posada que regentaba una sobrina de la señora Cushing para comer algo y una vez hubiera terminado volver a la mansión. Ahora, sin embargo, la idea de sentarse y tener que compartir mesa con un grupo de desconocidos le resultó poco tentadora. Además, ni siquiera sentía hambre, de modo que optó por retomar el camino alejándose del poblado. Bien podía explorar un poco la zona; llevaba deseándolo desde que llegó y apenas contaba con algo de tiempo libre.

Convencida, dio la espalda al poblado y retomó el paso.

Unas cuantas gotas de lluvia cayeron a sus pies, pero cuando elevó el rostro al cielo se topó con un manto encapotado de gris que no pareció que estuviera a punto de dejar caer su furia sobre ella. Lo comprobó un rato después, cuando el sendero ante ella se mantuvo lo bastante seco para andar con tranquilidad y se sorprendió al descubrir que estaba disfrutando del paseo. Era la clase de cosas que le habría encantado hacer en compañía.

¿Cómo sería andar lado a lado con un hombre como Gabriel?, se preguntó en un rapto de anhelo traicionero. Podía imaginarlo sumido en esos silencios tan suyos apenas rotos por sus comentarios sarcásticos, pero también estaba convencida de que sería un compañero agradable con la palabra justa cuando lo necesitara. Incluso se permitió imaginar lo que sentiría al tomar su mano y entrelazar sus dedos con los suyos. Recordaba con claridad el tacto de su piel; era áspera y suave al mismo tiempo y su delicadeza al acariciarla desmentía buena parte de la tosquedad que se esforzaba por aparentar. Nunca nadie la había tratado con tal suavidad, pero también era cierto que nunca permitió que otro la tocara de la forma en que él lo había hecho.

Dudaba, claro, que aquello significara para él tanto como le ocurría a ella, y eso solo lo hacía más doloroso.

¿Por qué simplemente no se iba?, se preguntó nuevamente, a punto

de ceder a la desesperación. Tenía más motivos para ello que para permanecer allí y, aun así, le costaba dar ese paso. Tal vez en secreto esperaba que ocurriera algo que la obligara a marcharse, que la llevara a tomar esa decisión cuando ya no tuviera otra alternativa.

El ambiente se iba haciendo un tanto opresivo según se internaba en el bosque; aunque no llovía aún, la vegetación era más tupida de lo que imaginó y más de una vez tuvo que detenerse para orientarse. Si bien no deseaba regresar a la casa aún, tampoco le apetecía en absoluto perderse; podía imaginar los gritos de la señora Norton si tenía que enviar una cuadrilla de sirvientes a buscarla.

Acababa de girar en un recodo, deteniéndose ante un árbol que se le antojó familiar y un poco confundida respecto a si había estado allí antes o solo eran cosas suyas, cuando oyó unas voces que venían desde su izquierda, en la dirección en la que creía que se encontraba la casa. De modo que, un tanto aliviada, caminó hacia allí con la esperanza de pedir ayuda si era necesario. Tal vez se tratara de otros criados de la mansión que, lo mismo que ella, habían salido a dar un paseo. Lo único que necesitaba era que alguien le dijera en qué dirección debía andar; luego tendría buen cuidado de mantenerse cerca para no volver a perder el rumbo.

Cuando llegó a un claro y las voces se fueron haciendo más cercanas, se detuvo con brusquedad. Una de ellas le pareció conocida y solo bastó con mirar hacia el pequeño grupo ante ella para saber de quién se trataba.

Eran cuatro muchachos. El más alto de ellos, quien parecía ejercer cierto dominio sobre los demás, tenía una mano extendida y sobre ella los otros iban dejando caer unas cuantas monedas que él se esmeró luego por meter en los bolsillos del chaleco desgastado que vestía. Sapphira quiso retroceder antes de que ellos advirtieran su presencia, pero pisó una rama caída y el ruido los alertó y todos giraron a mirar en su dirección con distintas muestras de interés. En realidad, el único interesado fue uno de ellos porque los demás se vieron demasiado alarmados para nada que no fuera mirarla con espanto.

Arthur, el lacayo contra el que jugara hacía unas semanas, y quien pareció tan alegre de verla, hizo un gesto a los otros para tranquilizarlos y dijo algo en voz baja que Sapphira no consiguió entender. Solo entonces cayó en la cuenta de que esos muchachos no trabajaban en la casa, aunque hubiera podido jurar que a uno de ellos lo había visto antes en el pueblo; posiblemente fuera el que atendía en el almacén, pero no estaba del todo segura y no se le ocurrió preguntárselo. Si por ella hubiera sido, habría dado media vuelta para alejarse, pero no quiso dar la impresión de que les temía o que estuviera haciendo nada malo allí. Era obvio, en realidad, se dijo al mirar una vez más cómo dos de los muchachos entregaban a Arthur lo

último que llevaban en los bolsillos, que eran ellos los que debían de estar haciendo algo indebido.

Pasaron solo un par de minutos, aunque a ella le parecieron algunos más, para que los muchachos parecieran terminar con lo que fuera que estuvieran haciendo, pero en lugar de que todos se pusieran entonces en camino a donde fuera que debieran ir, como esperó que ocurriera, solo tres de ellos dieron cabezadas de despedida en dirección a Arthur, sin dirigirle a ella una sola mirada, y desaparecieron con rapidez como una bandada de aves dejándolos a solas.

Sapphira apretó los labios entonces, reprendiéndose mentalmente por no haber seguido su primer instinto y dar media vuelta tan pronto como se topó con el grupo, pero ya no había nada que pudiera hacer. De modo que aspiró con fuerza y enderezó los hombros, dispuesta a hacerlo en ese momento, pero bastó con que diera un paso hacia atrás para que Arthur se apresurara a ir a su lado en cuanto adivinó sus intenciones.

—Sapphira —llamó él—. Espera un momento.

A ella no le quedó más alternativa que hacer lo que le pidió; odiaba la idea de huir como un conejo asustado. Mal que bien, aunque no le agradara, él nunca le había hecho nada malo; y, además, ¿no le había dicho a Gabriel que era perfectamente capaz de defenderse de cualquier cosa?

—Intenté verte cuando supe que estabas enferma, pero ese viejo cuervo de la señora Norton no me lo permitió —él continuó hablando, ignorante a lo que pensaba; se le veía ansioso y se esmeraba por sonar preocupado—. Me alegra que te encuentres mejor.

Sapphira forzó una sonrisa, aunque dudaba de que hubiera conseguido esbozar nada que no fuera una mueca.

—Gracias —dijo ella—. No fue nada de cuidado.

—No fue eso lo que oí; la señora Cushing dijo que de no ser por el señor Hartford habrías terminado muerta en medio del camino. Pero ya sabes qué dramática es esa mujer —rio él con una mirada calculadora—. Claro que fue una suerte que el señor te encontrara o lo habrías pasado mucho peor.

El cuerpo de Sapphira se tensó ante la mención al papel de Gabriel en lo ocurrido aquel día. Aunque no encontró malicia en las palabras del muchacho, fue evidente que habló con alguna intención oculta; lo supo por la forma en que la miraba y la expresión ligeramente burlona que adoptó al decirlo.

—Sí. Tuve mucha suerte —contestó ella en tono seco, y agregó luego, igual de parca—: Tengo que irme ahora, Arthur, prometí a la señora Norton que llegaría temprano.

Eso era una gran mentira, claro; le había asegurado al ama de llaves

que regresaría poco antes de que oscureciera y para eso aún faltaban algunas horas, pero sintió que debía alejarse de él tan rápido como le fuera posible.

—Claro, claro. Comprendo —dijo él, aun cuando no pareció muy entusiasmado ante la idea—. Pero quería comentarte algo y este es el primer momento en que podemos charlar a solas. Luego, si gustas, puedo acompañarte hasta la casa; no me gustaría que te perdieras…

Sapphira sacudió la cabeza de un lado a otro con cierta brusquedad.

—No hace falta, pero gracias, sé perfectamente por dónde ir —mintió una vez más sin vacilar—. Respecto a esa charla, ¿es muy importante? Como dije, no quiero retrasarme o estaré en problemas.

—Solo será un minuto.

—Arthur…

Él dio un paso hacia ella al oír que estaba a punto de enhebrar una nueva excusa y Sapphira retrocedió en un gesto instintivo. No le gustaba la forma en que la miraba y mucho menos el hecho de que pareciera tan satisfecho ante sus reparos.

—Quedé muy impresionado por la forma en que jugaste aquel día; no recuerdo haber visto nunca a una mujer hacerlo tan bien —dijo él, sonriente—. Los otros no podían creerlo, pero yo supe que eras especial desde la primera vez que te vi. Claro que nunca imaginé que lo fueras tanto.

El muchacho rio de su propia broma y Sapphira sintió cómo los músculos de su cuello se tensaban por la aprehensión, pero no dejó que nada en su semblante la traicionara.

—Yo aprendí con un tío en su granja y desde entonces me di cuenta de que es una buena forma de ganar un dinero extra con poco esfuerzo; puedo hacer en un par de días la paga del mes. —Él continuó ante su silencio—: Esos que acabas de ver conmigo hace un momento me debían una buena cantidad y jamás dan problemas para pagar. Como mucho, lloriquean un poco.

Una nueva risa y un grado más de tensión para Sapphira resultaron en aquella declaración tan petulante, pero esta vez ella encontró la voz para decir lo que pensaba:

—No creo que sea algo acerca de lo que sentirte orgulloso, pero en realidad no es asunto mío, así que preferiría no hablar de ello —dijo ella en tono serio—. ¿En verdad es eso lo que deseabas decirme? ¿Has terminado?

El gesto del muchacho varió ligeramente al oír la reprobación en su voz y comprender que estaba lejos de haberla impresionado para bien.

—No, aún no —replicó él un poco menos amable—. En realidad, tengo una propuesta para ti.

Aquello sorprendió a Sapphira lo suficiente para que lo mirara con cierta curiosidad.

—Propuesta —repitió ella—. ¿Qué clase de propuesta?

—He pensado que podríamos asociarnos…

—¿Qué?

Arthur continuó como si no hubiera oído su interrupción.

—Eres una estupenda jugadora, y conoces algunos trucos que ni siquiera yo había visto antes —dijo él, sonriendo ante su ceño fruncido—. ¿No pensarías que no me iba a dar cuenta? Claro que lo hice, así como tú debes de haber notado que intenté hacer algunos también, pero me lo pusiste muy difícil. Eres estupenda, Sapphira, y podríamos hacer mucho dinero si nos uniéramos. Algunos hombres de por aquí no quieren jugar conmigo porque saben que les ganaré, pero nadie lo imaginaría tratándose de ti. Jugarán muy confiados pensando que solo se enfrentan a una chiquilla que apenas sabe sostener una baraja. Estoy dispuesto a darte al menos la tercera parte de lo que saquemos. Y a lo mejor, si somos buenos amigos, tal vez acepte ir a medias. Todo dependerá de ti.

Sapphira sintió que la incredulidad daba paso a la ira y tuvo muy difícil contener una exclamación de enojo para dejar claro lo que pensaba de una propuesta como aquella. Era consciente de que no se encontraba en la mejor posición, por lo que respiró profundamente para conservar la calma y lo observó a los ojos con tanta fijeza que al muchacho no le quedó otra alternativa que bajar la mirada un segundo.

—Gracias por la oferta, Arthur, has sido muy amable al pensar en mí, pero temo que tendré que rechazarla —dijo ella, sin molestarse en ocultar el sarcasmo—. No estoy interesada en un arreglo como ese. Supongo que ahora sí has terminado.

Sapphira estuvo a punto de despedirse deseándole un buen día, pero eso habría sido una hipocresía. Si por ella fuera, esperaba que terminara la tarde sumergido en un lago helado, pero supuso que quizá no era un pensamiento muy piadoso, por lo que prefirió marcharse en silencio.

Acababa de internarse nuevamente en el bosque tras dar la espalda al muchacho, que se quedó un momento inmóvil ante su contundente respuesta, cuando sintió que la tomaban del brazo y se sacudió del agarre con un movimiento instintivo.

—¡Espera! No puedes solo decir que no, es una gran oferta, haremos mucho dinero…

Ella giró para enfrentarse a él, que la miraba a su vez con una expresión de incredulidad; como si no pudiera creer que no se hubiera puesto de rodillas para agradecer su propuesta en lugar de observarlo con asco.

—No me interesa el dinero —espetó ella.

—Claro que sí, a todo el mundo le interesa. Y en tu caso no es solo

eso: lo necesitas. La señora Cushing dijo que envías casi toda tu paga a alguien, ¿no es verdad?

Sapphira hizo un gesto de enojo al pensar en la indiscreción de la cocinera, pero qué más daba eso en un momento como aquel. A nadie debía importarle lo que hiciera con su dinero, y mucho menos a ese muchacho idiota; pero no permitió que su ira le impidiera actuar con sensatez. Aspiró con fuerza y se preparó para terminar con esa absurda conversación de una vez por todas.

—Escucha, Arthur, ya te lo dije. No estoy interesada en tu oferta, y lamento que pensaras que encontrarías a una cómplice en mí cuando creo que he dejado claro lo que pienso de lo que haces, pero eso en este momento no importa —ella habló con tranquilidad tras echar un anhelante vistazo sobre su hombro—. Haz lo que quieras con tu vida y yo haré lo mismo. Ahora, no te atrevas a intentar detenerme de nuevo.

Desde luego, Sapphira no pensó ni por un segundo que él respetaría sus deseos, por lo que estaba preparada cuando, al darle la espalda una vez más y retomar su camino, él intentó tirar de su brazo. Ahora, más atenta, reaccionó antes de que pudiera siquiera rozarla al girar con la mano en alto y darle una bofetada en su rostro sorprendido.

—No me toques —dijo ella mordiendo las palabras.

El muchacho tardó solo un par de segundos en recuperar el habla y cuando lo hizo se dirigió a ella en un tono colmado de resentimiento; tanto como el que despedía también su mirada:

—Seguro que eso no es lo que le dices al señor Hartford —espetó él.

Sapphira sintió como si le acabaran de arrojar un jarro de agua fría en la cabeza; al parpadear, sorprendida, cayó en la cuenta de que buena parte de esa impresión estaba basada en el hecho de que, tal y como temió, había empezado a llover. No se trataba de una tormenta ni mucho menos, pero las gotas que caían sobre ella humedecieron sus ropas con rapidez.

—No tengo idea de qué estás diciendo y más te vale que no se te ocurra implicar nada desagradable —dijo ella una vez que encontró la voz, furiosa y aterrorizada a partes iguales.

El muchacho esbozó un bufido de desprecio y se apartó un mechón de cabello caído sobre su frente.

—¿Desagradable? —repitió él con sorna—. Seguro que no hay nada de desagradable en lo que haces con él. Y está bien, no te juzgo, has sido muy lista; nunca lo hubiera pensado cuando te vi por primera vez. Quizá sea por eso que no estás interesada en aceptar mi oferta; no dudo de que el señor Hartford te pague bastante bien por todo, pero incluso tú tienes que saber que eso no durará. En cuanto se aburra de ti se encargará de que la señora Norton te eche a la calle y entonces estarás tan pobre como siempre. Yo, en cambio, estoy dispuesto a hacer mucho más por ti. Solo tienes que aceptar y ser buena conmigo;

te prometo que no te arrepentirás.

Sapphira sintió que le zumbaban los oídos y que todo se volvía negro ante sus ojos, una mancha borrosa en la que solo resonaban como un eco todas y cada una de las palabras que el muchacho acababa de pronunciar. ¿Él en verdad pensaba eso? ¿Sería el único o todos en la mansión creían que se acostaba con el señor de la casa a cambio de unas monedas?

Sintió tanto asco que creyó que se doblaría a pies del muchacho para empezar a vomitar; pero entonces él aprovechó su desconcierto para intentar rodear su cintura y acercar el rostro al suyo. Le bastó con ser consciente de ello, sentir su toque invasivo, para reaccionar y hacer a un lado la sorpresa. Sin vacilar ni permitirse pensarlo dos veces, apoyó ambas manos sobre su pecho y le dio un empujón con todas sus fuerzas. Lo vio caer entonces con lo que le pareció una lentitud inconcebible y apenas oyó el sonido de su cabeza golpeando contra el fango del camino, dio media vuelta y empezó a correr.

No tenía idea de a dónde iba, si se dirigía a la casa o regresaba al poblado; en realidad le daba igual, solo quería alejarse de él y de las cosas que le había dicho. No consideró de inmediato que tal vez pudiera encontrarse herido; su mente no funcionaba con claridad y sus pies parecían mucho más seguros de lo que debía hacer. Solo cuando le pareció que llevaba mucho tiempo corriendo, aun cuando en realidad solo habían pasado algunos minutos, se permitió desacelerar un poco, sintiendo cómo la gravedad de lo que acababa de ocurrir se abría paso en su mente. ¿Y si estaba muerto? ¿Y si se había golpeado la cabeza con demasiada fuerza al caer y en ese momento agonizaba mientras ella corría lejos de él en lugar de prestarle ayuda? Miró sobre su hombro, dispuesta a regresar, pero entonces oyó el sonido de unos pasos a su derecha y pensó que se trataba de él, que se había puesto de pie e iba tras ella para vengarse.

Horrorizada y una vez más demasiado confundida para actuar con la sangre fría de la que tanto se ufanaba, reanudó el paso, acelerando cada vez más según oía que los pasos resonaban cada vez más cercanos. Iba a alcanzarla.

Oyó el eco de una voz tras ella, pero no le prestó atención; el hacerlo solo le haría perder tiempo. Quizá él quería confundirla, hacerle pensar que no estaba enojado con ella y cuando estuviera cerca entonces la atacaría.

Vio un punto de luz entre la lluvia a solo unos metros y hacia allí se dirigió, corriendo con todas sus fuerzas, pero cuando se encontraba cerca, con una mano extendida para sujetarse de un bejuco que le salió al paso y que le serviría de último impulso, una mano salida de no sabía dónde tiró de la espalda de su vestido haciéndola trastabillar. Cayó de rodillas sobre el camino enfangado y ahogó un grito de terror

al tiempo que daba golpes al aire con ambas manos. De no haberse encontrado tan asustada habría notado tanto que sus golpes daban contra algo firme y cercano como que una voz se alzaba sobre la lluvia llamándola por su nombre.

—¡Sapphira, tranquilízate!

Solo entonces, cuando la voz llegó con claridad a sus oídos y los gritos empezaron a menguar, cayó en la cuenta de que no pertenecía a Arthur. Esta era más grave, más cálida… Más suya.

Levantó la cabeza entonces; el peinado se le había deshecho por el trajín y largos mechones empapados por la lluvia caían a los lados de su cara, pero eso no le impidió reconocer el rostro ante ella que la miraba con expresión asustada.

Gabriel.

—Sapphira, ¿qué ha ocurrido? Cuéntamelo…

Ella no dudó un segundo y se arrojó a sus brazos, sacudida por unos sollozos salidos de no sabía dónde. No recordaba cuándo fue la última vez que lloró de aquella forma, pero le bastó con sentir las manos de Gabriel apoyadas sobre sus hombros, la suavidad con la que acarició su rostro en su afán de calmarla, para que el llanto empezara a disminuir y, entre hipidos, intentó contarle lo ocurrido. No estaba segura de lo que dijo o qué tan clara había sido, pero él debió de captar lo esencial y lo demás no tuvo problemas para adivinarlo, porque se le vio tan furioso que le provocó un sobresalto que terminó por despejar cualquier rastro de confusión que aún le quedara. Sin embargo, estaba claro que su enojo no estaba dirigido a ella; la miraba con preocupación y continuaba acariciándola como si pretendiera así calcular cuán dañada podía encontrarse. Cuando pareció aliviado al comprobar que no había nada de cuidado más allá de sus ropas mojadas y el estado de sus nervios, la ayudó a incorporarse y la mantuvo sujeta por los brazos para que lo mirara con atención.

—Regresa a la casa —dijo él en tono sosegado—. Ve y quítate esa ropa mojada; no tienes que dar ninguna explicación a nadie todavía. Si te preguntan, di que caíste por la lluvia y que quieres descansar; nadie te reprochará nada. Yo me encargaré de ver a ese Arthur, aunque desde ya te digo que dudo de que esté muerto; los tipos de su calaña tienen una suerte que no merecen.

Sapphira se vio asintiendo sin dudar incluso antes de que terminara de hablar. De alguna forma, supo que él estaba en lo cierto y, aunque habría deseado acompañarlo, nada le apetecía menos que encontrarse una vez más con Arthur y que la viera a su lado. Eso solo cimentaría las cosas que había dicho y que no se atrevió a comentar a Gabriel, lo único que se guardó solo para ella porque hubiera muerto de vergüenza si se enteraba de esas habladurías.

—Estamos muy cerca de la casa; si sigues el camino llegarás en un

par de minutos. Sé que podrás hacerlo —decía él ante su silencio—. ¿Verdad?

Sapphira asintió nuevamente y se liberó de su agarre, lo que le costó mucho porque habría dado cualquier cosa por poder permanecer así al menos un minuto más. Él solo estaba siendo amable, como lo era la mayor parte del tiempo con ella; a pesar de lo ocurrido entre ambos la última vez que se vieron, era consciente de que aquello solo obedeció al deseo que él podría haber sentido por ella y que le habría despertado cualquier otra, y a sus propios impulsos que necesitaba aprender a controlar o haría el ridículo una vez más.

Sin mirarlo, porque eso le hubiera llevado a dudar una vez más, dio media vuelta y caminó en la dirección que él indicara. Un poco más allá vio la silueta de la mansión recortada por la lluvia y se apresuró a entrar, pero antes de hacerlo echó una mirada sobre su hombro y lo único que vio tras ella fue una sombra que se alejaba con paso apurado en dirección contraria.

Como supuso que ocurriría, y para confirmar la impresión que tenía respecto al destino de los cobardes acerca del que hablara a Sapphira, Gabriel encontró a Arthur tumbado bajo un árbol en medio de gemidos lastimeros, pero intacto a excepción de un golpe que se dio en la sien al caer. Por lo demás, aunque empapado y en un estado lamentable, se hallaba lo bastante consciente para reconocerlo en cuanto lo vio y le bastó con ver su rostro para saber que más le valía no decir una sola palabra que lo hundiera más en el hoyo en el que se había metido.

Aunque, se dijo Gabriel mientras lo tomaba del hombro para obligarlo a incorporarse y le daba unos cuantos empujones para obligarlo a ponerse en camino en dirección a la casa, el muchacho habría podido echarse a llorar o inventar todas las excusas que se le pasaran por la cabeza, eso solo lo hubiera enojado más.

Por eso, por su propio bien y el suyo, que no podía empezar siquiera a imaginar lo tentadora que le resultaba la idea de molerlo a golpes, no dijo una palabra hasta que se encontraron en los lindes del bosque, a pocos metros de la casa.

—Haz tu equipaje en silencio; te quiero fuera de mi casa antes de que anochezca. Si la señora Norton pone alguna objeción, dile que ha sido una orden mía y que puede irse contigo si tiene algún problema para cumplirla.

Sin esperar una respuesta que, estaba seguro no recibiría de cualquier forma, Gabriel dejó al muchacho atrás y caminó con mayor rapidez para entrar a la mansión. Si lo veía una vez más…

No se dio cuenta hasta que atravesó el corredor que conducía al ala

de los criados tras dejar atrás a un par de doncellas que lo miraron con similares muestras de sorpresa, pero estaba empapado y según caminaba iba dejando un pequeño reguero de agua sobre el piso. Un detalle más para alimentar el afecto que el ama de llaves debía de sentir por él, se dijo en un rapto de amarga ironía una vez que llegó ante la puerta de la habitación de Sapphira.

Se detuvo un momento y cerró los ojos al tiempo que ponía una mano sobre el picaporte. ¿No habría sido más sensato dar media vuelta e ir a su propia habitación? Acababa de ayudarle; se ocupó del lacayo, ella estaba a salvo y lo mejor sería que mantuviera esa muralla erigida entre ambos para evitar problemas.

Pero su mano dio vuelta al picaporte incluso antes de que terminara de pensarlo.

No la vio de inmediato porque la habitación se encontraba en penumbras y solo entonces cayó en la cuenta de que era uno de los lugares más lúgubres en los que había estado. No lo notó en su anterior visita, cuando fue a verla para asegurarle que no permitiría que la despidieran. Ahora le parecía que hubiera pasado una eternidad desde entonces; no alcanzaba siquiera a calcular el alcance de lo que aquel tiempo había hecho sobre lo que esa joven le inspirara.

Entonces la vio y apartó a un lado el pasado y los recuerdos porque comprendió de golpe que en lo que a ella se refería solo era capaz de contemplar el presente. Lo que aquello pudiera significar…, no tuvo el valor para detenerse a considerarlo.

Sapphira tenía un lienzo entre las manos con el que intentaba secar su largo cabello, pero lo dejó caer en cuanto lo vio entrar. Se encontraba cubierta tan solo por el camisón; un modelo tan viejo y poco atractivo como su uniforme de criada, pero Gabriel jamás se sintió tan atraído por una mujer como le ocurrió en ese momento. Aun así, no hizo amago de acercarse o tocarla, pero cerró la puerta tras él y la observó con la sombra de una sonrisa.

—Lamento no haber llamado; no quise atraer la atención —dijo él, e incluso a sus oídos le sonó a una pobre excusa—. Pensé que te gustaría saber que encontré al muchacho. Está bien; mucho más de lo que me gustaría, en realidad.

Ella asintió y se vio indecisa acerca de qué hacer, por lo que se dejó caer sobre la cama y recogió el lienzo para apretarlo entre las manos en un ademán nervioso. Gabriel dio un paso hacia ella con las manos tras la espalda y mantuvo la mirada en su rostro.

—Se irá esta misma noche y estoy seguro de que no dirá una palabra de lo que pasó ni repetirá las cosas que te dijo porque sería el primer perjudicado si lo hiciera —continuó él.

Solo entonces Sapphira pareció recuperar el habla y lo observó con el ceño levemente fruncido.

—¿Lo despidió? Pero ¿qué hará ahora? —preguntó en un rapto de lástima—. No pretendía que se quedara sin trabajo…

Gabriel se permitió sonreír con cierta sorna; no habría podido ser de otro modo. Aun así, junto al humor lo asaltó una oleada de ternura por la confusión que vio en su rostro. ¿Cómo era posible que sintiera compasión por ese hombre después de lo que había intentado hacerle?

«Ella es demasiado buena para ti», le susurró una voz al oído no por primera vez desde que la conocía.

Pero consiguió acallarla, porque de haberle prestado oídos hubiera caído en un estado de enojo dirigido a sí mismo y eso le habría impedido hacer lo que todo en su interior le gritaba que hiciera. Por eso, se acercó a ella hasta quedar a un palmo de distancia y la observó desde su altura.

—Te aseguro que el muchacho no pasará mucho tiempo desempleado; Sapphira, las personas como él siempre encuentran un lugar en el que son bien recibidos hasta que traicionan la confianza de quienes los acogieron en primer lugar. Pero eso es algo que ya sabes, ¿cierto? —preguntó él, atento a su expresión.

Ella suspiró entonces, cabeceando, y él supo que no estaba equivocado; esa joven había visto mucho más de lo que sin duda verían otras tantas de su edad en muchas vidas. Y lo sintió tanto por ella que lo único que atinó a hacer fue sentarse a su lado y buscar su mano sobre la manta.

Sapphira no lo rechazó y desde allí pudo apreciar mejor el brillo de sus ojos y el leve rubor sobre su piel tanto por la timidez como por la forma en que debía de haberla frotado para enjugarse el agua de la lluvia antes de que él llegara. Su cabello, casi seco ya, empezaba a rizarse alrededor de sus mejillas y él siguió su caída hasta el nacimiento de los pechos. El camisón estaba tan gastado por el uso que partes de él se traslucían y tuvo un atisbo bastante claro de sus formas: su cintura estrecha, las piernas largas; sin poder resistirse llevó la mirada una vez más a la curva de sus caderas y tuvo que hacer un esfuerzo para no tocarla de la forma en que deseaba hacerlo.

Entonces oyó su voz, más un susurro que otra cosa, pero para ambos, inmersos en el silencio, resonó con la misma fuerza con que lo habría hecho una losa cayendo a sus pies.

—Gracias —dijo ella—. No ha hecho más que ayudarme desde que llegué y, aunque sé por qué lo hace, de no haber sido por usted ahora estaría en la calle.

Gabriel parpadeó y buscó su mirada.

—¿Por qué lo hago? —preguntó él como si fuera de una importancia capital el saberlo—. ¿Por qué piensas que te ayudo, Sapphira?

Ella le devolvió la mirada, en apariencia confusa por la pregunta, y

cuando respondió lo hizo en un tono de voz levemente tembloroso e inseguro:

—Por llevar la contraria a su madre —dijo ella tras encogerse de hombros—. Porque está aburrido… Usted dijo…

—Olvida lo que dije —negó él, e insistió—: ¿Por qué crees que te ayudo? ¿Por qué piensas que no tolero la idea de que te vayas? ¿Por qué he estado a punto de matar a ese muchacho estúpido al saber que había intentado lastimarte?

La joven sacudió la cabeza de un lado a otro y desvió la mirada con el lienzo estrujado entre sus manos.

—No importa lo que piense.

—¿No? ¿Según quién? —inquirió él una vez más, ahora con una nota desafiante en la voz—. A mí me importa; por eso pregunté. Pero no me darás una respuesta porque tienes miedo de aceptarlo; y no puedo juzgarte por ello porque yo también lo tengo.

La voz de Gabriel fue desvaneciéndose según terminaba de hablar, pero Sapphira entendió cada palabra, pudo verlo en la forma en que abrió los ojos, como si encontrara difícil de creer lo que decía.

—¿A qué podría temerle?

Gabriel suspiró y fijó la mirada en la manta sobre la cama al tiempo que se colocaba el cabello húmedo hacia atrás con la mano libre; la otra aún sostenía la de Sapphira, y que lo condenaran si iba a soltarla. Le parecía que era lo único que en ese momento le daba las fuerzas para decir lo que le pasaba por la mente.

—A ti, por supuesto —dijo él sin detenerse a considerar la enormidad de lo que decía.

—¿A mí? —repitió ella, incrédula—. ¿Me teme a mí?

—A ti y a lo que me haces sentir —asintió él con una sonrisa sesgada—. Tal vez no he debido decírtelo. Ahora que conoces el poder que tienes sobre mí, ¿qué harás, Sapphira? ¿Vas a aprovecharte de eso?

Él bromeaba, claro, pero ella pareció tomar muy en serio sus palabras porque la vio cabecear un par de veces antes de encogerse de hombros. Luego, en un gesto cargado de una ternura infinita, tomó el lienzo con la mano libre y lo usó para secar la humedad en su rostro. Gabriel sufrió un pequeño sobresalto por la impresión; era lo último que esperaba que ella hiciera, pero la sorpresa duró solo un segundo. Se vio entrecerrando los ojos y ladeando el rostro casi sin darse cuenta de ello; el roce de sus dedos sobre su piel y la forma en que esquivaba su mirada, como si encontrara mucho más importante ocuparse de que su rostro quedara efectivamente seco, le provocaron el apremiante impulso de cogerla por las muñecas y aproximarla a su pecho. Pero no lo hizo. Tan solo se quedó allí sentado casi sin respirar y con el pulso tan acelerado que le retumbaba en los oídos.

—Nunca haría algo como eso. De la misma forma en que sé que usted tampoco lo haría —susurró ella acercando el lienzo a su cuello —. Usted no quiere lastimarme, señor Hartford.

—Me llamaste por mi nombre antes —recordó él sin poder contener su lengua—: Hazlo de nuevo.

Sapphira suspiró y sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de negación.

—Ese fue un error, así como lo fue también el que me besara o que yo le correspondiera —dijo ella, dejando caer la mano entre ellos y adelantándose a lo que él estaba a punto de expresar—. Sabe que es verdad.

—Fue un error que por un momento me hizo feliz. No puedo recordar cuándo fue la última vez que lo fui —replicó él de inmediato —. No puedo olvidar eso.

Sapphira intentó liberar la mano que él aún sostenía, pero Gabriel no se lo permitió y ella solo atinó entonces a exhalar un hondo suspiro y observarlo con una mueca que estuvo lejos de parecer una sonrisa.

—Debe hacerlo. De la misma forma en que debo hacerlo yo —dijo ella—. No puedo ser un entretenimiento para usted, señor Hartford; aunque le cueste creerlo, tengo una vida más allá de estas paredes, gente que depende de mí.

—Supongo que te refieres a las personas a quienes envías tu paga — se adelantó él, intrigado—. ¿Quiénes son ellos, Sapphira? Cuéntamelo.

—¿Qué importancia tiene eso para usted? ¿Por qué quiere saberlo? Siento como si pretendiera estudiarme de alguna forma, examinarme como si fuera un bicho cualquiera…

Gabriel se sorprendió riendo y Sapphira también debió de advertir lo extraño de su comentario porque la vio esbozando una sonrisa avergonzada antes de desviar la mirada.

—No quiero examinarte, Sapphira; lo que busco es entenderte — dijo él elevando una mano para acariciar su rostro, pero la dejó caer con un suspiro.

Gabriel la vio vacilar al tiempo que se mordía el labio inferior en un gesto nervioso. Finalmente, se llevó una mano a la nuca y el movimiento acentuó la tensión del camisón contra la curva de su pecho. Era absurdo que se encontraran en una situación como aquella; con él sentado en su cama y ella apenas vestida, y que ninguno pareciera encontrarlo extraño. Se habría reído a carcajadas de no ser porque esa cercanía lo estaba matando.

—Le dije que a mi padre le gustaba mucho jugar, ¿recuerda? — preguntó ella entonces, obligándolo a apartar sus pensamientos.

Gabriel asintió y advirtió que Sapphira había empezado a golpear su rodilla con los dedos, un gesto que revelaba su angustia.

—Bueno, él no siempre ganaba; en realidad, lo usual era que

perdiera, aunque tenía algunas temporadas buenas. Él las llamaba bendiciones del cielo, pero dudo de que Dios tuviera algo que ver con eso —continuó ella en un tono desapasionado—. Mi madre lo llevaba tan bien como podía. Ella perteneció a una buena familia, ¿sabe? Quizá no tanto como la suya, pero tuvo una buena vida hasta que se casó con mi padre. No comprendo cómo fue que ella no vio…

Sapphira cayó un momento, pero Gabriel no dijo nada para alentarla a continuar; sentía como si estuviera muy cerca de conocer al fin su historia, lo que la había convertido en la persona que era. Llevaba tanto tiempo atisbando entre sus grietas que la posibilidad de ver al fin la figura completa le provocaba una ansiedad desconocida en el pecho.

—De cualquier forma, ella decía con frecuencia que nunca cambiaría su vida con él por nada —Sapphira continuó tras encogerse de hombros, como si le costara comprender el razonamiento de su madre, pero ya hubiera perdido el deseo de intentarlo. Lo mencionaba como quien narra una historia que le ha ocurrido a alguien más—. Y decía también que de no ser por su matrimonio nunca nos hubiera tenido a mí y a Edward.

Gabriel arqueó las cejas al escucharla y ella esbozó una sonrisa triste.

—Ed es mi hermano —confirmó ella, asintiendo—. Tiene diez años. Mi madre murió un par de semanas después de dar a luz; estaba muy débil y no resistió. Mi padre había tenido lo que llamaba una serie de malas rachas y apenas lo veíamos; tal vez si la hubiera cuidado mejor, si hubiera recibido una mejor atención, mejor comida… No lo sé.

Gabriel sintió un cosquilleo recorrer su cuerpo y lo reconoció de inmediato como el deseo de tocarla que lo asaltaba con frecuencia. Esta vez, sin embargo, no se trataba del deseo vulgar de tomarla y hacerla suya; ahora solo ansiaba abrazarla y de alguna forma absorber parte de ese dolor que destilaban sus palabras por más que se esforzara por aparentar una indiferencia que sabía que se encontraba lejos de sentir.

Sapphira, que parecía inmersa en sus recuerdos y no dio señales de adivinar cuánto le afectaron sus palabras, se encogió de hombros y continuó con el mismo tono de voz.

—Mi padre lo lamentó mucho, claro, y durante un tiempo pareció que estaba decidido a corregir sus errores. La intención le duró un par de meses —dijo ella con una inflexión burlona que Gabriel jamás le había oído—. Luego nos dejó con una vieja amiga de mi madre que había sido nuestra vecina cuando llegamos a Londres. La señora Peters.

Gabriel asintió y esperó a que ella continuara; le pareció que aún había mucho por contar.

—Mi padre se comprometió a pagar nuestros gastos y me consta que intentaba hacerlo, pero con frecuencia se veía metido en tantos problemas que era bastante habitual que no supiéramos nada de él durante meses. Pero entonces él se metió en un lío, uno más grande de lo usual… —Sapphira dudó antes de continuar y cuando lo hizo mantuvo su mirada firmemente sobre el suelo de piedra, como si no se sintiera capaz de mirarlo cuando lo dijo—. Él desapareció durante casi un año en aquella época e intenté encontrarlo. No era la primera vez, pero sentía que algo estaba muy mal, y aunque la señora Peters nunca se quejó por la falta del dinero que mi padre le prometió, todos sabíamos que era demasiado pobre para hacerse cargo de dos niños que no eran suyos.

—¿Qué edad tenías entonces?

Era la primera vez que Gabriel interrumpía su relato para hacer alguna pregunta, y ella lo observó casi como si hubiese olvidado que él se encontraba allí, tan absorbida se hallaba por sus recuerdos.

—Acababa de cumplir quince años —respondió ella, encogiéndose de hombros antes de continuar—: Ed tenía cuatro y no se daba cuenta de nada de lo que ocurría, lo que fue una suerte. Antes de que mi madre muriera, acompañé a mi padre con frecuencia a los lugares en los que acostumbraba jugar; fue así como aprendí: viéndolo a él y a sus amigos. A mi madre, claro, eso le parecía terrible y reñía a mi padre durante horas cuando se enteraba, pero el enfado no le duraba mucho; lo amaba demasiado para pasar mucho tiempo enojada con él. Entonces, cuando él desapareció, fui a esos lugares a los que él me llevó antes. Dudo de que haya visitado alguno; no son la clase de lugares que las personas como usted suelen frecuentar.

—Te sorprenderías.

La réplica de Gabriel surgió más áspera de lo que había deseado; pero no fue una afirmación vacía. En verdad conocía esa clase de lugares; los visitó con frecuencia cuando era joven y despreocupado, sin ser del todo consciente del mundo que lo rodeaba, afanado por divertirse con lo que consideraba entretenimientos exóticos y totalmente ajenos a él, que podría abandonar cuando lo deseara. Pero Sapphira… Su cuerpo hervía de furia y al mismo tiempo lo asaltó una helada angustia al imaginarla aún más joven que en ese momento en esa clase de lugares en busca de un padre ausente e irresponsable.

Ella lo miró de reojo, pero no profundizó en su respuesta, solo suspiró y esbozó la sombra de una amarga sonrisa.

—No fue tan terrible como suena. De alguna forma, era un ambiente que me era familiar; mi padre tenía buenos amigos allí, que me conocían y fueron sorprendentemente amables conmigo. Pero no pudieron ayudarme de cualquier forma porque él no se encontraba en ninguno de los lugares a los que fui a buscarlo —continuó ella en un

tono de voz muy bajo y Gabriel sintió cómo tomaba aire con fuerza antes de continuar—: Estaba a punto de perder las esperanzas cuando al fin conseguí dar con él; para entonces llevaba semanas recorriendo las calles y la señora Peters decía que era una locura por mi parte. Pero yo sabía que si continuaba terminaría por encontrarlo, que tal vez me necesitara…

«Eran ustedes quienes lo necesitaban», pensó Gabriel, pero se cuidó de decir lo que pensaba y esperó a que Sapphira terminara con su historia que, supo, había llegado a un punto importante.

—Él estaba en prisión —dijo ella al fin, y la sentencia se oyó como si le hubiera costado mucho pronunciar cada palabra, pero Gabriel admiró el hecho de que mantuviera los hombros erguidos y las manos fuertemente sujetas sobre la falda en un gesto valiente—. No hace falta entrar en detalles, basta con decir que fue encarcelado por no poder pagar una deuda de juego. Mi madre le decía con frecuencia que terminaría metido en graves problemas algún día si no usaba la cabeza.

Gabriel estuvo tentado a posar una mano sobre la suya para infundirle algún consuelo, pero le bastó con ver la tensión que parecía atenazar todo su cuerpo para saber que ese gesto no sería bien recibido. No aún. De modo que una vez más esperó a que ella continuara.

—Su deuda era muy alta y no conocía a nadie que pudiera prestarnos el dinero para ayudarle, de modo que no conseguí hacer nada por él salvo visitarlo cada día durante semanas e intentar hacer su vida tan agradable como pude —explicó ella—. Pero temo que eso fue muy poco. En cierta forma, fue una suerte que él nos hubiera dejado a Ed y a mí con la señora Peters porque si no habríamos terminado obligados a vivir allí con él y mi hermano era demasiado pequeño entonces para una vida como aquella; aún ahora lo es.

Gabriel tenía cierto conocimiento de aquella clase de establecimientos. Prisiones de deudores como la de Marshalsea, en la que los presos convivían con sus familiares en celdas miserables hasta que pagaran a sus acreedores y que muchas veces morían entre sus muros sin volver a ver la luz del sol. Por lo que pudo inferir de las palabras de Sapphira, su padre debió de correr ese destino y, pese a lo indignante que le parecía que fuera capaz de semejante negligencia con su familia, no pudo evitar sentir una pequeña oleada de compasión al pensar en una vida desperdiciada de aquella forma.

—Pasé mucho tiempo con él en aquella época; fueron meses en los que iba cada día y pasaba las horas a su lado. Fue entonces cuando se dedicó a perfeccionar mis habilidades con las cartas; a mí nunca me ha gustado jugar, como le dije, pero a él parecía divertirlo y era una forma inofensiva de pasar el tiempo —continuó ella—. La señora

Peters fue de gran ayuda en ese tiempo porque continuó dándonos cobijo pese a saber que no teníamos cómo corresponderle. Desde luego, nunca llevé a Ed conmigo; no quise que conociera ese lugar y viera a nuestro padre en una situación como aquella.

—¿Qué ocurrió luego?

Sapphira recibió la pregunta con un suspiro que expresó mucho más que cualquier cosa que hubiera podido decir. Fue evidente para Gabriel que le dolía pensar en aquello, y fue por eso por lo que capituló al fin e hizo lo que todo en su interior le gritaba que hiciera sin importar las consecuencias que sus actos podrían acarrear para ambos. Sin dudar, tomó su rostro entre las manos y buscó su mirada, que ella mantenía obcecadamente sobre sus manos.

—Sapphira, mírame —pidió él.

Renuente, ella sacudió la cabeza de un lado a otro y, tras exhalar un suspiro, Gabriel ahuecó sus mejillas con los pulgares y, con una delicadeza de la que jamás se hubiera creído capaz, la obligó a mirarlo. Cuando lo hizo, no le sorprendió encontrarse con sus ojos colmados de lágrimas, pero sí lo hizo el hecho de que lo observara con rastros de esa suficiencia que se esmeraba tanto en aparentar y que debía de haber sido lo único que la mantuvo firme durante aquel tiempo pasado con su padre viéndolo morir lentamente en prisión.

—Estaba solo —musitó ella con los labios temblorosos y sosteniendo a duras penas su mirada—. Murió durante la noche cuando yo no me encontraba allí y no hubo nadie que lo acompañara. Lo hallé por la mañana; ni siquiera pude hacer un servicio decente. A nadie pareció importarle…

Gabriel negó con firmeza.

—No. A ti te importó, y estoy seguro de que lo mismo ocurrió con tu hermano, y con la mujer que has mencionado —indicó él—. Y él debió de saberlo y sentirse muy agradecido por ello. No hay nada que debas reprocharte; hiciste todo lo que pudiste y mucho más. Puedes estar en paz, Sapphira; no hay nada por lo que debas culparte.

—Pero…

—Y no te detuviste luego a pesar de todo, ¿cierto? Acompañaste a tu padre hasta el final y apostaría mi cuello a que de inmediato decidiste que debías hacerte cargo de tu hermano. Fue por eso por lo terminaste aquí —adivinó él.

Ella hizo amago de intentar secarse algunas de las lágrimas que surcaban sus mejillas, pero Gabriel se le adelantó al hacerlo por ella. Deslizó las yemas de los dedos sobre su piel con suavidad y sin dejar de observarla, atento tanto a su reacción a ese gesto tan íntimo como a lo que estuviera a punto de contarle; pero Sapphira desvió la mirada y él supo que en esa ocasión no se trataba tan solo de la incomodidad que le provocaba hablarle de su pasado, sino de las sensaciones que la

embargaban de la misma forma que le ocurría a él.

—En un principio no fue tan malo; pasé un par de años sirviendo de ayuda a la señora Peters en casa y a ella le parecía que era suficiente. Aunque era pobre como el que más, tenía una pequeña renta y eso le permitía costear la mayor parte de los gastos; pero luego uno de sus hijos enfermó y tuvo que comprometer casi todo su capital para que recibiera el tratamiento que necesitaba. Luego, aunque él mejoró, ella empezó a recibir una paga muy pequeña y no pudo continuar ayudándonos. Nos permitió quedarnos con ella, claro, pero comprendí que necesitaba un trabajo de verdad. Durante un tiempo conseguí algunos empleos temporales; ayudando con la costura en un taller y como asistente de una mujer que se encargaba de lavar y planchar la ropa de algunas familias ricas. Pero la paga era tan baja que decidí buscar algo más estable.

—Y fue así como terminaste aquí —adivinó Gabriel.

Sapphira asintió.

—Sí —dijo ella—. Una sobrina de la señora Peters sirvió aquí hace unos años; dudo que la recuerde. Ella se marchó al casarse, pero mantuvo contacto con los otros criados y fue así como supo que buscaban otra doncella. Entonces me avisó y prometió que abogaría por mí; la señora Norton solo me aceptó por eso. Y debe de arrepentirse terriblemente de haberlo hecho.

Gabriel no pudo ocultar la sonrisa que le produjo el sincero comentario de la chica.

—Quizá —asintió él—; pero no comprendo por qué no intentaste encontrar algo como esto en Londres, más cerca de tu hermano y de todo lo que conocías. ¿Por qué venir hasta aquí?

Sapphira se encogió de hombros.

—¿Cree que no lo intenté? —preguntó ella a su vez—. Pero las personas en Londres son incluso más exigentes que aquí; todos me pedían referencias. Tuve una oportunidad en la casa de una familia rica, pero solo duré un par de días.

—¿Por qué?

Una vez más, Sapphira desvió la mirada y Gabriel advirtió que un leve rubor afloraba a sus mejillas y que este no tenía nada que ver con el hecho de que hubiera estado llorando.

—No me sentía cómoda —dijo ella con los labios apretados.

A Gabriel le costó creer algo como eso considerando que la había visto tolerar toda clase de cosas desde que la conocía y siempre sin una sola queja.

—Puedes contármelo —insistió él.

Sapphira exhaló un hondo suspiro y le dirigió una mirada pesarosa.

—El mayordomo era un hombre horrible y acostumbraba incomodar a las chicas cuando ellas se encontraban indefensas. Le

gustaba acorralarlas en la despensa cuando estaban ocupadas con sus labores.

Gabriel sintió su sangre arder al escucharla, pero procuró que su enfado no fuera demasiado evidente.

—Lo intentó contigo, supongo —supuso él, sorprendido de la hosquedad en su voz y del hecho de que de pronto hubieran empezado a sudarle las manos por la ira—. Por eso te fuiste.

Sapphira se encogió de hombros.

—Después de golpearlo con la escobilla que usaba para lustrar los zapatos —acotó ella con un leve tono divertido en la voz, pero luego enserió el semblante y suspiró una vez más—. Desde luego, no me pagaron un penique y tuve suerte de que no me denunciaran.

Gabriel sonrió y acarició su rostro con ternura.

—Has pasado por demasiado. Supuse que tu vida no habría sido fácil, pero ahora que sé todo lo que me has contado comprendo que está más allá de cualquier cosa que hubiera podido imaginar —musitó él, pensativo.

—No sienta lástima por mí —pidió ella.

Gabriel sonrió y apoyó la frente sobre la suya con los ojos cerrados. Así, fue capaz de percibir el calor de su piel y el aroma que despedía y que le resultaba ya tan familiar como respirar.

—No siento lástima por ti —aseguró él—. Siento no haber estado cerca para ayudarte; de alguna forma que no alcanzo a entender siento también tu dolor y muchas, muchísimas ganas de matar a cualquier persona en el mundo que te haya hecho daño. Empezando con ese mayordomo.

Sapphira sonrió también y sacudió la cabeza.

—Todos sufrimos de alguna otra forma; usted también lo ha hecho, ¿cierto? —preguntó ella.

El vaho de su aliento rozó su barbilla y Gabriel aspiró como si pretendiera así absorberlo. Quería tomarlo todo de ella.

—Comparado con lo tuyo, mis sufrimientos parecen ridículos.

—Ningún pesar es pequeño para quien lo padece —comentó ella—. Era algo que decía mi madre con frecuencia cuando iba con ella para quejarme de que echaba de menos a mi padre o deseaba dejar Londres y me sentía mezquina por eso.

—Tu madre era una mujer inteligente.

Sapphira asintió.

—La mayor parte del tiempo —indicó ella—; pero tenía razón en eso. Recuérdelo. Lo que sea que lo lastime es lo bastante importante para usted y por ello merece respeto.

Gabriel se alejó lo suficiente para poder mirarla a los ojos y la sostuvo por los hombros.

—No solo tu madre era inteligente; también tú lo eres.

—Me gusta pensar que así es —replicó ella con cierto descaro y la mirada puesta en la suya—. ¿Se imagina que además de torpe fuera tonta?

Gabriel no sonrió, tal y como posiblemente ella esperaba que hiciera. En lugar de ello, inclinó la cabeza y la besó como deseaba hacer desde que llegó. La sensación que lo asaltó al saborear sus labios fue muy similar a la que experimentó antes, la diferencia entonces fue que aquella vez tomó a Sapphira por sorpresa y ella tardó un rato en reponerse de la confusión, mientras que ahora fue como si ella lo hubiera estado esperando también. Bastó con que él rozara su boca para que entreabriera los labios con un gemido que resonó en la habitación y que Gabriel se apresuró a acallar con sus besos.

La respuesta de la joven no fue la única diferencia con la que se encontró. Antes los había separado el horroroso uniforme que sirvió de barrera entre ambos y que de alguna forma lo contuvo para no ir más allá; ahora, en cambio, le bastó con sentir la delgada tela del camisón entre sus dedos para apartarla con relativa facilidad y Sapphira no hizo nada para impedirlo. Aún más; cuando la recostó sobre la cama, ella se tendió suavemente bajo él y alzó los tobillos para que pudiera subir la prenda por sus piernas.

En sueños, Gabriel había acariciado su piel muchas veces antes; pero nada lo preparó para lo que sintió al hacerlo realmente. Era más suave de lo que imaginó; más cálida, más perfecta. Y fue descubriéndola como si de un tesoro se tratase mientras Sapphira se agitaba entre sus brazos y exhalaba algunos suspiros que se convirtieron en gemidos cuando Gabriel reemplazó a sus manos con la lengua y empezó a lamer la piel de sus piernas y el interior de sus muslos.

El frío en el exterior pareció desvanecerse, desplazado por el calor que ambos emanaban y que se conjugó hasta simular una hoguera. Gabriel, apoyado sobre sus rodillas, que mantenía a cada lado de sus piernas apretadas, tiró del camisón hacia arriba y Sapphira elevó los brazos para que se lo sacara por la cabeza. Al verla desnuda, sin más cubierta que su cabello cayendo ensortijado sobre su pecho, Gabriel se prometió que nunca más permitiría que usara algo como aquello. La cubriría de sedas y rubíes…

No comprendió entonces que sus pensamientos eran una locura y que a Sapphira le entraría un ataque de risa si lo dijera en voz alta; estaba muy lejos de cualquier razonamiento. Solo quería saborearla por completo, conocer hasta el más oculto de sus pliegues; tocarla hasta que sintiera siquiera una ínfima parte de lo que provocaba en él. Y eso fue lo que hizo mientras ella jadeaba bajo sus dedos y el rítmico movimiento de su lengua, que iba de un lado a otro sin darle tregua.

Sapphira dio un salto cuando hundió los labios entre sus piernas e

intentó apartarlo, pero Gabriel le sujetó las manos contra su vientre y no se detuvo hasta que la oyó lloriquear su nombre y sacudir las piernas bajo él, llevada por la desesperación. Él sabía que estaba sobrepasada por la misma necesidad que lo ahogaba, pero para él aquello no fue suficiente. Quería dárselo todo; hacer a un lado sus propios deseos por una vez en su vida y abocarse tan solo a darle placer sin importar lo que ocurriera con él. Por eso no intentó desvestirse más allá de soltar los botones de su camisa para frotar su pecho contra su piel. Si se desprendía de las pocas ropas que los separaban no podría contenerse y no sería entonces tan solo su lengua lo que la invadiera. Y aunque todo le hacía ver que Sapphira estaba dispuesta y lista para él, no era tan egoísta como para ignorar lo que podría significar para ella que él también se dejara llevar por sus deseos.

Ella sabía mejor que nada que hubiera probado antes. Sus fosas nasales se inundaron de su olor; su sabor le provocó una deliciosa sensación de fuego en los labios y tuvo que cerrar los ojos un instante al sentirla estremecerse bajo él entre gemidos. Solo entonces soltó sus manos y ella las dejó caer a los lados con un suspiro que se escurrió por su respiración agitada. Entonces Gabriel apoyó las manos sobre sus pechos, abarcándolos, fascinado al advertir que parecían haber sido hechos para caber allí. Frotó las palmas contra sus pezones y elevó la cabeza para encontrarse con la mirada de Sapphira fija en él. Su rostro estaba encarnado por la pasión y a él nunca le pareció más hermosa. Con un suspiro, apoyó la barbilla sobre su vientre y le devolvió la mirada sin vacilar; fascinado por la naturalidad con la que ella pareció aceptar lo que acababa de ocurrir. No la había tomado y su propio deseo estaba lejos de haber sido satisfecho; en realidad, la tensión de su cuerpo se lo recordaba de una forma bastante dolorosa, pero no estaba arrepentido. Iba a tenerla; eso no lo dudó un segundo, pero no aún, y no de aquella forma. No en secreto.

Por eso, cuando habían pasado unos minutos o tal vez fueran horas, en los que se mantuvieron mirándose en aquella postura tan íntima; tan vano e insustancial le parecía ya el paso del tiempo, y un brusco golpeteo a la puerta los obligó a retornar a la realidad, Gabriel estuvo lejos de sobresaltarse. Sapphira, en cambio, sí que pareció sorprendida y se apartó con un leve quejido, cubriendo su cuerpo desnudo con el camisón que dejara caer a un lado sobre la cama.

Gabriel no fingió que no era capaz de comprender su bochorno, y mucho menos el temor que se hizo evidente al oír un nuevo toque en la puerta, esta vez acompañado por una voz que lo habría hecho sonreír de no encontrarse tan preocupado por ella.

—¡Sapphira! ¡Sé que te encuentras ahí! Necesito hablar contigo inmediatamente. Abre esa puerta ahora mismo o date por despedida.

La señora Norton se oía más enojada de lo habitual y Gabriel supuso que tendría algo que ver con el intempestivo despido del lacayo y lo que este hubiera decidido contarle para salvar su pellejo. Lo que fuera, de alguna forma sin duda habría terminado involucrando a Sapphira y eso terminó por convencerlo de lo que debía hacer.

Por eso, tras dar la espalda a la joven y acomodarse las ropas sin poner mucho esfuerzo en ello, Gabriel se dirigió a la puerta y la abrió lo suficiente para que le permitiera salir sin que se viera el interior y mucho menos a Sapphira, quien al reparar en lo que hacía tan solo atinó a emitir un lamento que él prefirió ignorar. Sin duda ella tendría mucho que decirle luego y estaba seguro de que no iba a gustarle.

En ese momento, sin embargo, prefirió disfrutar de la expresión horrorizada en el rostro del ama de llaves al verlo salir de la habitación de una de las criadas con la que, suponía, debía de ser una apariencia de lo más sospechosa.

La mujer dio varios pasos hacia atrás y dejó caer la mano con la que había golpeado a la puerta, la misma que Gabriel se encargó de cerrar tras él.

—Sapphira no puede hablar con usted ahora; apreciaría que la dejara tranquila, ha tenido un día difícil, pero usted ya debe de saber algo al respecto —dijo él con serenidad y una leve sonrisa danzando en sus labios—. Si quiere hablar de algo conmigo, claro, estaré encantado de escucharla.

El ama de llaves abrió y cerró la boca al menos un par de veces antes de dirigirle una mirada cargada de malos presagios y dar media vuelta, desapareciendo por el corredor con paso apurado. Gabriel tenía una idea muy clara de a dónde iba. Pero aquello no le preocupó en absoluto. Aún más, se sorprendió canturreando una vieja melodía entre dientes mientras se dirigía al salón de su madre.

Un trueno relampagueó fuera de la mansión y se dijo entonces que era el marco estupendo para la tormenta que estaba a punto de desatar.

—Gabriel, la señora Norton acaba de decirme la cosa más absurda…

Gabriel no esperó a que su madre culminara de hablar; en cambio, se dirigió al ama de llaves, que permanecía unos pasos tras el sillón que ocupaba la señora y que en ese momento mantenía la cabeza gacha y los ojos puestos sobre la alfombra. ¡Vaya que era rápida!, se dijo él con una sonrisa torcida.

—Déjenos —dijo en tono grave.

La mujer no necesitó que se lo repitiera; le bastó con ver su expresión tormentosa para abandonar el salón con paso apresurado ignorando, incluso, el gesto confundido de su señora, que la vio como

si considerara que acababa de cometer algún tipo de traición.

Al verse sola, entonces, miró a su hijo con el ceño fruncido y abrió la boca para, sin duda, continuar con todas las reprimendas que se le ocurrieran, pero Gabriel se le adelantó una vez más al mirarla con una expresión bastante similar a la suya, aunque mucho más intimidante. Su enojo, sin embargo, más que dirigido a ella, parecía estar destinado a algún pensamiento que debía de estar rondándole desde hacía algún tiempo ya.

—He sido muy negligente, madre.

La dama se mostró un poco sorprendida por la serenidad con la que su hijo habló y lo observó con las cejas arqueadas.

—Desde luego que lo has sido, la señora Norton dijo…

—¿En qué estaba pensando al permitir que esta mujer llevara las riendas de mi casa? —Gabriel continuó como si no la hubiera oído—. ¡Y Timmons! Ese mayordomo no me tiene el menor respeto; me teme, pero no es eso lo que espero de quienes trabajan para mí. Me ocuparé de hacer algunos cambios tan pronto como regresemos.

—¿Regresar? Gabriel, ¿qué estás diciendo? ¿A dónde piensas ir? Quiero hablar contigo acerca de lo que dijo Norton.

Su hijo sacudió la cabeza de un lado a otro como si al nombrar al ama de llaves hubiera conjurado a una mosca particularmente molesta y enfrentó a su madre con el mentón elevado y las manos asentadas sobre las caderas, con lo que su postura de por sí solemne resultara aún más impresionante.

—Olvida a Norton; ya me encargaré yo de ella —dijo él, sin concederle mayor importancia—. Lo que quiero saber ahora es si aún esperas que os acompañe a ti y a Cecily a Londres.

La señora Hartford recibió sus palabras como si no estuviera segura de haberlo oído bien y parpadeó un par de veces, totalmente descolocada por la sorpresa una vez que comprendió el alcance de lo que decía. Entonces, asintió un par de veces, pero no pareció muy convencida de lo que hacía.

—Por supuesto; te lo he pedido muchas veces…

Gabriel cabeceó, pensativo.

—Muy bien —dijo él—. Lo haré.

El rostro de la señora Hartford se iluminó por el placer y observó a su hijo con un afecto poco habitual en ella.

—¿Lo harás? —repitió ella—. Gabriel, esto significará mucho para tu hermana. Y para mí.

Él asintió en un ademán distraído; fue obvio que pensaba en algo más y, cuando prestó atención a su madre, ella pudo ver en su rostro que acababa de llegar a alguna conclusión que pareció infundirle una calma como no le había visto en mucho tiempo. Pero no tuvo ocasión de preguntar a qué se debía porque él se le adelantó al emitir una

suave risa cargada de misterio.

—Y tendremos que dar un baile también —dijo él.

La señora Hartford perdió parte de su expresión complacida y se vio en cambio un tanto indecisa.

—No estoy segura de que sea lo más apropiado —indicó ella—. Lo último que deseamos es atraer demasiada atención sobre Cecily; su regreso debe ser más bien discreto. Dar en su honor un baile podría ser malinterpretado como un acto de soberbia.

Gabriel arqueó una ceja y, para sorpresa de su madre, rio como si acabara de decir lo más gracioso que había oído en su vida.

—¿Cecily? —repitió él—. No pienso dar un baile en honor a Cecily. Aunque desde luego que espero contar con su presencia y coincidirás conmigo en que será una ocasión perfecta para que haga su regreso triunfal sin llamar demasiado la atención.

La señora se mostró confusa y complacida a partes iguales.

—No comprendo. En ese caso, ¿cuál es el motivo por el que piensas dar ese baile? ¿Qué pretendes celebrar?

La sonrisa de Gabriel desapareció de golpe de su rostro y devolvió a su madre una mirada fría y decidida.

—Mi compromiso, madre —respondió él sin vacilar—. Siempre pensé que cuando me casara lo haría de la forma apropiada. ¿Qué mejor que un gran baile para anunciarlo?

Entonces, tal y como Gabriel esperaba que ocurriera, la tormenta estalló con toda su furia.

Capítulo 7

A Sapphira le bastó con poner un pie fuera de su habitación para saber que algo acababa de ocurrir. Y que no había sido precisamente bueno.

Desde luego, no era algo que la sorprendiera, pero para su extrañeza, le costó ser consciente de cuánto habría de perjudicarle aquello. En otro momento se hubiera atormentado pensando en que sin duda la señora Norton la dejaría sin trabajo y que no habría nadie en el mundo que pudiera abogar por ella en aquella ocasión. Sin embargo, lo único en lo que podía pensar, lo que la perseguía desde que Gabriel dejó su habitación, fue el hecho de que estaba absoluta e irreparablemente perdida.

¿Qué era lo que le había hecho él? ¿Cómo se lo permitió? ¿En qué estaba pensando para abandonarse de aquella forma entre sus brazos? Si Gabriel no se hubiera detenido, no habría levantado un dedo para impedir que hiciera con ella lo que deseara. Y lo peor era que en el fondo, en lo más recóndito de su corazón, lamentaba que él no lo hubiera hecho. Entonces le quedaría algo con lo que recordarlo cuando se marchara.

Porque tenía que irse. Fuera porque la echaran, que era lo más probable, o porque ella decidiera marcharse. De cualquier forma, no podía permanecer durante más tiempo allí.

Si Gabriel la buscara de nuevo… Si la besara tan solo una vez más y decidiera terminar lo que empezó la primera vez que la tocó, entonces no habría nada que pudiera hacer. Si de ella dependiera, no le importaría; lo deseaba demasiado como para permitir que sus reparos la apartaran de su lado y le impidieran conocer al menos unos momentos de esa felicidad que él parecía prometerle cada vez que la veía; pero debía pensar en Edward. ¿Qué sería de él si ella se hundía de esa forma?

Había procurado secar su vestido, pero continuaba húmedo sobre la silla en la que lo dejara al volver, y era el único que tenía hasta que planchara el que aún permanecía afuera en los tendales. De modo que no le quedó más alternativa que usar su uniforme con la esperanza de que la señora Norton no la reprendiera por asumir que aún continuaba

a su servicio. Su cabello sí que se encontraba del todo seco, asegurado en un rodete fijo sobre su nuca, lo que le confería un aire más austero de lo común, pero también le hizo sentir segura.

No vio rastros del ama de llaves en el área de los criados; tan solo la cocinera se encontraba trasteando con las cosas para la cena mientras sus ayudantes iban de un lado a otro atendiendo a sus órdenes. Cuando la vio entrar, la señora Cushing le dirigió una rápida mirada de reojo, apenas apartando su atención de la olla que mantenía sobre el fuego.

—Buena la has hecho esta vez, muchacha —comentó la señora en tono bajo.

Sapphira suspiró, sin responder, en absoluto sorprendida de que ella supiera lo que había sucedido, aunque sus dudas estaban cifradas en el hecho de cuánto sería eso. ¿Estaba enterada tan solo de lo ocurrido con Arthur en el bosque? ¿O el ama de llaves había compartido también con ella lo que fuera que pensara que sucedió entre ella y Gabriel en su habitación?

La cocinera resopló, con lo que el flequillo de su cabello rojizo salió despedido contra la redecilla que llevaba calada hasta la frente.

—No he visto a una sola persona ocasionar tantos desastres en tan poco tiempo desde la guerra —continuó la señora sin dejar de remover el contenido de la olla con una gran cuchara de madera; luego miró sobre su hombro y le hizo un gesto con la barbilla—. Acércate aquí.

Sapphira vaciló antes de hacer lo que le pedía; pero al final optó por dar unos pasos hacia ella, atenta también a que las ayudantes se encontraban demasiado ocupadas con sus labores para prestarles atención.

—No diré una palabra sobre Arthur; el muchacho es simpático, pero también lo son los otros y ha desplumado a tantos que dudo que vayamos a extrañarlo mucho —comentó la señora en voz baja una vez que Sapphira llegó a su altura—. Espero que no te hiciera daño.

La joven sacudió la cabeza de un lado a otro, un poco sorprendida por el interés que percibió en la voz de la cocinera. Sin embargo, no parecía tratarse de un interés morboso, sino que se oyó verdaderamente preocupada por ella, y eso la conmovió más de lo que hubiera podido imaginar. Estaba tan acostumbrada a ser señalada que el hecho de que alguien asumiera que había sido ella la perjudicada le produjo una agradable sensación de esperanza. Tal vez no todos allí la odiaran después de todo.

—Estoy bien —respondió ella en un tono similar—. ¿Él ya…?

La cocinera cabeceó, adivinando sin esfuerzo a qué se refería.

—El cochero lo llevó a la estación hace una hora o algo así. No se fue muy contento, eso te lo aseguro; y la señora Norton no se veía

mucho más feliz, pero no tuvo otra alternativa. El señor Hartford fue muy claro; lo oí cuando se lo decía.

Sapphira asintió y sintió su rostro enrojecer tan solo ante la mención de Gabriel; pero la señora Cushing no pareció notarlo. Estaba muy afanada con la comida como para prestarle completa atención.

—No recuerdo haberlo visto tan enojado en mucho tiempo; ni siquiera cuando discute con su madre —continuó ella—. Pero, claro, él siempre ha tenido un temperamento enérgico, lo debe de haber heredado de la señora, porque su padre era mucho más tranquilo. Durante un tiempo pensamos que el señor Hartford sería precisamente como él; de joven era más bien dulce y poco dado a los gritos, ¿sabes? Pero uno cambia con la edad. Y tras lo que pasó con la señorita Grey, que pareció afectarlo tanto…

Sapphira apoyó una mano sobre la encimera e inclinó el cuerpo hacia delante de forma inconsciente.

—¿Qué fue lo que ocurrió con ella? —preguntó con el corazón desbocado—. ¿Estaban comprometidos?

La cocinera bajó un poco más la voz al responder después de mirar un par de veces tras su hombro.

—No, nada como eso. No que yo lo sepa, al menos, pero de cualquier forma la señora Hartford nunca lo hubiera permitido, y no porque fueran primos; ella misma y el señor Hartford tuvieron algún parentesco, creo —comentó la mujer cabeceando pensativa—. Pero ella no era lo que quería para su hijo mayor. Esperaba que hiciera un mejor matrimonio y la pequeña Ellie, aunque preciosa, era en realidad tan pobre como tú o yo.

—Pero él la amaba —replicó Sapphira de inmediato.

Las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera contenerlas y retuvo el aliento en espera de la respuesta de la señora Cushing, que cabeceó suavemente en un ademán indeciso.

—Eso parecía, sí; que sentía un gran afecto por ella era indudable y todos lo vimos sumirse en la miseria cuando ella decidió casarse con lord Haversham, lo que creo que fue lo mejor porque él es la clase de hombre apropiado para alguien como la pequeña Ellie. La obliga a poner los pies sobre la tierra, si sabes a lo que me refiero —dijo ella, y continuó sin esperar respuesta—. Pero algo tengo del todo claro: ella nunca amó al señor Hartford, no de la forma en que él quería, y es posible que fuera eso lo que lo ha convertido en el hombre que es ahora.

—Está dañado —musitó Sapphira más para sí misma.

La cocinera se encogió de hombros y dio un enérgico golpe a la cacerola con el borde de la cuchara, provocándole un sobresalto.

—Está despechado. Y cuando los hombres están así cometen más errores de lo habitual —sentenció ella mirándola una vez más de reojo

—. Espero que seas consciente de eso porque odiaría que terminaras arrastrada por él.

Esa fue la alusión más directa que Sapphira había recibido de nadie acerca de su acercamiento a Gabriel, y aunque dudaba de que la señora Cushing pudiera siquiera empezar a imaginar cuánto significaba para ella, agradeció esa suerte de discreta advertencia. En especial proviniendo de alguien que no se caracterizaba por su sutileza.

Unos pasos resonaron al descender por la escalera que conducía al piso principal, por lo que dirigió a la cocinera una mirada agradecida, y retrocedió, sintiendo que la acometía una nueva tensión provocada por la posibilidad de que pudiera tratarse del ama de llaves, que al fin se presentaba ante ella para despedirla, pero exhaló un suspiro de alivio al ver que se trataba de Mary, la doncella, que al verla se encaminó hacia ella con gesto impasible.

—La señora Hartford quiere hablar contigo, Sapphira; te espera en su salón privado —anunció ella.

Sapphira frunció el ceño y sintió un frío helado recorrer su espalda. ¿La señora Hartford? ¿Era ella quien se encargaría de echarla? Bien pensado, no era del todo extraño. Llevaba tanto tiempo deseando hacerlo que dudaba que estuviera dispuesta a renunciar a ese placer a favor de la señora Norton.

Con un suspiro, y decidida a no alargar lo inevitable, Sapphira forzó una sonrisa para agradecer a la doncella, pero ella ya había dado media vuelta para marcharse antes de que pudiera abrir la boca. Entonces, la esperanza que había sentido hacía solo unos minutos ante la posibilidad de que contara con más aliados en la casa de lo que pensaba, se empezó a desvanecer y no le quedó más alternativa que ponerse en camino.

Después de hacer un gesto a la cocinera, que la miró con algo muy parecido a la lástima, subió los escalones como quien se dirige a la horca, pero estaba decidida a ser una condenada tan digna como fuera posible. De modo que, cuando se encontró ante la puerta del salón, y tras dar un golpecito a la madera para anunciar su presencia, encuadró los hombros y elevó el mentón para enfrentar lo que esperaba por ella sin someterse a cualquier tipo de humillación.

Sin embargo, toda su determinación se tambaleó frente a sus ojos cuando vio quién esperaba por ella en el interior de la habitación. No era la señora Hartford quien ordenó que se presentara ante ella, comprendió de inmediato en un tardío rapto de astucia. Había sido él.

«Siempre era él», se dijo dispuesta a marcharse tan pronto como pudo poner su cuerpo en movimiento una vez superada la sorpresa, pero Gabriel fue más rápido que ella porque acababa de girar para regresar por donde había venido cuando él se encaminó con paso

decidido para cerrar la puerta y echó el seguro sin prestar atención a su expresión horrorizada. Luego, la miró a los ojos y le devolvió la misma mirada desafiante con la que ella acababa de entrar hacía un minuto.

—Tenemos que hablar —anunció él.

Sapphira odiaba perder el control de sí misma, la hacía sentir vulnerable, y fue eso precisamente lo que le ocurrió en cuanto Gabriel la miraba con esa expresión de autosuficiencia que resentía en gran parte por no ser capaz de emularla. Fue aquello lo que le ayudó a recuperar la calma y a encontrar la voz que por un momento pensó que había perdido por la sorpresa.

—Mary dijo…

Gabriel la observó con una suave sonrisa y ella supo lo que había ocurrido en verdad incluso antes de que dijera una sola palabra.

—Sé lo que dijo —asintió él, confirmando sus sospechas—. Le exigí que te engañara. Lo siento, pero supuse que no estarías dispuesta a venir a hablar conmigo.

—No sé qué podrías querer decirme; pensé que encontraría aquí a tu madre.

—Para despedirte —supuso él.

Sapphira suspiró y se llevó una mano a la frente.

—Claro. ¿Para qué más? Gabriel, no quiero estar aquí ahora, no quiero hablarte…

Él no lo dijo entonces, pero sintió un gran alivio al oírla hablarle con tal naturalidad; por un momento temió que volviera a dirigirse a él con esa formalidad que, ahora sabía, y debió saberlo antes en realidad, ya no tenía cabida entre ambos. Ella era demasiado lista como para no comprenderlo también. Y percibió algo más en sus gestos indecisos y en la forma en que lo miraba con los labios entreabiertos y la mirada febril: lo mismo que él, recordaba cada instante los momentos que compartieron hacía solo un par de horas.

Deseo. Ella lo deseaba tanto como le ocurría a él, y ese descubrimiento lo excitó y le procuró un alivio que inundó su cuerpo despejando parte de la tensión que sintió tras tomar la decisión que había despertado la ira de su madre. Tal vez eso hiciera las cosas más fáciles.

Tras carraspear, extendió una mano hacia ella, que Sapphira observó como si se tratara de una serpiente venenosa.

—Siéntate conmigo —pidió él.

Sapphira sacudió la cabeza en señal de negación y le dirigió una sonrisa carente de alegría.

—¿Quieres que termine en el suelo otra vez? —preguntó ella en una

réplica punzante.
Gabriel sonrió.
—La idea es tentadora.
—Si estás pensando en una partida de naipes precisamente ahora…
—¿Quién mencionó algo de naipes? Tengo una idea mucho más agradable de lo que podría hacer contigo tendida en el suelo, pero estoy de acuerdo en que este no es el mejor momento —bromeó él, encantado de verla con el rostro arrebolado—. Siéntate conmigo, Sapphira. Por favor.
Ella suspiró, en apariencia rendida ante la gentil petición, y se acercó para dejarse caer en un sillón junto a la chimenea con gesto nervioso. Gabriel se sentó a su lado, pero, para su tranquilidad, y porque la cercanía lo afectaba demasiado, para el bien de ambos, mantuvo cierta distancia entre sus cuerpos al tiempo que la observaba con fijeza.
—Supongo que te estás preguntando qué es lo que quiero —empezó él.
Sapphira le dirigió una mirada cargada de ironía.
—A decir verdad, me pregunto por qué estoy aquí contigo en lugar de recogiendo mis cosas; pero supongo que tienes algo que ver con eso. Y no lo niegues porque sabes que de no ser así la señora Norton ya hubiera caído sobre mí para ordenar que me marche —dijo ella.
Gabriel contuvo una imprecación. Nada le apetecía menos que hablar del ama de llaves en ese momento.
—No pienses en Norton, no tiene ninguna importancia en lo que a ti respecta —replicó él cargándose de paciencia.
—¿Cómo que no? Es a quien le rindo cuentas; quien me contrató y quien quiere librarse de mí desde hace meses.
—Cierto, pero eso ya no importa ahora. Olvida que tuvo alguna vez poder sobre ti.
—¿Estás diciendo que ya no lo tiene? —Sapphira lo observó con gesto ansioso—. ¿Por qué? Gabriel, no la habrás despedido.
—No aún.
La joven se inclinó levemente hacia él con el rostro tenso por el enojo.
—¡No puedes hacer eso! ¡Ella no es Arthur! La señora Norton solo hacía lo que consideraba correcto y en cada ocasión en que intentó despedirme lo hizo porque pensó que lo merecía. Y sabes que a veces era cierto. Ahora mismo… Después de… Cualquiera me habría echado de inmediato en su lugar.
Gabriel suspiró y se llevó una mano a la cabeza.
—Sapphira, ¿podrías olvidarte de Norton por un momento? Aún más, ¿podrías olvidarte de cualquier otra persona que no seamos tú y yo? No te llamé para que hablaras de alguien más, y mucho menos

para que salieras en defensa de esa mujer.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo, ¿no? ¿Qué habría sido de mí si tú no hubieras salido en mi defensa una y otra vez?

Gabriel se preguntó cuán acertado resultaría que la hiciera callar a besos, pero descartó la idea de inmediato. Aunque era posible que Sapphira recibiera sus avances con agrado, sin duda luego montaría en furia por haber sido manipulada de aquella forma. De modo que contuvo ese impulso y procuró controlar su impaciencia.

—Exacto. Yo te defendí. De ella —recordó él en tono calmado.

—Sabes perfectamente lo que intento decir.

Gabriel miró a la chimenea durante un par de segundos, pensativo y un tanto enojado de que hubiera sido al final Sapphira quien consiguiera manipularlo con tanta inteligencia.

—De acuerdo —concedió, no de muy buena gana—. No la despediré si eso es lo que quieres.

Sapphira pareció satisfecha y lo observó con un gesto menos belicoso del que había mostrado hasta entonces.

—Lo agradecería mucho.

—¿Ahora podemos hablar acerca de nosotros?

Fue el turno de Sapphira para suspirar.

—No hay un *nosotros*, Gabriel. Si te refieres a lo que pasó antes, no puedo, no quiero…

Gabriel hizo a un lado parte de las reservas que había mantenido erigidas a duras penas entre ambos y la miró sin ocultar lo que sentía.

—Sí, sí quieres. Lo querías entonces y lo quieres ahora —replicó él, convencido—. Y en cuanto a que no puedes, es importante que sepas que puedes tener todo lo que quieras.

—No, no todo.

—Sí, todo. ¿Me quieres a mí? —preguntó él con voz apasionada—. Puedes tenerme si me prometes que también yo podré tenerte a ti.

Sapphira entreabrió los labios y sacudió la cabeza, desviando un momento la mirada como si se supiera sobrepasada, tanto por lo que vio en sus ojos como por el deseo de su propio corazón. Al cabo de un momento, carraspeó suavemente y negó una y otra vez con gesto triste.

—Gabriel… Sé que esto es un juego para ti, pero no puedes esperar que lo sea también para mí. Te confié cuánto los odio y por qué —musitó ella.

—Sapphira, no estoy jugando ni pretendo burlarme de ti.

—¿Y qué es lo que quieres entonces? —preguntó ella sin poder disimular su desesperación.

Gabriel cogió aire y la tomó de las manos, atento a su expresión.

—Cásate conmigo —pidió él.

Sapphira parpadeó varias veces con la boca abierta por la sorpresa.

Entonces, cuando Gabriel pensó que había pasado mucho tiempo, ella se puso de pie bruscamente sacudiendo sus manos para liberarse de las suyas y se plantó ante él con expresión incrédula. Pareció como si estuviera a punto de echarse a gritar y lo miraba con tanto enfado que se preguntó si no lo habría escuchado mal. Pero al mirarla a los ojos y encontrarse con su mirada supo que lo oyó perfectamente.

—No es gracioso —dijo ella como si mordiera las palabras—. No es nada gracioso, Gabriel.

Él no perdió la calma; en lugar de ello, se recostó en el sillón y la observó con una serenidad tan evidente que solo pareció enojarla aún más.

—Me alegra que no te lo parezca porque entonces estaría haciendo el ridículo —comentó Gabriel.

Sapphira resopló y llevó sus manos a los lados; las apretaba con tanta fuerza que parecía como si estuviera a punto de hacerse daño.

—Estás loco —espetó ella.

—Me siento bastante cuerdo en este momento.

—Entonces estás ebrio. ¿Has bebido? ¿Es eso?

Gabriel se permitió una sonrisa divertida.

—No recuerdo haber estado tan sobrio nunca —replicó él sin vacilar.

Sapphira inhaló un par de veces y empezó a dar vueltas alrededor de la habitación, hablando por lo bajo. Gabriel habría jurado que la oyó murmurar un par de maldiciones que jamás se le hubiera ocurrido que conociera y que, comprendió sin mayor asombro, parecían estar dirigidas a él. Pero no quiso interrumpirla; era consciente de que estaba sorprendida, quizá incluso asustada, y que necesitaba tiempo para procesarlo. Al cabo de un momento, cuando dio la impresión de que se había calmado al menos un poco, ella se detuvo ante él y lo observó con mucha seriedad.

—Gabriel, mi padre murió en prisión —dijo ella.

A él le pareció muy gracioso que la mujer a la que acababa de pedir matrimonio le hablara como si se tratara de un niño de cinco años no particularmente listo y a quien debiera explicar las cosas con mucha lentitud; pero contuvo el deseo de reír. Estaba seguro de que ella lo tomaría como una burla y era lo último que pretendía. De modo que mantuvo su expresión tranquila y le devolvió la mirada sin parpadear.

—Lo sé —respondió él.

—Lo encarcelaron porque era un jugador, y un irresponsable. Dejó muchos acreedores que lo habrían mandado a la horca de haber podido.

—También lo sé. Me lo contaste, ¿recuerdas?

Sapphira asintió.

—Soy pobre —agregó ella—. Muy pobre.

—Ya.

—La familia de mi madre la repudió cuando decidió casarse con mi padre.

Gabriel se encogió de hombros y la observó con ternura.

—Eso fue un acto bastante cruel, pero también lo mencionaste —recordó él.

Sapphira continuó como si no lo hubiera oído.

—Mi hermano y yo estamos vivos por la caridad de una buena mujer y la única existencia que he conocido ha sido como una huérfana miserable y ahora como una sirvienta poco competente.

—No merecías ni una cosa ni otra, pero puedes dejar todo eso atrás; no tiene sentido que te tortures pensándolo.

Sapphira pareció perder el poco control que conservaba y lo observó con la angustia pintada en el rostro. Gabriel hubiera deseado tocarla, borrar cada pliegue de dolor con sus besos y susurrarle palabras de consuelo al oído, pero se contuvo a tiempo porque supo que todavía no era el momento. Ella aún no había terminado.

—¿Pretendes confundirme a propósito? Lo que intento decir es que no puedes esperar realmente que acepte casarme contigo. —Sapphira alzó la voz al continuar, fuera de sí—: ¡No puedes querer que lo haga! ¿Por qué unirías tu vida a la de alguien como yo? Y no te atrevas a decir que es porque estás aburrido.

—No lo haré.

—Y no digas que me amas porque ambos sabemos que no es verdad.

La certeza con la que ella habló lo cogió con la guardia baja y tardó un momento en reaccionar. Cuando lo hizo, se puso de pie e hizo amago de tocarla, pero Sapphira dio un paso hacia atrás y le dirigió una mirada que le hizo saber que no toleraría que le mintiera o la tomara por tonta. Ella le contó toda su historia aquel día y lo mínimo que parecía esperar era que él hiciera otro tanto.

Convencido de que no podía hacer otra cosa, Gabriel asintió y la observó con expresión calmada.

—Tienes razón. Y no te mentiré: no te amo. De la misma forma en que no creo que me ames tú a mí, ¿cierto? —preguntó él.

Sapphira le sostuvo la mirada sin parpadear, pero nada en su expresión le permitió ver lo que pensaba. Gabriel reconoció en ella a la mejor jugadora que había visto en su vida; el techo podría haberse desplomado a sus pies y ni siquiera hubiera arqueado una ceja. A él no le quedó más alternativa entonces que asumir lo que prefería pensar y asintió.

—El matrimonio no se trata tan solo de amor. —Gabriel suspiró y continuó en tono persuasivo—. La comprensión es más importante; el respeto, la complicidad. Yo te entiendo, te respeto y no creo estar equivocado al suponer que hemos desarrollado una amistad en el

tiempo que nos conocemos.

—Lo haces sonar tan vacío…

Él ignoró su protesta y extendió una mano para rozar la suya en una caricia que la enmudeció.

—También se trata de deseo —continuó él—. Y puedo asegurarte que te deseo como nunca he deseado a nadie en mi vida. Sé que tú sientes lo mismo.

Sapphira empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro para negarlo, pero entonces Gabriel apoyó la mano libre sobre la curva de su cintura y la atrajo hacia sí sin que ella hiciera nada por impedirlo.

—¿Habías sentido alguna vez algo como lo que experimentaste cuando te toqué antes? —Él no esperó a que expresara nada; ya conocía la respuesta—. Tampoco yo.

—Gabriel…

Él acercó el rostro al suyo y posó los labios sobre su mejilla.

—Podemos tenerlo —prometió él y el vaho de su aliento sobre su piel le provocó un escalofrío—. Puedo darte todo lo que quieras. Tu tranquilidad, el bienestar de tu hermano; conmigo conocerías la vida que te ha sido siempre negada. Te haré tan feliz como pueda, Sapphira, puedo prometerte eso si me das una oportunidad. ¿No lo quieres tanto como yo?

Sapphira arqueó la espalda en un acto reflejo, una reacción inconsciente, y emitió un leve gemido al sentir la tensión del cuerpo de Gabriel contra el suyo. Su voz le sonó tan tentadora como el canto de una sirena, pero fue evidente incluso para él, que empezaba a ser invadido por la pasión, que no estaba del todo convencida.

—¿Por qué? —preguntó ella en un susurro—. ¿Por qué yo?

—Acabo de decírtelo…

—No. ¿Por qué? ¿Solo porque me deseas? Podrías tenerme si lo quisieras; pudiste hacerlo hoy.

Gabriel emitió un bufido de frustración.

—No lo quiero así —indicó él, y agregó luego en un tono más calmado—: Tengo que casarme algún día y creo que podríamos ser felices juntos. Me siento bien a tu lado; me inspiras confianza, paz… No puedo pensar en nadie más con quien pudiera conocer algo como eso.

—¿En verdad no puedes? ¿No se te ocurre nadie con quien hubieras preferido compartir tu vida? ¿Alguien a quien sí amaras?

Gabriel la observó con el ceño fruncido y tardó un momento en comprender a qué se refería; cuando lo hizo, retrocedió en un gesto instintivo y le dirigió una mirada de reproche.

—Has estado oyendo rumores —señaló él.

Sapphira se encogió de hombros y aprovechó su desconcierto para deshacerse de su agarre. De pronto se sintió vacía ante la ausencia de

su toque, pero al menos así era capaz de pensar con claridad.

—Se dicen muchas cosas en la cocina —replicó ella en tono calmado.

Gabriel asintió.

—Claro. Supongo que no debería sorprenderme —dijo él—. ¿Y qué fue exactamente lo que oíste?

Él se oía demasiado calmado como para que Sapphira creyera que aquello no le afectaba; además, su mirada brillaba de forma peligrosa. Parecía casi como si estuviera desafiándola a decir lo que pensaba y ella, desde luego, no escapó a ese reto.

—Dicen que deseabas casarte con tu prima, pero ella te rechazó y se casó con un buen amigo tuyo —Sapphira no suavizó sus palabras y lo observó atentamente para conocer cuál era su reacción—. Dicen que fue por eso por lo que prometiste no visitar Londres nunca más y por lo que has llevado una vida tan disipada en los últimos años.

Gabriel arqueó una ceja y sonrió.

—Parece que mantienen unas conversaciones de lo más interesantes allí abajo; tal vez debería acompañarles durante la cena. Dios sabe que me divertiría mucho más que con mi madre —comentó él.

Sapphira no correspondió a su sonrisa; en lugar de ello, mantuvo el semblante serio y elevó suavemente el mentón en un ademán provocador.

—Desde luego que vas a burlarte acerca de eso —dijo ella—. Nunca se te ocurriría hacer algo tan simple como decir la verdad, ¿cierto? Reconocer que tienen razón. Que estás dolido y despechado por su rechazo, que aún la amas y solo quieres casarte conmigo porque no tienes nada mejor que hacer; además, claro, de que así te aseguras de molestar a tu madre y a tu hermana, a quienes odias precisamente porque nunca estuvieron de acuerdo en que te casaras con ella.

La sonrisa abandonó el rostro de Gabriel y dio un paso hacia ella.

—No te atrevas a hablar acerca de esto como si lo entendieras —exigió él sin asomo de burla en su voz—. No sabes nada más allá de unos cuantos chismes. No tienes idea de lo que pienso o siento…

Sapphira no permitió que su enfado la amedrentara; por el contrario, se acercó aún más a él hasta que sus cuerpos casi se tocaron y buscó su mirada sin vacilar.

—Puedes contármelo —dijo, y su voz sonó vagamente conciliadora —. Te he confiado mi historia. Cuéntame también la tuya.

Gabriel apretó los dientes, desarmado a su pesar. ¿Qué iba a decirle? ¿Que fue rechazado y humillado, y que mereció eso y mucho más porque en el fondo no era más que un miserable? Si ya dudaba acerca de aceptar su propuesta, aquello no conseguiría más que convencerla de que lo mejor sería que se mantuviera alejada de él.

—No es lo mismo —replicó el en un rapto desesperado por hacerla

comprender sin revelar demasiado—. Pero debes entender que no hay nada que deba preocuparte. Lo que pueda sentir no tiene nada que ver con lo que te he ofrecido.

Gabriel se hubiera arrancado la lengua con gusto cuando vio el rostro de Sapphira tras pronunciar la última frase; pero no hubo nada que pudiera decir entonces.

—Claro. Ya lo imaginaba —dijo ella con voz helada—. No hay ninguna relación entre tus sentimientos y yo.

Gabriel buscó algo para decir que pudiera corregir lo que ella parecía haber tomado como una ofensa, cualquier cosa que les ayudara a salir de esa absurda situación. ¡Le había ofrecido su nombre, su vida! Y Sapphira no dejaba de verlo con una mezcla de rechazo y dolor que lo estaba matando. ¡Y no podía entender por qué!

—Sapphira…

Ella lo interrumpió al elevar una mano y ponerla sobre sus labios; un recurso desesperado para evitar que dijera nada que pudiera herirla más, pero Gabriel solo fue capaz de sentir el roce de sus dedos temblorosos contra su piel, un toque tan suave e inesperado que lo descolocó por completo dejándolo inmóvil y sin atinar a hacer nada que no fuera mirarla.

—Gracias por tu oferta —dijo ella en un tono que resonó entre ambos como un eco vacío de emociones—. Pero no puedo aceptarla.

Entonces ella dejó caer su mano después de hablar, manteniendo una expresión imperturbable que a Gabriel le pareció tan difícil de atravesar como un muro.

—¿Por qué no?

La pregunta le pareció tan idiota como debía de verse él en ese momento, sorprendido de que ella fuera capaz de negarse a aceptar algo por lo que tantas otras hubieran matado. Pero claro: ella era diferente. ¿No fue precisamente por eso por lo que se lo pidió en primer lugar?

—Podría pasar horas aquí enumerando mis razones, pero no es lo que quiero hacer —Sapphira respondió atrayendo su atención hacia su rostro pálido—. Creo que es una de las grandes diferencias entre tú y yo, Gabriel: no haré nada que no desee y seguiré siempre a mi corazón aun cuando nadie más pueda entender por qué lo hago. Tal vez, si tú intentaras hacerlo también, tu vida sería muy distinta.

Sin darle tiempo para atinar a hilvanar una respuesta que posiblemente no hubiera podido dar de cualquier modo, ella se marchó sin prisa y cerró la puerta ante su rostro.

* * *

Tonto, tonto, mil veces tonto. ¿Cómo pudo decir algo como aquello

y no entender lo mucho que la había lastimado?

«Lo que pueda sentir no tiene nada que ver con lo que te he ofrecido».

Idiota.

Sapphira tiró de su maleta, un fardo viejo que perteneció a su madre y que contenía todas sus posesiones. Con el ímpetu que le daba el enojo y la desesperación por dejar la mansión lo antes posible, la sostuvo con una sola mano durante todo el camino por el corredor hasta llegar a la estancia en que la señora Norton acostumbraba llevar las cuentas y el registro de sus labores.

En un principio, el ama de llaves no reparó en que cargaba con ella su equipaje; tan solo frunció el ceño al advertir que se había despojado del uniforme y llevaba uno de sus viejos vestidos. Cuando Sapphira le dijo que había decidido marcharse y que esperaba que tuviera la gentileza de pagarle los días que le adeudaban hasta la fecha, aun cuando no hubiera avisado de su marcha con más antelación, creyó por un momento que la mujer pegaría el grito en el cielo. Sin embargo, una vez pasada la sorpresa, esta se apresuró a abrir el cajoncito de su escritorio en el que guardaba el dinero y le entregó una suma que, Sapphira calculó, era menos de lo que le correspondía, pero no se le ocurrió protestar. En realidad, ni siquiera atinó a solicitar la carta de recomendación que le habría sido de utilidad una vez fuera de su servicio; dudaba de que la mujer estuviera dispuesta a redactarla y ella sentía que cada segundo en la mansión hundía aún más el puñal que sentía clavado en el pecho.

De modo que antes de lo que había calculado se encontró finalmente desempleada y en el camino que conducía al pueblo. Ni siquiera tuvo tiempo para despedirse como le hubiera gustado de la señora Cushing y un par de las chicas que habían sido amables con ella; la señora Norton insistió en que se fuera lo antes posible y Sapphira no discutió el pedido. Estaba tan ansiosa como ella de abandonar ese lugar.

Para su buena fortuna, justo en el momento en que iniciaba la caminata que, supuso, le llevaría al menos una hora, se topó con uno de los muchachos que se dirigía al almacén para recoger algunas cosas encargadas por la cocinera. Sapphira estuvo a punto de echarse a llorar de agradecimiento al reconocer al joven a quien ayudó en esa partida de cartas que ganó aquella noche que ahora le parecía tan lejana. Aunque él aceptó el dinero que ella le entregó en esa ocasión, se había mostrado más bien tímido y reservado desde entonces cada vez que se topaban en los pasillos de la mansión, como si se avergonzara de su comportamiento y su presencia solo se lo recordara.

Sin embargo, cuando Sapphira le dijo que acababa de renunciar y que se dirigía al poblado, se ofreció de inmediato a llevarla con él en

la carreta, con lo que ahorraría mucho tiempo y fuerzas. Ella no lo pensó dos veces y aceptó de inmediato, aliviada por desprenderse de la carga de la maleta y de poder hacer parte del largo viaje que la esperaba con cierta comodidad.

Mientras el vehículo se alejaba del camino, Sapphira, que ocupaba el asiento junto al muchacho, no pudo resistir el impulso de mirar sobre su hombro y contemplar la silueta de Cloudfield recortada contra la luz del sol que golpeaba de lleno los cristales de las ventanas, refulgiendo como joyas recién pulidas. Le costaba creer que solo hubiera pasado unos meses allí; al pensar en ello le pareció como si hubieran sido años. No era la misma joven que llegó asustada y ansiosa tan solo por hacer el dinero suficiente para proveer a su hermano de lo indispensable y asegurarse a sí misma un plato caliente y un techo bajo el cual dormir. Era otra ahora.

La vida obraba de formas extrañas, caviló al desviar la mirada para fijarla en el camino frente a ella. Su llegada a esa casa no solo le significó enfrentarse a todo tipo de personas y situaciones para las que nunca se encontró del todo preparada, sino que conoció también algo que jamás pensó que pudiera encontrar en su camino, fuera allí o en cualquier otra parte. Había conocido el amor. Lo curioso era que no sabía si sentirse agradecida o desgraciada por ello.

Con un suspiro, cerró los ojos y esperó a que el suave vaivén de los caballos relajara sus sentidos e incluso se permitió entregarse a un ligero sueño. Iba a necesitar todas las fuerzas posibles para lo que le esperaba.

Gabriel no reparó en la partida de Sapphira hasta muchas horas después de que ella dejara la casa y, cuando lo hizo, estuvo a punto de echar abajo las paredes por la rabia que le produjo que ella se marchara de aquella forma sin haberle dado siquiera la oportunidad de decirle…

«¿Decirle qué? ¿Alguna otra cosa que la ofendiera?», susurró la misma voz que no lo dejaba en paz cada vez que pensaba en Sapphira. Una voz que no tenía cómo acallar y que estaba a punto de volverlo loco.

Nadie supo darle razón respecto a qué hora abandonó Sapphira la casa o en qué dirección se dirigió. Incluso el ama de llaves reconoció que había abonado la parte de su paga que le correspondía cuando le preguntó al respecto, pero eso fue todo lo que pudo decirle y Gabriel supo de inmediato que no estaba mintiendo. Estuvo entonces a punto de echarla, como había decidido hacer, pero recordó la petición de Sapphira y las palabras se atragantaron en su garganta. Por lo que sabía, ella podía encontrarse ya muy lejos de allí, pero tenía el poder

para influir en sus actos incluso a distancia.

Su madre, que una vez superada la sorpresa del anuncio de su compromiso había optado por tomar sus palabras a broma cuando Gabriel se negó en su momento a revelar el nombre de su prometida porque deseaba llegar antes a un acuerdo con Sapphira, se mostró encantada cuando supo que aquella criada que le dio tantos quebraderos de cabeza y por quien su hijo abogara con tanto ahínco, al fin había desaparecido del escenario. Si la señora supiera también que Gabriel estaba decidido a que fuera precisamente ella quien se convirtiera en su nuera no se encontraría tan feliz.

Porque la negativa de Sapphira y su posterior desaparición no habían variado ni un ápice su determinación. Iba a casarse con ella, se dijo Gabriel tan pronto como superó el desconcierto que le produjo su intempestiva partida y ni siquiera sus palabras cuando decidió rechazarlo o la irritación que sintió al enterarse de que se marchó, sin al menos molestarse en despedirse, podrían cambiar lo que estaba decidido a lograr.

Por eso, cuando su madre mencionó en presencia de Cecily si su promesa de acompañarles a Londres continuaba en pie, Gabriel no vaciló un segundo en decir que sí, que desde luego que irían todos, y cuanto antes, mejor. Mientras la señora Hartford y su hija, demasiado egoístas ambas para intentar siquiera empezar a desentrañar el por qué de ese inusitado interés en pisar una ciudad que juró no volver a visitar, se volcaban a organizar el viaje, Gabriel hizo planes por su cuenta.

No tenía idea de cuáles eran las intenciones de Sapphira respecto a su futuro. Quizá optara por ir a otra ciudad en la que pudiera conseguir un nuevo empleo o decidiera algo más; cualquiera fuera el caso, ahora que sabía de la existencia de su hermano, estaba seguro de que no daría un paso sin antes volver a Londres al menos durante un tiempo para verlo de nuevo. Y él estaba decidido a aprovecharse de aquello.

Se abocó personalmente a organizar el viaje e hizo oídos sordos a las quejas de su madre y hermana respecto a que apenas tendrían tiempo para hacerse con un vestuario apropiado; por él, Cecily podía presentarse en harapos en las casas de esas amistades que se moría por impresionar con su regreso, le daba igual. ¿No quería ella volver a Londres antes de que terminara la temporada? Bueno, allí lo tenía y bien podía guardarse sus opiniones hasta que hubieran dejado Cloudfield.

Poco antes de iniciar el viaje a Londres, Gabriel cumplió buena parte de las promesas que se había hecho a sí mismo en las últimas semanas. En primer lugar, confirmó al administrador en su puesto, pero le hizo saber que tan pronto como regresara de su viaje, lo que

esperaba hacer pronto porque estaba decidido a residir en Surrey una vez que terminara con sus gestiones en Londres, pensaba asumir un papel más activo en la dirección de la propiedad. Ya había tenido bastante de su propia negligencia, rumió entre dientes una vez que dejó al desconcertado hombre atendiendo sus labores.

Luego hizo un repaso de la servidumbre, o al menos de todos aquellos a quienes podía recordar y tenían un puesto importante, y llevó a la práctica algunos cambios que llevaba un tiempo meditando.

Timmons no tomó con mucha sorpresa la noticia de su despido, aunque Gabriel tuvo la consideración de no llamarlo de aquella forma; optó por decirle que en su opinión tal vez fuera aquel un buen momento para que diera un paso al costado y tomara finalmente el descanso que llevaba tanto tiempo dilatando. Le concedió una asignación muy superior a la que le correspondía y le aseguró que él y su familia podrían tomar cualquier casa disponible en sus terrenos que le resultara útil una vez que dejara de servir en la mansión. Para su satisfacción, pasada la natural sorpresa de verse fuera de un ambiente en el que llevaba tanto tiempo sirviendo, el hombre pareció bastante aliviado.

Ni siquiera Sapphira encontraría nada que criticar en esa decisión, supuso Gabriel una vez que terminó con aquella charla que había imaginado resultaría más complicada de lo que terminó por ser. Incluso Timmons se ofreció a permanecer en la casa hasta su regreso entrenando al que sería su sucesor, una decisión que Gabriel dejó en sus manos, siempre y cuando le convenciera el elegido.

La señora Hartford no tomó su decisión con demasiada alegría, pero estaba tan concentrada en los preparativos del viaje que pasadas unas horas ni siquiera recordaba del todo bien lo ocurrido, algo que a Gabriel le vino muy bien porque aún tenía otros cambios por hacer.

Aunque pensaba conservar a la señora Norton en su puesto, tal y como prometió a Sapphira que haría, pasó unas cuantas horas reunido con ella en su despacho para dejarle algunas cosas en claro e informarle de que a su regreso se toparía con algunas sorpresas que, esperaba, supiera manejar con inteligencia o se vería en la necesidad de hacer con ella lo mismo que con Timmons. Gabriel no pretendió que sonara como una amenaza, no era esa su intención, sabía que la mujer llevada décadas sirviendo en la mansión y que, pese a sus prejuicios y maneras bruscas, era un ama de llaves bastante competente, pero ya había tenido suficiente de sus intervenciones y de que pretendiera pasar sobre él acudiendo a su madre cada vez que algo no le gustaba. Ahora, se ocupó de que entendiera, era él quien ejercería el poder en su casa y, aún más importante, pretendía regresar con una nueva señora Hartford, a quien esperaba respetara y obedeciera incluso con mayor esmero que como hacía con su madre.

No dijo a la mujer el nombre de su futura esposa, pero fue evidente que ella adivinó que posiblemente su identidad no le gustara del todo por el tiento y la seguridad con que Gabriel exigió que le prometiera que obedecería a sus peticiones sin importar de quién se tratara. El ama de llaves dudó unos minutos, pero al final, tras mirarlo discretamente a los ojos y advertir la determinación en su rostro, terminó por aceptar. Gabriel le encargó, además, que mantuviera la mansión andando tal y como acostumbraba y que hiciera las contrataciones que considerara necesarias porque, tras el despido de Arthur y la marcha de Sapphira, era posible que se hubieran quedado cortos de personal. También ordenó que dispusiera todo para la llegada de al menos dos personas que residirían con él a su regreso.

Mientras Gabriel se dirigía a sus habitaciones para asegurarse de que su valet hubiera hecho su equipaje y todo se encontrara listo para su marcha, se dijo que, si Sapphira lo rechazaba nuevamente una vez que consiguiera dar con ella, todas sus gestiones no tendrían la menor importancia. Pero procuró no inquietarse demasiado con esos pensamientos; primero tendría que encontrarla y después… Bueno, después ya se vería. Él estaba dispuesto a intentarlo todo para convencerla y rogaba porque el tiempo pasado alejados le permitiera comprender que no era una locura aceptar su propuesta.

Al final, su madre, Cecily y él partieron varios días después de lo que había calculado una mañana fría y nublada que, esperó en cuanto el carruaje se ponía en camino a la estación, no fuera en absoluto un presagio de lo que esperaba por él en Londres.

Capítulo 8

La casa de la señora Emmeline Peters se encontraba enclavada cerca del puerto, en una zona más bien pobre pero respetable, como le gustaba enfatizar a la señora, que temía ser considerada como una más de las muchas personas que apenas conseguían subsistir en aquella urbe de casi un millón de personas donde la mayoría se consideraba afortunada por disponer de un techo sobre sus cabezas. Desde luego, ese era su caso, pero tomaba bastante mal que se lo recordaran, y por ello Sapphira nunca hacía mención al asunto.

Los hijos pequeños de la señora, un par de chiquillos cercanos a la edad de Edward, acostumbraban corretear por allí, haciendo toda clase de ruidos al golpear con las botas los suelos de madera y perderse entre los corredores estrechos.

Cuando Sapphira y Ed fueron a vivir a su hogar, la señora dispuso para ellos una pequeña habitación en el fondo de la casa, una estancia en la que apenas cabía una cama que ambos compartían, un armario para sus cosas y una mesita en la que Sapphira acostumbraba leer cuando entraba luz de la claraboya en lo alto de la habitación. No disponían de ventanas y por ello ambos preferían pasar el día fuera.

Ed era un niño curioso y de carácter introspectivo, muy similar al de su hermana. Tal vez aquello se debiera a las privaciones por las que había tenido que pasar y al hecho de crecer sin una madre y con un padre poco atento, lo que le obligó a tomar conciencia de su difícil entorno muy pronto en la vida. Eso desarrolló su naturaleza cauta y desconfiada hasta el punto de que le costaba mucho sentirse a gusto y en confianza en presencia de extraños. Con la señora Peters y sus hijos, sin embargo, tanto él como Sapphira entablaron unos lazos que se arraigaron cuando se vieron en la necesidad de ir a vivir con ellos, en especial en el caso de Edward, que era mucho más pequeño cuando aquello ocurrió.

Pese a que ambos sabían que la señora Peters los alojó por compasión y debido al afecto que sintió por su madre, era también cierto que no había nada que pudieran reprocharle; aunque más bien parca y entregada la mayor parte del tiempo al bienestar de sus propios hijos, era amable con ellos y mucho más generosa de lo que

habría sido otra en su lugar. Por eso, cuando Sapphira se presentó al caer la noche ante su puerta, la señora la recibió sin hacer demasiadas preguntas.

Hasta entonces, solo supo de ella gracias a las cartas que enviaba junto con el dinero que le pagaban en Cloudfield, pero le bastó con verle la cara para saber que las cosas no habían salido del todo bien. Y pese a ello, fue lo bastante considerada para ofrecerle una taza de té y un abrazo rápido pero sentido para hacerle saber que era bienvenida.

Edward, demasiado pequeño para comprender lo que el regreso de su hermana significaba, como que sus ingresos acababan de verse truncados de golpe, se mostró tan feliz de verla que ella sintió como si buena parte de los pesares que llevaba tantas millas arrastrando se desvanecieran ante sus ojos.

Era un chiquillo precioso, pensó ella al sostenerlo frente a sí, después de darle varios abrazos, hundiendo el rostro en su cabello rizado, del mismo tono dorado que tuviera el de su madre. También sus facciones, delicadas y bien definidas, se parecían a las de la difunta señora Jones. Sapphira, en cambio, se había apegado a su padre con sus rasgos un tanto duros y la actitud decidida propia de quienes se habían visto en la necesidad de velar por sí mismos desde muy pronto.

Ed parloteó sin apenas detenerse a respirar una vez que se sentó a su lado y Sapphira compartió con él algunas de las galletas que la señora Peters dejó para ella en ausencia de algo más sustancioso. La cena se serviría un par de horas después y, si no recordaba mal, esta no tenía comparación con los platos de la señora Cushing. En aquella casa la comida jamás sobraba y la señora Peters hacía maravillas para disponer de la mejor forma que podía. La presencia de Sapphira significaría un duro golpe para su economía, pero ella tenía la esperanza de poder encontrar una fuente de ingresos lo antes posible. Además, tenía algunas monedas de su última paga y de lo que consiguiera ahorrar en los últimos meses gracias a su trabajo con los Hartford; estaba dispuesta a entregarlo casi todo a la señora para compensar las molestias. Todo iría bien.

Un par de semanas después, sin embargo, Sapphira no se sentía ya tan optimista.

Si en un inicio creyó que su experiencia en casa de los Hartford le sería de utilidad para encontrar un trabajo, la ausencia de referencias y sus propias reservas para hablar al respecto, le jugaron en contra. Las personas a quienes acudió asumieron, y no sin razón, que, si ya no trabajaba con ellos y no le habían dado ninguna carta de referencia, no debía de ser una empleada precisamente valiosa.

De modo que la posibilidad de encontrar un trabajo sirviendo en una casa le resultó bastante complicado. Eso, al menos, hasta que lady

Barrington salió a su camino. Aunque lo más correcto hubiera sido decir que fue Sapphira quien tropezó en el suyo.

Acababa de usar los últimos peniques que le quedaban para comprar algunas verduras en el mercado de la mañana que se organizaba cada domingo en una plaza cercana al muelle; algo que procuraba hacer tanto como podía para así tener con qué contribuir a las atenciones de la señora Peters. Aun cuando ella no se quejaba ni hacía mención al hecho de que su dinero estaba a punto de acabarse y no tenía mayores perspectivas en el horizonte, Sapphira sabía que parte de ella debía de resentir su presencia. Ya era bastante malo tener que racionar la comida de sus hijos en beneficio de Edward, pero que tuviera que hacerlo también por ella le resultaba intolerable.

De modo que aquella mañana iba más distraída de lo habitual. Sopesaba sus opciones e incluso consideró seriamente la posibilidad de aceptar la oferta de un vecino que era dueño de un negocio de carne en el centro y quien le había dicho que podría emplearla para que atendiera el negocio. La forma en que hizo la propuesta, sin embargo, no terminaba de convencerla del todo. No le gustaba la forma en que la miraba o el tono de voz que usaba para dirigirse a ella; incluso frente a su esposa, una matrona bastante adusta que era quien se encargaba de las cuentas.

Era irónico y en exceso injusto, se dijo Sapphira mientras hacía girar el canasto semivacío entre las manos al acercarse a un cruce transitado por todo tipo de vehículos. Había recibido tres propuestas en el lapso de un mes y la única que le tentó a aceptar era precisamente la que le haría un mayor daño.

«Cásate conmigo», había dicho él sin saber cuánto hubiera deseado ella haber respondido que sí; pero a la larga, una vez pasada la emoción, hacerlo solo habría terminado por destrozarla. Y ella no hubiera podido soportar esa clase de dolor.

En eso pensaba cuando intentó cruzar la calle sin echar un vistazo al camino; iba ensimismada y con la vista fija en el empedrado, pensando en qué podría hacer con el que se pintaba como un futuro deprimente cuando el sonido de un relincho y unos gritos la obligaron a fijarse en lo que ocurría a su alrededor. Solo entonces reparó en el carruaje que iba hacia ella y en los animales, enormes ambos, que alzaban las patas y coceaban, empujando hacia adelante para aplastarla. Lo único que atinó en hacer fue lanzarse al piso y rodar fuera de su camino con las manos cubriendo su cabeza, pero comprendió que había sido muy tarde al sentir un golpe contra su sien. Luego, perdió el sentido y lo único que recordó fue el eco de una voz que gritaba junto a su oído.

Sapphira soñó que se encontraba en los brazos de Gabriel tal y como recordaba haberlo estado la última vez. Sintió su mano sobre su cabeza, enredando los dedos en su cabello y sus labios sobre la frente en una caricia tierna y delicada que le arrancó un gemido. Era él, estaba segura. Podía percibir su olor; iba más allá de cualquier explicación o lógica, pero ella supo sin asomo de duda que de alguna forma se encontraba a su lado. Aun cuando fuera tan solo en sus sueños.

Sin embargo, cuando elevó una mano para corresponderle y entreabrió los labios, susurrando su nombre, no fue la voz de Gabriel la que oyó, y mucho menos su suave toque el que sintió sobre la mejilla.

—Bueno, al menos ya empieza a despertar; creí que moriría aquí. Tal vez no debimos recostarla sobre mi sillón favorito; no hubiera podido volver a usarlo si una extraña moría en él. ¿Habías visto antes un rostro más pálido?

Sapphira parpadeó y entreabrió los ojos con lentitud, sorprendida tanto por el dolor que le atravesó el cráneo como por el par de rostros con los que se encontró, que tenían los ojos puestos en ella.

Lo primero en lo que pudo pensar una vez que el dolor en su cabeza empezó a menguar fue que jamás había visto a mujeres tan ancianas y en apariencia frágiles, una impresión que desapareció tan pronto como la segunda de estas, que se mantenía detrás de la otra, dio un paso rápido hacia ella cuando intentó incorporarse y la sostuvo del brazo con un agarre firme que la ayudó a encontrar una mejor posición sobre el sillón con la espalda apoyada en el respaldar y las piernas colgando ante ella.

Lo segundo fue que no recordaba haberse encontrado nunca antes en un lugar tan elegante. Lo comprobó con una rápida mirada a la mullida alfombra a sus pies, los muebles antiguos y las muchas figurillas que adornaban la estancia, amén de unas cuantas pinturas que, no tuvo que ser una experta para saberlo, debían de costar más de lo que ella podría ganar trabajando durante toda su vida.

—Despacio; no queremos que te desplomes sobre nosotras. Henry dijo que el golpe no era de cuidado y que te recuperarás con un poco de reposo, pero nunca se sabe; a veces pienso que ese muchacho recibió el título demasiado pronto. Le vendría bien viajar un poco más y adquirir experiencia, pero nunca me escucha cuando lo sugiero.

Fue la anciana que había permanecido inmóvil hasta entonces, la que llevaba el vestido más elegante e iba colmada de joyas, la que habló, observándola con poca discreción. Con una mirada rápida, recorrió su cabello suelto sobre los hombros, su vestido barato y las botas empolvadas.

—¿Henry? —repitió Sapphira sin saber qué otra cosa decir, tan

desconcertada se encontraba.

—El doctor Stamford —asintió la dama, que evidentemente lo era, con una mueca curiosa en el rostro—. Lo he visto en pañales. Sería imposible para mí llamarlo de otra forma que no fuera Henry.

—¡Milady!

La otra anciana emitió el regaño con una suave risa, dejando en evidencia la amistad que las unía, pero Sapphira solo fue capaz de registrar el tratamiento con el que se refirió a su compañera.

—¿Milady?

—Lady Barrington. —La dama se señaló a sí misma con un gesto elegante y cabeceó en dirección a la otra mujer—. Ella es Sarah.

—Señorita Carson me ha parecido siempre más apropiado —se apresuró a agregar la aludida con el ceño levemente fruncido.

Lady Barrington se encogió de hombros y miró a Sapphira con una ceja arqueada.

—Puede ser un tanto ceremoniosa con los extraños, me temo, pero no permitas que te engañe. Es bastante agradable una vez que la conoces —comentó ella para luego hacer a un lado cualquier intento de aligerar el ambiente; era obvio que sentía demasiada curiosidad para contenerse por más tiempo—. ¿Y bien?

Sapphira miró de una a otra sin disimular su desconcierto. ¿En dónde había ido a caer? Aunque agradables, ambas ancianas parecían, cuanto menos, bastante excéntricas.

—¿Y bien, qué? —preguntó ella.

—¿Cuál es tu nombre? —replicó lady Barrington—. No te has presentado aún.

Tal vez aquello tuviera que ver con el hecho de que hasta hacía un minuto se encontraba inconsciente, pensó Sapphira, pero no se le ocurrió mencionarlo. Era evidente que ellas la habían ayudado cuando cayó en la calle; aun más, la habían llevado a su casa, que era donde comprendió entonces que se encontraba, y solo pudo sentir por ellas un infinito agradecimiento.

—Mi nombre es Sapphira —dijo ella.

La que se había presentado como la señorita Carson juntó ambas palmas sobre su pecho y observó a lady Barrington con expresión de deleite.

—¡Qué nombre más encantador, milady! Significa «mujer de gran valor», si no me equivoco; siempre me han gustado los nombres bíblicos —comentó, pareciendo fascinada.

Lady Barrington cabeceó y la miró entonces con mayor interés, si eso era posible.

—Muy bonito, ciertamente —asintió ella y la señaló con el dedo índice, donde refulgía un rubí del tamaño de un guijarro—. Ahora que hemos sido presentadas, Sapphira, tal vez puedas contarnos por qué

saltaste frente a mi carruaje en plena calle y por qué parece como si estuvieras a punto de echarte a llorar.

Sapphira parpadeó, tan asombrada por sus palabras como por el hecho de que, lo descubrió entonces, estaba en lo cierto. Tenía los ojos llenos de lágrimas y no lo hubiera notado de no haberlo mencionado ella hasta que las lágrimas empezaron a caer sin control sobre sus mejillas. ¿Por qué lloraba? ¿Era porque al fin se había visto sobrepasada por sus problemas? ¿Por el miedo que le provocó verse sobre el pavimento con los caballos sobre ella y apenas entonces caía en la cuenta de que había estado a punto de morir? ¿O era por Gabriel y por lo que nunca podría ser que lloraba?

Mientras la sacudían los sollozos y lady Barrington se inclinaba hacia ella para darle unos torpes golpecitos sobre la espalda, comprendió que, en realidad, lloraba por todo. De otra forma no habría tenido ningún sentido que se permitiera liberar su dolor en presencia de un par de extrañas que la miraban como si se tratara de un animal exótico y fascinante para ellas. Pero eso no le importó; simplemente no podía aguantar más fingiendo que todo estaba bien.

Lloró por varios minutos y las damas la dejaron desahogarse sin intentar frenarla ni una vez; cuando los sollozos empezaron a remitir, la señorita Carson se sentó a su lado y extendió ante ella una taza con un contenido humeante y que despedía un aroma delicioso que no tenía idea de dónde había salido. Solo cuando la recibió, tras secarse el rostro con un pañuelo de encaje que lady Barrington le tendió, advirtió que una doncella desaparecía por una puerta que no había visto hasta entonces.

—Deje que se calme un poco, milady; un té siempre hace maravillas por los nervios —señaló la señorita Carson al tiempo que se dejaba caer a su lado sobre el sillón—. Luego podrá contarnos lo que desee.

Sapphira no dijo nada de inmediato; prefirió beber el contenido de la taza, que era el té más fino y delicioso que había probado en su vida, pero cuando levantó la mirada, al cabo de un minuto, se encontró con los rostros curiosos de ambas ancianas que la observaban sin disimular su ansiedad.

Lady Barrington, que había elegido para sentarse una butaca a su izquierda, frunció la nariz en un gesto que le habría hecho reír en otras circunstancias.

—¿Mejor? —preguntó ella—. Tal vez ahora podrás decirnos lo que te ha ocurrido.

—Sí, creo que este sería un buen momento —aprobó la señorita Carson cabeceando con énfasis.

Sapphira miró de una a otra, preguntándose si no estaría soñando aún. ¿De dónde habría salido aquel par? Y pese a su desconcierto, a su natural discreto y reservado, y a que todo en su interior le decía que lo

más sensato hubiera sido agradecer su ayuda y despedirse para volver a ocuparse de su caótica vida, lo único a lo que atinó entonces fue a abrir la boca y empezar a decir todo aquello que llevaba meses, sino años, anidando en su interior.

Habló de sus padres, de la constante incertidumbre en que había transcurrido su vida hasta entonces; nombró a su hermano, su angustia porque su destino parecía incierto como fue el suyo en su infancia, e incluso se atrevió a reconocer su propia incapacidad de encontrar un empleo que le permitiera asegurarle una vida digna. Lo único que se guardó fueron los acontecimientos en casa de los Hartford. No habría podido hablar de Gabriel frente a ellas; posiblemente no pudiera hacerlo ante nadie. Su historia, la que había descubierto con el pasar de los días y la nostalgia que la embargaba sin piedad como un amor profundo nacido en lo más recóndito de su corazón, tan solo le pertenecían a ella y no estaba dispuesta a compartirlo con nadie.

Cuando calló, con la voz ronca de tanto hablar sin parar y su cabeza latiendo sin piedad debido al golpe que acababa de sufrir, ambas damas asintieron con similares muestras de comprensión; pero Sapphira apenas fue capaz de verlas por entre la niebla que se había apoderado de ella. Estaba tan cansada. Parecía que eso era lo único que podía sentir últimamente. Un desaliento que la sumió una vez más en la inconsciencia. Tanto así que apenas fue consciente del momento en que la señorita Carson le daba una palmadita en la mano en un gesto afectuoso al mirarla cerrar los ojos tras exhalar un suspiro.

—Pobrecita —musitó ella—. Creo que deberíamos dejarla dormir.

Lady Barrington, en cambio, se mostró un poco desconcertada y miró a Sapphira con el ceño fruncido.

—Pero no nos lo ha contado todo —objetó ella—. No ha dicho quién es Gabriel. Te acordarás que no dejó de mencionar ese nombre mientras la traían aquí.

La señorita Carson asintió sin alterarse y, tras sonreír, dio una nueva mirada a la joven tendida sobre el sillón.

—Lo sabremos pronto, no me cabe duda —replicó ella con tranquilidad.

A la otra dama no le quedó más alternativa que asentir de mala gana; y aunque no lo dijo entonces para evitarse un reproche por su impaciencia, algo que ocurría con cierta frecuencia, estaba decidida a que aquello ocurriera lo más pronto posible.

Para cuando llevaba un par de semanas en Londres, Gabriel se vio en la necesidad de reconocer que tal vez pecó de arrogante al suponer que sería sencillo encontrar a Sapphira.

Pese a que consiguió que la señora Norton le diera las señas de la sobrina de esa señora Peters que Sapphira mencionara y quien le ayudó a conseguir el empleo en Cloudfield, una vez que se presentó en la dirección que el ama de llaves conservaba, se dio con la sorpresa de que la mujer se había mudado hacía un par de meses y no hubo forma de dar con ella por más que se esforzó en hacer todo tipo de pesquisas preguntando entre sus vecinos.

Sin esa conexión, la posibilidad de dar con una joven como Sapphira en una ciudad como Londres cobraba una dificultad abrumadora. Además, el hecho de que ella estuviera pasándolo mal desde su regreso no dejaba de atormentarlo y se preguntó más de una vez por qué no fue tras ella tan pronto como supo que había dejado Cloudfield. Hubiera podido alcanzarla sin problemas en el camino sin importar qué medio hubiera elegido ella para marcharse; tenía mayores recursos. Sin embargo, en aquel momento pensó que lo mejor era permitirle que meditara su propuesta, que comprendiera lo conveniente que era para ambos. Luego, cuando se reencontraran, ella se mostraría más razonable y comprendería que no tenía sentido permanecer separados cuando era evidente que podrían ser mucho más felices juntos.

Ahora, no obstante, la vida le había pegado en la cara al ponerle las cosas tan difíciles para dar con ella y lo único que atinó a hacer fue recorrer los barrios de Londres que Sapphira mencionara cuando le habló de la vida que llevó con su padre antes de que este terminara en prisión. Aunque la idea de que ella se encontrara allí lo desesperaba más allá de cualquier entendimiento, una sensación que se acentuó según visitaba un garito tras otro en una búsqueda inútil, conservó la pequeña esperanza de que la vería aparecer al girar en cualquier esquina o que se toparía con ella cuando menos lo esperara.

Pero nada de eso ocurrió y volvía cada día a la casa de su familia en Belgravia solo y sumido en el desaliento.

Él se había negado tajantemente a ocupar la casa de Cecily, una mansión opulenta y decorada con tan mal gusto que le provocaba un dolor de cabeza solo pensar en poner un pie allí. Su madre, sorprendentemente, se había mostrado de acuerdo con él, pero ella señaló que eso se debía a que, en su opinión, lo mejor era que se quedaran en la mansión familiar porque ello daría una apariencia de discreta unión que el resto de la sociedad apreciaría.

A Gabriel aquello último no podía importarle menos, pero agradecía no verse envuelto en una nueva discusión, tanto con Cecily como con su madre. De haber sido por él, hubiera ocupado las habitaciones que acostumbraba alquilar cuando visitaba Londres, pero no se encontraba solo en ese momento y, al llegar, había estado seguro de que una vez que encontrara a Sapphira lograría convencerla de que aceptara su

oferta y entonces iba a necesitar un espacio apropiado para ambos mientras no regresaban a Surrey.

Ahora, en cambio, se sentía al borde de un abismo, pero no permitió que el temor que le provocaba la posibilidad de no encontrarla le impidiera mantener la cabeza fría. Iba a dar con Sapphira, aunque tuviera que recorrer Londres de punta a punta durante lo que le quedaba de vida.

Si su madre o su hermana encontraron extraño el hecho de que desapareciera cada mañana y no volviera hasta muy avanzada la noche, siempre de un humor de los mil demonios, se cuidaron mucho de mencionarlo. Además, y a Gabriel aquello le pareció estupendo porque no estaba dispuesto a darles ninguna explicación de sus actos, o al menos no aún, ninguna pareció muy interesada en nada que no fuera preparar el regreso de Cecily a la sociedad londinense.

La señora Hartford sugirió que debían hacer algunas visitas como una forma de entablar relaciones con viejos conocidos que, señaló, estarían encantados de recibirlas siempre y cuando Gabriel se presentara con ellas porque ninguno se atrevería a rechazar su presencia, aun cuando fuera tan solo por la conveniencia de abrir la puerta a la cabeza de una familia tan respetada como los Hartford. Desde luego, añadió la señora cuando Cecily estuvo a punto de protestar por lo que consideraba una injusticia, tal vez resultara en un beneficio para todos porque allí su hijo podría encontrar alguna joven apropiada con la cual casarse y así llevar a cabo el plan que había anunciado antes de dejar Surrey.

Aunque su madre no se mostró maliciosa al mencionar esa posibilidad, como si en verdad guardara la esperanza de que eso realmente ocurriera, Cecily pareció encontrar aquello tan divertido que no protestó ni una sola vez. Gabriel, en cambio, se dividió entre la posibilidad de rechazar la oferta de plano y estrangular a su hermana, pero como ni una cosa ni otra calzaban con el acuerdo al que había llegado con su madre, aceptó de mala gana, siempre y cuando no contaran con él más que un par de horas cada día porque tenía cosas mucho más importantes que hacer que visitar a un montón de aristócratas aburridos para que Cecily rogara por su aprobación.

La señora Hartford fue muy cuidadosa al redactar la lista de visitas. Según ella, debían ser más bien modestos en un inicio y acudir con personas a quienes les unieran una amistad lo bastante sólida para contarlos así entre sus aliados. De modo que ella y su hija pasaron varios días visitando a sus amistades y Gabriel aceptó acompañarlas un par de veces con el fin de dejar claro que contaban con su apoyo, al menos frente a aquellas personas que parecían tan dispuestos a juzgar a Cecily al tiempo que le abrían las puertas de sus casas. El resto del tiempo lo dedicaba a continuar con sus pesquisas para dar

con el paradero de Sapphira; pero tenía que reconocer que no había hecho ningún avance y contemplaba seriamente la opción de contratar a un detective para que le siguiera el rastro cuando, una vez más, el destino decidió por ambos.

Algún tiempo después, al pensar en ello, se dijo que ese fue un ejemplo perfecto de que debían estar juntos, pero dudaba de que Sapphira lo viera así en ese momento.

Había pasado un par de días inventando excusas para no acompañar a su madre y hermana a sus visitas de las mañanas, pero aquel día, en el desayuno, la señora Hartford insistió en que debía ir con ellas le gustara la idea o no porque, de otra forma, ellas no se atreverían a hacer la visita que les esperaba y esta era demasiado importante para obviarla. Cuando le dijo a casa de quién pensaban ir, Gabriel comprendió inmediatamente sus reservas. A él, en cambio, la idea le pareció bastante tentadora. Algo tenía claro: sin duda se iba a divertir, y considerando lo agotadores y frustrantes que habían sido los últimos días para él, el cambio sería bien recibido.

Lady Catherine Barrington era una de las damas mejor consideradas de la sociedad londinense, un mérito ganado a pulso y en el transcurso de décadas de lo que ella llamaba un arduo trabajo para calzar en una sociedad que en un inicio le fue ajena y que la juzgó con severidad por sus antecedentes.

Según los chismosos de turno, lady Barrington provenía de una estirpe, cuando menos cuestionable, antes de que el que sería su marido, un conde con tantos pergaminos como el más encumbrado de la corte, se fijó en ella y decidió hacerla su esposa. Hasta entonces, nadie había oído hablar de la jovencita que era entonces y cuando llegó deslumbró tanto por su belleza como por su temeridad. Si alguien hablaba mal a sus espaldas, ella se esmeraba por agradarle haciendo uso de una inteligencia remarcable; y si deseaba obtener algo, llevaba a la práctica aquel dicho de que *se cazan m*ás moscas con miel que con hiel. Así, a base de astucia y sentido común, se convirtió en una referencia en lo que a la sociedad londinense se trataba. Ni siquiera la muerte del conde Barrington había mellado ni un ápice su importancia. Ahora, incluso siendo una anciana que apenas abandonaba su gran casa en Berkeley Square para dar cortos paseos por la ciudad acompañada por esa otra vieja dama que le servía de compañía desde que Gabriel podía recordarlo, su influencia era lo bastante poderosa para que alguien caído en desgracia como Cecily buscara congraciarse con ella.

A Gabriel aquella dama siempre le había resultado bastante simpática, aunque a veces su curiosidad era un tanto abrumadora. De cualquier forma, confiaba en pasar un rato agradable viendo cómo ponía en apuros en su hermana mientras él se mantenía al margen.

Gracias a Cecily, desde luego, llegaron algo más tarde de lo que su madre estimó que sería apropiado; pero según aseguró ella mientras una doncella los guiaba al salón en el que lady Barrington acostumbraba atender a las visitas, esta última recibía últimamente tan pocos visitantes que dudaba de que aquel fuera un problema. Gabriel tenía sus dudas acerca de esa aseveración, pero esperaba que fuera lady Barrington quien lo aclarara. Y, tal y como esperó que ocurriera, bastó con que la dama se reuniera con ellos un rato después para saber que estaba a punto de presenciar todo un espectáculo.

—Señora Hartford. ¡Qué agradable sorpresa!

Lady Barrington caminaba apoyada con discreción en el brazo de su dama de compañía, la señorita Carson, quien iba a su lado un paso detrás, atenta y tan sonriente como su señora.

—Gracias por recibirnos, milady. —La señora Hartford hizo una reverencia y señaló a Cecily con un gesto ampuloso—. Recuerda a mi hija, espero. Lady Walwyn.

Lady Barrington elevó una de sus bien perfiladas cejas y dirigió a Cecily una mirada chispeante.

—Cómo olvidarla —asintió sin hacer referencia a lo que había hecho su recuerdo tan perdurable; en lugar de ello dirigió su atención a Gabriel—. Y aquí está el señor Hartford, desde luego. Qué afortunadas somos de contar con la presencia de una familia tan distinguida, ¿no te parece, Sarah?

La otra dama, quien se había mantenido hasta entonces en silencio y a quien Gabriel dirigió una sonrisa de saludo, asintió tras corresponder a su gesto, aunque advirtió que no le hizo mucha gracia ser tratada con tanta familiaridad frente a las visitas.

—Tal vez le gustaría sentarse, milady —dijo ella, desviando un tanto la charla de la ácida burla encubierta de la condesa.

La sugerencia fue recibida de buen grado, en especial por la anciana quien, pese a su semblante altivo, fue obvio que no podía permanecer durante demasiado tiempo de pie.

—Oí que habían regresado a Londres; ha sido un acontecimiento muy celebrado —continuó la dama una vez que se encontró cómodamente instalada sobre un gran diván con su acompañante sentada a su lado—. Creo, sin embargo, que no se les ha visto aún en ningún baile, lo que es terrible porque la temporada está a punto de culminar y es una lástima que nos perdamos su presencia. Lady Walwyn, usted en particular ha apreciado siempre los bailes, ¿cierto?

Cecily se adelantó un tanto en el asiento y, tras intercambiar una rápida mirada con su madre, esbozó una dulce y modesta sonrisa que estuvo a punto de conseguir que su hermano se echara a reír.

—Desde luego que sí, milady, son maravillosos; pero… —Aquí ella dudó un instante haciendo una pausa adrede y con el fin de inspirar

expectación—. Mucho me temo que no he recibido una invitación apropiada.

Lady Barrington se mostró desconcertada, si bien Gabriel advirtió que parecía más bien tan divertida como él. Cuando Cecily decía «apropiada», se refería, desde luego, a un evento lo bastante importante para que pudiera brillar en él tal y como estaba acostumbrada a hacer. Nada de tés a media tarde o veladas musicales para ella. Aquel era un tema de discusión constante entre ella y su madre, que mantenía su postura respecto a que lo mejor era asistir a eventos discretos en los que pudiera mantener un bajo perfil.

—Ya veo —dijo al fin la dama tras intercambiar una rápida mirada calculadora con su compañera—. Tal vez podamos arreglar algo. Hace unos días recibí la visita de la marquesa de Hodgson y mencionó que pensaba organizar un baile para celebrar su cumpleaños antes de que termine la temporada. Estoy segura de que ella estará encantada de contar con su presencia. Si lo desea, puedo mencionarlo la próxima vez que la vea.

Cecily recibió sus palabras con una deslumbrante sonrisa, acusando la sugerencia con gusto. Bastaría con que lady Barrington lo mencionara para que ella pudiera darse por invitada. Le gustara a la marquesa de Hodgson o no.

Después de aquel rápido intercambio, que incluso su madre pareció encontrar alentador, Gabriel se vio convertido en testigo de un intercambio de frases ingeniosas y alusiones, algunas maliciosas, en especial de su hermana, que empezaron a cansarlo. Lady Barrington era divertida, pero también lo bastante lista para saber ante quiénes debía mantener una máscara de frívolo convencionalismo. Tal vez, de haberse encontrado a solas con él, hubiera sido mucho más espontánea y agradable, como comprobó poco después cuando fijó su mirada en su semblante imperturbable y le dirigió una sonrisa coqueta que, en sus tiempos, debió de haber sido arrolladora.

—Señor Hartford —empezó ella—. Casi no ha dicho nada. Lo aburrimos, sin duda.

Él correspondió a su sonrisa con otra muy similar y la halagó con una mirada afectuosa.

—En absoluto, milady; pero es poco lo que puedo agregar a una charla tan entretenida. Prefiero disfrutar de su presencia y su ingenio —dijo él.

La dama frunció levemente el ceño y elevó por encima de su cabeza el abanico con el que hasta entonces daba golpecitos impacientes en el apoyabrazos del diván.

—He aquí un caballero que sabe cómo halagar a una dama —anunció, ensanchando su sonrisa—. También hemos echado de menos su presencia, señor Hartford. Confío en que, lo mismo que su

hermana, asistirá al baile de la marquesa.

—No lo sé…

Lady Barrington ignoró la que sin duda sería una protesta por parte de Gabriel e inclinó el cuerpo hacia adelante al tiempo que lo señalaba con el abanico.

—Por lo general no asisto ya a esa clase de eventos, pero lo haré por usted si me promete que irá —indicó ella tras echar una mirada a su madre y hermana—. Será mucho más agradable para todos.

Fue una advertencia en extremo sutil, pero Gabriel supo a la perfección lo que pareció implicar. Si él iba y ella se salía con su gusto, la condesa estaría encantada de servir de acompañante para toda la familia, lo que significaría un gran espaldarazo a las esperanzas de Cecily y su madre de ser bien recibidas. A Gabriel le bastó con ver el rostro anhelante de su hermana y la súplica en la mirada de su madre para saber que lo único que podía hacer era asentir, le agradara la idea o no.

¡Qué diablos! Podía ir a un estúpido baile.

De modo que asintió con lo que esperaba no fuera un gesto demasiado desganado, pero al parecer no fue así porque la condesa pareció encantada con ello y empezó a parlotear acerca de vestidos y las personas que esperaba asistieran también. Al cabo de unos minutos, Gabriel observó su reloj con discreción y urdió una excusa para marcharse.

Ya había acordado con su madre que así lo haría si se encontraba demasiado aburrido, y tenía, además, otras cosas más importantes que hacer. A la señora aquello no le hizo ninguna gracia, pero él no hubiera aceptado acompañarlas de cualquier forma. El carruaje en el que habían llegado se quedaría para llevarlas de vuelta a casa o a donde desearan ir y él se iría a pie.

Lady Barrington lució desolada ante el anuncio de su partida, pero luego, cuando él prometió que se verían nuevamente en el baile, se mostró mucho más animada e incluso sugirió que podría visitarla antes para mostrarle algunas de las pinturas que pertenecieron a su difundo esposo y en las que él había mostrado algún interés durante la charla.

Gabriel abandonó el salón, aliviado y ansioso por salir a la calle para tomar aire fresco, escoltado por un lacayo que le señalaba el camino a la salida, pero una voz llegó entonces a él, una tan familiar, tan anhelada, que por un instante pensó que debía de estar siendo presa de algún tipo de alucinación.

No podía ser…

Sin hacer caso al desconcertado sirviente, Gabriel lo dejó atrás y siguió el eco de esa voz que lo atrajo como si se encontrara hipnotizado.

No tardó demasiado en encontrarla; le bastó con atravesar un par de corredores para toparse de golpe con ella, que en ese momento estaba de espaldas a donde él se detuvo bruscamente. Hablaba con una joven uniformada que la escuchaba con atención.

—Necesito ese broche para coserlo al vestido de lady Barrington, y la señorita Carson dijo que lo encontraría en su costurero, pero no está allí; tal vez lo dejara en la mesilla de su salón —decía ella en tono apurado—. ¿No podrías fijarte un momento allí? Quería dejarlo listo para esta tarde y… ¿qué ocurre?

Ella calló de golpe y Gabriel fue capaz de adivinar el momento preciso en el que advirtió que alguien más había llegado y que ese alguien era él. Entonces se volteó a mirar sobre su hombro y fue como si el mundo se hubiera detenido durante todo un minuto antes de que empezara a girar a toda velocidad.

Era curioso cómo se presentaba a veces la vida, se había dicho varias veces Sapphira en las dos últimas semanas.

Cuando estaba más desesperada que nunca, segura de que se le acababan las opciones y que no tendría más alternativa que rendirse, un acontecimiento tan terrible como el haber estado a punto de morir arrollada en medio de la calle la había puesto en la situación más bizarra de su vida. Pero también en una de las más felices y, lo más importante, una que le concedió de golpe una estabilidad que no recordaba haber disfrutado en mucho tiempo.

Una vez superada la sorpresa de verse en una casa extraña rodeada por un par de desconocidas bastante curiosas, comprendió que había sido extremadamente afortunada. Lady Barrington era una dama encantadora, lo mismo que la señorita Carson, y tan pronto como consiguió recuperar la conciencia del todo y ellas entablaron conocimiento de lo ocurrido, no solo en aquel momento, sino en los últimos años de su vida, le ofrecieron de inmediato la posibilidad de quedarse en su casa trabajando para ellas.

Al principio, Sapphira pensó que debía de tratarse de algún tipo de broma o un rapto de caridad, y ninguna de las posibilidades le resultó agradable, pero las ancianas se apresuraron a explicar que había un puesto vacante en la casa porque la doncella de la condesa había dejado el servicio para casarse y estaban precisamente en la búsqueda de alguien que pudiera reemplazarla. Indicaron que era una oferta razonable y que incluso estaban dispuestas a probarla en aquella posición durante unos días para ver qué tal se desenvolvía en algo como aquello. Sapphira dudó, desde luego, pero la propuesta le pareció tan tentadora que se vio aceptando sin pensarlo demasiado.

Sus obligaciones, aunque le exigían vivir allí, con lo que tuvo que

despedirse una vez más de su hermano, eran más sencillas de las que se encargaba en casa de los Hartford; además, estaba relativamente cerca de Edward, podría visitarlo en cada día libre. El pago era más que justo, sus empleadoras encantadoras y en extremo consideradas y, descubrió no sin cierta sorpresa, el velar por el bienestar de aquellas dos ancianas, atenta a todo lo que pudieran necesitar y siempre presta a servirlas, le resultó mucho más agradable de lo que hubiera podido imaginar. De haber pensado a profundidad en ello, habría caído en la cuenta de que estaba tan acostumbrada a velar por los demás que hacerlo y recibir una paga por ello era casi una bendición.

Lady Barrington insistió en que no era necesario que usara un uniforme de doncella, un gesto que Sapphira agradeció; pero ya que en realidad no contaba con una gran selección de vestidos apropiados para residir en una mansión como aquella, prefirió usar los discretos vestidos negros que dejara atrás la antigua doncella; solo prescindía del delantal y la cofia cuando podía; de esa forma se sentía un poco más libre.

Se levantaba cada mañana y dejaba la habitación que ocupaba en el ala de los sirvientes, un espacio bonito y confortable que no debía compartir con nadie más. Luego, se ocupaba de que todo estuviera listo para cuando lady Barrington y la señorita Carson bajaran a desayunar; no sin antes haberlas atendido para ayudarlas a vestirse y arreglarse tal y como acostumbraban, una labor que en el caso de la primera podía tardar una hora o más. Pero Sapphira lo hacía todo con gusto y la plática de la dama era tan agradable que apenas sentía el tiempo pasar, una sensación que la acompañaba durante todo el día.

Leerles en el salón, llevar sus indicaciones a la cocinera, responder a las invitaciones que recibían por montones y arreglar su agenda del día; eran algunas de sus ocupaciones, lo mismo que, gracias a sus buenas habilidades con la aguja, hacer cualquier arreglo sencillo en sus vestidos que pudieran necesitar.

Sus días transcurrían en un plácido ambiente, siempre ocupada y en compañía de aquellas dos damas tan excéntricas. A veces recibían la visita del doctor Stamford, que resultó ser un sobrino de lady Barrington y quien, una vez que hubo decretado que Sapphira se encontraba del todo recuperada del accidente, continuó apareciendo por allí para hacer compañía a su tía y, advirtió un tanto desconcertada, mostrar un inusitado interés en ella.

Era un caballero agradable, sin duda, un tanto mayor y viudo, según le confiara la señorita Carson una vez que hizo mención a una de sus visitas; pero a Sapphira le resultaba simpático y sus charlas muy interesantes, de modo que procuró apartar de su mente cualquier idea de que pudiera tener un mayor interés en ella que no fuera el natural que podría sentir cualquier otra persona por alguien que había

aparecido en la vida de su familia de la forma en que ella lo hizo.

Lo único que le impedía sentirse del todo feliz con el inesperado vuelco que había dado su existencia era la constante sensación de vacío que la asaltaba en los momentos más inesperados. O, para ser sincera, no era que la asaltara por momentos, ya que permanecía siempre asentada en su corazón, pero a veces, cuando se permitía pensar en lo bien que parecían ir las cosas, esta sensación se acentuaba y un recuerdo, un rostro, acudían a su memoria sumiéndola en una constante melancolía.

Echaba de menos a Gabriel. Sabía que ese era el motivo de su tristeza, no tenía sentido engañarse a sí misma, de la misma forma en que se decía, al menos una vez al día, que esa nostalgia no iba a llevarla a ninguna parte. No podía extrañar lo que nunca fue suyo y, sin duda, a esas alturas él ya habría vuelto a la que fue su vida antes de conocerla y apenas recordaría a esa chiquilla por la que se encaprichó llevado por el aburrimiento.

Su oferta de matrimonio nunca fue más que un arranque de soberbia, divertido ante la posibilidad de enojar a su madre y actuar de la misma forma irresponsable que todo el mundo esperaba de él. Eso había sido todo y lo más sensato hubiera sido que lo aceptara y lo dejara ir. Pero era tan difícil…

Aquel día, cuando se habían cumplido con exactitud dos semanas desde que empezó a servir a las órdenes de lady Barrington, tal y como ocurría una mañana y otra también, poco después del desayuno recibieron el aviso de la llegada de unos visitantes y Sapphira se preparó para pasar las siguientes horas ocupada con algunas de sus labores hasta que las damas la requirieran de nuevo. Ella jamás se encontraba presente durante esas visitas, estaba totalmente fuera de sus atribuciones; comprendía que, aun cuando lady Barrington fuera tan amable con ella, eso no la convertía en un miembro de su familia ni mucho menos, pero aquello no le molestaba en absoluto; por el contrario, tomaba aquellas horas como un tiempo de calma en el que podía entregarse a sus pensamientos a solas al tiempo que adelantaba algunas de sus labores.

Lady Barrington perdía los broches de sus vestidos con frecuencia porque tenía la costumbre de jugar con ellos entre los dedos, una convulsión nerviosa que provocaba que estos se soltaran y, tan pronto como Sapphira lo advirtió, procuró estar atenta para fijarlos nuevamente antes de que se extraviaran. Eran todos tan hermosos y, suponía también, costosos, que le provocaba una pena enorme verlos desaparecer. Había uno en particular que la señorita Carson recuperó la noche anterior, y que indicó a Sapphira que debía coser lo antes posible para que la condesa pudiera usar el vestido al que pertenecía aquella tarde, que no conseguía encontrar entre sus propias cosas.

Hubiera jurado que la oyó decir que lo dejó en su costurero, pero no daba con él y por eso acudió a la doncella, pero entonces ella se había quedado muda por algún motivo y cuando la propia Sapphira lo advirtió y, aún más importante, consiguió identificar la razón de aquello, fue demasiado tarde para huir.

Él estaba allí.

Lo supo antes de verlo o escucharlo. Pudo *sentirlo*. Los vellos de su piel se erizaron y la recorrió un escalofrío que le quitó el aliento incluso antes de dar media vuelta para confirmar la que sabía una certeza innegable.

Al menos, Gabriel se veía tan sorprendido de encontrarla allí como le ocurría a ella, se dijo en lo que comprendió no era más que un magro consuelo, sin atinar a hacer otra cosa que no fuera mirarlo con los ojos muy abiertos, ajena a lo que debían de pensar los dos sirvientes que eran testigos de un acontecimiento tan extraño como que la nueva doncella de su señora se hubiera quedado helada al encontrarse con uno de sus visitantes.

Fue él el primero en reaccionar al dar un paso hacia ella, con lo que Sapphira se vio en la disyuntiva de echar a correr o conservar la calma. Lo que quedaba de su dignidad la obligó a elegir la segunda opción y, sin permitir que sus nervios le ganaran la partida, dirigió a Gabriel una mirada de advertencia con la que pretendió fuera una súplica silenciosa para que no dijera nada que pudiera comprometerla. Luego, esbozó una tensa sonrisa a los sirvientes y se aclaró la garganta.

—Acabo de recordar que tengo el broche en mi dormitorio, Susan, no hace falta que busques más; tú y Thomas pueden volver a sus labores. Yo acompañaré al señor Hartford a la salida —dijo ella, un tanto sorprendida de lo normal que se oyó su voz cuando sentía que por dentro estaba hecha pedazos.

Los sirvientes intercambiaron una rápida mirada de desconcierto, pero estaban lo bastante bien entrenados para recuperarse con rapidez y, tras asentir, ambos desaparecieron y los dejaron a solas.

Sapphira miró de un lado a otro, asustada frente a la posibilidad de que lady Barrington o la señorita Carson; o incluso peor, que quien fuera con quien hubiera llegado Gabriel los encontrara allí. Sin pensarlo dos veces, se adelantó una vez más al ponerse en movimiento y hacerle un gesto para que la siguiera a una puerta entreabierta a su izquierda.

—Ven —dijo ella sin atreverse a mirarlo a los ojos.

Gabriel no puso objeciones, debía de encontrarse tan confundido como ella. Tan solo la siguió en silencio y no abrió la boca hasta que se encontraron dentro de la habitación y Sapphira tuvo buen cuidado en entornar la puerta, lo suficiente al menos para oír si alguien la

llamaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, inquieta.

Su tono resonó entre ambos, más áspero de lo que hubiera deseado; pero era eso o lanzarse a sus brazos, y dudaba de que aquello último fuera bueno para ella.

—¿Yo? ¿Qué haces tú aquí? —inquirió él a su vez cuando pareció recuperar el habla—. Te he buscado por todas partes.

Sapphira parpadeó, sorprendida.

—¿Me has buscado? —repitió ella—. ¿Por qué?

Gabriel no respondió a su pregunta; en su lugar, más seguro de sí mismo, recuperó el semblante decidido y solo entonces ella advirtió que se le veía tan atractivo como siempre, lo que le provocó un doloroso retortijón en el estómago.

—¿Por qué te fuiste de esa forma? Ni siquiera te despediste; no permitiste que hablara contigo…

Sapphira sabía que él diría algo como eso y aquello le permitió actuar con cierta normalidad; era, dentro de todo, un campo más seguro que el que atravesaba siempre cuando se encontraba a su lado.

—Habrías intentado convencerme de que me quedara.

—¡Desde luego que hubiera intentado convencerte de que te quedaras! —replicó él luciendo enojado—. Te habría atado a mi cama si hubiera conseguido así que recuperaras la sensatez.

Sapphira inhaló con fuerza y abrió mucho los ojos, sorprendida por una declaración tan arrogante. Tan furiosa como él, lo señaló con un dedo tembloroso.

—¡Como te atreves! ¿Para qué iba a quedarme? ¿Para mantenerte entretenido? ¿Para que pudieras jugar conmigo? —preguntó ella.

—Eso no es verdad; nunca quise jugar contigo, no de la forma en que intentas implicar; sabes perfectamente lo que deseaba de ti.

Sapphira hizo como si no lo hubiera oído; si seguía por esa senda estaría en serios problemas. ¿Qué habría podido decir a algo como aquello? ¿Que ella había deseado quedarse a su lado y entregarle hasta lo más ínfimo de su alma y su cuerpo y que precisamente por eso había tenido que marcharse? ¿Para que el amor que sentía no la destruyera?

De modo que sacudió la cabeza de un lado a otro, de pronto agotada como si acabara de participar en una carrera; su pecho subía y bajaba por la agitación y sus manos caídas a los lados temblaban como hojas llevadas por la brisa.

—Eso no importa ahora —dijo ella, procurando aparentar una calma que no sentía—. Tal vez no puedas verlo, pero fue lo mejor para ambos. Estoy bien aquí.

Gabriel se cruzó de brazos a la altura del pecho y la recorrió con una mirada que le provocó un estremecimiento. Él tenía la extraña

habilidad de hacerla sentir como si la acariciara sin siquiera tocarla sumiéndola en una turbación incómoda que le provocaba cubrirse y al mismo tiempo quitarse las capas de ropa que amenazaban con ahogarla. Era contradictorio, vergonzoso, y la llenaba de frustración.

—Gabriel…

Él dio un paso hacia ella e hizo como si no la hubiera oído.

—¿Cómo fue que llegaste aquí? —preguntó.

Sapphira ahogó un suspiro, tentada a no responder, pero ya que no había nada en verdad que necesitara esconder al respecto y le pareció, después de todo, un tema seguro, decidió que bien podría satisfacer su curiosidad. Luego le pediría que se marchara, claro, y rogaba porque lo hiciera, aunque se llevara su corazón con él en el proceso.

—Conocí a lady Barrington hace un par de semanas; ella me ofreció un puesto como su doncella personal y me encuentro muy a gusto —dijo Sapphira sin profundizar en las circunstancias de aquel encuentro; dudaba de que a él le hiciera mucha gracia saber que estuvo a punto de ser arrollada por un carruaje—. Ella y la señorita Carson han sido muy amables conmigo; recibo una buena paga…

—¿Cómo está tu hermano?

Sapphira parpadeó, sorprendida, y luego conmovida por la pregunta. Ella ni siquiera mencionó a Edward, lo que la hizo sentir un poco avergonzada; había estado tan angustiada, tan sobrepasada por su presencia, que simplemente lo olvidó.

—Él… Él está bien. Muy bien —respondió ella—. Puedo verlo con frecuencia y ayudarle con lo que lady Barrington me paga. Ella es muy generosa.

Gabriel asintió con gesto adusto y dejó caer los brazos a los lados para luego iniciar un lento caminar hacia ella, con lo que a Sapphira no le quedó más remedio que retroceder; pero su espalda golpeó contra el vano de la puerta y tuvo que frenar de golpe. Lo miró alzando el mentón y con labios temblorosos sin saber qué hacer. Él la miraba de aquella forma que le provocaba un temblor en las rodillas y estuvo tentada a alzar una mano para posarla sobre su rostro, pero se contuvo a tiempo. Si lo tocaba estaría perdida.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó ella, avergonzada por lo débil que sonó su voz—. Gabriel…

Él no pareció oírla, o tal vez prefirió hacer como si así fuera. En lugar de ello, apoyó una mano abierta contra la madera al lado de su cabeza e inclinó el cuerpo hacia ella con lo que Sapphira se vio presa bajo su mirada.

—Te extrañé —susurró Gabriel muy cerca de sus labios.

—No…

—¿No me extrañaste también?

Sapphira sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Eso no importa —dijo ella.
Gabriel frunció el ceño y exhaló un suspiro, con lo que el vaho de su aliento rozó su mejilla y ella se vio inhalando con fuerza como si pretendiera de alguna forma absorberlo. Lo deseaba en su interior de una forma que no alcanzaba a entender.
Él, como si fuera capaz de adivinar sus pensamientos, esbozó una suave sonrisa e inclinó la cabeza para apoyar los labios sobre su frente.
—Sapphira, cásate conmigo —pidió él.
Ella sintió que la tensión atenazaba su cuerpo y arqueó la espalda para alejarse, pero no pudo moverse ni un centímetro y el ir hacia adelante solo la hubiera llevado a pegarse más a él. Tragó espeso y se humedeció los labios resecos, buscando su voz.
—No —susurró ella—. No puedo.
Gabriel buscó su mirada.
—¿No puedes o no quieres? —preguntó él en tono desafiante.
Sapphira sacudió la cabeza, tentada a responder que no podía creer que le hiciera esa pregunta. ¿Cómo podía no saberlo? ¿Era posible que no lo viera?
Ella se salvó de responder, porque en ese momento oyó cómo la llamaban y abrió mucho los ojos, asustada de que fueran descubiertos. Por suerte, Gabriel pareció leer el pánico en su expresión y se separó lo suficiente para que Sapphira pudiera ponerse en movimiento.
Con una última mirada hacia él, en la que pareció plasmar el remolino de emociones que la embargaban, dejó la habitación y Gabriel oyó sus pasos apurados alejándose por el corredor.
Solo pasaron un par de minutos para que la puerta se abriera, esta vez para dar paso a la señorita Carson, quien se sobresaltó al encontrarlo allí de pie en medio de la estancia y con gesto serio.
—¡Señor Hartford! —exclamó ella—. Pensábamos que se había ido. Estaba buscando a alguien y me dijeron que la encontraría aquí.
Gabriel forzó una sonrisa y cabeceó en ademán de disculpa.
—Lo siento, me perdí y terminé aquí; estaba a punto de buscar a un lacayo para que me indicara el camino a la salida —mintió él con descaro.
—Pero creí que uno de ellos lo acompañaba…
—Fue mi culpa, me distraje pensando en esas pinturas que mencionó lady Barrington —la interrumpió él con una nueva sonrisa —. En verdad lo lamento, no pretendía ser indiscreto.
La señorita Carson sonrió e hizo un gesto para restar importancia al asunto, pero fue obvio para ambos que él mentía. De cualquier forma, ella era demasiado amable como para hacer un comentario al respecto y su mirada se vio atraída por el brillo del sol sobre el cristal de la ventana; al cabo de un momento, parpadeó un par de veces y volvió

su atención al hombre frente a ella.

—¿Cuál es su nombre de pila, señor Hartford? Temo que no lo conozco —preguntó ella entonces.

Gabriel arqueó una ceja, un tanto extrañado por la pregunta.

—Es Gabriel —respondió él.

La señorita Carson se vio encantada por la información, tanto que exhibió una gran sonrisa que acentuó las arrugas de su rostro y se llevó ambas manos al pecho en un gesto de deleite.

—Gabriel. *La fuerza de Dios* —declaró ella, saboreando las palabras —. Es también un nombre bíblico. ¡Qué apropiado!

Gabriel estuvo tentado a preguntar a qué se refería con eso de *también* y por qué parecía encontrarlo tan apropiado; pero no quiso verse envuelto en una conversación intrascendente. Tenía muchas cosas en las que pensar. Cosas importantes.

—Gracias —dijo él sin saber muy bien lo que agradecía—. Ahora, si me disculpa, debo marcharme.

La señorita Carson asintió y se hizo a un lado para cederle el paso.

—Tal vez debería llamar a un lacayo, no queremos que se pierda de nuevo —sugirió ella con una inflexión divertida en la voz.

Gabriel correspondió a su sonrisa.

—No hará falta —negó él—. Tengo muy claro a dónde voy.

Tras esa enigmática respuesta, se despidió con una cabezada y, advirtió la dama, atravesó el corredor en dirección a la salida sin vacilar; pero ella estuvo segura, aun cuando no tenía a nadie a quien comentárselo en ese momento, que lo verían nuevamente muy pronto.

Capítulo 9

Tal y como la señorita Carson presagió, aun cuando Sapphira no tenía cómo saberlo, ya que ella no compartió sus sospechas con nadie, volvieron a ver a Gabriel más pronto de lo que cualquiera de ellas hubiera podido imaginar.

Apenas habían pasado dos días desde su primera visita cuando se presentó nuevamente, esta vez sin compañía y preguntando directamente por lady Barrington, quien recibió la noticia con tanta alegría que Sapphira, quien se encontraba con ella en el momento en que el mayordomo hizo el anuncio, se sintió avergonzada por el terror que la invadió al oírlo.

Acababa de ayudar a la condesa a vestirse, pero esta insistió en que le arreglara el cabello nuevamente mientras escoltaban al visitante al salón. Sapphira obedeció sin decir una palabra, divertida y angustiada a partes iguales por la emoción que se reflejaba en el semblante de la dama. Fue evidente que no era ella la única mujer en quien Gabriel había dejado una impresión memorable, se dijo sin poder evitar una sonrisa al pensar en lo que lady Barrington diría de conocer la naturaleza de su relación con Gabriel.

La señorita Carson llegó poco después para acompañar a la condesa a bajar y Sapphira tomó su presencia como la oportunidad perfecta para escabullirse con discreción usando sus muchas labores como excusa, pero la dama la sorprendió al dirigirle una beatífica sonrisa tras intercambiar una mirada con su acompañante.

—Ven con nosotras al salón, Sapphira —pidió ella con su amabilidad habitual, pero también con una autoridad desacostumbrada—. Puedes acompañarnos esta vez; te agradará el señor Hartford.

Sapphira abrió la boca, lista para negarse, pero vio algo en su mirada que le dijo que no apreciaría una negativa y no tuvo el valor para provocar un desencuentro con ella. Además, aunque le avergonzara reconocerlo incluso ante sí misma, muy en el fondo se moría por el deseo de verlo una vez más. Gabriel no tenía que saberlo, claro, y sin duda no haría daño a nadie que permaneciera un momento cerca de él en compañía de ese par de mujeres, ¿cierto?

De modo que asintió, fingiendo un entusiasmo que estaba lejos de sentir, y fue con ellas al salón, donde Gabriel las esperaba de pie y listo para desplegar todo su encanto. Le bastó una rápida mirada al rostro de Sapphira para saber que ella no agradecería que la dejara en evidencia, por lo que fingió no conocerla de la misma forma en que había decidido hacer con él y fue capaz incluso de aparentar también un vago desinterés una vez que lady Barrington la presentó como su doncella.

Sapphira podía decir algo en su favor: cuando lo deseaba, era capaz de tomar el control de cualquier situación y, aún más, de manipular a sus interlocutores con tales muestras de encanto que era difícil que ellos lo advirtieran. Pero ella sí que podía hacerlo y, de no ser porque debía permanecer callada y fingir que era la primera vez que lo veía, lo hubiera amonestado por engañar de aquella forma a un par ancianas que estaban evidentemente fascinadas por él.

Con astucia y ante su obcecado silencio, Gabriel se las arregló para llevar la charla a la figura de Sapphira, de modo que lady Barrington empezó a contar con todo lujo de detalles cómo fue que la conocieron. Él la oyó con un afable interés sin dar la impresión de que encontrara el hecho particularmente interesante, pero Sapphira vio sus ojos adoptar un brillo peligroso cuando la dama hizo mención al incidente en que su carruaje estuvo a punto de arrollarla. Gabriel le dirigió entonces una rápida mirada que Sapphira sostuvo por un momento antes de verse en la necesidad de desviarla porque no creyó que fuera capaz de callar por más tiempo ante todo lo que él intentó transmitir en un gesto como aquel.

Bueno, ella era un poco torpe a veces, él lo sabía perfectamente. ¿Por qué se enojaba con ella? Hubiera podido pasarle a cualquiera, rumió para sí de mala gana.

—Por fortuna, Henry la atendió de inmediato y aseguró que no era nada de cuidado.

—El doctor Stamford, milady.

El comentario de lady Barrington y la posterior corrección de la señorita Carson llegaron a sus oídos y Sapphira parpadeó para enfocarse nuevamente en la charla. Al hacerlo, se topó con la mirada de Gabriel fija en su rostro y advirtió una leve mueca divertida en su rostro.

—Me alegra saber que la señorita Jones se encuentra bien —dijo él sin inflexión en la voz.

Sapphira forzó una sonrisa de agradecimiento y apretó los labios. ¿Por qué estaba torturándola de aquella forma?

—Sapphira ha sido un gran descubrimiento para nosotras; no podríamos estar más agradecidas de contar con su compañía —intervino la señorita Carson con gran énfasis—. Ella es un tesoro.

Sapphira sintió que sus mejillas se teñían de un rojo subido ante las palabras de la dama y le sonrió en señal de agradecimiento, pero la sensación de bochorno se acentuó al advertir el gesto de Gabriel.

—No lo dudo —replicó él—. Todo un tesoro.

Ella pensó que no podría tolerar esa pantomima por un segundo más y estaba a punto de inventar una excusa para marcharse; quizá incluso fingir un repentino malestar, tan desesperada se encontraba, pero lady Barrington se le adelantó al hacer un gesto en su dirección y solo entonces reparó en que Gabriel acababa de decir algo que se le había escapado.

—No me gustaría imponer mi presencia —decía él en respuesta a lo que fuera que hubiera respondido la dama antes de que ella le prestara atención—. No es tan importante.

—Desde luego que lo es; no crea que no sé que es esa la verdadera razón de que se encuentre aquí —lady Barrington respondió en tono amable y en absoluto resentido por haber llegado a esa certeza—. No le negaría ese placer y estoy segura de que Sapphira tampoco lo hará. ¿Cierto, querida?

Sapphira abrió la boca y la volvió a cerrar sin saber de qué estaban hablando exactamente. Se le ocurrieron varias cosas que Gabriel debía de tener en mente en lo que a placeres se refería, pero dudaba de que lady Barrington compartiera sus sospechas. De modo que se contentó con sonreír procurando disimular su desconcierto en espera de que le aclararan las cosas. Por fortuna, la señorita Carson pareció adivinar lo que pensaba porque le dio una amable palmadita en el brazo para llamar su atención.

—Al señor Hartford le gustaría recorrer la galería de pinturas de lord Barrington, pero milady y yo no nos sentimos con fuerzas para acompañarlo. Tú puedes hacerlo, ¿cierto? No quisiéramos que el señor Hartford nos dejara sin haberla visto antes; es un apasionado del arte.

Al comprender la implicación de lo que le pedían, Sapphira miró inmediatamente a Gabriel y por un momento odió con todas sus fuerzas esa falsa expresión inocente que se esforzaba por mantener. ¡No podía ser más canalla! ¡Cómo se atrevía!

—Pero…

—Gracias, querida; vayan sin prisa, olvida cualquier otra cosa que debas hacer. —Lady Barrington tomó la posta de su amiga con una sonrisa amable.

Sapphira comprendió que no había nada que pudiera decir y, comprobó angustiada, Gabriel lo sabía tan bien como ella. Tal vez había estado distraída durante buena parte de la charla, pero no dudaba de que él hubiera manipulado las cosas para llegar a ese punto. Con un suspiro que esperaba no fuera demasiado audible, se puso de pie y esperó a que él la siguiera, después de agradecer la

atención de las damas, que los vieron marchar con similares muestras de complacencia.

Según le contó lady Barrington, su difunto esposo fue un hombre en extremo adelantado a su tiempo y con un gusto exquisito, tanto que no dudó en hacerse con las obras de un gran grupo de artistas por los que en su momento otros de sus contemporáneos no habrían dado un centavo. Ahora, aquellas pinturas eran la envidia de cualquier coleccionista y lady Barrington acostumbraba recibir toda clase de ofertas que rechazaba una tras otra. La galería era una especie de santuario para ella, un lugar en el que se encontraba resumido el recuerdo del hombre con el que compartiera su vida. Sin embargo, debido a que se encontraba en el último piso de la mansión, en un ala apartada que había sido cuidadosamente diseñada para ello, la visitaba cada vez menos, pero Sapphira sí que se escabullía por allí con cierta frecuencia. Tal vez no poseyera un gran entendimiento de los sutiles matices que reflejaba cada obra, pero disfrutaba de pasar por allí para admirarlas tanto como podía.

Pero ahora, al recorrer la estancia en compañía de Gabriel, le resultó imposible apreciar del todo la belleza de las pinturas; todos sus sentidos estaban puestos en el hombre que caminaba a su lado con la vista fija en el frente. Él no había dicho una sola palabra desde que dejaron el salón; tan solo se contentó con seguir sus instrucciones y, ahora, advirtió no sin cierta sorpresa, parecía tan ensimismado como ella.

Cuando se encontraron en lo más apartado de la sala, él se detuvo de golpe obligándola a hacer lo mismo, pero tardó un momento en reunir el valor para mirarlo. Sentía como si todo lo ocurrido en las últimas semanas desde su marcha de Surrey los hubiera llevado a ese momento y no se veía capaz de enfrentarlo. Pero cuando al fin consiguió hacerlo; cuando elevó el rostro para encontrarse con la mirada de Gabriel, apenas alcanzó a emitir un suspiro ahogado antes de que él la tomara por la cintura y la atrajera a su cuerpo para besarla como no lo había hecho nunca antes. Parecía haber perdido del todo el autocontrol que se esmeró tanto por aparentar desde su llegada y al fin pudiera revelar la necesidad que sentía.

Sapphira no dudó en corresponder a sus avances. Tal vez debió hacerlo; su mente le gritaba que era una locura no luchar contra él, pero su corazón se derritió tan pronto como Gabriel empezó a devorar su boca y cerró los ojos, abandonada a lo que él le hacía sentir.

Parecía como si no hubiera pasado un minuto desde la última vez que se besaron; como si las últimas semanas no hubieran existido y se hallara precisamente donde debía encontrarse siempre. Entre sus brazos.

Cuando Gabriel finalmente se apartó, dándole un momento para

recuperar el aliento, Sapphira cerró los ojos y apoyó la frente sobre su pecho. Tenía las manos asentadas sobre sus hombros, tanto por el placer de tocarlo como por el hecho de que estaba segura de que si no se sujetaba a él caería sobre sus rodillas en medio de la sala.

Gabriel la abrazaba con tanto ímpetu que no pudo evitar sonreír; era tan hermoso sentir el latido acelerado de su corazón contra su mejilla.

—Debería darte vergüenza —musitó ella con voz ahogada rompiendo el silencio—. Engañar a esas pobres damas con tanto descaro.

Sintió el pecho de Gabriel expandirse y supo que debía de estar riendo.

—Engañaría al mismo diablo para tenerte entre mis brazos. ¿Puedes culparme por eso?

—Gabriel…

Hubiera deseado reprenderlo por decir algo como aquello, pero no pudo, en especial cuando él empezó a acariciar su espalda con suaves movimientos que le arrancaron un leve gemido. Exhaló un suspiro y acarició la piel de su cuello con la punta de los dedos; él se estremeció bajo su toque y acercó los labios a su oído.

—Cásate conmigo, Sapphira.

Ella apretó los ojos con fuerza al oírlo, pero no vaciló al responder:

—No.

Gabriel se quedó inmóvil por un minuto, incluso el movimiento de su mano se detuvo y, cuando al fin se movió de nuevo, se apartó buscando su mirada.

—¿Por qué no? —preguntó él.

Sapphira levantó el rostro y le devolvió la mirada.

—Sabes por qué —respondió ella.

Fue el turno de Gabriel para suspirar, aunque en su caso fue un gesto que tuvo más de exasperación que de dolor.

—Estás siendo muy testaruda, y no tienes razón para ello —indicó él—. Seríamos tan felices…

—¿Qué clase de felicidad podría tener con un hombre que no es sincero? —replicó ella de inmediato sin disimular el enfado que empezaba a sentir—. ¿Un hombre que piensa que sus sentimientos no tienen ninguna relación conmigo?

Gabriel intentó tomar su mano, pero ella se apartó con brusquedad y, aún más, dio varios pasos hacia atrás para poner distancia entre ambos.

—Lamento haber dicho eso —explicó él en tono paciente—. Fui un tanto egoísta, pero debes entender que, aun cuando no me expresara de la mejor forma, es en verdad lo que creo. No tiene sentido involucrar nuestros sentimientos en algo como esto; al menos no uno

tan engañoso como el amor. Después de todo, ¿qué es el amor realmente? Una sensación que se desvanece con el tiempo incluso antes de que estés seguro de si fue real o no. Te ofrezco mi afecto, mi amistad; también respeto y bienestar; prometo que velaré por ti…

Sapphira emitió un bufido y lo miró con sorna.

—No entiendo. ¿Quieres casarte conmigo o adoptarme?

Gabriel le devolvió una mirada cargada de indignación y dio un paso hacia ella.

—Ven conmigo ahora y deja que te demuestre lo que quiero hacer contigo —la desafió él.

Se entabló un duelo de voluntades entre ambos y ninguno pareció capaz de rendirse; se sostenían la mirada con similares muestras de terquedad hasta que Sapphira, que sentía su corazón latiendo muy lentamente contra su pecho por el dolor que la embargaba, exhaló un hondo suspiro y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No puedo casarme contigo por la misma razón por la que tú pareces tan decidido a hacerlo —indicó ella, agotada por la pena—. Te lo dije antes: tengo que seguir a mi corazón, y el aceptar tu propuesta solo me lastimaría.

Gabriel la escuchó en silencio y con los labios apretados; al cabo de un momento, asintió bruscamente.

—Muy bien. No puedo hacer nada para convencerte, y si soy sincero, estoy harto de ser rechazado una y otra vez —dijo él, exasperado, para continuar luego en un tono que revelaba su tensión —. Ahora muéstrame las malditas pinturas para que pueda responder a las preguntas de lady Barrington y me marcharé luego para siempre si eso es lo que quieres.

Sapphira hubiera deseado decirle que eso era lo último que deseaba, pero en su interior sabía también que era lo mejor para ambos. De modo que asintió e hizo un gesto para que la siguiera y ninguno dijo siquiera una palabra mientras recorrían la sala uno al lado del otro a solo unos centímetros de distancia pese a que por su actitud hubiera parecido que los separaba un abismo.

Cuando al fin terminaron de recorrer el lugar, sin que ninguno prestara mucha atención a las pinturas, Sapphira sintió que se echaría a llorar en cualquier momento; por eso, escoltó a Gabriel de vuelta al salón en el que se encontraban las ancianas, pero ella urdió una excusa vacía para no acompañarlo y él no hizo nada por convencerla de lo contrario.

Tal vez eso fuera lo mejor, se dijo ella mientras se encontraba en la habitación de lady Barrington para disponer del traje que usaría durante la cena. Incluso se lo repitió con saña cuando advirtió que unas cuantas lágrimas caían sobre el tejido que intentaba alisar. Era, sin duda, lo mejor para ambos.

Tal y como prometió, Gabriel no volvió a aparecer por casa de lady Barrigton o a acercarse a Sapphira de cualquier forma. Y si bien no se encontraba de acuerdo con la forma en que ella veía las cosas, así como con lo que consideraba una intransigencia de su parte al negarse a aceptar su propuesta, comprendía en parte sus motivos. Quizá ella, como otras jóvenes de su edad, soñara con enamorarse y con experimentar todas aquellas cosas que se leían en los cuentos de hadas.

Pero cuando se permitía pensar en ello sin que le dieran ganas de maldecir a todo lo que se le cruzara, se decía que le costaba imaginar a Sapphira sumergida en ese tipo de ensoñaciones. ¿Después de todo lo que había pasado? Ella mejor que nadie debía de saber lo que el amor podía hacer a una persona; se lo confesó al hablarle de su madre. Entonces, ¿por qué no conseguía entenderlo? ¿Por qué no veía las cosas de la forma en que lo hacía él?

«Tal vez porque, pese a lo dura que ha sido su vida y los muchos motivos que tiene para desconfiar del futuro, no se ha convertido en un ser lleno de amargura como tú», le susurraba una voz despectiva siempre que se permitía pensar en ello. A lo que él respondía, en lo que creía que podía empezar a considerarse una muestra de locura, que tenía estupendas razones para encontrarse un tanto amargado. Como ir a bailes a los que hubiera preferido no acercarse jamás, por ejemplo.

Fiel a su ofrecimiento, poco después de su primera visita a lady Barrington, su madre recibió una invitación que incluía a toda la familia para asistir a la fiesta que daba la marquesa de Hodgson para celebrar su cumpleaños. Y aunque la señora y Cecily parecieron encantadas con la novedad, Gabriel hubiera preferido tirarse por un barranco antes que acompañarlas. El problema era que lady Barrington fue muy clara respecto a lo importante que resultaba su presencia. Pese a que a él no le importaba, el fallar a esa promesa hubiera perjudicado a su familia y, aunque dudaba de que Cecily mereciera esa consideración, le pareció una traición haber aceptado llegar hasta ese punto para luego dejarlas en la estacada. Quizá, si ella jugaba sus cartas con inteligencia y actuaba con sensatez, ese podría ser el inicio de su retorno a la sociedad y no dudaba de que pudiera desenvolverse sola de allí en adelante. Entonces él volvería a Surrey para dejar todo lo demás atrás.

«¿Incluso a Sapphira? ¿La dejarías también a ella atrás? ¿Podrías olvidarla?».

Maldita e inoportuna voz, se dijo una vez más al reconocer de mala gana que no, desde luego que no podría olvidarla. En cuanto a aquello

de dejarla atrás, ¿acaso le daba ella otra alternativa?

—No recuerdo cuándo fue la última vez que usé un vestido como este. ¿No luzco como si tuviera veinte años menos?

—Diría que quince, para ser un poco más precisa.

Sapphira ocultó una sonrisa al oír la réplica de la señorita Carson a la optimista exclamación de lady Barrington. De haberse atrevido a hacerlo, hubiera señalado que la condesa ciertamente se veía encantadora y, cuando menos, había perdido una década gracias a los muchos arreglos en los que llevaban buena parte del día trabajando.

Según le confió la señorita Carson en privado, lady Barrington no asistía a un baile desde la última temporada, cuando regresó a casa fastidiada porque los años empezaban a hacer mella en sus energías y no consiguió disfrutar del acontecimiento como estaba acostumbrada. Desde entonces, tan solo consentía participar en algunas actividades diurnas, visitas sociales y, cuando estaba de humor, alguna velada musical organizada por personas cercanas. Por eso, su emoción por asistir al baile de la marquesa de Hodgson era todo un acontecimiento.

Su modista favorita se había presentado varias veces para preparar el vestido que usaría; la señorita Carson, a quien se le daban estupendamente los peinados, sería quien le arreglaría el cabello, y recayó en Sapphira la labor de solucionar cualquier detalle que pudiera surgir, lo que implicaba pasar cada minuto del día atenta a lo que la condesa pudiera necesitar, corriendo de un lado para otro arriba y abajo. Para cuando llegó la noche y la dama estuvo ya vestida y, al parecer satisfecha con el resultado, ella apenas conseguía tenerse en pie. Los dedos de sus pies latían y estaba segura de que si cerraba los ojos se quedaría dormida en un segundo.

Sin embargo, se sentía casi tan animada como la condesa y la señorita Carson mientras veía a la primera dar unas cuantas vueltas frente al espejo. Llevaba algunas de sus joyas más valiosas consigo, incluyendo una tiara que habían traído para ella especialmente de la caja de seguridad en la que se guardaban los objetos más costosos y que en ese momento refulgía sobre sus cabellos canos. Ciertamente, se veía espléndida y exactamente como Sapphira opinaba que debía de verse un miembro de la nobleza.

—Diez o quince, espero poder bailar; sería una lástima asistir a una celebración como esta y no hacerlo —continuó la condesa con una nueva mirada al espejo.

—No veo por qué no podrías. El marqués de Hodgson sin duda querrá abrir el baile contigo; serás una de las damas de mayor rango en el salón. —La señorita Carson asintió, satisfecha.

—Es verdad.

Lady Barrington dio una cabezada y frunció levemente el ceño al tiempo que se alejaba del espejo y tendía una mano a Sapphira para que le ayudara a sentarse un momento para recuperar el equilibrio. Ella se apresuró a tomar su brazo con delicadeza y la obsequió con una sonrisa animosa; aunque la dama había dado muestras de una gran energía, era también evidente que se agotaba con facilidad y solo pudo rogar porque el baile de aquella noche no le afectara demasiado. Odiaría que su fragilidad le impidiera hacer todo lo que tenía pensado; no recordaba cuándo fue la última vez que vio a alguien tan entusiasmado con algo. Parecía una niña a punto de abrir un regalo de Navidad.

—Bueno, si puedo bailar con el marqués y el señor Hartford me daré por satisfecha —la dama pareció adivinar sus pensamientos y le dirigió una sonrisa—. ¿No crees que el señor Hartford debe de ser un estupendo bailarín, Sapphira?

Ante la mención de Gabriel, la joven cabeceó de mala gana y se puso en movimiento para ordenar algunas de las cosas que había dejado regadas por la habitación mientras ayudaba a la condesa a vestirse. Hubiera podido hacerlo luego, cuando las damas se fueran, pero eso le permitía mantener sus manos ocupadas y así también podía ocultar sus emociones de las miradas de alerta que la observaban con interés.

—No sabría decirlo. Supongo que así es. ¿No lo son acaso todos los hombres como él? —respondió finalmente al comprender que esperaban a que dijera algo.

La condesa se encogió de hombros en un ademán gracioso e intercambió una rápida mirada con la señorita Carson.

—No siempre —dijo ella—. Mi pobre Evelyn, por ejemplo, era un terrible bailarín. Y él lo sabía, por eso era toda una hazaña conseguir que bailara conmigo.

El rostro de la condesa cobró un aire nostálgico al referirse al que había sido su esposo, pero de inmediato mutó a uno más divertido.

—Pero confío en el señor Hartford —continuó ella, animada.

La señorita Carson asintió y Sapphira se puso de rodillas sobre la alfombra para recoger unas pinzas caídas bajo el tocador.

Si Gabriel bailaba con la mitad de la destreza con la que parecía hacer todo, no dudaba de que fuera un bailarín estupendo, reconoció para sí de mala gana mientras se estiraba para recoger el objeto de metal que se apresuró a guardar en una de las cajitas que llevaba en el delantal para evitar que se perdiera.

—Creo que a él le ocurre lo mismo que a ti, ¿no es verdad? Según sé, no ha asistido a un baile en mucho tiempo y con seguridad su presencia será todo un acontecimiento —decía la señorita Carson.

Lady Barrington emitió una risita irónica.
—Sin duda —asintió—. Puedo imaginar a todas las madres animadas por contar con un nuevo pretendiente tan interesante.
—Bueno, es natural; alguien como el señor Hartford es todo un partido y serían unas tontas si lo dejaran escapar.
—Seguro que el pobre hombre no estaría de acuerdo contigo; no parece la clase de caballero que se deja atrapar con facilidad o que disfrute de ser perseguido. —La condesa se encogió de hombros—. A mi parecer, esos son los más interesantes. ¡Cuán afortunada será la joven con la que decida casarse!
Sapphira apretó los labios al tropezar con el borde de la alfombra.
—Sapphira, querida, ten cuidado. —La señorita Carson le dirigió una rápida mirada antes de volver su atención a la condesa—. Reconozco que me cuesta imaginar al señor Hartford interesado en el matrimonio. No después de lo que se comentó acerca de su relación con su prima.
—¿Te refieres a la vizcondesa de Castlecomer? Una joven muy bella. —La dama asintió e hizo un mohín—. Sí, yo también escuché algunos rumores al respecto.
«Los rumores llegaron hasta Surrey y, al parecer, dieron vuelta por toda Gran Bretaña», musitó Sapphira sin poder contenerse.
—¿Has dicho algo, Sapphira? —la señorita Carson la observó con el ceño fruncido.
La joven suspiró y tomó un traje que necesitaba ser lavado antes de sacudir la cabeza en señal de negación, sin decir una palabra.
—Me pareció… —La dama se encogió de hombros y siguió con su charla tras echar una rápida mirada al reloj sobre la chimenea—. De cualquier forma, he visto a la joven vizcondesa con su esposo y forman una pareja magnífica; no puedo imaginarla con nadie más.
La condesa cabeceó y se llevó una mano al frente del vestido para juguetear con un enorme broche de diamantes y esmeraldas que parecían refulgir con vida propia.
—Estoy de acuerdo. No creo que ella y el señor Hartford formaran una buena pareja —opinó ella.
—Es posible que él no pensara lo mismo.
—Tal vez. Pero los jóvenes pueden ser tontos cuando se trata del amor; niégales algo y verás cómo se encaprichan aún más —declaró la dama con voz cargada de sabiduría—. Me pregunto si él ya se habrá dado cuenta de eso.
«Sí, yo me lo pregunto también».
Esta vez, Sapphira se cuidó de no decir lo que pensaba, ni siquiera en un susurro, pero no pudo evitar que la idea aflorara a su mente y se quedara enquistada de forma muy dolorosa.
—Bueno, supongo que es posible que lo descubramos esta noche. —

La condesa se puso de pie con un leve quejido y la joven se apresuró a ayudarle—. Gracias, querida.

La señorita Carson tendió a su amiga un abanico enjoyado y la miró con el ceño fruncido.

—¿A qué te has referido con eso último? —preguntó ella—. ¿Cómo es que descubriremos algo como eso esta noche?

La condesa sonrió y abrió el abanico con un ademán elegante al tiempo que se echaba una última mirada al espejo.

—¿No te lo dije? —inquirió ella con una sonrisa astuta que en opinión de Sapphira le restó otros diez años de edad—. Los vizcondes de Castlecomer están también invitados al baile de la marquesa.

Sapphira ahogó una exclamación de sorpresa que, por suerte, pareció pasar inadvertida ante el gesto escéptico de la señorita Carson.

—No lo sabía —dijo ella—. Será una noche difícil para el señor Hartford.

Lady Barrington asintió con un guiño divertido.

—Confío en que así sea —replicó, en apariencia encantada ante la posibilidad de que estuviera en lo cierto—. No siempre podemos huir de nuestro pasado y a veces la mejor forma de superarlo es enfrentarlo.

Con esa enigmática sentencia, la dama se puso en camino apoyando una mano sobre el brazo de la señorita Carson y se apresuraron a bajar. Sapphira fue tras ellas porque sabía que su labor no estaría terminada mientras no dejaran la casa y subieran al carruaje, pero una vez que el vehículo se perdió por la acera empedrada y, tras elevar una mano en señal de despedida, la sonrisa falsa que se había esmerado por mantener abandonó su rostro y se llevó una mano a la mejilla, fría como un glaciar.

Hubiera dado cualquier cosa por no haber sido testigo de esa conversación. Ahora pasaría las horas que tenía por delante preguntándose cuál había sido el resultado de aquella noche y cuanto le afectaría finalmente a Gabriel.

Adiós a la tranquilidad con la que soñara, se dijo con un suspiro al tiempo que volvía a la habitación de la condesa para terminar de recoger todo mientras intentaba hacer como si no sintiera que le acabaran de empujar un poco más el puñal que llevaba clavado en el corazón.

La noche no iba tan mal como Gabriel imaginó al aceptar asistir a aquel baile, reconoció de mala gana después de dejar a su última pareja en el borde de la pista con buen cuidado de mantener la distante actitud con la que llegara. No deseaba meterse en problemas mostrándose demasiado entusiasta y provocar así que alguien se

hiciera ideas equivocadas respecto a su interés. No pasó un instante desde que atravesara las puertas de la mansión de los marqueses en que no sintiera decenas de pares de ojos fijos en su espalda como puñales bien afilados. Ciertamente, su presencia había provocado más interés del que supuso; sin duda, los londinenses contaban con demasiado tiempo libre.

La idea le recordó a un comentario que hizo alguna vez el que fue uno de sus mejores amigos, James Haversham, poco después de regresar de un largo viaje a América. Entonces, él declaró que no estaba dispuesto a convertirse en un aristócrata más, demasiado aburrido con su rutinaria vida como para no hacer algo de verdadero provecho. Al oírlo aquella vez, Gabriel no pudo menos que reconocer que estaba en lo cierto porque, si bien él mismo había sido criado para heredar el patrimonio de su padre y buena parte de su destino estaba trazado incluso desde antes de su nacimiento, era lo bastante razonable para admitir que sin duda había cosas más importantes que hacer en el mundo que vivir en una constante sucesión de bailes y cacerías; en especial en un mundo que estaba cambiando a pasos agigantados.

Al rememorar las revolucionarias ideas de James, no pudo evitar pensar con nostalgia en la que había sido su amistad, lo que fue toda una sorpresa porque era la primera vez en años que se permitía pensar en él y que no le asaltaran unas ganas brutales de romperle la nariz.

Muy extraño, sin duda. Sin embargo, no quiso pensar demasiado en ello o buscarle un porqué a ese cambio para no arruinar la noche. Después de todo, no se encontraba allí por él, sino por Cecily y su madre, y comprobó con cierta diversión algo más tarde, al parecer también para cumplir un capricho de lady Barrington.

La dama se presentó avanzada la noche, tal y como cabría esperar en alguien de su rango y carácter con el fin de despertar el interés y la admiración de los otros invitados. Aunque no había forma de disimular su edad, fue evidente que hizo grandes esfuerzos por provocar una impresión memorable y que disfrutó cada segundo de ello. Fue ella, además, quien haciendo gala de una iniciativa encomiable y un tanto descarada, buscó a los que debía de haber elegido como sus parejas de baile. Empezó con el marqués de Hodgson quien, según sabía Gabriel por los comentarios de su madre, había sido buen amigo del que fue su esposo y luego, tal y como supuso que ocurriría, fue a por él.

Gabriel recibió su velada invitación con muy buen humor. En realidad, le había salvado de una situación desagradable porque acababa de verse acorralado por un pequeño grupo de damas compuesto por algunas madres y sus respectivas hijas, todas ellas debutantes. Había que tener valor para hacer algo como aquello, casi

acorralándolo en un extremo del salón, se dijo no sin cierta admiración, pero supuso que, a esas alturas, con la temporada ya casi a punto de culminar, movimientos desesperados como aquel debían de ser bastante habituales.

De cualquier forma, tenía ya una excusa para deshacerse de la inesperada compañía, seguro de que, aun cuando no fuera precisamente amable, nadie podría culparlo por ello. La presencia de la condesa, sin embargo, le evitó tomar una resolución más radical que, temió, pudiera resultar hiriente para las jovencitas que lo miraban con ojos brillantes.

—Señor Hartford. —Lady Barrington se movía con una elegancia natural a pesar de su avanzada edad y estuvo a su lado casi sin que se diera cuenta del momento en que se dirigió al grupo—. Me veo en la necesidad de recordarle que me debe usted un baile y no estoy dispuesta a marcharme sin que cumpla su promesa.

Gabriel elevó las cejas de forma casi imperceptible y ocultó una sonrisa divertida.

—Milady. Precisamente pensaba ir en su busca, pero temía que fuera usted quien se hubiera olvidado de mí —dijo él tras hacer una galante reverencia y dar una cabezada en dirección a las damas que los miraban con distintos grados de enojo—. Señoras. Ha sido un placer.

Sin esperar a oír las respuestas musitadas de mala gana, Gabriel tendió un brazo a lady Barrington y esta se sujetó con la punta de los dedos con una mirada que revelaba que lo estaba pasando tan bien como él. Sin embargo, ninguno dijo una palabra hasta que se encontraron en el centro de la pista de baile en espera de que la orquesta empezara a tocar.

—Pobrecitas. Mucho me temo que he sido un poco cruel, ¿no le parece? Me dio la impresión de que empezaban a hacerse ilusiones.

Gabriel esbozó una sonrisa.

—Y precisamente por ello le estoy agradecido; acaba de salvarme de una situación de lo más incómoda, milady —respondió él sosteniendo su mano una vez que dio inicio a la melodía.

La dama le devolvió la sonrisa, aunque no se vio tan complacida como él.

—Ustedes, los jóvenes solteros, acostumbran quejarse por este tipo de cosas, pero ¿qué pueden esperar? Desde luego que su presencia despierta interés y algunas esperanzas —replicó ella.

—Que no hice nada por alentar.

—Como si fuera necesario. —La dama se encogió de hombros con suavidad al tiempo que daba un gracioso giro—. Con que esté aquí es suficiente. No esperaría pasar desapercibido.

Gabriel era lo bastante honesto para no intentar negarlo; sabía lo

que su presencia despertaría entre aquella gente, pero no pensó que llegara a tanto. No lo dijo en aquel momento, pero estaba decidido a no volver a pisar un baile en lo que quedaba de temporada. Con suerte, estaría de regreso en Surrey pronto y pensaba quedarse allí tanto como le fuera posible.

—Es usted un buen bailarín —la dama retomó la charla pasados un par de minutos, asintiendo con expresión satisfecha—. Se lo comenté a Sarah.

Gabriel asintió ante la mención de la señorita Carson, a quien había visto revoloteando algunos metros más allá tras aceptar la invitación de un caballero más entusiasta que hábil.

—Ella estuvo de acuerdo, desde luego; temo que Sapphira no pareció tan convencida, pero habrá notado que es una joven un tanto desconfiada. ¡Pobre! No lo ha pasado nada bien, claro, eso volvería recelosa a cualquiera.

Gabriel estuvo a punto de trastabillar llevándose con él a la dama, pero se recuperó en un parpadeo y afortunadamente le pareció que ella ni siquiera lo advirtió; estaba muy concentrada asintiendo en silencio como si cavilara en sus últimas palabras y en cuán mala debía de haber sido la vida de esa joven que había tomado bajo su ala.

—Sapphira. —Él pronunció el nombre con gravedad y sintió un calor extendiéndose por su cuerpo tan solo con conjurar su rostro; pero intentó continuar en un tono algo más sosegado—. De modo que desconfía de mis habilidades.

La dama rio por lo que creyó un comentario jocoso.

—Es muy joven; se le escapan esta clase de sutilezas, pero aprenderá pronto, espero —comentó ella en un tono cargado de sabiduría al tiempo que fruncía levemente el ceño—. Es una chiquilla encantadora, pero, aunque ella no lo crea, le falta aún mucho por aprender. Este es un mundo cruel y con muchos matices, y necesitará protección si quiere llevar una vida honorable.

Gabriel asintió, pero no comentó que no estaba del todo de acuerdo; a su parecer, Sapphira era una joven extraordinariamente fuerte y, cuando no permitía que la terquedad le ganara la partida, bastante razonable. Pero eso no tenía cómo saberlo lady Barrington porque dudaba de que Sapphira le hubiera contado toda su historia. Para ella debía de ser solo una chiquilla huérfana con demasiadas obligaciones que había pasado muchas penurias y que necesitaba tanta ayuda como fuera posible.

—Le decía a Sarah que tal vez podamos ayudarla con eso —continuó la dama en un tono algo más animado tras dar una vuelta por la pista con un movimiento cargado de gracia; en gran medida, debido a que Gabriel se esmeró por llevarla con bastante firmeza—. Es una joven bonita y bien dispuesta que podría hacer muy feliz a un

caballero inteligente que sepa apreciarla. ¿Conoce usted a mi sobrino, el doctor Stamford?

Gabriel se vio negando con la cabeza antes siquiera de haber pensado realmente en la pregunta; estaba demasiado desconcertado intentando asimilar el interés de lady Barrington por casar a su nueva doncella. Que quisiera hacerlo con su propio sobrino lo superaba por mucho, pero ella ni siquiera pareció advertirlo; se la veía demasiado entusiasmada por poder poner en palabras sus ideas. Dudaba de que hubiera hablado de aquello con nadie que no fuera la señorita Carson; ni siquiera Sapphira debía de saberlo.

—Henry es un candidato estupendo, ¿sabe usted que es viudo? Está familiarizado con el matrimonio y, como es hijo de mi hermana, quien jamás tuvo un vínculo con la nobleza más allá de nuestro parentesco, no tiene esas ideas respecto a las conveniencias de hacer matrimonios concertados. A Henry le gusta decir que es un burgués muy orgulloso. —La señora sonrió sin notar el gesto serio en el rostro de Gabriel, que seguía sus palabras con una mezcla de avidez y disgusto—. Y a él le agrada mucho Sapphira. Me ha dicho que la considera una joven exquisita; lo repito tal cual lo mencionó. Y sabe usted, señor Hartford, que un hombre no usaría esa expresión si no lo pensara en verdad, ¿cierto?

Gabriel se abstuvo de responder y asintió con gesto lacónico, preguntándose cuándo terminaría la orquesta con esa melodía porque, por mucho que le agradara lady Barrington, de pronto lo embargaron unas acuciantes ganas de tomar aire. Sentía que se ahogaba dentro de ese lugar y la idea de imaginar a Sapphira en brazos de cualquier otro que no fuera él, tan solo incrementó la sensación.

—Cualquiera que sea su destino, debo decir que le deseo lo mejor. —La dama apretó su hombro con suavidad para llamar su atención como si de pronto hubiera advertido el cambio en su semblante—. ¿Se encuentra bien, señor Hartford?

Gabriel parpadeó y cabeceó con brusquedad, conteniendo un suspiro de alivio al reparar en que las notas de la melodía empezaban a morir y los otros bailarines iban deteniéndose alrededor de la pista. Él hizo otro tanto, lo mismo que lady Barrington, quien pareció lamentarlo mucho más que él.

—¡Qué agradable! —exclamó la dama uniéndose a los discretos aplausos para la orquesta—. Se lo comentaré a Sapphira. Le agradará saber que hacía mal al desconfiar de sus habilidades.

Gabriel estuvo tentado de decirle que no se molestara; que él estaría encantado de presentarse frente a ella y demostrarle cuán equivocada estaba al dudar de sus habilidades, en aquel y cualquier otro campo, pero una vez más se guardó de decir lo que pensaba. Tan solo tomó a la dama del brazo y la escoltó fuera de la pista, donde la señorita

Carson esperaba por ellos con gesto animado.

—Señor Hartford, qué espectáculo más espléndido ha sido verlos bailar; es usted muy diestro —comentó la dama con una amable sonrisa.

—Gracias, señorita Carson; es muy amable de su parte, pero contaba con una magnífica acompañante. —Gabriel señaló a lady Barrington con un gesto galante y la anciana pareció resplandecer de goce—. Ahora, si me disculpan, tengo que saludar a algunas personas…

La excusa era más bien pobre, y Gabriel supuso que ninguna de ellas tendría problemas para descubrirlo, pero no se sintió capaz de permanecer allí por más tiempo; necesitaba salir y, tal vez, si actuaba con inteligencia, podría despedirse de los marqueses con discreción para volver a casa. Su madre y Cecily podrían quedarse más tiempo si así lo deseaban.

Para su sorpresa, sin embargo, lady Barrington recibió sus palabras con gesto serio e incluso preocupado, asintiendo con fervor al tiempo que rozaba su brazo con un gesto que se le antojó casi maternal.

—Desde luego. Entendemos perfectamente, señor —asintió ella tras intercambiar una rápida y tensa sonrisa con la señorita Carson—. Vaya tranquilo. Le deseo suerte.

Gabriel frunció el ceño, un tanto confundido por su expresión y las palabras de ánimo, sin imaginar cuál era el motivo de su comportamiento. No preguntó nada, no obstante, tan solo hizo una reverencia en señal de despedida tras expresar una vez más cuánto había disfrutado de su compañía.

Cuando se alejaba, sin embargo, dejando tras él a las damas, que empezaron a cuchichear tan pronto como se marchó, y miró al frente en dirección al extremo del salón, comprendió perfectamente el motivo de su inquietud y no le sorprendió sentir que esa sensación de ahogo que llevaba un buen rato apresándolo se acentuaba al reparar en quienes se encontraban allí.

Su mirada se encontró con la de Eleanor y supo que no solo la noche aún se encontraba lejos de terminar, sino que, además, iba a resultar mucho más desagradable de lo que hubiera podido imaginar siquiera en sus peores pesadillas.

* * *

Por más que lo intentó con todas sus fuerzas, Sapphira no pudo conciliar el sueño; tanto que decidió que no tenía sentido quedarse en la cama cuando bien podía leer algo o recorrer la galería de las pinturas para distraer su mente. Además, así podría estar atenta al regreso de lady Barrington y la señorita Carson para ayudarlas a cambiarse. La condesa le dijo que no haría falta que se ocupara de

aquello porque después de trabajar durante todo el día bien podría hacerlo cualquier otra de las doncellas, pero, ya que estaba convencida de que no podría dormir, le vendría bien tener algún quehacer en el horizonte.

Nunca había visitado la galería de las pinturas durante la noche y le bastó dar una vuelta para descubrir que el espectáculo le resultaba más tétrico que atractivo; todos aquellos retratos mirándola desde la oscuridad. Bueno, no mirándola, eran solo objetos, pero los artistas que los pintaron fueron tan diestros que pareció como si lo hicieran. Definitivamente se sentía más cómoda allí de día, se dijo tras dejar atrás la estancia, dirigiéndose a la biblioteca con la idea de tomar un libro y llevarlo con ella a la cocina. Tal vez allí pudiera servirse las sobras de la tarta que preparó la cocinera para la cena; dejó su ración intacta porque no tuvo mucho tiempo para sentarse a comer con los otros sirvientes.

Un poco más animada ante esa agradable perspectiva y ya con un buen libro bajo el brazo, Sapphira procuró hacer a un lado su desánimo y se dirigió a la cocina, pero antes de que atravesara el arco que llevaba a las escalinatas más allá de la escalera, oyó un sonoro golpe en la puerta y aguzó el oído. Como cada noche, un lacayo de guardia se hallaba allí por si recibían alguna visita inesperada o, en ese caso en particular, para aguardar al regreso de lady Barrington. Sin embargo, cuando creyó que se trataba de lo segundo, un tanto desconcertada porque a su parecer era aún demasiado temprano, llegó a sus oídos una voz que le provocó un escalofrío y le atenazó el estómago. Todo al mismo tiempo.

Sin ser del todo consciente de lo que hacía, demasiado sorprendida para pensar siquiera en lo extraño del asunto, se dirigió con paso apurado al vestíbulo, pero se detuvo bruscamente al encontrarse con la figura de Gabriel en el vano de la puerta sosteniendo una tensa conversación con el lacayo. El pobre muchacho parecía confundido respecto a qué hacer con un visitante que se presentaba a una hora como aquella en ausencia de su señora; estaba demasiado bien entrenado como para pedirle que se marchara, pero tampoco podía invitarlo a entrar cuando no había nadie que lo recibiera.

Sin vacilar, Sapphira se encaminó hacia ellos y dirigió una rápida mirada a Gabriel para luego esbozar una amable sonrisa en dirección al desconcertado lacayo.

—Yo atenderé al señor Hartford, Pete —dijo ella—. ¿Puedes acompañarlo al salón dorado mientras yo preparo un té? Solo me tomará unos minutos.

Sin esperar respuesta y procurando mantener su mirada lejos de la de Gabriel, quien la observaba en silencio, pero no despegó un instante sus ojos de su rostro desde que apareció, Sapphira se apresuró

a ir a la cocina, segura de que el lacayo seguiría sus instrucciones. Desde que asumió el papel de doncella de lady Barrington, los otros sirvientes la habían recibido con mucho respeto y acostumbraban seguir sus indicaciones sin rechistar; suponía que eso se debía a la rápida y evidente confianza entablada entre ella y su señora.

Con manos temblorosas, preparó una bandeja con un juego de té que tintineó peligrosamente mientras se dirigía al salón en el que debía de encontrarse Gabriel. No recordaba cuándo fue la última vez que se sintió tan nerviosa; supuso que eso se debía a que no tenía idea de lo que él diría o de si había sido siquiera una buena idea llevarlo allí. Tal vez lady Barrington la despidiera por tomarse la atribución de recibir a un caballero en su ausencia como si se encontrara en su casa; o quizá solo tenía demasiado miedo para pensar con claridad y terminara por dejar que sus propios sentimientos le ganaran la partida. Cualquiera fuera el caso, intentó controlarse y mantener un semblante calmado una vez que llegó ante la puerta entreabierta y cruzó el umbral para dejar su carga sobre la mesilla ante la que se disponían un par de butacas de un tono tan dorado como el de las paredes, lo que había dado nombre a la estancia.

—Sin leche y poco azúcar —comentó mientras servía una taza sin mirar más allá del servicio ante ella.

—Es bueno saber que lo recuerdas.

Sapphira asintió e intentó analizar el tono de su voz, pero le pareció tan ambiguo que no fue capaz de hacerse una idea de su estado de ánimo.

—No ha pasado tanto tiempo desde la última vez que te serví uno —dijo ella tendiéndole una taza.

Solo entonces se atrevió a mirarlo. Mientras él recibía la taza con la vista gacha, aprovechó para observarlo con interés, pero, como le había ocurrido con la inflexión de su voz, no vio nada en su rostro que le dijera lo que deseaba saber. ¿Y qué era eso? En verdad, no estaba del todo segura.

—Traje un trozo de tarta. Si quieres…

—No, gracias; el té es suficiente. —Él tomó un sorbo sin mirarla—. ¿Me acompañarás?

Lo mejor hubiera sido negarse, sin duda, pero Sapphira ni siquiera se lo planteó. Sin titubear, sirvió una taza para ella y ocupó una silla a su lado, mirándolo a cada rato por encima de la taza. No lo advirtió hasta ese momento, pero se le veía extraordinariamente apuesto con el traje de etiqueta, aun cuando este se encontrara un tanto ajado. Los bajos de su traje se veían polvorientos, como si hubiera dado una larga caminata antes de llegar hasta allí. La mente de Sapphira bullía de preguntas, pero no sabía por dónde empezar o, aún más importante, si Gabriel consideraría siquiera responderlas. Además,

¿quería realmente resolver esas dudas?

—¿Cómo estuvo el baile? —inquirió ella al fin por decir algo.

Gabriel dio un último sorbo a su bebida y la dejó sobre la mesilla antes de responder:

—Ruidoso —dijo él, asintiendo cuando ella hizo amago de volver a rellenarla—. Pero mejor de lo que esperaba.

—¿De verdad?

—La mayor parte del tiempo, al menos —reconoció él, cabeceando —. Compartí una pieza con lady Barrington; ella parecía estar pasándolo mejor que nadie.

Sapphira sonrió.

—Me alegra —dijo, sincera—. Estaba muy emocionada al marcharse.

—Ella mencionó que crees que no soy un buen bailarín, por cierto. —Gabriel le dirigió una mirada sesgada—. Me pregunto cómo llegaste a una conclusión como esa.

Sapphira parpadeó y boqueó un par de veces antes de encontrar qué decir.

—Yo no dije algo como eso —replicó, un tanto indignada—. Lady Barrington comentó que estaba segura de que lo eras y yo respondí que suponía que así debía de ser.

—Pero no estabas del todo convencida.

—¿Por qué iba a estarlo? —dijo ella sin vacilar—. No te he visto bailar nunca. ¿Cómo iba a saber si era cierto o no?

Gabriel rio entre dientes y recorrió su rostro con una mirada tan cálida que Sapphira sintió como si alguien acabara de encender el fuego de la chimenea.

—Te lo demostraré un día de estos —indicó él—. ¿Te gustaría?

Ella se encogió de hombros, preguntándose en qué circunstancias podría ocurrir algo como aquello, pero no dijo nada. En lugar de ello, comprobó la hora en el reloj bajo el hogar y frunció el ceño.

—¿Por qué estás aquí, Gabriel? ¿Por qué dejaste el baile tan pronto? —preguntó ella sin poder contener su curiosidad por más tiempo.

Él no respondió de inmediato. En primer lugar, dejó la taza una vez más sobre la mesilla, pero hizo un gesto de negación cuando Sapphira se ofreció a llenarla de nuevo. Luego, carraspeó y la miró con semblante imperturbable.

—Eleanor estaba allí —dijo él al fin.

A Sapphira le pareció que acababan de echar un balde de agua fría sobre la chimenea y el calor que sintiera entonces desapareció como por encanto.

—Lady Barrington mencionó que era una posibilidad que así fuera —dijo ella en tono distante.

Gabriel no pareció sorprendido por aquella declaración; se encogió

de hombros y suspiró al tiempo que apoyaba la cabeza sobre el respaldo de la butaca.

—Yo tenía once años cuando la llevaron a vivir a nuestra casa —dijo él, sobresaltándola un poco; no esperaba oír algo como eso—. Ella acababa de perder a sus padres y me sentí atraído de inmediato por esa criatura tan desvalida.

Hasta entonces, al menos con ella, Gabriel siempre había actuado como si su prima nunca hubiera existido, por eso le pareció tan extraño que compartiera sus recuerdos y, aún más, que pareciera hacerlo con semejante sinceridad.

—Habrás notado ya que no provengo de una familia muy afectuosa. Mi madre ha sido siempre en extremo estricta y mi padre, aunque más sensible, siempre se apegó a las formas y a lo que se esperaba de él. De Cecily no hace falta que diga nada —comentó él con cierta sorna al referirse a su hermana—. Yo, en cambio… Digamos que tenía una naturaleza más efusiva entonces y, sobre todo, me agradaba la idea de cuidar de los demás. El problema era que nadie parecía necesitarme; pero entonces llegó Eleanor y creí que…

—Ella sí que parecía necesitarte —completó ella sin dificultad.

Gabriel asintió, pensativo.

—Sí, claro, lo que supongo era del todo natural y no que hubiera nada de especial en mí; ahora entiendo que ella se hubiera acercado a cualquier persona que la hubiera tratado con afecto y que no la viera como un estorbo —continuó él sin dar la impresión de que aquello le afectara—. Pero durante mucho tiempo no pude verlo; asumí que me quería de la misma forma en que empecé a hacerlo yo según pasó el tiempo. ¿Por qué habría de ser distinto? En cierta forma, se puede decir que solo nos teníamos el uno al otro. La vi crecer y estuve siempre allí para ella. Que continuáramos juntos para siempre me pareció lo más lógico; fue por eso por lo que me sorprendió tanto cuando comprendí que ella no pensaba lo mismo.

—Eleanor no te amaba.

Las palabras de Sapphira cayeron sobre ambos con cierta brusquedad y Gabriel dio un ligero respingo porque hasta entonces había hablado como si se encontrara del todo embebido en sus recuerdos y la voz de Sapphira lo devolvió de golpe al presente.

—No. Al menos no como yo deseaba que lo hiciera; pero durante algún tiempo me engañé diciéndome que tal vez, con el tiempo, ella aprendería a hacerlo. En especial cuando viera que no tenía otra alternativa. —Él se encogió de hombros e hizo una mueca de burla dirigida a sí mismo—. Entonces, claro, apareció James Haversham y no hubo nada que pudiera hacer.

Sapphira ahogó un suspiro al oír la nostalgia en su voz; no supo si nacía del dolor que aún lo embargaba al pensar en lo que no había

podido tener o se trataba también de la natural melancolía que le produjo recordar al amigo perdido.

—Supongo que ya habías podido imaginar todo esto —Gabriel retomó la charla y la observó directamente para ver su reacción—. Por los chismes en la cocina de los que habrás sacado tus propias conclusiones, quiero decir.

Sapphira tragó espeso y asintió con poco entusiasmo.

—En parte —reconoció ella—. Pero…

—Pero no tenías tan claro lo patético de mi conducta, claro —bromeó él sin malicia, pero se puso serio de golpe al pensar en algo que debía de atormentarlo porque la observó entonces con las manos caídas sobre las rodillas en un gesto de abandono y Sapphira advirtió que no le sostenía la mirada—. Me comporté terriblemente entonces, Sapphira; no puedes imaginar cuánto. Hice todo lo que estuvo en mis manos por convencer a Ellie de que no debía casarse con él; fui injusto con James. Incluso después… No pude verlo, no quise hacerlo. Ellos parecían ser felices y yo no podía soportarlo; sentía como si acabaran de despojarme de lo único que había amado realmente en mi vida y no encontraba consuelo con el cual seguir viviendo. La necesitaba de vuelta. Cometí tantos errores…

Sapphira se vio entonces haciendo algo de lo más extraño, pero no se detuvo a considerarlo porque posiblemente de haberlo hecho sin duda se hubiera arrepentido.

Empujó la mesilla entre ambos y se dejó caer ante él tal y como hizo hacía lo que le pareció una eternidad cuando Gabriel la convenció de jugar a una partida de cartas. La diferencia fue que entonces apenas había reunido el valor para mirarlo o rozarlo mientras jugaban, y ahora estaba tan cerca que no le significó ningún problema apoyar las manos sobre sus rodillas y elevar el rostro para buscar su mirada.

—¿Aún la amas? —preguntó ella en un susurro.

Gabriel bajó la mirada y apoyó ambas manos sobre las suyas, entrelazando sus dedos en un gesto que juzgó casi desesperado por su propia confusión.

—No lo sé —reconoció él—. Cuando la vi esta noche… Ella parecía tan feliz, Sapphira, tan complacida de su propia vida. Busqué el rencor que he estado albergando contra ella y James durante todo este tiempo, pero no lo encontré. Solo sentí un terrible vacío y no fui capaz siquiera de acercarme. Dejé el baile y empecé a caminar sin saber a dónde me dirigía; en realidad ni siquiera lo supe hasta que me vi frente a esta casa y entendí que tenía que verte. Eres la única que podría entenderlo. Ahora sé que una vez más he sido terriblemente egoísta.

Ella empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro en señal de negación y bajó la mirada para contemplar sus manos unidas.

—Me alegra que lo hayas hecho —musitó, convencida—. Me alegra que vinieras a mí.

Gabriel apresó sus dedos entre los suyos y acarició su piel con suavidad. Permanecieron en aquella posición durante lo que a Sapphira le parecieron horas, aunque era bastante posible que solo hubieran pasado algunos minutos antes de que él exhalara un suspiro ahogado y la observara con una mirada reticente.

—Supongo que debería irme —dijo él—. No creo que sea buena idea que lady Barrington me encuentre aquí cuando regrese. Creo que le agrado tanto como ella a mí, pero tal vez eso sea demasiado.

Sapphira asintió y se puso de pie, soltando sus manos en el proceso. Le dio la espalda y permaneció de pie con gesto concentrado y pensativo mientras Gabriel se enderezaba también y se encaminaba hacia ella.

—No hace falta que me acompañes —dijo él rozando su brazo con suavidad—. ¿Por qué no intentas dormir?

Sapphira se mordió el labio inferior y tomó aire antes de girar para mirarlo cuando se dio cuenta de que estaba a punto de abandonar el salón.

—Gabriel.

Él se detuvo al oír su nombre y la observó en espera de que hablara, pero a Sapphira le tomó todo un minuto encontrar las palabras para lo que deseaba decir:

—¿No vas a pedírmelo? —preguntó ella entonces con una leve inflexión retadora en la voz.

Gabriel se mostró confundido y frunció el entrecejo antes de devolverle una mirada incierta.

—¿A qué te refieres?

—Que me case contigo —respondió ella—. No me lo has pedido esta noche.

Gabriel arqueó una ceja y esbozó una sonrisa escéptica.

—Tienes un sentido del humor un tanto retorcido.

Sapphira parpadeó, sorprendida de que hubiera llegado a esa conclusión.

—No pretendía…

Gabriel rio y la observó con ternura, lo que le hizo ver que en realidad había estado bromeando.

—No, seguro que no. El retorcido soy yo, disculpa —dijo él, asumiendo de inmediato un falso gesto grave al observarla, aunque aún sonreía al continuar—: Muy bien; sería una forma bastante acertada de terminar la noche, supongo. Sapphira, por favor, cásate conmigo.

Sapphira le devolvió una temblorosa sonrisa y dio un paso hacia él para posar una mano sobre su brazo.

—Sí —dijo ella en lo que sonó como un suspiro—. Me casaré contigo.

Capítulo 10

La mañana de su boda, Sapphira consiguió escurrirse con mucho esfuerzo de las manos de lady Barrington y la señorita Carson y se dirigió a la galería de pinturas en el último piso de la mansión de la condesa.

Aún no se había vestido; en realidad, era precisamente eso lo que debería estar haciendo en lugar de encontrarse de pie ante el retrato de uno de los antepasados del difunto conde, en camisón y con el cabello cayendo sobre su espalda sin atinar a hacer nada que no fuera pensar.

¿Estaría haciendo lo correcto? ¿No sería más inteligente por su parte huir? Aún tenía tiempo; nadie tenía que saberlo hasta que fuera ya muy tarde. Le bastaría con reunir sus cosas y dejar la casa con discreción usando la puerta trasera. No hubiera sido la primera vez, se dijo recordando su marcha de Cloudfield.

Entonces se había encontrado muy lejos de casa y con tan solo unos cuantos peniques en el bolsillo; ahora, en cambio, la casa de la señora Peters no se hallaba demasiado lejos a pie desde allí y, lo más importante, podría reunirse con su hermano y marcharse con él. Tenía algunos ahorros, quizá pudieran empezar de cero en algún otro lugar.

O tal vez no hiciera falta nada tan radical; podía explicarle todo a lady Barrington y rogarle porque le ayudara a encontrar otra colocación en la casa de alguna de sus amistades. Nada tenía por qué cambiar demasiado. Le bastaría con cancelar la boda y continuar con su vida como si nada hubiese ocurrido. Gabriel lo entendería.

Con un suspiro, se sentó sobre la alfombra y apoyó la frente sobre sus rodillas recogidas contra el pecho.

¿Qué era lo que estaba a punto de hacer? ¡Era una locura! ¡No podía casarse con Gabriel! Él no la amaba y a ella esa certeza le destrozaba el corazón. Aun en ese momento, semanas después de haber consentido en casarse con él, no tenía idea de qué la poseyó al pedirle que le hiciera nuevamente su propuesta. Él acababa de desnudar su corazón ante ella, reconociendo que posiblemente aún amara a otra mujer, y no tuvo mejor idea que prometerle compartir su vida. ¡Había perdido el juicio, sin duda!

Y luego, cuando comprendió la inmensidad de lo que había hecho, no encontró las fuerzas para remediarlo.

Gabriel pareció tan complacido una vez que superó la sorpresa, y casi de inmediato lady Barrington y la señorita Carson se unieron a ellos, primero atónitas y luego exultantes ante la novedad, casi como si hubiera sido algo que esperaran que ocurriera. No tuvo un momento entonces para hablar con él, para saber lo que realmente pensaba de ello. ¡Ni siquiera la había besado! Y luego, cuando el tiempo detenido por el acontecimiento pareció reanudarse, lo hizo a toda velocidad, envolviéndola en una maraña de preparativos y cambios que apenas conseguía acusar antes de que el siguiente la sacudiera de golpe, obligándola a plantarle cara de la mejor forma posible. Porque, al fin y al cabo, ¿no era aquello a lo que estaba acostumbrada? ¿A enfrentar lo que la vida ponía a sus pies? Y en ese caso no se trataba tan solo de cosas que no había pedido. Desde el instante en que aceptó casarse con Gabriel, asumió que todo en su vida iba a cambiar.

Lady Barrington anunció de inmediato que como prometida del señor Hartford no podía permanecer sirviendo en su casa, pero ofreció que Sapphira permaneciera allí hasta el día de la boda para que pudiera dejar un lugar bonito tras ella antes de iniciar su nueva vida y ella aceptó porque no se le ocurrió hacer otra cosa. Incluso la señora Peters estuvo de acuerdo, cuando lo natural hubiese sido que fuera a su casa; aún más, le prometió que estaría encantada de mantener a Ed consigo hasta el momento en que fuera conveniente que se reuniera con ella.

Parecía como si todos a su alrededor estuviesen confabulados para llevarla al punto en el que se encontraba en aquel momento. Lo peor era que, en el fondo, le alegraba que así fuera. De alguna forma, era lo que la mantenía anclada a tierra y le impedía echar a correr.

Además…, dudaba de que pudiera huir de Gabriel nuevamente.

Su compromiso había dado un bandazo a la relación que sostuvieran hasta antes de que ella aceptara su propuesta, pero Sapphira no estaba segura de saber aún si había sido para bien. Después de que ella dijera que sí, él adoptó de inmediato una actitud que le pareció un tanto extraña, incluso distante. Fue como si de golpe hubiera decidido que era necesario que se comportara de acuerdo a lo que se esperaba de él en una circunstancia como esa. Si antes había buscado cualquier excusa para besarla o hacer algún comentario travieso con el fin de hacerla reír, ahora se contentaba con visitarla cada día siguiendo las estrictas convenciones sociales a las que lady Barrington se aferraba y que mantenía siempre férreas ante ellos.

Apenas disponían de algunos minutos a solas para intercambiar novedades respecto a sus avances de los preparativos para la ceremonia que, gracias a las gestiones de Gabriel, apenas tomó un par

de semanas organizar. Él obtuvo una licencia especial, cobró unos cuantos favores y, gracias al importante apoyo que significaba el tener a alguien como lady Barrington de su parte, logró sortear cualquier impedimento que pusiera su boda en peligro. Incluso, y aquello se lo contó apenas un par de días después de que aceptara su propuesta, había sostenido una importante conversación con su madre y hermana para dejar claro que esperaba cuán felices se mostraran por ellos y por el paso que estaban a punto de dar.

Gabriel no entró en detalles; ni siquiera le contó cuál fue exactamente la reacción de su familia a la noticia, pero Sapphira no tuvo problemas para hacerse una idea al respecto. Casi podía imaginar los gritos de lady Walwyn cuando recibió el anuncio de que su hermano había decidido casarse con la que fue una de sus criadas. Era posible, incluso, que la señora Hartford sufriera algún desmayo. Podía imaginárselo con facilidad. Y pese a ello, le alegraba que Gabriel se mantuviera firme en su decisión de hablarle lo menos posible al respecto. No habría soportado confirmar sus sospechas. Lo que le extrañó, aun cuando no lo mencionara ante él o nadie más, fue que se mantuviera tan firme en una decisión que cualquier persona de su entorno consideraría una absoluta locura. Tal vez fuera tan importante para él como lo era para ella, pero esa era otra cosa en la que temía profundizar porque le provocaba terror estar equivocada y llegar a la conclusión de que él se mostraba tan decidido en gran parte por el deseo de contrariarlas.

Y allí estaba. Nerviosa. Asustada. Y tan ansiosa porque todo terminara que hubiera deseado cerrar los ojos un segundo y que al abrirlos se encontrara al lado de Gabriel al fin para enfrentar juntos lo que fuera que el destino tuviera trazado para ellos.

La ceremonia se realizó en una iglesia cercana a la casa de lady Barrington, donde se ofrecería un refrigerio para los escasos invitados, apenas un convencionalismo más que la condesa no estaba dispuesta a dejar de lado y que a Sapphira no le quedó más alternativa que aceptar. En realidad, se dijo mientras permanecía al lado de Gabriel para saludar a las personas que los acompañaron aquella mañana, casi podía decir que agradecía tener algo que hacer que mantuviera sus nervios a raya.

Pese a las palabras de Gabriel respecto a que no debía preocuparse por su familia, fue toda una sorpresa ver a la señora Hartford presente en la ceremonia junto a una, a todas luces, reticente lady Walwyn. Ambas desaparecieron apenas culminó esta y no se asomaron por la casa de lady Barrington, pero aun así le pareció casi increíble que aceptaran ir a la iglesia. Creyó que estarían ocupadas encerradas en su

propia casa deseándole todos los males del infierno. Aunque, como se dijo en un rapto de ironía cuando su mirada se encontró con la de la hermana del que ahora era su marido, era posible que fuera precisamente eso lo que tenían en mente hacer una vez que cumplieran con las indicaciones de Gabriel.

Aunque el semblante de la señora Hartford se le antojó tan imperturbable como el de su hijo cuando no deseaba expresar sus emociones, vio tanto rencor y malicia en el de lady Walwyn que sostuvo el brazo de Gabriel con más fuerza de la necesaria al salir de la iglesia. Él, sin embargo, no pareció advertir el porqué de su actitud, pero posó una mano sobre su espalda y la acarició con suavidad, un gesto rápido y discreto que debió de pasar inadvertido para los otros, pero que a ella le infundió una calma inmediata.

Luego, todo sucedió tan rápido que apenas se dio cuenta de lo que ocurría.

Se dio un momento para compartir con la señora Peters, que había llevado a Ed con ella para que estuviera presente en la ceremonia y que pareció un tanto sobrepasada por el lujo y las personas que los rodeaban; pero bastó con que la señorita Carson, tan perceptiva y amable como siempre, se acercara a ella y le mostrara su hospitalidad, para que se sintiera más cómoda. Mientras ellas charlaban, Sapphira pudo dar un paseo con su hermano. Él ya estaba enterado de los cambios que aquella ceremonia implicaba para ambos y los había acusado con bastante madurez. No era de extrañar, se dijo Sapphira poco después cuando lo dejó un momento al lado de Gabriel, con quien entabló una buena relación de inmediato; él lo había pasado tan mal como ella y era casi lógico que cualquier cambio positivo fuera muy bien recibido.

Al verlo de lejos, en apariencia tan pequeño y esmirriado al lado de ese hombre alto y fornido que acababa de convertirse en su cuñado, se prometió que haría todo lo que estuviera en sus manos para que en el futuro él no conociera nada que no fueran alegrías. Lo merecía.

Al caer la tarde, los invitados empezaron a marcharse, incluidos Ed y la señora Peters, ya que esta había sugerido que sería buena idea que permaneciera a su lado durante unos cuantos días más mientras Sapphira terminaba de acostumbrarse a su nueva posición. Ella aún tuvo que ponerse un traje más sencillo y reunirse luego con Gabriel en el vestíbulo para despedirse de lady Barrington y la señorita Carson antes de abandonar la casa y dirigirse al que sería su nuevo hogar. Al mirar a ese par de damas tan curiosas y que habían ejercido un papel fundamental en su vida, Sapphira no pudo menos que abrazarlas con todas sus fuerzas y agradecerles con todo su corazón por lo mucho que habían hecho por ella en el breve tiempo que se conocieran. Le alegró comprobar, al ver sus amables rostros y la forma en que la

contemplaron al verlos marchar, que ellas sentían también un gran afecto por ella y se hizo la promesa de visitarlas con frecuencia, tal y como le habían pedido que hiciera.

Ella nunca había estado antes en casa de los Hartford en Londres. Mientras vivió en Cloudfield, oyó hablar con frecuencia de la gran casa en la ciudad, y sabía que era allí donde Gabriel y su familia se hospedaron una vez que llegaron de Surrey, pero jamás pensó que la pisaría, y mucho menos que iba a hacerlo como su nueva señora.

Según Gabriel, fue la señora Hartford quien insistió en trasladarse a casa de Cecily poco antes de la boda. Dudaba de que lo hubiera hecho de muy buen grado, pero como Gabriel señaló con cierta burla, era lo mínimo que podía hacer considerando que ellos se encontraban recién casados y querrían disfrutar de su mutua compañía sin ninguna interferencia.

Cuando Sapphira oyó aquello, un comentario hecho en apariencia sin ninguna malicia, incluso en presencia de lady Barrington, no pudo evitar que se le erizaran los vellos del brazo y su piel empezara a arder. Una sensación que se acentuó cuando, sobre la cabeza de la condesa, que parloteaba sin parar en aquella ocasión, su mirada se encontró con la de Gabriel y vio algo en ella que le obligó a girar el rostro porque dudaba de que fuera capaz de conservar la compostura.

Tal vez él hubiera hecho un gran esfuerzo por asumir el papel de prometido respetuoso y distante que los demás esperaban, pero ambos sabían que en realidad se encontraba muy lejos de serlo; cuando menos lo último, así como eran conscientes también del deseo latente entre ambos y de lo cerca que se encontraban al fin de consumar aquello que llevaban tanto tiempo anhelando. Era en ocasiones como esa en que le bastaba con atisbar un brillo en su mirada para que todo su cuerpo recordara esa verdad. Había tanta pasión acumulada en sus ojos, tantas promesas…

El aire empezó a faltarle tan solo con recordarlo y agradeció que hubieran llegado ya a la mansión antes de que su mente le jugara una mala pasada. Aun así, le costó poner un pie fuera del carruaje, por lo que agradeció la ayuda de Gabriel, que tomó su mano y la sostuvo en la suya incluso una vez que se encontraron en el interior.

No tuvo mucho tiempo para apreciar el lujo reinante en el lugar; estaba demasiado nerviosa para hacerlo, además de que entonces se topó con una hilera de criados dispuestos bajo la escalera para darles la bienvenida, un gesto que le pareció tan conmovedor como ciertamente incómodo. ¿Qué sabrían de ella? ¿Estarían enterados de que hacía no mucho fue uno de ellos? Un rato después, no obstante, debió reconocer que nada en la expresión de ninguno de ellos le llevó a esa conclusión; o estaban estupendamente adiestrados a ese respecto o no lo sabían. Al ver el rostro de Gabriel a su lado y la mirada que

intercambió con el mayordomo una vez que presentó al último de ellos, comprendió que se trataba de lo primero y estuvo a punto de escapársele una sonrisa al imaginar lo que su ahora esposo le habría dicho al pobre hombre para asegurarse de que ella no se viera involucrada en un aprieto que pudiera resultarle desagradable.

Los sirvientes se despidieron deseándoles lo mejor y, solo entonces, cayó en la cuenta de que el ama de llaves la escoltaba a la que sería su habitación.

Actuaba como una tonta, se dijo al seguir a la mujer. Un momento estaba tomada de la mano de Gabriel y al siguiente ni siquiera podía recordar cuándo la soltó y empezó a subir la escalinata para dejarlo tras ella hablando con el mayordomo. Parecía encontrarse tan conmocionada que sus pies se movían más rápido que su mente, lo que era de lo más extraño. Su cerebro funcionaba a media capacidad y solo pudo responder a los amables comentarios del ama de llaves con unos cuantos balbuceos entrecortados. Por suerte, la señora pareció comprender el estado en el que se encontraba y, cuando la dejó, después de anunciar que enviaría una doncella con lo necesario para el baño, la obsequió con una sonrisa afectuosa que estuvo a punto de hacer que se echara a llorar.

—Tranquila. No tienes por qué sentirte de esta forma; estás exagerando. ¿A qué le tienes tanto miedo? ¿Qué crees que va a ocurrir? Lo que sea, lo ansías tanto como él, no tiene sentido negarlo. Pero, claro, no es eso lo que temes, ¿no? Lo que te aterra es que él pueda ver lo mucho que lo amas porque sabes que no te corresponde y no quieres hacer el ridículo…

Se cubrió la cara con las manos al comprender que estaba susurrando todos sus más íntimos temores a la nada mientras daba vueltas por la habitación como una desquiciada…

Un leve toque a la puerta avisó de la llegada de la doncella que le habían asignado y sacudió la cabeza de un lado a otro para recuperar el escaso control que le quedaba. Ella era mucho más fuerte que eso, se recordó enderezando los hombros tras dar aviso a la doncella de que podía entrar.

El baño le ayudó a despejar su mente y, mientras la joven le ayudaba a ponerse el camisón y cepillar su cabello, algo del todo innecesario porque era totalmente capaz de hacerlo por sí misma, pero no quiso decepcionarla diciéndoselo, comprendió que no había nada que pudiera hacer que no fuera disfrutar de lo que tenía ante las manos. Tal vez en algún momento se esfumara, claro, quizá Gabriel llegara a la conclusión de que había cometido un gran error al casarse con ella; pero sabía algo con absoluta certeza: ella lo amaba con todo su corazón y no estaba dispuesta a renunciar a él una vez más.

Más tranquila después de haber llegado a esa conclusión, despidió a

la joven tras agradecer sus atenciones y permaneció sentada frente al tocador con el cepillo entre las manos. Había un gran espejo ante ella, una hermosa pieza tan antigua y valiosa como todo lo que la rodeaba y se permitió contemplarse un momento buscando en su reflejo cualquier indicio de los grandes cambios que acababan de darse en su vida.

Su rostro era el mismo, comprobó de inmediato; pero al hacer un examen más atento, advirtió también que sus ojos brillaban como no lo habían hecho nunca y que su piel resplandecía; no estaba segura de si debido al baño o al rubor que la inundaba. Posiblemente se tratara de ambas cosas. Su cabello se veía bonito, notó complacida; caía suelto sobre sus hombros y rozaba la delicada tela del camisón que tenía un gran lazo al frente del pecho y caía en capas y capas de seda a sus pies.

¿Le gustaría a Gabriel?, se preguntó. Él ya había dejado claro que la deseaba, así que debía de ver algo en ella que le gustara, claro, pero sus circunstancias eran distintas. Estaban casados ahora. Tal vez el hecho de tenerla ya de alguna forma disolviera parte de las ansias que había mostrado antes. Ella no tenía idea de eso. Nadie le había hablado al respecto y solo de recordar los torpes consejos que había intentado darle lady Barrington le daban ganas de romper a reír como una tonta.

«Sabrás qué hacer cuando llegue el momento», había concluido la señora.

Valiente consejo, se dijo Sapphira exhalando un suspiro que murió de golpe al oír un suave golpeteo en la puerta seguida del sonido que hizo esta al ser abierta. Desde luego que Gabriel no iba a esperar a que le diera permiso de entrar, se dijo arqueando una ceja en un ademán cargado de ironía sin ponerse de pie. Dudaba de que sus rodillas fueran capaces de sostenerla en ese momento y no deseaba ponerlas a prueba aún. No cuando no estaba del todo segura de qué esperar.

Gabriel estaba tal y como lo dejara hacía un rato en la planta baja; tan solo se había deshecho de la chaqueta y el chaleco; tenía las mangas de la camisa blanca arremangadas y el cabello caído sobre su frente como si lo hubiera echado hacia atrás muchas veces en los últimos minutos. No era posible que él se encontrara tan nervioso como ella. ¿O sí?

—Hola.

Sapphira esbozó una tímida sonrisa al oír su saludo y sonrió sin girar a mirarlo; pero él pudo ver el gesto en el reflejo del espejo y caminó hasta situarse tras ella, con lo que fue entonces la imagen de ambos la que ocupó su lugar.

—¿Estás a gusto? ¿Tienes todo lo que necesitas? —continuó él, buscando su mirada sin mucho éxito—. Puedes pedir cualquier cosa.

—Lo sé —Sapphira asintió y empezó a juguetear con el cepillo entre las manos—. No hay nada más que pueda necesitar ahora; han sido todos muy amables.

Fue el turno de Gabriel para asentir, pero no dijo nada de inmediato; en lugar de eso, se inclinó hacia ella, con lo que Sapphira sintió el roce de su pecho contra sus hombros y tomó el cepillo de sus manos, acariciando sus nudillos en un gesto cargado de intención; una caricia suave y breve que le afectó tanto que estuvo a punto de pegar un bote en el asiento.

—¿Tienes miedo? —preguntó él entonces.

Sapphira sacudió la cabeza de un lado a otro y se aclaró la garganta antes de responder; dudaba de que su voz surgiera con demasiada naturalidad, pero al menos deseaba intentarlo.

—No, claro que no —dijo ella sin vacilar.

Gabriel sonrió y empezó a pasar el cepillo a todo lo largo de su cabello.

—Eres una buena mentirosa —replicó él sin detenerse—. Demasiado buena para tu bien, me atrevo a decir; pero agradecería que no usaras esa habilidad conmigo. Puedes decirme la verdad, Sapphira; no importa de lo que se trate.

«¿Aun si dijera que te amo?». Sapphira se mordió el labio inferior y, al fin, buscó su rostro al otro lado del espejo. No le extrañó comprobar que él la miraba sin detener las suaves pasadas del cepillo, un movimiento constante que le procuró una extraña calma.

—No puedes esperar realmente que te lo diga todo, ¿cierto? Estoy segura de que tú no lo haces —replicó ella entonces alzando levemente el mentón en un gesto de desafío.

La sonrisa de Gabriel se ensanchó y detuvo su labor para observarla también.

—Supongo que no —reconoció él—. Pero aun así…

—Entonces, ¿por qué me pides algo que no estás dispuesto a darme?

—Quiero darte todo.

—Excepto tu corazón.

Las palabras de Sapphira escaparon de sus labios antes de que pudiera detenerlas, pero no se arrepintió de haberlo hecho, incluso al ver la sorpresa en el rostro de Gabriel. No le había confesado sus sentimientos, después de todo; solo hizo una declaración bastante razonable y sincera. Él ya había dejado claro que no la amaba; no estaba poniéndose en evidencia. O eso esperaba.

—¿Quieres mi corazón? —preguntó él entonces en tono grave.

No solo había detenido del todo el suave cepillado, sino que también acababa de dejar el cepillo sobre el tocador, una vez más, rozando su cuerpo; pero ahora ella se encontraba demasiado concentrada en buscar una respuesta a su pregunta como para

permitir que ese hecho la afectara. Al menos no tanto.

—Quiero una vida contigo —respondió Sapphira sin ser del todo consciente de lo que decía—. Quiero lo que me prometiste.

—Jamás mencioné a mi corazón.

—Entonces no lo quiero —replicó ella en tono afilado y con ojos que relampaguearon al encontrarse con los suyos en el espejo—. Ahí tienes tu respuesta.

Gabriel suspiró y posó las manos sobre sus hombros apenas cubiertos por la delicada tela del camisón. Su piel irradiaba calor, una sensación que le provocó cerrar los ojos y apoyar el rostro contra él; pero se obligó a mantener el temple y no desviar la mirada, un gesto que Gabriel pareció encontrar tan exasperante como enternecedor.

—¿Y qué ocurre si yo quiero el tuyo? —inquirió él, sorprendiéndola.

—¿Y por qué sería eso?

—No estoy seguro —reconoció él con una nueva sonrisa—. Tal vez se deba a que no puedo imaginar no tenerlo todo de ti. Un pensamiento muy egoísta, ¿no?

Sapphira suspiró y estuvo a punto de decir que sí, que sin duda lo era, pero no quiso ponerlo en palabras porque no creía que fuera a haber ninguna diferencia. Podrían dar mil y una vueltas y siempre regresarían al mismo lugar. Él no la amaba y ella estaba peligrosamente cerca de reconocer que eso le rompía el corazón porque llevaba demasiado tiempo queriéndolo a pesar de saber que nunca le correspondería. Pero él era sincero; jamás prometió nada que no estuviera dispuesto a cumplir, y en ese momento Sapphira se dijo que bien podría darse por satisfecha con eso. Estaba a su lado; sabía que la deseaba y que deseaba construir una nueva vida con ella. ¿Por qué no podía tan solo atesorar ese momento y aferrarse a esa certeza con todas sus fuerzas? Lo que ocurriera luego…

Gabriel debió de compartir parte de sus pensamientos porque sacudió la cabeza de un lado a otro como si así pretendiera despejar las ideas de su mente e inclinó el rostro hacia ella para apoyar el mentón sobre la coronilla de su cabeza.

—¿Cómo es que siempre terminamos hablando de esta clase de cosas?

Dudaba de que esperara una respuesta; en realidad, fue como si tan solo pretendiera poner en palabras algo que le inquietara, pero Sapphira respondió de cualquier forma:

—No lo sé —dijo ella con sinceridad.

—Porque no quiero hablar de esto ahora.

Ella asintió.

—Tampoco yo. —Sapphira elevó una mano para posarla sobre la suya—. No esta noche.

Gabriel cerró los ojos un segundo y suspiró contra su cabello; su

aliento bañó su frente y ella entreabrió los labios como si pretendiera así llevarlo a su interior. Entonces Gabriel abrió los ojos de golpe y sus miradas se encontraron en el espejo; había una nueva determinación en él, un brillo que estuvo a punto de deslumbrarla y ante el que tan solo atinó a quedarse inmóvil, expectante.

—Bien —dijo él en tono grave—. Se me ocurren cosas mucho más importantes acerca de las que conversar ahora. Como de lo bella que estás hoy. No puedes imaginar lo difícil que ha sido hablar con toda esa gente y fingir que me importaba lo que decían cuando lo único que deseaba era estar a solas contigo como estamos ahora.

Sapphira sintió que un escalofrío recorría su columna y exhaló el aliento. Ni siquiera sabía que lo hubiera estado conteniendo, advirtió sorprendida cuando Gabriel acompañó a sus palabras con el movimiento de sus manos, que habían empezado a tirar del lazo que sujetaba el camisón sobre su pecho.

—Me gustó tu vestido; era muy bello y estoy seguro de que todas las mujeres envidiaron lo hermosa y radiante que se te veía —continuó él sin detenerse, llevando los dedos al borde de la tela para recorrer la piel que iba dejando al descubierto—. Pero prefiero por mucho esto. Es más prometedor.

Sapphira tragó espeso e intentó sonreír, pero no hubo forma de que lo consiguiera; no podía moverse. Sus manos estaban apoyadas sobre la superficie del tocador y apenas atinó a suspirar y agitar suavemente el cuello en un acto reflejo ante las caricias de Gabriel. Él, que pareció encantado con su reacción porque esbozaba una sonrisa cargada de promesas y que dejaba claro el deseo que lo embargaba, tiró con firmeza para bajar la tela hasta que ella sintió el roce de la seda cayendo bajo sus pechos. Entonces quedó expuesta a su mirada y su vista se vio irremediablemente atraída al reflejo de ambos ante el espejo, una imagen que estuvo a punto de detener su corazón.

Gabriel se inclinó y enterró el rostro en su cuello al tiempo que llevaba las manos hasta sus pechos, acunándolos entre los dedos. Lamió la línea de su clavícula y empezó a juguetear con sus pezones, arrancándole un gemido. Pero no cerró los ojos. No podía hacerlo por mucho que lo deseara. No podía ceder a la leve vergüenza que le provocara verse de aquella forma; rendida a sus caricias y a lo que le hacía sentir. Quería verlo. Necesitaba buscar en su rostro un indicio de que él la deseaba tanto como lo hacía ella. Y le bastó con encontrarse con su mirada cuando él entreabrió los ojos; ver el sudor sobre su frente y el casi imperceptible temblor de sus manos sobre su pecho, para saber que así era. Eso le dio el coraje suficiente para abandonar esa suerte de inmovilidad que la poseyera hasta entonces y elevó una mano para asentarla sobre la suya invitándolo a continuar.

Cualquier rastro de contención que Gabriel hubiera podido albergar

aún pareció disolverse como la nieve ante el sol tan solo con ese simple gesto. Con un rugido que la hizo jadear, la tomó del brazo y la obligó a ponerse de pie con suavidad, tirando de ella para que se situara frente a él. Ya había tenido bastante de mirarla a través de un espejo; quería mirarla a los ojos sin nada que se interpusiera entre ellos.

El camisón de Sapphira, que se había mantenido sujeto por sus caderas, cayó a sus pies con el movimiento, pero ella no sintió vergüenza de encontrarse del todo desnuda ante sus ojos. No era la primera vez, recordó, aunque ese apasionado intercambio en su habitación de Cloudfield se le antojaba tan lejano como si hubiese pasado una eternidad desde entonces. Además, ella no se había atrevido a tocarlo aquella vez, y Gabriel pareció haber estado tan decidido a mantener el control que ahora le parecía casi un juego de niños ante lo que sabía que estaba a punto de ocurrir entre ambos.

—Eres tan hermosa —dijo, acariciando la curva de su cintura con reverencia—. Mucho más de lo que imaginé.

Sapphira estuvo a punto de decirle que eso no era verdad, que no tenía que decirlo; antes de él, nadie se había referido a ella con un adjetivo como ese. Pero pudo ver en su mirada que no era una frase hecha para cautivar, sino que en verdad lo pensaba. Y eso la hizo sentir tan poderosa que no dudó en tocarlo también apoyando una mano sobre su pecho cubierto por el fino lino de su camisa, pero exhaló un suave quejido de enojo porque lo que en verdad deseaba era sentir su piel bajo sus dedos y Gabriel debió de adivinarlo porque sonrió y se deshizo de la prenda para quedar con el torso desnudo ante ella.

Si él pensaba que era bella, pensó Sapphira entonces, sin duda ella podía decir lo mismo en cuanto a él. No tenía mucha experiencia respecto a hombres sin camisa, pero dudaba de que alguno pudiera verse tan hermoso como le pareció Gabriel. La curva de su pecho firme y bronceado bajo sus dedos, la línea de los antebrazos, fuertes y palpitantes ante su toque… Sapphira recorrió el suave vello que lo cubría y sonrió al oírlo gemir. Entonces Gabriel apretó su mano y se la llevó a los labios para besar la palma con ardor, con lo que todo lo que Sapphira conservaba aún de sentido común simplemente pareció desaparecer.

Él la apretó contra su cuerpo tomándola por las caderas y buscó sus labios con desesperación; lo único que ella pudo hacer entonces fue apoyarse contra él, arqueando la curva de su espalda para buscar no sabía qué, mareada como si acabara de dar mil vueltas con los ojos cerrados. Gabriel parecía decidido a devorarla y, antes de que supiera siquiera cómo había ocurrido, se vio tumbada de espaldas sobre la cama, sin aire por el impacto y asustada por no sentirlo con ella, pero

entonces abrió los ojos y lo vio de pie, observándola desde su altura como si quisiera grabar en su retina la imagen de su cuerpo desnudo y entregado mientras tiraba de lo que quedaba de sus ropas para reunirse con ella.

—No quiero hacerte daño.

Gabriel habló sobre su oído al tiempo que recorría su cuerpo con la palma de las manos dejando un reguero de fuego en cada rincón, cada pliegue que parecía decidido a marcar de alguna forma. Y Sapphira no pensaba quedarse atrás. Tras dudar un instante, apoyó los dedos trémulos sobre su espalda y recorrió la línea de su cuello, fascinada por el gemido que brotó de sus labios ante su toque.

—No quiero lastimarte —repitió él ante su silencio.

—Como si fuera a permitírtelo —replicó ella sin pensar.

Gabriel rio y apoyó los codos sobre ambos lados de su rostro; estaba asentado sobre sus rodillas y la miraba con ojos chispeantes.

—Creo que eso es algo que escapa a nuestras manos; al menos esta vez —indicó él bajando la cabeza para atrapar uno de sus pezones entre los dientes, con lo que ella se arqueó sobre el colchón con un leve grito—. Pero será solo un momento. Lo prometo.

Sapphira asintió sin tener idea de qué decía con exactitud y sin que le importara del todo. Estaba más allá de todo pensamiento racional, solo podía sentir. En ese momento no lo consideró, pero era evidente que Gabriel sabía muy bien lo que hacía. Sus manos, sus labios… parecían estar en todas partes y no le daban tregua. Incluso en el momento en que puso una rodilla entre sus piernas y la obligó a separarlas, acompañó el movimiento con el suave toque de sus dedos, una caricia tan hábil que estuvo a punto de echarse a llorar de placer, demasiado atontada para notar el momento en que reemplazaba sus manos con algo más. Solo entonces, al sentir la invasión en su interior acompañada de un dolor punzante, abrió los ojos del todo y se sujetó a sus hombros; pero él buscó su mirada y vio entonces que parecía estar tan conmocionado como ella.

—Por favor. No te muevas —pidió él, hablando con los dientes apretados—. ¿Estás bien?

Ella no supo qué responder. ¿Lo estaba? Salvo por lo extraño de la sensación, no hubiera podido decir que fuera algo desagradable. Diría que todo lo contrario, en realidad, pero entonces Gabriel empujó una vez más, y otra, y ya no estuvo tan segura. Dolía, eso no tenía sentido negarlo, pero no era en absoluto un dolor insoportable, y fue pronto reemplazado por un hormigueo curioso que se acentuó cuando él emitió un gemido y la penetró del todo haciéndola sentir como si no hubiera un centímetro de su interior que no se hubiera visto invadido. Entonces respiró una y otra vez para soltar el aire contenido por el nerviosismo y clavó las uñas en sus hombros, con lo que se ganó una

mirada extasiada de parte de Gabriel, que tenía los labios entreabiertos y respiraba con dificultad. Sus brazos se sentían tan tirantes que creyó que podrían romperse y empezó a acariciarlos con movimientos torpes para aliviar la rigidez, lo que solo pareció tensarlo más.

—¿Estás bien? —preguntó él una vez más con una voz que no pareció suya.

—¿No debería estarlo?

Gabriel rio como si le costara un gran esfuerzo, pero no pudiera contenerse, y apresó sus labios con pasión.

—Sapphira, no eres de este mundo —murmuró él entre un beso y otro—. Pero me alegra tanto que estés conmigo.

Ella no supo qué responder a una declaración como aquella, pero, de cualquier forma, incluso de haberlo sabido, no habría tenido las fuerzas para hacerlo porque entonces Gabriel empezó a moverse en su interior, acometiéndola con lentas y profundas embestidas consiguiendo que perdiera del todo el control. La sensación de hormigueo renació con intensidad y arqueó las caderas para sentirlo más hondo aun cuando sabía que era imposible; él no dejó de acariciarla mientras la penetraba una y otra vez. Sus manos apresaban sus pechos y tenía la cabeza enterrada en su cuello, donde posaba un beso tras otro, cada uno de ellos acompañado de lamidos y leves mordiscos que le arrancaron gemidos de placer. Entonces, comprendió como si le estuviera sucediendo a otra persona, todos esos gritos que resonaban en la habitación debían de provenir de ella. Era una verdadera suerte que la familia de Gabriel no se encontrara allí o se moriría de vergüenza ante la idea de tener que verlos al día siguiente, pensó tontamente en medio de la nebulosa en la que se había convertido su mente.

Vaya momento para considerar algo como eso; pero no fue una idea que le durara mucho porque entonces sintió como si algo empezara a quebrarse en su interior. Su cuerpo se arqueó como si obrara con vida propia y tuvo que sujetarse con todas sus fuerzas a la espalda de Gabriel, sobrecogida y aliviada de una forma que jamás habría sabido explicar. Era como estar flotando en medio de la nada y no advirtió que había empezado a llorar hasta que sintió los dedos del que ahora era su esposo despejando las lágrimas con delicadeza. Él aún se movía sobre ella, pero las embestidas eran cada vez más rápidas y profundas; le tomó solo un minuto más llegar a donde fuera que la hubiera llevado y entonces se estremeció con un potente rugido y cayó sobre su pecho, agitado más allá de lo imaginable.

También ella sentía que tardaría una eternidad en recuperar el aliento, comprendió Sapphira respirando con grandes bocanadas, pero habría muerto con gusto con tal de conocer siquiera una vez algo

como aquello.

Cuando Gabriel pareció recuperarse lo suficiente, la observó con los ojos muy abiertos, y hubiera jurado que estuvo a punto de decir algo, pero entonces calló y rodeó su cintura para rodar con ella de lado, con lo que Sapphira quedó acurrucada contra su pecho, una posición muy agradable. Somnolienta y satisfecha, acercó los muslos para enredarse entre sus piernas y apoyó el rostro sobre su corazón, que aún latía con rapidez. Los párpados le pesaban una barbaridad y, aun cuando lo hubiera querido, no habría dado con nada qué decir, pero la verdad era que no, que no deseaba ni sentía que debiera decir nada. Así que fue una suerte sentir que el sueño la invadía y lo último que advirtió antes de quedarse dormida fue sentir los labios de Gabriel posados sobre su cabello.

No había podido quedarse con ella.

Gabriel despertó muy temprano a la mañana siguiente de su noche de bodas y, aun cuando permaneció un rato bastante largo abocado a contemplar a Sapphira dormir y a recordar su encuentro de hacía unas horas, no fue capaz de permanecer a su lado hasta que despertara. Eso habría sido lo más considerado, razonó mientras dejaba la habitación; esperar a que abriera los ojos y tratarla como merecía. Tal vez no hacerle el amor de nuevo; aun cuando Dios sabía que le hubiera encantado hacerlo y que le temblaban las manos ante la posibilidad de tocarla de nuevo, comprendía que era posible que fuera aún muy pronto para ella. Pero hubieran podido hablar, responder a cualquier pregunta que ella hubiera podido tener ahora que las cosas habían cambiado entre ellos…

Pero no. Lo único a lo que atinó al despertar, además de mirarla como un tonto, fue poner tanta distancia entre ambos como pudo y se vistió para dar un corto paseo a caballo que le ayudó a aclarar su mente y a analizar el porqué de su reacción. En un inicio le resultó más sencillo decirse que tan solo se debía a que estaba acostumbrado a su intimidad y que suponía que a Sapphira le debía de ocurrir algo similar. Nunca había estado casado antes; no estaba seguro de lo que debía hacer; su única referencia al respecto eran sus padres, pero no los imaginaba como la vara con la cual medir sus acciones. Habían sido afectuosos entre ellos, claro, pero jamás le pareció que hubieran conocido la pasión que él sentía por Sapphira.

Después, sin embargo, consideró que tal vez se tratara de algo más. La noche pasada, lo ocurrido entre ambos… Jamás imaginó que fuera a ser así y ahora se sentía un tanto sobrepasado. Sapphira se entregó a él con tanta generosidad, le hizo sentir tantas cosas, que todas esas sensaciones aún le pesaban como un trozo de plomo atado a su pecho

y no estaba seguro de qué hacer con ellas. Llevaba mucho tiempo deseándola, pero nada lo preparó para lo que sintió cuando finalmente la tuvo entre sus brazos y pudo poseerla por completo. Le pareció, incluso, que las cosas se le habían ido de las manos y había sido ella quien terminó por marcarlo de alguna forma.

Era demasiado extraño como para encontrar una explicación que, además, le asustaba mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Y, sin embargo, el paseo resultó útil, después de todo, porque se sintió bastante más sosegado al regresar. Era ya casi mediodía y, después de dejar organizadas algunas cosas en el establo, se dijo que tal vez tuviera suerte y Sapphira aún se encontrara acostada.

Acababa de subir la escalinata rumbo a su habitación, sin embargo, cuando se topó con ella, que venía en dirección contraria, y no le quedó otra alternativa que detenerse de golpe y esperar a que llegara a su lado.

Notó dos cosas de inmediato mientras intentaba analizar su rostro pese a que ella hizo un esfuerzo por rehuir sus ojos en cuanto advirtió su presencia. La primera fue que estaba preciosa. Tenía el rostro arrebolado por lo que supuso las largas horas de sueño y, quería pensar, la noche apasionada que habían compartido y que dotó a sus mejillas de un color que le recordó a una fruta madura que le habría encantado saborear de nuevo. Lo otro fue lo que lo detuvo de intentar eso último porque ella también estaba un tanto avergonzada. Y era eso, precisamente, lo que él deseaba evitar con todas sus fuerzas. Por eso, no dudó en acercarse a ella incluso antes de que llegara ante él y extendió una mano para tomar la suya, llevándosela a los labios para depositar un beso apasionado en sus dedos, que temblaron suavemente entre los suyos.

—Espero que durmieras bien —dijo él sin soltarla—. Lamento haber tenido que dejarte; había algo que necesitaba hacer.

Sapphira asintió y levantó el rostro, con lo que él se encontró mirando directamente a sus ojos vacilantes.

—Está bien; no esperaba encontrarte. A decir verdad, estoy sorprendida de haber dormido tanto; no acostumbro levantarme tan tarde…

Gabriel sonrió.

—Es natural; tuviste un día muy agitado ayer —dijo él sintiendo un agradable calor en el pecho debido al placer que le ocasionó ver que el rubor en sus mejillas se intensificaba—. Pero puedes levantarte a la hora que quieras siempre; nadie espera lo contrario.

Sapphira sacudió la cabeza de un lado a otro en un gesto indeciso.

—Lo sé. Pero creo que no me sentiría cómoda con algo así; me gusta hacer cosas —replicó ella.

—¿Qué clase de cosas?

—No lo sé. ¿Limpiar?

Gabriel no pudo reprimir una carcajada y aumentó la presión sobre su mano; le habría encantado borrar cualquier sombra de duda e incertidumbre de su rostro, pero supo que todo aquello era un gran cambio para ella y por eso se puso serio de golpe.

—Eso no es algo por lo que debas preocuparte ahora —recordó él en tono grave—. Pero entiendo que estás acostumbrada a mantenerte ocupada. Si lo deseas, te ayudaré a pensar en algo que te ayude a no ver pasar los días sin que sientas que deberías estar haciendo algo más.

El rostro de Sapphira resplandeció por la alegría que le produjo aquello.

—¿De verdad? —preguntó, encantada.

—Claro que sí; y considera que pronto tendrás a tu hermano contigo. No estoy familiarizado con la crianza de niños, pero dudo de que él permita que tengas demasiado tiempo libre.

—¡Cierto! Pero Ed es un muchacho muy tranquilo; te sorprenderá lo dócil y discreto que es.

Gabriel se abstuvo de decir que posiblemente aquello se debiera a que, lo mismo que ella, el pobre niño se había criado con tantas privaciones y en un ambiente tan incierto que eso no le permitió desarrollar su verdadera naturaleza del todo. Pero ahora, con lo que habían cambiado sus circunstancias y siendo aún un niño, él no dudaba de que tal vez empezara a comportarse como cabía esperar en alguien de su edad. Se prometió, incluso, que haría todo lo que estuviera en su mano para que así fuera. Por el muchacho, que no tenía ninguna responsabilidad en la forma en que se habían dado las cosas y también por Sapphira.

—No lo dudo —dijo él entonces, sin profundizar demasiado en el tema en ese momento; por el contario, se le ocurrió algo que estaba seguro le haría igual de feliz—. Ahora, sin embargo, me gustaría mostrarte una cosa que tal vez te ayude también a mantenerte ocupada.

Sapphira frunció el ceño y se inclinó un poco hacia él sin esconder su curiosidad.

—¿Qué clase de cosa? —preguntó ella.

—Un obsequio —respondió Gabriel—. No te he dado aún nada por nuestro matrimonio.

Sapphira rio e hizo un gesto de escepticismo para señalar con la mano libre todo lo que los rodeaba, así como el vestido que usaba en ese momento, un bonito modelo de mañana en un tono de azul que acentuaba su grácil figura y su piel pálida.

—¿*Nada*? —repitió ella entre risas—. Gabriel, ¿te parece que todo

esto es *nada*?

—Mereces mucho más; bajaría la luna para ti si me lo pidieras —replicó él de inmediato, y fue evidente que hablaba en serio—. Pero empezaremos con algo que creo que te gustará. ¿Vienes conmigo?

Él no la había soltado y ya estaba tirando de ella incluso antes de que Sapphira asintiera. Bajaron la escalinata rumbo al primer piso, pero Gabriel la sorprendió al llevarla fuera de la casa por una puertecilla lateral que no había visto hasta entonces y que, tras un breve recorrido, conducía a los establos.

—¿Qué es? Gabriel, dime qué es.

Gabriel se detuvo de golpe ante la puerta del establo ignorando la mirada intrigada de uno de los mozos, que se incorporó tan pronto como los vio llegar para cederles el paso.

—No sabía que fueras tan impaciente —dijo él.

Él avanzó sujetando su mano y dándole un suave empujón para que entrara, pero teniendo cuidado de que lo hiciera tras él de modo que le tapaba la vista del todo.

—Lo soy cuando me prometen un regalo —replicó ella con descaro —. Esto es un poco extraño, debo decir…

Gabriel sonrió y se puso de perfil para que ella pudiera admirar lo que se encontraba ante ellos. Sapphira parpadeó y miró de un lado a otro, pero solo vio unos cuantos cubículos, muy parecidos a los de Cloudfield, aunque en menor dimensión y ocupados por tres o cuatro caballos que le devolvieron miradas cargadas de desconfianza. Ella no había olvidado aún su encuentro con el semental en Surrey, comprendió Gabriel al ver su expresión recelosa; pero no estaba dispuesto a dejar que algo como aquello la amedrentara. Era demasiado valiente para eso.

De modo que, con un suspiro, pasó una mano alrededor de su cintura y la obligó a dar unos cuantos pasos vacilantes en dirección al cubículo más alejado, donde una hermosa yegua de pura sangre inglesa de un tono precioso de gris con una cruz blanca en la frente los observaba a su vez con gesto majestuoso.

—¿Qué te parece? —preguntó él, ansioso por conocer su opinión.

Sapphira frunció el ceño y observó al animal con un gesto indeciso.

—Es hermosa —comentó ella, sin ocultar su admiración—. Y grande, muy grande.

Gabriel sonrió y le dirigió una mirada de reojo.

—También dócil, aunque no puedas apreciarlo ahora —añadió él—. Es una elección estupenda para alguien que quiera aprender a montar. Aun más, me atrevería a decir que si eres amable con ella, en cuanto te hayas ganado su confianza, permitirá que le agarres la pata o lo que fuera que intentaras hacer la última vez con mi caballo.

Sapphira pareció entender entonces por qué se encontraban allí y en

qué consistía el regalo prometido porque lo observó con los ojos muy abiertos.

—¿Es… para mí? —preguntó ella como si le costara creerlo del todo —. ¿Puedo montarla?

—Sí. Y sí —respondió Gabriel y se apresuró a agregar antes de que ella pudiera interrumpirlo—: Pero nunca sola, al menos no hasta que hayas aprendido. Yo te enseñaré y podremos dar algunos paseos juntos para empezar hasta que te acostumbres. No hay muchos lugares en Londres en los que se pueda cabalgar a gusto, pero luego, cuando volvamos a casa y te sientas lo bastante capaz, podrás recorrer el campo tanto como quieras. Incluso podrías enseñarle a tu hermano. Buscaremos una montura para él cuando estemos de regreso.

A Gabriel jamás se le ocurrió que alguien pudiera parecer tan feliz con algo que se le antojó tan simple; pero le bastó con ver el rostro de Sapphira, con encontrarse con su mirada brillante por la emoción, para saber que habría dado con gusto su brazo derecho porque ella se viera siempre así. Y él podía hacerlo. Estaba en sus manos hacerla tan feliz como merecía, y si algo como eso no le daba un significado a su vida, entonces nada lo haría.

Le habría gustado decírselo, pero no se atrevió; y ella, además, lo rescató de enfrentarse a algo a lo que no se veía capaz de admitir al echarle los brazos al cuello y abrazarlo con tanta fuerza que estuvo a punto de tirarlos a ambos sobre el suelo del establo. Él ni siquiera lo dudó. La abrazó de vuelta y enterró el rostro en la curva de su cuello aspirando su aroma, fascinado por la suavidad de su piel y la sensación de pertenencia que lo asaltó al tocarla. De alguna forma, aun cuando siempre resintió el encontrarse lejos de Surrey, el único hogar que conociera, con Sapphira a su lado era como si, sin importar donde se hallara, fuera a sentirse siempre cerca de casa.

* * *

—Te ves radiante, querida. Eres el ejemplo de lo que puede hacer el matrimonio en una joven.

—No en todas. A algunas no les sienta tan bien, e incluso he visto a algunas que, lamentablemente, lucen muy desmejoradas después de su boda. ¿No está de acuerdo, lady Walwyn?

Sapphira agachó el rostro para simular un inesperado interés en el trozo de tarta que una doncella acababa de alcanzarle, pero el movimiento le permitió advertir que Gabriel, sentado a su lado, reía entre dientes y no lo pensó dos veces antes de darle un leve golpe con el codo. Él se puso serio de inmediato, demostrando que no era un absoluto insensible en cuanto a los sentimientos de su hermana, o al menos tuvo el buen tacto de fingirlo, supuso tentada a poner los ojos

en blanco y sonreír a su cuñada. Sin embargo, considerando que esta la miraba como si deseara arrancar su cabeza de un mordisco, imaginó que bien podía ahorrarse la muestra de compasión.

Se encontraban en el salón de lady Barrington, donde esta, como siempre en compañía de la señorita Carson, los recibió con grandes muestras de aprecio cuando ellos al fin aceptaron su invitación para visitarla a la hora del té. De haber sabido que coincidirían allí con la señora Hartford y su hija, tal vez Sapphira se hubiera replanteado aquella visita.

Desde luego, se le ocurrían cosas mucho más agradables que hacer en lugar de verse forzada a relacionarse con su suegra y su cuñada.

Como permanecer en la cama con su marido, por ejemplo, se dijo sin poder controlar el leve rubor que le subió a las mejillas y que, para su absoluto bochorno, Gabriel pareció capaz no solo de advertir, sino de adivinar también a qué se debía. Cómo si él necesitara tener más poder sobre ella…

Las últimas semanas a su lado habían sido maravillosas, pero aun cuando lo intentaba con todas sus fuerzas, no conseguía ahuyentar esa latente e incómoda sensación de que no todo era como debía ser. Era como llevar un zapato demasiado ajustado o un guante mal puesto. Le faltaba algo. Y no sabía si aquello se debía a la incapacidad de Gabriel para amarla o a su propia dificultad para aceptarlo.

¿No era feliz, acaso? Él se desvivía por darle absolutamente todo lo que había soñado, e incluso aquello que jamás imaginó. Y no se trataba tan solo de lo material, que era lo menos valioso para ella más allá de la tranquilidad que le procuraba no tener que preocuparse más por esas cosas. Se trataba de su atención y cariño; de la forma en que parecía decidido a adelantarse hasta al más mínimo de sus deseos, de la amabilidad con que trataba a su hermano, que ya había empezado a vivir con ellos y que parecía fascinado con ese hombre tan apuesto y seguro de sí mismo que se había convertido en su cuñado y a quien veía como si se tratara de un dios en la tierra.

Además, no solo compartía con ella todo lo que tenía y la hacía sentir importante y apreciada, sino que le demostraba una y otra vez lo mucho que la deseaba. Las noches a su lado eran maravillosas.

Y algunos días también, se recordó con una nueva oleada de sonrojo al pensar en los muchos momentos compartidos, en la forma en que Gabriel se había abocado a enseñarle las mil y una formas en las que era posible obtener placer del cuerpo del ser amado. Y de darlo, claro. ¿Qué más podría desear?

—No, no creo estar exagerando, milady; le digo que lo he visto muchas veces. Desde luego, no dudo de que usted y lord Walwyn fueran muy felices durante el breve tiempo que compartieron, pero debe pensar en todas aquellas pobres jóvenes que aceptaron un

matrimonio arreglado solo por conveniencia. Por fortuna, ese tampoco fue mi caso; lord Barrington fue un esposo maravilloso y no dudo de que la señora Hartford pueda decir lo mismo, ¿cierto?

Sapphira parpadeó, rogando por haber conseguido captar al menos lo más importante de las palabras de la condesa antes de asentir con expresión un tanto ausente. Estaba claro que al nombrar a la señora Hartford se refería a ella, algo a lo que aún le costaba acostumbrarse, en especial en presencia de la madre de Gabriel, aunque debía reconocer que ella no parecía demasiado fastidiada por ello. Eso o disimulaba de forma estupenda.

—Estoy muy contenta con lo que el matrimonio ha resultado para mí, milady —dijo ella entonces en tono modesto.

Lady Barrington asintió, satisfecha, y permaneció expectante, como si pensara que ella debía agregar algo más, pero Sapphira se mantuvo en silencio. La condesa era muy optimista si esperaba que empezara a alabar las virtudes de su marido en público, aunque pudo advertir al mirarlo por el rabillo del ojo que Gabriel parecía también un poco decepcionado de que no lo hiciera, un gesto que le arrancó una suave sonrisa. Ya lo compensaría luego por eso, se prometió en un rapto de secreta satisfacción.

Procuró mostrarse algo más atenta después de esa distracción para evitar meterse en problemas. Apenas llevaba poco más de un mes de casada y le costaba sentirse del todo cómoda asistiendo a esa clase de reuniones; aún se veía a veces como si fuera una intrusa que había irrumpido en la vida de esas personas que hubieran preferido que permaneciera en las cocinas. En realidad, salvo por las visitas a lady Barrington y los paseos por el parque con Gabriel para aprender a montar, era poco lo que había hecho para sumergirse del todo en ese nuevo mundo que era para ella la alta sociedad londinense.

Y si todos resultaban ser tan hostiles como su cuñada, dudaba de que se encontrara del todo cómoda nunca entre ellos, se dijo con un leve gesto de malestar.

Lady Walwyn atendía a las veladas pullas de lady Barrington con una sonrisa encantadora, pero Sapphira advirtió que tensaba los labios de cuando en cuando y que sus ojos brillaban de ira cuando alternaba la mirada de la condesa a ella misma y le costó adivinar a quién consideraba más odiosa: si a ella tan solo por estar allí o a la anciana por su afilada lengua.

En algún momento, la conversación se vio encauzada a algunos bailes con los que se cerraba la temporada y nombraron a tantas personas que le resultaron tan desconocidas que no pudo evitar evadirse del todo, sumida en la incomodidad que le provocaba esa ignorancia que le parecía tan difícil de superar.

Ladeó el rostro y forzó una sonrisa mientras fijaba la mirada en las

figuras de porcelana que también la señorita Carson se encontraba admirando; lady Barrington y la señora Hartford llevaban la batuta de la charla y le tranquilizó saber que no era la única distraída. Entonces sintió un suave toque en la palma de su mano sobre el sofá en el que se encontraba sentada y, aun cuando no se atrevió a mirar en esa dirección, supo que Gabriel debía de ser consciente de su inseguridad y que procuraba así, con esa suave y discreta caricia, darle el apoyo que necesitaba. Sin dudar, le devolvió el apretón e inclinó levemente el cuerpo para rozar su hombro con el suyo, asombrándose como siempre, porque notaba con cuánta facilidad podía él influir en su estado de ánimo.

La señorita Carson pareció advertir ese discreto intercambio y le sonrió con gesto amable cuando Sapphira se encontró con su mirada fija en sus manos unidas. Un tanto avergonzada, pero en absoluto arrepentida de que la atraparan en semejante muestra de intimidad, ella le sonrió de vuelta, demasiado feliz para notar que la anciana señora no era la única que advirtió ese pequeño intercambio tan significativo.

También lady Walwyn registró el gesto, pero a diferencia de la señorita Carson, pareció encontrarlo casi ofensivo y, si Sapphira hubiera sido capaz de darse cuenta de ello, le habría asaltado una penosa sensación de angustia al ver la animosidad en sus ojos.

Capítulo 11

Gabriel había descubierto el que se acababa de convertir en su pasatiempo favorito. Más que jugar a las cartas o discutir con su madre. Incluso más que montar, lo que era sencillamente remarcable. Porque nada le hacía sentir mejor; no había absolutamente una sola cosa en el mundo que disfrutara más que ver a Sapphira dormir.

Empezó a hacerlo poco después de casarse; era fascinante observar a esa mujer que hasta hacía poco menos de un año ni siquiera conocía y que ahora ocupaba un lugar tan significativo en su vida. Más que eso, incluso; tal vez fuera la persona más importante para él de entre todas y cuya simple existencia le confería un sentido a su vida. ¡Y la primera vez que la vio prácticamente la acusó de robarle!

Era cuando menos curiosa la forma en que obraba el destino, se dijo extendiendo una mano para acariciar la curva de su mejilla y enredar algunos de sus rizos entre los dedos. Era lo más suave que había tocado nunca.

Acababa de amanecer y un tímido sol empezaba a colarse por entre las cortinas, aunque le pareció atisbar grandes grupos de nubes que presagiaban una buena lluvia; una posibilidad que no le resultó en absoluto desagradable. Podría quedarse en la cama junto a Sapphira, consideró satisfecho al rozar la piel de sus hombros, expuesta bajo la delgada sábana que la cubría. Ella estaba de lado dándole la espalda y tenía una mano doblada bajo su mejilla; su pecho subía y bajaba suavemente y hubiera jurado que musitaba algunas palabras en sueños, pero no consiguió descifrarlas por más que se inclinó para acercar el oído a sus labios. El movimiento llevó a su nariz el aroma que ella despedía, un olor que lo embriagaba hasta lo más hondo y que, supuso, podría sostenerlo incluso en los días más oscuros.

Sin poder contener el impulso, apartó la sábana con suavidad para dejar su torso desnudo al descubierto y sonrió ante la visión de sus pechos sonrosados y la curva de su cintura. Jamás dejaría de fascinarle, concluyó no sin desconcierto al rozar su piel con mucha delicadeza, divertido ante el hecho de que ella se removiera en sueños y emitiera un leve gemido que le tensó cada centímetro del cuerpo.

Sin duda, era un hombre horrible, concluyó al no sentir ni el más

leve atisbo de arrepentimiento al tirar una vez más de la sábana y dejar a su mujer completamente desnuda ante sus ojos. Tampoco lo asaltó ni un ápice de vergüenza al descender la cabeza para lamer el interior de su cuello o llevar una mano hacia el frente y deslizarla por su terso abdomen hasta dejarla posada entre sus piernas. Se acomodó de lado para pegar el cuerpo al suyo con sus pies enredados entre sus pantorrillas para que cada pulgada de su piel hiciera contacto con la suya.

Aspiró un par de veces con movimientos pausados para controlar su propio deseo; lo último que deseaba era actuar como un bárbaro, quería que ella lo disfrutara incluso cuando no parecía todavía consciente de nada, lo que empezó a encontrar un poco extraño. Sapphira tenía el sueño sorprendentemente pesado. Pero ya se encargaría él de que despertara, y estaba decidido a que fuera el más dulce despertar que hubiera tenido nunca.

Era algo más que no dejaba de asombrarle, reconoció mientras frotaba su erección contra sus caderas y entreabría suavemente sus muslos para tener un mejor acceso de sus dedos, que se perdieron de inmediato en su interior. Quería hacerla feliz en cada aspecto de su vida; le horrorizaba la idea de que hubiera algo que no fuera capaz de darle. En el fondo de su corazón sabía, claro, que quizá hubiera una cosa que Sapphira ansiaba y que él no le había entregado; era posible que nunca pudiera hacerlo, en realidad, pero no permitió que aquello lo torturara ni deseaba que ella resintiera esa falta. No era tan importante en verdad, consideró de mala gana. ¿De qué le serviría una falsa promesa de amor? No podía mentirle. No quería hacerlo. Y rogaba porque ella aprendiera a aceptarlo.

Un tanto enojado consigo mismo por haber permitido que su mente tomara ese sendero, redobló sus esfuerzos y acarició el valle entre sus piernas después de abrirle un poco más los muslos con la rodilla. Sapphira empezó a jadear entonces y comprendió que si no estaba despierta ya, lo estaría en un instante. Gracias a Dios.

—¿Gabriel?

Él sonrió al oír su voz somnolienta y advertir que echaba las caderas hacia atrás en un movimiento instintivo.

—¿Mmm?

—Creí que estaba soñando.

—Es posible que así fuera. ¿No quieres volver a dormirte? —propuso él con voz divertida.

Ella ahogó un jadeo y apoyó la palma de su mano abierta sobre la cama; sus dedos se enredaron en la sábana y giró levemente el rostro para encontrarse con su mirada.

—No. No quiero —respondió sin vacilar.

—¿Segura? Porque tal vez no he debido despertarte de esta forma;

precisamente me decía que es posible que haya sido un poco desconsiderado…

—¡Gabriel!

Su sonrisa se ensanchó al oír la interrupción e introdujo otro de sus dedos, provocando que ella diera un salto.

—¿Sí? —preguntó él, encantado con su reacción—. ¿Necesitas algo?

Sapphira usó la mano libre, la que hasta entonces tuviera bajo su rostro, para buscar la suya y la apretó con fuerza por encima de su cabeza.

—Sí —dijo ella, cerrando los ojos un instante antes de devolverle una mirada cargada de pasión—. No pares.

Gabriel no necesitó oír más.

—Como mi señora ordene —respondió él buscando sus labios para besarla con cierta dureza.

Sapphira correspondió al beso, pero se separó tan pronto como sintió que él enterraba los dedos en la suave piel de sus muslos para obligarla a abrirse más. Sin vacilar, lo ayudó levantando las caderas y exhaló un suspiro al sentirlo perderse en su interior con un solo movimiento. Nunca lo había sentido tan hondo y creyó por un instante que se rompería en pedazos bajo sus embestidas, pero comprendió de inmediato que no sería así. Que estaba exactamente donde debía estar y que no recordaba haber experimentado jamás un placer tan delicioso.

Gabriel no le dio tregua y acompañó a sus embestidas con el movimiento de sus dedos, intensificando su goce al punto que pensó que no era posible soportar algo como aquello. Juntó las rodillas para aumentar la fricción y apretó sus dedos con todas sus fuerzas; tal vez eso fuera lo único que la mantuviera anclada a la tierra: el toque de la piel de su esposo y las palabras que susurraba a su oído.

—Gabriel, Gabriel…

Se ahogaba entre suspiros y jadeos, y apenas notó el preciso momento en que todo pareció quebrarse dentro de ella, en que el salvaje cosquilleo dio paso a una explosión que no le era ajena y empezaba a gimotear por el placer alcanzado. Un par de segundos después, o tal vez hubiera pasado una hora, había perdido del todo la noción del tiempo, sintió a Gabriel sacudirse un par de veces antes de derramarse en su interior con un bramido que resonó en sus oídos.

Permanecieron en esa posición, jadeantes y sobrecogidos como siempre por la forma en que perdían el control cada vez que se encontraban uno en brazos del otro; si bien, razonó ella en medio de la niebla que inundaba su mente, era la primera vez en la que sentía *algo* que le llevó a pensar que Gabriel estaba tan consternado y superado como ella por todas esas sensaciones. Lo supo porque él acostumbraba bromear después de hacer el amor, una reacción que,

había aprendido, nacía de su necesidad de quitarle seriedad al momento, como si no resistiera que algo tan sagrado tuviera poder sobre él. Pero en ese momento él estaba tan silencioso como ella; a lo sumo mantenía su mano sujeta entre la suya y usaba la otra para acariciar suavemente la curva de su cadera con ademán distraído.

Cuando le pareció que debía decir algo porque el silencio entre ambos empezaba a resultar abrumador, él besó su frente con la suavidad de un aleteo y se retiró exhalando un suspiro. Sapphira no dijo nada de inmediato, pero se acomodó de lado para observarlo ponerse de pie.

Gabriel le dio la espalda y ella aprovechó para admirar su cuerpo desnudo con una agradable sensación de pertenencia. Era tan suyo como ella lo era de él. ¿Por qué no podía verlo? ¿Podría siquiera alguna vez? Y aún más, ¿sería capaz ella de esperar a que lo hiciera?

Ajeno a los pensamientos de su esposa, Gabriel tomó una bata y giró para mirarla al tiempo que ajustaba el cinturón.

—¿Te he dicho alguna vez cuán feliz estoy de que hayas aceptado casarte conmigo? —preguntó él con una sonrisa.

Sapphira fingió pensarlo y sacudió la cabeza; un leve escalofrío recorrió su cuerpo sudoroso y Gabriel, atento, la cubrió con la sábana.

—Un par de veces —respondió ella devolviéndole la sonrisa—. Pero no me incomoda que lo repitas.

—Una dama muy atrevida esta esposa mía —replicó él sin parece que le molestara la idea de que así fuera y se inclinó para susurrar sobre sus labios—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por todo lo que me haces sentir.

«Lo que te hago sentir. ¿Y qué es eso?», se preguntó Sapphira sin atreverse a poner sus dudas en palabras. No era lo mismo estar agradecido que amar, ¿cierto? Estaba segura de que no. Ella debía de saberlo. Ella sí que sabía lo que era amar.

Gabriel, que en ese momento estaba entretenido en mirar por la ventana, pareció ausente antes de mirarla una vez más con el ceño fruncido.

—Deberías quedarte un rato más en la cama; temo que tendremos un día terrible —comentó él.

Sapphira suspiró y se arrebujó entre las sábanas. Aunque acababa de abrir los ojos al nuevo día, la verdad era que la idea de quedarse un ratito más era bastante tentadora. Era lo que tenía un despertar tan agitado, supuso con un leve rubor; pero entonces recordó algo y ahogó un gemido contra la almohada.

—No puedo —dijo ella—. Prometí a Ed que lo despertaría temprano para dar un paseo en Sophie.

Al oír el dulce y en absoluto adecuado nombre que Sapphira había

permitido que su hermano le pusiera a su yegua, Gabriel sonrió y señaló la ventana con una cabezada.

—No puedes soñar en salir con este clima; tu hermano lo entenderá. Déjalo para mañana —aconsejó él.

—Pero Ed…

—Yo me encargo de él. Encontraré una forma de entretenerlo, te lo prometo. Descansa.

Sapphira vaciló, tentada ante la oferta y agradecida por un gesto que se le antojó tan considerado.

—¿Seguro?

—Por supuesto. Será bueno para ambos; no hemos compartido mucho todavía y quizá a él le agrade conocerme un poco mejor.

Sapphira no puso más objeciones; no podría estar más de acuerdo con él. Aunque su hermano era un muchacho un tanto tímido, supo que si alguien podía ayudarle a mejorar su carácter y a abrirse con mayor seguridad ese era Gabriel. De modo que cerró los ojos y suspiró al tiempo que se ponía de lado para conjurar una vez más al sueño.

Gabriel debió de adivinar lo que pensaba porque le dio una suave palmada en la pantorrilla antes de abandonar la habitación, cerrando la puerta tras él.

—Cuánto te quiero.

El susurro de Sapphira resonó en la habitación antes de quedarse profundamente dormida.

Unas cuantas horas después, cuando Sapphira bajó al fin después de despertar y ponerse un vestido abrigado, encontró curioso el silencio reinante en la mansión. Se cruzó con un par de sirvientes que le dispensaron respetuosos saludos, pero no vio ni rastro de Gabriel o de su hermano. Al internarse en el corredor que conducía a la biblioteca, sin embargo, creyó oír el eco de unas risas y sus pies enrumbaron en esa dirección de inmediato.

Por un momento, no comprendió lo que ocurría; la escasa luz que se colaba por las ventanas debido a la niebla asentada y la lluvia que llevaba un par de horas arreciendo sin piedad, le llevó a pensar que no había nadie allí. Entonces cayó en la cuenta del par de figuras sentadas una frente a la otra en sendas butacas junto a la chimenea y caminó hacia ellos, que no parecieron reparar en su presencia.

Gabriel estaba repantigado en el asiento; no llevaba chaqueta, apenas una fina camisa que se pegaba a su pecho y a la curva de sus antebrazos. Por un instante, Sapphira se vio asaltada por la ya conocida necesidad de ir hacia él y enterrar los dedos en el espacio de piel de su pecho, ese fino triángulo cubierto por un suave vello que, sabía, le ocasionaría un delicioso cosquilleo al tacto. Pero comprendió

rápidamente que era un pensamiento demasiado atrevido e irresponsable tener en presencia de su hermano y se sonrojó, avergonzada, antes de mirar a este último.

No recordaba cuándo fue la última vez que Ed le pareció tan a gusto en presencia de otra persona que no fuera ella; el muchacho tenía las piernas cruzadas sobre la butaca y su cuerpo delgado tirado hacia adelante para mirar al hombre ante él con expresión de concentración. Sus ojos brillaban y hacía un mohín que le pareció bastante familiar, era el mismo que adoptaba su padre cuando…

Solo entonces, ante ese recuerdo que se le antojó un poco desagradable por todo lo que implicaba, advirtió que ambos parecían tan ensimismados porque estudiaban la reacción del otro, y vio también que sostenían sendos grupos de cartas entre las manos.

No, no, no. De ninguna manera. Pero ¿en qué diablos estaba pensando Gabriel?

—Tienes que mejorar un poco esa expresión, eres demasiado obvio aún, pero mejorarás con la práctica. Recuerda que una de tus mayores ventajas será confundir a tu oponente; él no tiene por qué saber cuán bueno o malo es tu juego.

Sapphira se dijo entonces que era obvio que Gabriel no estaba pensando en absoluto o no diría a su hermano algo tan tonto, comprendió al caminar hacia ellos sin rastro de la suavidad que había mostrado hasta entonces. En ese momento, pisó la alfombra con brusquedad y se detuvo entre ellos con las manos cruzadas a la altura del pecho y una expresión que no ocultaba su desconcierto.

Gabriel pareció percibir su presencia de inmediato y elevó el rostro un segundo para sonreírle antes de volver su atención a sus cartas.

—Sapphira. ¿Descansaste? Siéntate a mi lado; no te quedes de pie.

En otras circunstancias, ella no habría dudado en aceptar; aún más, se hubiera sentido encandilada sin remedio por su sonrisa o por la inflexión de su voz, que hablaba de la intimidad compartida. Pero en ese momento lo único que deseó fue quitarle las cartas de un manotazo y empezar a dar gritos. Logró contenerse, en gran medida para no asustar a su hermano, y habló en un tono que esperó no revelara su enojo del todo.

—¿Qué están haciendo? —preguntó ella, mirando de uno a otro con el ceño fruncido.

—Jugamos, obviamente —Gabriel respondió sin mirarla—. ¿Sabías que Edward no lo había hecho nunca?

—Claro que lo sabía. Es muy pequeño…

—¡Qué dices! No es pequeño en absoluto y está en la edad precisa para aprender antes de que sus amigos empiecen a intentar desplumarlo —dijo él aún atento al juego—. Y debo decir que tiene unas aptitudes sorprendentes. Terminarás convertido en un experto,

¿no, Edward?

El muchacho asintió de inmediato, encantado por los halagos, y Sapphira tuvo que esforzarse para no perder el control. Pero estaba tan cerca…

—No creo que esta sea una buena actividad para mi hermano, Gabriel; tal vez podamos hacer otra cosa ahora que he llegado. ¿No te gustaría leer conmigo, Ed? Recuerdo haber visto un volumen de cuentos muy bonito; y si deja de llover saldremos a dar ese paseo que te prometí.

Su hermano sacudió la cabeza de inmediato, sin mostrar aún mayor interés por lo que decía; estaba concentrado en su juego y golpeaba una carta contra su rodilla con ademán indeciso. Sin embargo, Gabriel sí pareció comprender lo que ocurría; se dio cuenta de golpe y, cuando lo hizo, la observó de reojo sin que nada más en su expresión dejara en evidencia lo que pensaba al respecto.

—¿Por qué no te nos unes? —sugirió él sin mayor inflexión en la voz—. Siéntate aquí conmigo y luego iremos todos a dar ese paseo, si así lo quieres.

Sapphira apretó los dientes, consciente de que él la trataba como si estuviera siendo irracional e intentara calmarla con la misma estudiada indiferencia que usaba con sus caballos.

—No. No es eso lo que prefiero, Gabriel; lo que quiero es que dejen todo esto.

Ella dejó de fingir tranquilidad e imprimió a su tono de tal indignación que incluso su hermano lo notó y dejó caer las cartas sobre la mesilla con expresión sorprendida.

—Pero… el señor Hartford me está enseñando a jugar y dijo que si aprendía con rapidez me daría también un par de trucos… —El chiquillo la observó con expresión desolada—. Sapphira, siempre he querido aprender; es muy divertido.

Su hermana enserió aún más el gesto y señaló las cartas con un dedo tembloroso.

—No hay nada de divertido en esto, Edward —replicó ella de inmediato, furiosa más allá de toda razón—. Es peligroso y puede meterte en muchos problemas. No tienes idea del mal que nos ha hecho; de todo lo que hemos perdido…

Sapphira se forzó a callar. Hasta entonces siempre había sido muy evasiva respecto al destino de su padre y la vida que su madre llevó con él antes de morir debido a sus inclinaciones por el juego; por suerte, Ed era demasiado pequeño para recordarlo y ella se había aferrado a eso para mantenerlo a salvo. Ahora, sin embargo, parecía que tal vez no lo tuviera tan fácil. Y todo era culpa…

Un suave carraspeo interrumpió sus pensamientos y comprendió que provenía del que era precisamente el objeto de su ira. Fastidiada,

lo observó con el ceño fruncido, pero Gabriel se veía calmado y alerta, algo que le molestó aún más.

—Tal vez podamos retomar el juego después —sugirió él en tono amable y se dirigió al muchacho con una sonrisa—. ¿Por qué no vas a la cocina y le pides a una de las doncellas que te sirva un refrigerio? Si no recuerdo mal, la cocinera siempre tiene galletas recién horneadas.

Edward pareció tentado a protestar, pero se vio vencido con rapidez por la expresión en el rostro de su cuñado, porque, aun cuando Gabriel se veía sorprendentemente tranquilo, bastaba con ver el brillo de sus ojos para comprender que era una impresión un tanto engañosa. De modo que, tras dirigir a su hermana una mirada inquieta, el chico asintió de mala gana y pasó por su lado para dejar la estancia con cuidado de cerrar la puerta tras él.

Sapphira lo vio marchar con los labios apretados, y tan pronto como oyó sus pasos perdiéndose por el corredor, elevó el mentón y observó a su marido a los ojos en un gesto desafiante, pero antes de que pudiera abrir la boca, él se le adelantó al lanzar sus cartas sobre la mesa y ponerse de pie.

—Eso ha sido absolutamente innecesario. Asustaste al pobre muchacho —comentó él en tono frío.

Sapphira abrió y cerró la boca un par de veces, sorprendida de que dijera algo como aquello. ¿Cómo se atrevía? Era de su hermano de quien hablaba; había sido él quien actuó de forma inconsciente, no ella.

—Intento protegerlo —replicó ella una vez que encontró las palabras—. ¿Qué creías que diría al ver que intentas arruinar su vida?

Gabriel dio un paso hacia ella y la observó como si dudara de su cordura.

—¿Qué estás diciendo? ¿Arruinar…? —Gabriel sacudió la cabeza y exhaló un resoplido al tiempo que continuaba en un tono algo menos ominoso—. Sapphira, es solo un juego. Entiendo tu angustia, es natural, pero no puedes evitar que tu hermano se comporte como cualquier otro chico de su edad. Tiene curiosidad y lo considera solo una diversión; no le hará daño a nadie que aprenda y mucho menos a sí mismo. Estás siendo irracional.

Ella apenas lo oyó, estaba demasiado furiosa por la tranquilidad con la que se conducía y por el hecho de que le quitara importancia a algo que era tan importante para ella. ¡Él sabía todo por lo que pasó! ¡Ella se lo había contado!

—No estoy siendo irracional; por el contrario, intento usar mi sentido común, que es más de lo que puedo decir de ti —espetó, sin pensar—. Gabriel, él es hijo de mi padre, lo mismo que yo. Si él se dejó arrastrar por ese vicio, ¿por qué no podría hacerlo también Ed?

—Porque él tal vez sea hijo de tu padre, como dijiste, pero *no* es tu

padre. Él es otra persona, es tu hermano y creo que, si alguien puede conducirlo por el buen camino, esa eres tú.

Sapphira sintió que parte de su enojo retrocedía ante esa muestra de sensatez y generosidad al referirse él a su papel en la vida de su hermano, pero estaba demasiado asustada para aceptarlo. Era más fácil encubrir sus miedos con la ira; de modo que no permitió que sus palabras la apaciguaran y en lugar de ello lo miró con las mejillas sonrosadas por el enojo.

—No tenías ningún derecho a hacer algo como esto sin antes consultármelo. No cuando conoces perfectamente lo que ocurrió y cuánto odio el juego —continuó ella de mala gana.

Gabriel suspiró y se alejó de ella llevándose una mano a la frente en un gesto de desaliento.

—¿Cómo puedes estar tan ciega? —preguntó él, también empezando a enojarse—. ¿Qué piensas hacer? ¿Prohibirle que juegue jamás porque tienes miedo de que pueda ser como tu padre? ¿Y qué ocurrirá cuando no estés cerca para evitarlo? ¿Lo seguirás a la escuela? ¿Amenazarás a sus amigos para que no lo tienten?

Sapphira se mordió el interior de los labios, odiando cada una de las preguntas cargadas de lógica que él acababa de hacer; pero no tenía una respuesta para ellas aún. Ni siquiera se había permitido pensarlo. Hasta entonces, sus propias limitaciones le habían impedido el dar una buena educación a su hermano; apenas fue a la escuela durante lapsos intermitentes de tiempo. Ahora, sin embargo, sabía, porque ya había tratado el tema con Gabriel, que no había límites para lo que pudiera hacer por él en lo que se refería a su formación. Él incluso mencionó la posibilidad de enviarlo al mismo internado en el que estudió cuando tuviera un par de años más. Pero pensó que para entonces él sabría cuán peligroso podía ser el juego, que le preguntaría antes… Desde luego, era un pensamiento un tanto inocente e incluso estúpido, comprendió de golpe, pero eso no le provocaba menos dolor.

Gabriel debió de ver el miedo en sus ojos, porque se acercó a ella tras suspirar, rendido, y una expresión de ternura afloró a su rostro. Apoyó una mano sobre su hombro con delicadeza, acariciando sus músculos tensos para infundirle calma.

—Sapphira, escucha; no es algo de lo que puedas protegerlo, pero tampoco debes temer. Edward es un muchacho noble e inteligente; basta con tratarlo para darse cuenta de eso, pero algún día tendrá que salir al mundo y debe estar preparado para ello —dijo él—. En su momento, debes confiarle lo que ocurrió con tu padre y estoy seguro de que él entenderá y apreciará que lo hagas. Sacará entonces sus propias conclusiones y hará lo que considere mejor. Pero tiene derecho a saber y, aún más, de seguir a su corazón.

Sapphira tomó su mano y la apartó al tiempo que retrocedía para

alejarse de él, enojada y dolida a partes iguales.
—¿De la misma forma en que lo haces tú? —preguntó ella—. ¿Quieres que mi hermano siga a su corazón o, aún mejor, aconsejarías que lo mantenga bien sujeto para así no ponerlo en riesgo y obtener siempre lo que quiera? Porque eso era precisamente lo que hacía mi padre y no estoy dispuesta a permitir que mi hermano haga lo mismo.
Fue el turno de Gabriel para observarla con la indignación reflejada en sus ojos y en cada uno de sus gestos. Tenía las manos caídas a los lados y fue evidente que hizo un esfuerzo por no responderle con la misma dureza, como sin duda habría deseado hacer.
—Haré como si no hubiera oído eso —espetó él, mordiendo las palabras—. Porque, de lo contrario, tendría que suponer que pretendes compararme con tu padre.
Sapphira elevó el mentón y contuvo el deseo de disculparse. Sabía que había sido injusta; que torció las cosas para desfogar también parte de sus propias inseguridades y que aquello no tenía nada que ver con su hermano. Pero su mente era un remolino y no acertaba a actuar con sensatez. Era más fácil aferrarse a la furia que romper a llorar, como le hubiera gustado hacer.
—No vuelvas a hacer algo como esto sin consultarlo conmigo antes. Tal vez no puedas entenderlo del todo, y no es tu culpa porque después de todo tus circunstancias han sido muy distintas a las nuestras, pero debes dejar que sea yo quien se ocupe de mi hermano; sé lo que es mejor para él —ella habló con una helada calma que no se condecía con su expresión atormentada o el temblor de su voz—. Iré a hablar con él.
Gabriel no respondió, pero fue obvio que estaba lejos de sentirse de acuerdo con ella; aún más, era él ahora quien parecía un tanto herido y quien la miraba con enojo. Sin embargo, Sapphira no dijo nada más ni se le ocurrió intentar explicarse o mucho menos ofrecer disculpas por su rudeza cuando sabía perfectamente que él no obró con mala intención. En ese momento se sentía muy lejos de eso, necesitaba calmarse y aclarar sus ideas para actuar con justicia o diría algo más de lo que podría arrepentirse. Así que, tras lo que le supuso un enorme esfuerzo, desvió la mirada de su rostro y abandonó la habitación con la barbilla en alto y los hombros tan tensos que le pareció que se quebrarían.
Mientras se dirigía a la cocina, procurando hacer oídos sordos al rápido latido de su corazón, se dijo que era sorprendente que hasta hacía tan solo una hora se hubiera sentido tan dichosa. Ahora, en cambio, tenía ganas de echarse a llorar. Y todos aquellos sentimientos habían sido inspirados por el mismo hombre.
Suspiró antes de forzar una sonrisa en su rostro para reunirse con su hermano y tener esa charla que llevaba tanto tiempo postergando.

Tenía algo por seguro, se dijo antes de hacer un pensamiento tan terrible a un lado: Gabriel tenía el poder de llevarla al cielo y también de sumirla en un infierno. ¿Cómo de listo de su parte era permitírselo?

A Gabriel siempre se le había dado bien fingir indiferencia. Tal vez se debiera a su crianza en un hogar poco dado a las muestras de afecto o al hecho de que en los últimos años decidiera encerrarse en sí mismo. Quizá se tratara de ambas cosas. Cualquiera fuera el caso, le sorprendió comprobar que, cuando su mujer se encontraba de por medio, mantener levantado aquel muro de indolencia le suponía un esfuerzo sobrehumano.

Porque, en lugar de aparentar frialdad y desinterés ante ella, nada le apetecía más que enfrentarla para arrancarle esa coraza que había decidido llevar ante él cada vez que se encontraban en la misma habitación. Arrancársela y llenarla de besos, para ser más preciso; luego hacerle el amor como un enajenado y hacerle jurar que nunca más permitiría que su terquedad los separara de aquella forma. No cuando él pensaba que al fin habían llegado a un punto en que nada podría poner en peligro lo que tanto le costó conseguir.

Pero entonces recordaba que, en el fondo, Sapphira tenía todo el derecho del mundo a sentirse enojada por su intromisión en la vida de su hermano y que, además, era lo bastante listo para saber que ese arranque de furia no estaba relacionado tan solo con eso. Que se debía también a todo aquello que ella ansiaba y que él no podía darle, y que lo mejor para todos era que le diera su espacio para que controlara sus emociones y, entonces, tal vez, todo iría tal y como esperaba. Ella dejaría de intentar matarlo con la mirada y él podría volver a abrazarla para borrar todas y cada una de sus dudas.

Solo era cuestión de tiempo, se decía cada noche antes de cerrar los ojos después de mirarla dormir a su lado sin atreverse a ponerle una mano encima porque sabía que, a diferencia de otras veces, ella no apreciaría que intentara seducirla. Posiblemente participara con gusto en el momento, no lo dudaba, pero luego lo odiaría por manipularla de aquella forma, y lo último que deseaba era profundizar la herida.

De modo que pasaba los días de un humor de los mil demonios, moviéndose por su propia casa como si fuera un extraño y con cuidado siempre de no decir nada que pudiera desatar una nueva discusión. Incluso había empezado a dar largos paseos; algunos de ellos en compañía de Edward, ya que el muchacho parecía tan necesitado de aclarar sus ideas como él. No le preguntó al respecto, y Sapphira tampoco hizo ningún comentario en los escasos momentos en los que coincidían, fuera durante la cena o en el salón por la tarde, pero sospechaba que ella había hablado con él acerca de los muchos

errores de su padre y el que fuera su final. En defensa del chiquillo, Gabriel pudo reconocer que parecía poco afectado por el asunto, cuando menos en apariencia; pero también era verdad que un descubrimiento como aquel requería de un tiempo prudente para analizarlo. Esperaba tan solo que, si lo necesitaba, fuera con su hermana o con él cuando así fuera. Mientras tanto, lo único que podía hacer era ofrecerle una camaradería que, por la reacción del muchacho, le venía bastante bien.

A veces, sin embargo, Gabriel prefería aferrarse a su soledad y entonces solo se le ocurría recorrer las calles aledañas a donde se encontraba su casa, sumido en la añoranza por su hogar en Surrey. Cuánto bien le haría perderse entre los bosques, alejado de todo el mundo y así intentar pensar en lo que debía hacer antes de arruinar del todo su vida. Quizá incluso pudiera convencer entonces a Sapphira de que lo acompañara. Era posible que fuera eso lo que ambos necesitaban. Disfrutar el uno del otro en un ambiente que a él no le trajera malos recuerdos y que a ella no la sumiera en las dudas.

De vez en cuando también, su búsqueda de tranquilidad se veía truncada por los pedidos de su madre, que hacía llegar algunas notas para convencerlo de que las acompañara a ella y a Cecily a algunos eventos en la ciudad. Como aquellas invitaciones no incluían a Sapphira, él ni siquiera se molestaba en responderlas. Y pese a ello, sin embargo, se sentía obligado a visitarla una vez por semana para preguntar por su salud y cumplir con su labor de hijo.

Aquel día, por ejemplo, había hecho a un lado el disgusto que siempre le provocaba visitar la casa de su hermana para darse con la sorpresa de que su madre ni siquiera se encontraba allí. Estuvo a punto de marcharse entonces, aliviado de no verse obligado a mantener una tensa conversación cuando sus reservas de paciencia se encontraban tan escasas, pero apenas acababa de abrir la boca para dejar un mensaje a su madre con el mayordomo cuando Cecily, tan oportuna como siempre, le salió al paso y no tuvo más alternativa que prestarle una atención que hubiera preferido obviar.

En realidad, se dijo mientras la veía apresurarse a reunirse con él en el salón al que el mayordomo lo condujo a su llegada, lo usual hubiera sido que se marchara y la dejara con la palabra en la boca. Quizá, incluso eso le ayudara a mejorar su humor. Sin embargo, advirtió algo en ella, una desmejora en su apariencia tan inesperada, que se contuvo de ser demasiado brusco.

—¿Dónde has dejado a tu pequeña esposa, Gabriel? ¿Está demasiado ocupada fregando los pisos para visitar a su familia política?

Desde luego, comprendió él de inmediato al oírla, ella no merecía esa consideración. Ni siquiera respondió a sus pullas; sin embargo,

prefirió observarla con mayor atención y comprobó que, sin duda, su hermana había visto mejores días.

Aunque tenían casi la misma edad, Cecily siempre pareció varios años menor, pero ahora reparó en los pliegues a los lados de sus ojos y en las pronunciadas ojeras que le conferían una apariencia algo mayor. Aún más, y aquello se le antojó casi insólito, hubiera jurado que había estado llorando.

—Me sorprende que no te marcharas tan pronto como supiste que madre no se encuentra en casa —continuó ella tras dejarse caer sobre un diván sin la gracia habitual.

Gabriel, que había decidido permanecer de pie y un tanto alejado de ella, le devolvió una mirada cargada de burla.

—Precisamente estaba a punto de hacerlo —respondió él en tono frío—. Pero como siempre, me has interrumpido. No conozco a nadie con un sentido de la oportunidad tan desarrollado como el tuyo.

Cecily frunció un poco el ceño al oírlo y tardó un instante en captar el alcance de su mofa; pero cuando lo hizo, lo observó de pies a cabeza con un ademán enojado.

—Siempre te has creído más listo de lo que eres —espetó ella.

—Me gusta pensar que poseo la inteligencia necesaria.

—¿Necesaria para qué? —replicó ella de inmediato.

Gabriel suspiró, en absoluto complacido ante la posibilidad de haber evitado una discusión con su madre para involucrarse en una con su hermana. Cecily era incluso más aguda que su madre y mucho más maliciosa; tanto como podía serlo él a veces. Si se enzarzaban en un duelo de ingenio, posiblemente terminaran diciendo cosas más hirientes de lo normal; y como él no se encontraba de un ánimo precisamente pacifico, lo mejor sería no ir más allá.

—Creo que debería marcharme —dijo él pasado un momento—. Dile a madre que pasaré un día de estos.

—Más te vale hacerlo. Porque sabes que ella no te visitará; no mientras ella continúe allí.

Gabriel, que acababa dar media vuelta para dirigirse a la puerta, giró lentamente para observar a su hermana con una expresión que habría hecho que alguien con menos valor se echara a temblar.

—Asumo que te refieres a mi esposa —comentó él en un falso tono calmado—. Aunque si tuvieras algo de sensatez procurarías ser más respetuosa.

Cecily emitió un bufido nada delicado y enarcó una ceja al tiempo que se echaba un mechón de cabello dorado tras la frente. Gabriel reparó entonces en que parecía como si apenas se hubiera peinado y que su vestido se encontraba ajado; como si se hubiera levantado de la cama con grandes esfuerzos antes de bajar y ni siquiera se hubiese molestado en cambiarse.

—¡Respetuosa! Respetuosa con ella —espetó ella en un arranque de desprecio—. Estás loco si piensas que la consideraré alguien que merezca *mi* respeto. Prefiero dejarlo para lady Barrington, que siempre hemos sabido todos que está un poco loca; y esa amiga suya, tan rara como ella. Que ambas se deshagan en halagos y le den la bienvenida a nuestro mundo si eso les confiere algún placer. A mí no me importa.

—Cecily…

La mujer ignoró el tono de advertencia en la voz de su hermano y empezó a golpear la alfombra con el tacón de su zapato al tiempo que jugueteaba con las manos en un ademán nervioso.

—Y tú, claro. Tú también puedes encargarte de halagarla y tratarla como si fuera una estrella caída del cielo —continuó ella sin disimular la burla—. ¿Cómo es posible que te enamoraras de ella? ¿En qué estabas pensando? Dices que yo soy inoportuna, pero eso no es nada al lado de tu capacidad para elegir siempre a las mujeres menos apropiadas para ti. Primero la pequeña Ellie y ahora… ella.

Gabriel dio un paso hacia Cecily.

—Piensa cuidadosamente lo que vas a decir —advirtió él.

Su hermana, sin embargo, ni siquiera parecía verlo, mucho menos oírlo. Era como si se encontrara del todo perdida en sí misma y tan solo expresara una idea que llevara mucho tiempo rumiando en su interior.

—Pero ahora es peor. Mucho peor. —Ella retomó sus ideas con el ceño fruncido—. Has unido tu vida a la de esa mujer y no pareces darte cuenta de la locura que acabas de cometer y cuánto le afectará a tu familia. No te importa en absoluto. La amas tanto que estás totalmente ciego. Dime, Gabriel, ¿qué se siente al amar de esa forma?

—Estás diciendo tonterías —replicó su hermano con el entrecejo fruncido—. No me quedaré a escuchar algo como esto.

Pero no se movió. No pudo hacerlo porque en ese preciso momento notó que los hombros de Cecily empezaban a sacudirse como si una fuerza invisible tirara de ella para un lado y otro. Tenía la cabeza gacha y hubiera podido jurar que emitía un extraño sonido que le pareció terriblemente familiar. ¿Sollozos? ¡No era posible!

La última vez que vio llorar a su hermana, pero llorar en serio, no llevada por un capricho o con el fin de obtener lo que deseaba, debía de tener unos diecisiete años. Acababa de rechazar al único hombre por el que sintió verdadero interés en su vida tan solo porque no lo consideró lo bastante rico para ella. Entonces Gabriel ni siquiera llegó a sentir lástima por ella porque pensaba que de haberlo amado realmente no habría renunciado a él con tanta facilidad, pero aprendió con el tiempo, basado en su propia experiencia, que a veces los humanos son capaces de poner al amor por debajo de asuntos mucho menos importantes y que, cuando se arrepienten, es ya demasiado

tarde para corregir sus errores. De allí que, si bien disfrutaba al burlarse de su hermana, procuraba no mencionar nunca su antiguo romance. Sabía que era una de las pocas cosas con las que podría herirla realmente.

Por eso, cuando la vio derramar aquellas lágrimas y pasarse luego una mano por el rostro con un gesto furioso, supo que no había nada de falsedad en esa reacción. Lo que no comprendía era cómo podía haberla provocado él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él una vez que le pareció que el llanto comenzaba a menguar—. ¿Quieres que te pida algo? ¿Un té?

Tal vez fuera una sugerencia un poco idiota, pero no se le ocurrió hacer otra cosa y Cecily debió de compartir su desconcierto, porque lo observó con las cejas elevadas y un gesto desdeñoso que no llegó del todo a sus ojos.

—No quiero nada —respondió ella de mala gana, aunque luego pareció cambiar de opinión y lo observó con una mirada llorosa e intrigada—. O mejor, sí. Quiero que respondas a mi pregunta. ¿Qué se siente al amar de la forma en que amas a esa mujer?

—Cecily, no entiendo por qué…

—¡Porque quiero saber! ¡Porque no tiene sentido! —su hermana explotó al tiempo que gruesas lágrimas volvían a correr por sus mejillas—. Hasta hace unos meses no hacías más que quejarte porque, según tú, madre y yo habíamos arruinado tus posibilidades de ser feliz con la mujer a la que decías amar y ahora estás tan feliz con… ella. Nunca te había visto así; comportándote como un enamorado idiota. ¿Cómo es eso posible? ¿Acaso se puede pensar que amas a una persona con todo tu corazón y que vas a morir cuando la has perdido y luego encuentras a alguien más que te hace cuestionarlo todo? ¿Es eso lo que ha ocurrido contigo? Gabriel, explícamelo.

Gabriel observó a su hermana como si le costara reconocerla y, en cierta forma, comprendió que así era. Sin detenerse a pensarlo, porque de hacerlo posiblemente no habría sido capaz de hacerlo, se acercó a ella y ocupó el asiento a su lado sin dejar de mirarla.

—Cecily, ¿qué fue lo que te ocurrió? —preguntó él.

Su hermana hipó y sacudió la cabeza un par de veces.

—¿Por qué piensas que me ha ocurrido algo? Me encuentro perfectamente —replicó ella con malos modos—. Tan solo te he hecho una pregunta y aún no has respondido.

—No sé cómo hacerlo —respondió Gabriel con sencillez—. Ni siquiera estoy seguro de haberte entendido.

Cecily hizo entonces algo que se le antojó inaudito. Extendió una mano y la posó sobre la suya con tanta fuerza que pareció como si pensara que se trataba de alguna especie de ancla. Luego, lo miró a la cara y Gabriel se encontró observando unos ojos muy parecidos a los

suyos, pero imbuidos de tal desesperación que le encogió un poco el corazón. ¿Qué diablos le había pasado a su hermana?

—Nunca quise a mi esposo. Ya sabes eso, y yo sé que siempre me has despreciado por haberme casado con él —empezó ella con voz rota—. Pero he amado una vez, o al menos eso creí sentir, aunque te cueste creerlo. Por eso necesito saber que podré hacerlo de nuevo, que, aunque haya perdido al hombre de mi vida podré encontrar a otro al cual amar. No quiero pasar el resto de mi vida sin volver a vivir algo como aquello.

Gabriel frunció el ceño.

—Si te refieres a James…

Cecily descartó su sugerencia con un gesto de la mano libre.

—No James; él no fue más que un capricho. Lo sé ahora —dijo ella —. Se trata de alguien más.

De golpe, Gabriel sintió como si todo se aclarara ante sus ojos. Su huida con aquel hombre, el que lo dejara todo tras ella para ir con él, su renuencia a volver pese a los ruegos de su madre. Y luego ese regreso intempestivo y tan mal diseñado que solo les había traído problemas.

—Cecily. Ese hombre… No fuiste tú quien decidió dejarlo, ¿cierto?

Su hermana negó lentamente y exhaló un suspiro que le recordó al de un animal herido de muerte.

—Él dijo que había sido divertido, pero que debía volver con los suyos, que ya no me quería a su lado —reconoció ella con suaves sollozos que sacudieron su cuerpo menudo—. No lo entiendo, Gabriel. Por eso necesito que me lo expliques. ¿Cómo puedes dejar de querer a alguien con tanta facilidad? Porque yo no creo ser capaz de hacer algo como eso.

Gabriel se dijo entonces que, si Cecily había decidido confiar en él de aquella forma, bien podía intentar hacer otro tanto, o al menos todo aquello que le permitían sus propias dudas. De modo que, en un gesto tan extraño como el de su hermana, sostuvo su mano por los dedos y le dio un ligero apretón antes de responder.

—Me gustaría tener una respuesta clara para ti, Cecily, pero la verdad es que no tengo nada por seguro —dijo él, pensativo—. El amor… El amor es extraño y en extremo complicado. Lo que sentía por Eleanor fue muy poderoso, no tengo que decirte eso; creo que todos en la familia fueron testigos de aquello, como de que ella nunca me correspondió. Ojalá también yo lo hubiera sabido.

Gabriel emitió una suave risa al decir lo último, pero no hubo nada de amargura en ella, como acostumbraba cuando se refería a esa etapa de su vida. En su lugar, se sorprendió al reconocer un leve matiz de tierna burla dirigida a sí mismo; como si estuviera hablando de los sentimientos de alguien más, de un muchacho que conoció hacía años

y al que ahora miraba con indulgencia.

—Cuando ella se casó con James, elegí creer que lo hizo llevada por la obligación; durante un tiempo incluso me engañé diciéndome que un día se daría cuenta de que nadie la amaría como yo, pero ¿sabes algo? Y esto no se lo he dicho a nadie hasta ahora. —Gabriel calló un momento, vacilante, pero al encontrarse con la mirada intrigada en el rostro de su hermana no le quedó otra alternativa que continuar—: Los vi hace algunas semanas, en ese baile al que asistí por insistencia de lady Barrington. No hablé con ellos, no me atreví a hacerlo; pero me bastó con ver la forma en que se miraban, en que James la miraba a ella, para saber que yo jamás la amé de esa forma.

Las palabras de Gabriel surgieron con una naturalidad que parecieron sorprender tanto a su hermana como a él mismo. Y comprendió entonces que esa era la absoluta verdad. Nunca hasta entonces, ni siquiera en las pasadas semanas en las que había dedicado tanto tiempo a cuestionar sus sentimientos, lo que en verdad alguna vez sintiera por Eleanor contrastado con lo que significaba Sapphira en su vida, se había visto poniéndolo en palabras con tal seguridad.

—Supongo que nunca me habría dado cuenta de ello si no hubiera conocido a Sapphira —continuó él en tono grave y reflexivo.

—Porque a ella sí la amas —su hermana completó sus pensamientos sin asomo de la burla que había esgrimido antes.

Gabriel asintió sin responder de inmediato, pero, cuando lo hizo, unos segundos después, esbozó una suave sonrisa que reflejaba cierta admiración. Como si ese sencillo descubrimiento, que era más bien el reconocimiento de algo que llevaba sabiendo hacía mucho tiempo, le sorprendiera tanto que le costara ponerlo en palabras.

—Sí —dijo él al fin—. La amo como jamás he amado antes y no creo que pueda amar a nadie más de esa forma. Supongo… Supongo que no tengo una buena respuesta para tus preguntas, Cecily, porque no es algo que pueda explicar; tendrás que descubrirlo por ti misma de la misma forma en que lo he hecho yo. Tal vez, algún día, llegue alguien a tu vida que te ayude a hacerlo, alguien que te ame como mereces porque, es posible que te cueste verlo en este momento, y te aseguro que estoy familiarizado con la sensación, pero mereces ser amada, Cecily, lo mereces más de lo que crees.

Cecily desvió la mirada como si encontrara aquello difícil de creer, pero no dijo nada. En su lugar, elevó el mentón y dejó caer la mano que su hermano sostenía para despejar todo rastro de lágrimas de su rostro. En un segundo, Gabriel vio cómo desaparecía aquella joven asustada y dolida para dar lugar a la mujer soberbia que estaba acostumbrado a ver. Y en cierta medida lo sintió por ella, pero también supo que, al no ser después de todo más que una máscara que

ya había visto caer al menos una vez, quizá con un poco de suerte aquello ocurriera de nuevo. Por su bien.

—Ha sido agradable charlar contigo, Gabriel, pero acabo de recordar que prometí a lady Baxton que iría a tomar el té con ella; una prima suya acaba de llegar de Florencia y tendrá mucho que contarnos.

Sin esperar respuesta, Cecily se puso de pie y sacudió el frente de su vestido tras dirigirle una mirada ceñuda, como si solo entonces hubiera reparado en lo maltratado de su aspecto. Gabriel, que supo que no había nada más que pudiera decir en ese momento, y que sin duda su hermana no apreciaría que no fingiera de la misma forma en que ella lo hacía que no acababa de desnudar su alma ante él, asintió imitándola con movimientos tranquilos.

—Desde luego. Lamento haberte entretenido —se disculpó él con falsa indiferencia—. Le dirás a madre que estuve aquí, ¿cierto?

—Por supuesto. Quizá… Tal vez podamos ir a visitarles nosotras también un día de estos. No es posible que lleves semanas casado y que nosotras no os hayamos hecho una visita. La gente hablará —dijo ella con rapidez para luego mirarlo con una ceja arqueada en un ademán arrogante ante su expresión sorprendida—. Yo me encargo de madre.

Gabriel contuvo una sonrisa y asintió.

—A Sapphira y a mí nos encantará recibiros —dijo él.

—Bien. Arreglaremos algo pronto. —Su hermana hizo entonces un gesto apremiante—. ¿Y bien? ¿Qué esperas para irte? Me llevará horas arreglarme y esa esposa tuya debe de extrañarte. De verdad, Gabriel, puedes ser tan desconsiderado…

Sin darle oportunidad a responder, Cecily hizo un exagerado mohín de desprecio y se dirigió a la puerta, pero Gabriel habría podido jurar que, antes de marcharse, le dirigió una rápida mirada de afecto. Sin embargo, él no se quedó a analizar la conducta de su hermana. Tenía algo mucho más importante que hacer, comprendió al ponerse en camino para regresar a casa. Necesitaba ver a Sapphira.

Gabriel tardó mucho más de lo que había calculado en regresar a casa. En el camino, tuvo la mala fortuna de toparse con algunos conocidos y, aunque intentó deshacerse de ellos tan pronto como pudo, debió permanecer al menos algunos momentos intercambiando saludos que se le antojaron eternos. Uno de esos conocidos era la mismísima lady Barrington en persona, que había decidido dar un paseo acompañada por la señorita Carson, y ya que sentía gran estima por ella, además de que la consideraba la principal causante de su reencuentro con Sapphira, hizo un esfuerzo por mostrarse atento con

ella. Tras asegurarle que él y su esposa la visitarían pronto, consiguió ponerse nuevamente en camino, sermoneándose por haber decidido dirigirse a su casa a pie; habría tardado mucho menos de haber usado su coche. Había estado tan ansioso por reunirse con Sapphira que ni siquiera se detuvo a considerarlo.

La casa le pareció excesivamente silenciosa al poner un pie en ella y apenas prestó oídos a las atenciones de los sirvientes, que se apresuraron a recibirlo y tomar sus guantes al tiempo que ofrecían un refrigerio.

Ella no estaba allí.

No hubiera podido explicar cómo era que lo sabía, pero no era la primera vez que le pasaba. La presencia de Sapphira era de alguna forma casi palpable; si ella se encontraba en casa, era capaz de percibirlo aun cuando no la viera de inmediato. Por el contrario, su ausencia se dejaba sentir como un pesado vacío que le incomodaba de la misma forma que un amanecer demasiado oscuro. Y fue eso lo que sintió aquella vez mientras se internaba en la casa, buscándola en vano tan solo por la necesidad de hacerlo.

Sin embargo, sus pesquisas no fueron del todo inútiles porque al dirigirse al salón familiar encontró allí a Edward, que parecía de lo más interesado en la pila de libros asentada sobre una mesilla y que debía de haber llevado con él desde la biblioteca. Sin duda, Sapphira no tenía nada de qué preocuparse respecto a las inclinaciones de su hermano, juzgó al dirigirse a él; era evidente que tenía sus mismos intereses y lo asaltó un ramalazo de ternura inesperado al pensar en aquello.

—¡Señor Hartford!

El chiquillo se puso de pie tan pronto como lo vio, pero Gabriel le hizo un gesto para que se sentara nuevamente después de echar un vistazo a la pila ante él.

—Veo que estás ocupado —comentó Gabriel.

Edward se encogió de hombros e hizo un gesto animado.

—No entiendo lo que dice en la mitad de ellos, pero Sapphira dijo que podía estudiarlos y que ella me ayudaría luego —comentó él con sencillez.

Gabriel sonrió, divertido por aquella muestra de honestidad tan similar a la de su hermana.

—Estoy seguro de que lo hará y de que tú no tendrás problemas en entenderlo entonces —replicó él—. Si tienes alguna duda respecto a ello o cualquier otra cosa, sabes que también puedes acudir a mí.

El muchacho asintió, sin responder, pero su agradecimiento fue bastante evidente. Sapphira no le dijo nada al respecto; en los últimos días apenas le dirigía la palabra, pero había conseguido adivinar que ella debió de hablar con su hermano acerca de sus antecedentes

familiares y comprobó, complacido, que Edward no parecía particularmente afectado por aquello. Su edad, sin duda, y el hecho de que no viviera esas desgracias o que, en todo caso, no fuera consciente de estas, le habría ayudado a sobrellevarlo mejor de lo esperado. Se prometió, como ya había hecho antes, que haría todo lo que estuviera en sus manos para ayudarle a convertirse en un buen hombre.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó él entonces, consciente de que debió de ser lo primero acerca de lo que preguntara—. No está en la casa.

Edward confirmó sus sospechas al sacudir la cabeza de un lado a otro y Gabriel hubiera podido jurar que vio un rictus de preocupación poco habitual en su rostro.

—Dijo que deseaba dar un paseo, pero no quiso que la acompañara —respondió él.

—¿Salió sola?

El chico asintió de mala gana y lució vagamente avergonzado.

—Insistí varias veces en que me permitiera ir con ella; pero dijo que no —repitió él.

Gabriel apretó los labios. De pronto, se sintió embargado por una desagradable sensación que no supo a qué achacar, pero que le hizo un poco más difícil respirar.

—¿Sabes a dónde fue? —inquirió él procurando hacer su preocupación a un lado—. El cochero le haría compañía, supongo.

Una nueva negativa del muchacho le dijo que, después de todo, sí hacía bien en sentir esa inquietud.

—No. No salió con él —explicó Edward—. Fue con la yegua; dijo que solo daría un paseo por el parque. No quiso que nadie la acompañara…

El chico ni siquiera terminó la frase porque la expresión en el rostro de Gabriel cortó cualquier cosa que hubiera estado a punto de decir.

—¿Ha salido a montar sola? —su tono develaba su incredulidad—. Ella ni siquiera ha aprendido aún; no puede ir sin compañía. ¿En qué estaba pensando?

—La verdad es que no creo…

Una vez más, Edward se vio interrumpido por la reacción de su cuñado y, aunque no lo mencionó entonces, casi agradeció que así hubiese sido, porque en realidad no tenía claro qué decir y, en el fondo, se sentía tan preocupado como él. Tal vez fuera joven, pero no tenía un pelo de tonto y había advertido la tensión creciente entre su hermana y su esposo, así como que ella lucía cada día más inquieta e incluso extraña. Su salida lo había inquietado, de allí que eligiera permanecer en el salón para estar atento a su regreso. De aquello habían pasado un par de horas, y no había rastro de ella, de modo que le alegraba la llegada de Gabriel porque estaba seguro de que,

ocurriera lo que ocurriera, él la encontraría.

Gabriel, ajeno a los pensamientos del muchacho, había elevado una mano para pedirle que callara mientras echaba a andar su mente con rapidez. ¿A dónde podría haber ido Sapphira? No al parque, de eso estaba seguro; le había mentido a su hermano para no preocuparlo, pero Gabriel sabía que nunca se sentiría cómoda en aquel lugar, no estando a solas. Odiaba llamar la atención y ambos sabían que hubiera sido imposible que apareciera por allí sin verse acosada por todos aquellos curiosos interesados en conocer en persona a la misteriosa nueva señora Hartford.

De modo que tenía que haber ido a otro lugar y no necesitó pensarlo demasiado para dar con una respuesta.

En sentido contrario al parque, precisamente, había un terreno apartado donde él la llevara con frecuencia en las últimas semanas tras obsequiarle a la yegua para que pudiera practicar en un área alejada de miradas indiscretas. Era una zona poco concurrida, en especial a aquella hora del día, recordó al comprobar la hora en su reloj de bolsillo. A ella le había parecido perfecta y Gabriel disfrutó de verla dar una vuelta tras otra, encantada con sus avances y la intimidad de la que podían disfrutar ambos allí; el problema era que en ese momento se encontraba sola y si necesitaba ayuda era casi seguro que no habría nadie a quien pudiera recurrir.

Aquella posibilidad le provocó un sordo dolor en el pecho, pero no se permitió pensar demasiado en ello. En su lugar, miró al muchacho, que observaba su rostro con mal disimulada ansiedad, y le sonrió con el fin de infundirle una calma que no sentía.

—Iré a buscarla —dijo él, y el alivio en el cuerpo de Edward fue casi palpable—. Pide que tengan servido el té para nuestro regreso.

El muchacho asintió sin vacilar y lo observó marchar con gesto inquieto.

Algún tiempo después, Gabriel habría de decirse con frecuencia que aquellos fueron los momentos más difíciles de su vida. Minutos que se le antojaron horas y angustias que le mantuvieron oprimido el corazón como si una garra hubiera decidido asentarse allí y, de alguna forma, hacerle pagar por cualquier error que hubiera podido cometer hasta entonces.

Aunque después de tomar su caballo del establo cabalgó como si lo persiguiera el diablo, indiferente a las miradas atónitas de todos aquellos con quienes se cruzó en su loca carrera en dirección al lugar en el que esperaba encontrar a Sapphira como si presintiera que su tiempo era precioso y que no podía permitirse perder un solo segundo, nada, absolutamente nada lo preparó para verla tendida sobre el

prado inmóvil y ajena a su llegada como si no hubiese sido capaz de advertir su abrupta llegada y mucho menos el grito que emitió llamándola por su nombre tan pronto como dio con ella.

—¡Sapphira!

Ella había caído boca abajo, comprobó al desmontar e hincarse a su lado tras ver la posición en la que se encontraba, así como que no había rastro de su yegua en las cercanías. Con infinitos cuidados, la tomó por los hombros y acercó el rostro al suyo para comprobar que respiraba; pero no se detuvo en ir más allá de aquello sin atreverse a tantear su cuerpo en esa posición, angustiado ante la posibilidad de que pudiera haberse roto algo.

—¿Sapphira? —la llamó nuevamente, pasando un dedo por su mejilla tras darle la vuelta con delicadeza para ver su rostro pálido—. Sapphira, por favor. Abre los ojos. Me estás matando del susto…

Ella no respondió ni dio la impresión de haberlo oído; continuaba del todo inconsciente y Gabriel miró sobre su hombro en busca de alguien, cualquiera a quien pudiera enviar en busca de un médico, pero no vio una sola alma en las cercanías. Sin permitirse dudar o caer en la desesperación, la levantó entre sus brazos haciendo un gesto de dolor tan solo ante la posibilidad de que pudiera ocasionarle cualquier daño con el movimiento, y la subió de lado a su propio caballo apoyándola sobre su pecho.

Pese a que le hubiera gustado ir a toda velocidad para llegar a casa cuanto antes, obligó a su montura a iniciar un trote suave y constante, aliviado en parte al considerar que, aun cuando todo en ese momento le parecía demasiado lejano para su gusto, en verdad la mansión se encontraba a poca distancia. Cada tantos metros, medía las pulsaciones de Sapphira con la mano asentada sobre su muñeca, pero solo captó un latido lento y acompasado que le tranquilizó tanto como angustió por momentos.

—Pensarás que lo tengo bien merecido, ¿cierto? —susurró él hablando sobre su frente cuando se encontraban ya cerca de la casa—. Sé que es todo culpa mía, pero apreciaría que no me castigues de esta forma.

No sabía lo que estaba diciendo o si tenía algún sentido, pero necesitaba hablar, aun cuando se tratara de incoherencias. De alguna forma, el hacerlo le ayudaba a pensar que ella lo escuchaba y que, quizá en el fondo, comprendía lo que decía. Quizá incluso ella le encontrara sentido; Dios sabía que Sapphira había dado muestras de entenderlo mejor de lo que lo hacía él mismo.

Gabriel emitió un suspiro de alivio al ver la silueta de la casa ante él y dirigió el caballo frente a la entrada posterior, donde sabía que se encontraba la mayoría de los sirvientes. Tal y como esperó, un par de ellos se apresuraron a ir a su encuentro en cuanto lo vieron aparecer,

pero no permitió que nadie le ayudara con Sapphira; ordenó que fueran inmediatamente a por un médico y desmontó con ella entre los brazos, apurando el paso para entrar a la casa después de que una criada asustada se apresurara a abrirle la puerta.

Sin dudar, ascendió la escalera y no se detuvo hasta llegar a la habitación que compartían; solo entonces se permitió tenderla sobre la cama, asombrado de no sentir el más leve asomo de cansancio. Sentía tal tensión en cada centímetro de su cuerpo que creyó que si se sentaba se romperían todos y cada uno de los músculos.

De modo que permaneció de pie ante ella y con las manos caídas a los lados sin atinar a reaccionar hasta que la vio parpadear. Fue cosa de un instante e incluso pensó que podría haberlo imaginado, pero entonces Sapphira entreabrió los labios y él se inclinó para mirarla con el corazón retumbando contra sus oídos.

—¿Sapphira?

Gabriel miró sobre su hombro y se encontró con el rostro preocupado de Edward, que debía de haber oído el alboroto causado por su llegada y que en ese momento permanecía en el dintel de la puerta con la vista fija en la figura inerte de su hermana. Le hubiera gustado dar con algo que decir, cualquier cosa que le diera una tranquilidad que él no alcanzaba aún a sentir, pero no se le ocurrió nada salvo sonreírle y volver su atención a Sapphira, que había empezado a articular algunas palabras que no alcanzó a oír.

Su pecho bajaba y subía con lentitud y la vio apretar los párpados antes de abrirlos con esfuerzo.

—Gabriel —susurró ella—. Tenías razón.

Él se dejó caer suavemente sobre la cama y buscó su mano sobre las mantas. Estaba fría, pero sintió que le daba un firme apretón para reconfortarlo. Desde luego que era ella quien tenía que hacerlo, incluso en un momento como aquel.

—¿En qué esta vez? —bromeó él.

Ella no sonrió; no pareció como si tuviera las fuerzas para ello. Tan solo aspiró con fuerza y se mojó los labios con la lengua en un gesto de agotamiento.

—La yegua me tiró —respondió ella al cabo de un momento—. Fue mi culpa.

—No, estoy seguro de que no lo fue; ha sido solo un accidente, pero te pondrás bien —respondió él para luego mirar al muchacho tras él, que se veía indeciso y angustiado—. Edward, ordena que traigan un poco de agua, por favor.

Había una jarra de cristal sobre la mesilla, pero Gabriel supuso que el muchacho se sentiría más tranquilo si se ocupaba de algo, y así lo comprobó al verlo suspirar con alivio antes de ponerse en camino.

Sapphira no pareció registrar el rápido intercambio; ni siquiera

parecía del todo consciente. Gabriel oyó el repiqueteo de la campanilla en el piso inferior y supuso que debía de tratarse del médico.

—Espero que no llamaran a ese anciano amigo de mi madre —rumió él entre dientes, sonriendo al encontrarse con la mirada de Sapphira que, hubiera jurado, le dirigió un gesto de reproche—. Aunque podría ser peor, podría tratarse de ese sobrino de lady Barrington. ¿Te contó ella que se refirió a ti como «exquisita»? ¡Idiota!

Para su incomodidad, fue precisamente el doctor Stamford quien se presentó unos minutos después y Gabriel tuvo que reprimir su fastidio, una sensación que se acentuó al notar que Sapphira pareció casi divertida con su actitud. Aunque no era algo que hubiera podido asegurar porque ella aún estaba lejos de encontrarse muy dispuesta a la charla. Si bien se la veía algo más consciente de lo que le rodeaba que hacía un momento, aún parecía ausente, y Gabriel observó que apretaba los dientes como si sufriera algún tipo de dolor.

Sin embargo, ella fue bastante clara cuando el médico sugirió que Gabriel se retirara de la habitación mientras la reconocía, una vez que explicó a grandes rasgos el motivo de la llamada. Acababa de abrir la boca para negarse en redondo, seguro de que tendrían que sacarlo a rastras antes de permitir algo como aquello, cuando la vio asentir tras dirigirle una mirada de súplica. Rendido, asintió de mala gana y los dejó en compañía de una de las doncellas para que ayudara a Sapphira.

El examen no duró más de unos minutos, y Gabriel pasó cada uno de ellos con la espalda apoyada en la pared junto a la puerta con las manos echas puños a los lados y grandes deseos de romper algo. Lo que fuera. Su propia nariz hubiera sido una estupenda opción. Todo era culpa suya. Cualquier cosa que ocurriera…

Para su buena fortuna, y la de su nariz, el médico lo interrumpió precisamente en aquel momento y le dirigió una mirada un tanto sorprendida al encontrarse con su expresión torturada. «¿Qué?», se preguntó Gabriel en un rapto de antipatía incontrolable. «¿No estaba habituado a ver maridos preocupados por la salud de sus esposas?».

—Señor Hartford.

—¿Sí?

El médico lo observó con el ceño fruncido y Gabriel se dijo que no podía imaginar en qué habría estado pensando lady Barrington para soñar siquiera en emparejarlo con Sapphira. ¿Qué habría hecho con un hombre como aquel? La hubiera aburrido en dos semanas.

«En lugar de ello, ha estado a punto de morir por tu culpa», susurró la misma e inoportuna voz que acostumbraba hablarle al oído cuando pretendía pasarse de listo.

—Ha sido una buena caída, pero por lo que me explicó la señora

Hartford no iba cabalgando en ese momento; de otra forma, tal vez hubiera resultado más peligrosa. —Ajeno a sus pensamientos, el doctor hablaba en un tono afable al tiempo que esperaba una respuesta que, al no llegar, lo instó a continuar—: Ella asegura que se encuentra bien, pero yo no estoy convencido. No aún.

Gabriel sacudió la cabeza, enojado consigo mismo por permitir que su nerviosismo lo distrajera de aquella forma.

—¿Por qué no? —preguntó él entonces, dando un paso hacia el médico.

El hombre carraspeó.

—Con una caída como la que ha sufrido su esposa, ninguna precaución es innecesaria. Además, aunque ha procurado restarle importancia, es evidente que siente dolor. Creo que debería descansar durante algunos días hasta que podamos estar seguros de que se encuentra realmente bien —explicó él—. Además, es posible…, señor Hartford, ¿cree que su esposa podría estar embarazada?

Gabriel parpadeó, sorprendido tanto por la pregunta como por la evidente incomodidad en el rostro del médico al hacerla.

—No. No lo sé —respondió, confuso.

—Pero ¿es posible?

Ahora el médico lo miraba como si creyera que era tonto, advirtió, y se dijo que no podía encontrarlo ofensivo porque sin duda debía de parecerlo. Pero no había esperado una pregunta como aquella. ¿Cómo iba a saberlo? De golpe, sin embargo, sintió nacer una cálida sensación ante la posibilidad.

—Desde luego que es posible —dijo en un tono algo más brusco del que le hubiera gustado—. ¿Mi esposa ha dicho algo al respecto?

—Nada salvo que no podría asegurarlo, pero que, a su parecer, no es una posibilidad que podamos descartar.

¿Por qué no podía ese hombre hablar con claridad?, se preguntó Gabriel con la ansiedad carcomiéndole las entrañas.

—Entonces, ¿lo está? —insistió él.

—Intento decir que es posible, eso explicaría algunos malestares que ha sentido últimamente, así como el dolor después de la caída. —El médico hizo un gesto un tanto indeciso—. Para serle sincero, señor Hartford, y esto no se lo he comentado a su esposa porque creo que podría alterarla innecesariamente, preferiría que no lo estuviera. Haría las cosas más fáciles.

—¿Fáciles para quién?

Gabriel no se dio cuenta de la latente advertencia en su voz hasta que vio retroceder al médico y tocar la espalda con la puerta, pero debió reconocer que una vez que se recuperó de la impresión se mostró bastante digno al elevar el mentón y mirarlo con evidente irritación.

—Para ella, desde luego —explicó él—. Con una caída como la suya… nada bueno podría resultar de ello. Tan solo pretendo evitarle un dolor innecesario.

Gabriel cerró los ojos un segundo y, cuando los abrió, buena parte de su actitud belicosa había desaparecido. Tanto que el médico pareció un poco sorprendido por el cambio y lo observó con curiosidad.

—Gracias por su honestidad —asintió Gabriel en tono más amable —. ¿Podría ver a mi esposa ahora?

—Por supuesto. Le hará bien contar con su compañía.

Gabriel asintió y extendió una mano para abrir la puerta, pero antes de que hubiera girado el picaporte del todo, se sorprendió al sentir un leve toque en el hombro y, al mirar en esa dirección, se topó con el rostro amistoso del médico. El pobre hombre parecía un poco avergonzado de haberse tomado esa atribución, pero aun así lo miró a los ojos y esbozó una sonrisa que, supuso, debía de usar siempre cuando procuraba calmar a sus pacientes y a la familia de estos.

—No dudo de que la señora Hartford se recuperará, señor, tan solo… manténgase a su lado —sugirió él.

Gabriel cabeceó sin responder, porque de haber dicho lo que pensaba, que habrían tenido que torturarlo para que aceptara alejarse de Sapphira en lo que les quedaba a ambos de vida, posiblemente el médico hubiera terminado por convencerse de que estaba absolutamente desquiciado. Pero él no podía entenderlo, claro. Y eso estaba bien, se dijo al cruzar el umbral y buscar el cuerpo tendido de su mujer entre la penumbra. Eso era algo que tan solo les incumbía a ambos y estaba decidido a que ella lo supiera. Tanto como que fuera capaz de perdonarlo.

—Tienes que mantener las cartas bien sujetas, Ed, y permítete mostrarte un poco inseguro de vez en cuando. Eso siempre hace que los otros se confíen. Pero sin exagerar, o también lo sabrán y estarás en problemas. Recuerda lo que te enseñé de contar las cartas con discreción…

—Ese es un truco un poco sucio, ¿no?

—Desde luego que lo es. No te lo enseñaría si no lo fuera.

Gabriel contuvo una carcajada a duras penas y se apoyó sobre el dintel de la puerta para observar la curiosa escena que se desarrollaba ante él.

Sapphira se encontraba recostada sobre la cama y apoyaba la espalda contra las almohadas mientras contemplaba a su hermano con una astuta mirada. Edward ocupaba una silla ladeada de forma que podía apoyar los codos sobre los apoyabrazos al tiempo que analizaba

su próximo movimiento. Sobre la cama, una pila de cartas desordenadas revelaban lo que aquel par llevaba haciendo en lo que iba de la mañana.

En realidad, ese era el tercer día que Sapphira había dedicado a perfeccionar las aún pobres habilidades de su hermano. Tan solo esperó uno, tras el accidente, para declarar que se volvería loca si no hacía algo mientras acataba las órdenes del médico, quien había dispuesto que no se levantara, al menos en todo lo que quedaba de la semana.

Además, y aquella era una suposición totalmente suya, se dijo Gabriel al decidir que ya estaba bien de permanecer allí de pie como un espectador silencioso, era obvio que ella intentaba así mantener cierta distancia entre ambos. Ni siquiera habían podido hablar a solas un minuto desde su caída. Pasaba buena parte del día en compañía de su hermano y, el resto del tiempo, dormía o fingía hacerlo.

En aquellas circunstancias, había sido imposible para él abordar todo aquello que le hubiera gustado decir e incluso las sospechas del médico respecto a la posibilidad de que ella se encontrara embarazada. En las pocas ocasiones en las que se hallaban en la misma habitación, aun cuando fuera en presencia de otras personas, él sentía como si caminara sobre un campo minado, ansioso ante las consecuencias que podría traer para ambos un paso en falso.

El problema era que estaba harto de andar de puntillas, se dijo al avanzar hasta llegar al lado de la cama y dejarse caer a los pies con un hombro recostado sobre uno de los postes y con la mirada obstinadamente fija en el rostro de su esposa, que apenas hizo un gesto de desconcierto al verlo llegar y que, luego, volvió su atención a su hermano, que había recibido a Gabriel con mucha mayor naturalidad.

El ritmo del juego empezó a decaer y un tenso silencio pareció caer sobre todos; tanto que incluso Edward pareció advertirlo al cabo de un momento y, con una consideración y sensatez que Gabriel estuvo a punto de aplaudir, se disculpó para bajar a buscar un libro, tal y como él y su hermana habían acordado que haría cada día. Un acuerdo con el fin de mantenerlo interesado en actividades más provechosas para su futuro, pero del que, Gabriel habría podido apostarlo, Sapphira debía de arrepentirse en ese momento.

Una vez que se quedaron a solas, su esposa empezó a recoger las cartas con lentitud y, solo cuando tuvo la baraja completa, la dejó en la mesilla junto a la cama. Luego, en un gesto que reveló su inquietud, empezó a jugar con las manos sobre la manta, alisando unos pliegues inexistentes. Al cabo de un par de minutos, sin embargo, pareció perder la paciencia y dejó de fingir una indiferencia que era evidente que no sentía. Levantó el rostro para fijarlo en el de Gabriel y exhibió

una mirada ceñuda al notar que él continuaba atento a cada uno de sus movimientos.

—Me gustaría que dejaras de hacer eso —dijo ella en tono cortante.

—¿Hacer qué?

La tranquilidad en la voz de su esposo pareció enervarla más y apretó los labios antes de responder:

—Mirarme de la forma en que lo haces —explicó ella, inquieta.

—¿Y cómo te miro? —preguntó él.

Sapphira abrió la boca para responder, y no pareció que fuera a usar palabras muy amables, pero Gabriel se le adelantó al buscar su mano sobre la manta e inclinarse hacia ella con los ojos fijos en los suyos.

—¿Con temor? —sugirió él—. Porque si es eso lo que piensas, es posible que estés en lo cierto ya que debo reconocer que no he dejado de sentirme aterrado desde hace días. Aun cuando ahora parezcas encontrarte mejor, creo que no dejaré de sentirme de esta forma en lo que me resta de vida porque ahora sé que podría perderte y, Sapphira, mucho me temo que he descubierto que no podría sobrevivir sin ti.

Ella lo oyó con los labios entreabiertos por el desconcierto y pareció estar tentada a decirle que dejara de decir esas cosas, pero, una vez más, él frustró cualquier reclamo al tomar su otra mano y acariciar sus nudillos con los pulgares en un gesto cargado de ternura.

—A lo mejor piensas también que te miro con deseo y debes de sentirte horrorizada de que sea capaz de algo como eso cuando acabas de sufrir un accidente; que es una absoluta muestra de desconsideración por mi parte que solo pueda pensar en besarte y en hacerte el amor —continuó él con un ligero encogimiento de hombros en un ademán resignado que pareció restar importancia a esa declaración—. Pero como me agrada pensar que tú me deseas tanto como yo, tal vez puedas comprenderme y perdonarme. Prometo, desde luego, que solo te tocaré si tú me lo permites. Lo que, no tiene sentido negarlo, espero que suceda pronto.

Sapphira sacudió la cabeza de un lado a otro y esbozó la sombra de una sonrisa indulgente.

—Gabriel…

—Aún no he terminado —la interrumpió él una vez más—. Todavía tengo que decir algo muy importante.

Sapphira suspiró.

—¿Qué más podrías querer decir? —preguntó ella.

—¿Has notado otra cosa? —inquirió él a su vez—. ¿En la forma en que te miro? ¿Has visto algo más?

Ella calló, pero Gabriel decidió tomar su silencio como un signo de aceptación y se acercó a ella hasta que estuvo a solo unos centímetros de distancia y apretó sus manos entre las suyas.

—Amor —Gabriel pronunció la palabra con tal sentimiento que

pareció retumbar entre ambos como un yunque—. Tienes que saber…

—No. No amor. No tienes que decir…

—Sí. Sí amor. Y desde luego que tengo que decirlo —él continuó como si apenas la hubiera oído, decidido a no continuar callando—. En realidad, debería de habértelo dicho antes, pero no lo sabía. He sido tan estúpido que no lo vi ni siquiera cuando lo tuve ante mis narices.

—Gabriel, si esto tiene algo que ver con el accidente, no debes decirlo porque te sientes culpable.

Desde luego que ella iba a decir algo como eso, comprendió él al oírla, así como al notar la forma en que lo miraba. Incluso en un momento como ese, intentaba darle una salida. ¡Como si él necesitara una!

—Esto no tiene nada que ver con el accidente. O tal vez sí. Quizá tenga todo que ver con él, pero te aseguro que no de la forma en que pareces pensar. En cuanto a sentirme culpable, lo haré hasta el día de mi muerte, pero eso no es algo de lo que tengamos que hablar ahora —dijo él hablando con rapidez para no darle tiempo de interrumpirlo una vez más—. Te quiero. Creo que llevo mucho tiempo haciéndolo. He estado pensando mucho al respecto en estos días. Pienso… No. Estoy seguro de que me enamoré de ti aquella noche en la que jugamos por primera vez, ¿lo recuerdas? Cuando te lanzaste sobre la alfombra…

—No me lancé.

—Bueno, cuando te sentaste sobre ella porque tenías demasiado miedo de lo que diría la señora Norton si te encontraba en los sillones. Da igual. Agradecería que no me interrumpas.

—De acuerdo.

Gabriel asintió, agradecido y ajeno a la forma en que ella lo miraba porque estaba demasiado concentrado en procurar no dejarse nada. No deseaba más palabras ocultas entre ellos; necesitaba que ella lo comprendiera, que no dudara nunca de sus sentimientos.

—Creo que nunca he querido ni querré a nadie de la forma en que te quise en ese momento —continuó él—. Pero no lo supe entonces, claro; aquella noche lo único que pude sentir fue que, de alguna forma extraña, me sentí en paz como no me había ocurrido antes. Me bastaba con verte allí jugando como si el vencerme fuera lo único en lo que podías pensar; oír tu voz, tu risa. Sapphira, tu risa es como una plegaria para mí. No puedes imaginar siquiera lo que siento cuando te oigo reír. Podría estar en el umbral del infierno y me bastaría con escucharla para saber que todo estará bien. Y te amé entonces. Te amé lo que hoy me parece una ínfima parte de lo mucho que te amo ahora, que no es nada comparado con lo que te querré mañana. Porque estoy decidido, si tú lo permites, a pasar el resto de mi vida amándote cada

día más.

Entonces Gabriel calló como si necesitara recuperar el aliento y solo entonces reparó en que sentía una inesperada humedad en su rostro. ¡Qué raro!, se dijo al limpiar una solitaria lágrima de su mejilla. No podía recordar cuándo fue la última vez que lloró; era posible que nunca lo hubiera hecho siendo ya un hombre adulto. No pudo meditar en algo que podría añadir a la ya larga lista de nuevas experiencias desde que conociera a Sapphira, porque ella, que pareció salir al fin del estado de desconcierto en el que la había sumido escuchar todas aquellas confesiones, acarició su rostro con la punta de los dedos.

—Me gustaría mucho permitírtelo. Que me ames de la misma forma en la que espero hacerlo yo —dijo Sapphira con una sonrisa.

Gabriel atrapó sus dedos y los llevó a sus labios.

—Gracias —respondió él, cabeceando y sin dejar de mirarla con una seriedad inusitada—. Sabes que no te merezco, ¿no?

—Y a pesar de eso, aquí estoy.

Él rio y apoyó la frente sobre la suya.

—Soy muy afortunado —dijo él—. Muy, muy, muy afortunado.

Gabriel habló sobre sus labios y, cuando Sapphira intentó entreabrirlos para responder a esa afirmación, tal vez decir que ella también lo era, él aprovechó para besarla como llevaba tanto tiempo deseando hacer. Le pareció como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez que la saboreó; quizá así hubiera sido. En lo que a su amor por ella se refería, el tiempo transcurría de una forma extraña.

Sapphira no dudó en corresponderle; por el contrario, una vez pasado el sobresalto de verse asaltada con una pasión como aquella, rodeó su cuello y se apoyó contra él en una muestra de abandono que a Gabriel jamás dejaría de fascinarle. Era una muestra de amor absoluto, entendió entonces, un gesto que abarcaba la inmensa confianza que sentía y que él estaba decidido a honrar y atesorar para siempre.

Con suavidad, la tendió de espaldas sobre la cama y se separó tan solo lo suficiente para mirarla a los ojos, acariciando cada punto de su rostro, de los párpados que cubrían esos hermosos ojos en los que podría ahogarse hasta los labios inflamados por sus besos.

—No debería, ¿no? —preguntó él.

—¿Qué?

Gabriel respondió bajando una mano para recorrer sus piernas por debajo del camisón.

—Hacer esto —susurró él con una sonrisa mientras besaba la curva de su pecho—. Y esto.

Sapphira emitió un leve suspiro y enredó los dedos en su cabello.

—Creo que no. Es posible que el doctor Stamford no lo aprobara —

respondió ella sin parecer que encontrara la posibilidad muy agradable.

Gabriel gruñó y rodeó su cintura para atraerla hacia sí, pero no hizo ningún otro intento de despojarla del camisón, como le hubiera encantado hacer.

—Este es un pésimo momento para nombrar a ese hombre —refunfuñó él con voz ahogada, pero ella vio que sonreía al buscar sus ojos—. Por cierto, mencionó que es posible que estés embarazada. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Él sintió más que vio la forma en que el cuerpo de su esposa se tensó y que hacía amago de alejarse, pero no se lo permitió. Por el contrario, la apretó con más firmeza entre sus brazos y enarcó una ceja para dar a entender que esperaba una respuesta. Al fin, ella suspiró y se encogió de hombros en un ademán inseguro.

—Era solo una sospecha y cuando él preguntó tuve que decírselo —respondió ella, y vaciló un instante antes de continuar—: Pero estaba equivocada. No lo estoy. Precisamente pensaba comentárselo cuando viniera esta tarde.

Gabriel cabeceó, no muy seguro respecto a lo que sentía ante esa información, pero le bastó con ver el rostro de Sapphira, quien sí parecía un tanto apenada por aquello, para saber que lo mejor era tomarlo sin mayores dramas. De modo que se encogió de hombros y empezó a deslizar una mano a lo largo de su espalda en un ademán tranquilizador.

—Ya veo —dijo él en tono ligero—. Bueno, quizá sea lo mejor; tienes que recuperarte del todo.

Sapphira lo observó por entre los párpados entreabiertos; al parecer muy a gusto con sus caricias y con la forma en que la miraba.

—¿Te habría gustado? —preguntó ella.

—Claro que sí. Me habría gustado mucho; pero lo estarás pronto.

Sapphira rio.

—Qué declaración más arrogante por tu parte.

—Tal vez tengas razón, pero debes de haber notado que es eso precisamente lo que soy: un arrogante insoportable. No debiste aceptar casarte conmigo; habría sido más inteligente por tu parte rechazarme —Gabriel habló con tal sencillez que le arrancó otra risa.

—¡Lo hice! Muchas veces. Pero eres también demasiado insistente.

—Lo soy, es verdad. —El rostro de su esposo cobró una gran seriedad y buscó sus labios antes de continuar, susurrando sobre ellos lo que le pareció una oración—: Gracias a Dios por eso.

Epílogo

SURREY
Dos años después

El repiqueteo pareció remecer la casa, o tal vez lo hicieran los pasos apresurados que se oyeron en el piso superior, supuso Gabriel haciéndose a un lado para ceder el paso a dos lacayos que cargaban con un gran baúl que parecía pesar incluso más que ellos, algo que no le sorprendió. Había aprendido ya con el correr del tiempo que hacer equipajes ligeros no era precisamente uno de los fuertes de su mujer.

—Cualquier cosa que necesites. Lo que sea…, tan solo escríbeme y te la haré llegar. Y confío en que sepas que no debes esperar a necesitar algo para escribirme, ¿cierto? Aguardaré una carta tuya cada semana.

—¿Qué tal cada dos?

—¡Eso es demasiado!

La campanilla del carruaje repiqueteó una vez más y Gabriel no pudo menos que dar las gracias por haber tenido la precaución de insistir al cochero para que les recordara la hora precisa de salida, aun cuando estaba seguro de que no era un gesto que Sapphira agradeciera. Ella preferiría aferrarse a cualquier excusa que le permitiera permanecer al menos un par de minutos más en compañía de su hermano.

Como si los hubiera conjurado, vio a ambos aparecer en lo alto de la escalera para bajar a toda prisa, una tras el otro, y se permitió admirar la agilidad de su esposa, así como su rostro radiante que incluso el leve gesto de congoja que exhibía en ese momento no permitía esconder del todo. Edward iba un par de pasos por delante de ella y cayó sobre el último escalón con un golpe sordo.

Era impresionante lo que el paso del tiempo y la confianza habían obrado sobre el muchacho, advirtió no por primera vez. Quedaba poco del semblante inseguro que viera en él cuando lo conoció, así como de su cuerpo esmirriado. Se le veía ahora como cualquier otro joven de su edad y de la posición que Gabriel se había esmerado tanto por darle; un muchacho de trece años inquieto, curioso y que casi destilaba ansiedad por los poros ante la proximidad de una nueva

etapa en su vida. Lástima, sin embargo, que Sapphira no pareciera tan entusiasmada como él, notó Gabriel también conteniendo una sonrisa al verla llegar a su lado para alisar el frente de su traje.

—Una carta a la semana, Ed —insistió ella en tono inflexible, pero sonreía al acariciar el rostro de su hermano con afecto—. Será lo único que me ayudará a extrañarte un poco menos.

El muchacho sonrió y bajó un poco la mirada para sonreír también a su hermana. Había crecido mucho en el último año, de modo que ahora le sacaba casi una cabeza, pero sus rasgos eran aún lo bastante infantiles para que fuera evidente cuánto le afectaba también a él esa separación.

—De acuerdo. Una carta a la semana —asintió él, fingiendo pesar—. Y también te extrañaré.

Sapphira lo abrazó antes de que él pudiera oponerse y, tras alisar su traje una vez más, enlazó un brazo al suyo para acompañarlo a la puerta que un lacayo conservaba abierta. Gabriel, que se había mantenido un par de pasos tras ellos para conferirles cierta intimidad, se adelantó cuando el muchacho abrazó a su hermana una última vez antes de subirse al carruaje que esperaba por él y que otro de los sirvientes acababa de cargar con su equipaje.

—Señor. —Edward tendió una mano para estrechar la suya por la ventanilla—. Gracias por todo; le prometo que no desaprovecharé esta oportunidad.

Gabriel sonrió y devolvió el apretón con firmeza. Había aprendido a apreciar mucho al muchacho en el tiempo que llevaba de conocerlo; un par de años en los que había conseguido ganarse su confianza y estima. Lo consideraba ya casi un hermano menor y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por asegurarle un buen futuro. De allí su insistencia en que fuera a la misma escuela en Londres a la que asistió él. No había sido sencillo conseguir que lo admitieran, pero como Sapphira mencionaba con frecuencia, Gabriel podía ser tan insistente que, al final, gracias a sus buenos contactos y unos pagos discretos, le aseguró un cupo para que iniciara una educación formal y tan buena como la que recibiría cualquier otro muchacho de buena familia.

—Estoy seguro de que no lo harás —respondió él entonces, pasando un brazo sobre los hombros de su esposa; le sorprendía que no se hubiera echado a llorar aún y admiró lo mucho que evidentemente se contenía para no hacer la despedida más difícil—. Saluda al director de mi parte.

El muchacho asintió y casi de inmediato el vehículo se puso en camino. Mientras se alejaba por la arboleda que rodeaba el terreno de Cloudfield, Sapphira sacudió una mano que mantuvo en lo alto hasta que se perdió en un recodo. Solo entonces, al mirarla, Gabriel advirtió que gruesas lágrimas habían empezado a brotar de sus ojos y caían

sobre sus mejillas.

—No te entristezcas más de lo necesario; lo tendrás de vuelta para las vacaciones de Navidad —recordó él, afirmándola contra su pecho en un ademán consolador.

Sapphira cabeceó, pero no pareció del todo animada con la idea.

—Aún falta mucho para eso —dijo ella.

—Si lo prefieres, podemos hacer un viaje a Londres en un par de meses para ir a visitarlo —sugirió él entonces.

Sapphira frunció el ceño y lo miró de reojo.

—Pero odias Londres —recordó ella.

Gabriel se encogió de hombros y tiró de ella con suavidad para regresar a la casa.

—No lo odio —negó, no muy convencido.

—Pero debes reconocer que no es uno de tus lugares favoritos en el mundo.

—Cualquier lugar en el que tú te encuentres es mi lugar favorito —respondió él sin vacilar—. De modo que, si quieres ir a Londres para visitar a tu hermano, no tienes más que decírmelo. Estaré encantado de acompañarte.

Sapphira sonrió, conmovida por sus palabras, y asintió levemente mientras dejaban los jardines tras ellos.

Si antes, en vida de su padre y poco después, Cloudfield había mantenido el esplendor por el que tanto trabajaran antiguas generaciones de los Hartford, era justo reconocer que la propiedad jamás conoció una prosperidad como la que había empezado a disfrutar desde que Gabriel tomara las riendas. O lo hiciera en serio, como le gustaba a él remarcar.

Después del accidente de Sapphira, cuando consiguieron finalmente aclarar sus sentimientos y lo que esperaban para su futuro, Gabriel sugirió viajar a Surrey para residir allí definitivamente, y ella no pudo estar más feliz con la propuesta. En un principio, sin embargo, temió un tanto el recibimiento que la esperaría al volver a un lugar en el que había servido, pero, como en muchas otras cosas, Gabriel había estado un paso por delante y había hecho ya los arreglos para hacer su estancia allí tan agradable como fuera posible imaginar. Gracias a sus indicaciones, la señora Norton y los nuevos miembros de la servidumbre la recibieron con respeto y enormes expectativas que ella no solo cumplió, sino que, con su natural trabajador y afectuoso, terminó por ganarse pronto el aprecio de todos.

Poco después, cuando la madre de Gabriel los visitó en un gesto que terminó por reconocer y dar su bendición al matrimonio precisamente en el entorno en el que siempre se desarrollara la vida familiar, cualquier rastro de reservas sencillamente desapareció. La señora Hartford apenas se quedó un par de semanas porque, como su hijo

comentó entre risas una de aquellas noches en las que él y Sapphira se encontraban en la cama después de compartir unas horas de pasión, su madre era incapaz de mantener la vista alejada de Cecily, quien, por cierto, había amenazado con visitarlos también en cuanto decidiera tomarse un respiro del ajetreo londinense.

A Sapphira la idea de interactuar con su cuñada le parecía de todo menos atractiva, pero estaba dispuesta a intentarlo. Aún le costaba creer lo cómoda que había empezado a sentirse en compañía de su suegra una vez que superó su nerviosismo y esta se acostumbró a ella y empezó a apreciar sus muchas virtudes. Supuso que, tal vez con paciencia, lo mismo ocurriría con Cecily si alguna vez se decidía a visitarlos.

Su vida en Cloudfield no podía ser más feliz, se dijo mientras ascendía la escalera con una mano apoyada sobre el brazo de Gabriel. En realidad, no podía recordar una época en la que se hubiera sentido de una forma como esa. Amaba a su esposo con todo su corazón y sabía que sus sentimientos eran absolutamente correspondidos; su hermano era tan feliz que apenas podía reconocerlo y tenía un gran futuro ante él, aun cuando este lo llevara lejos de ella. Y además…

Gabriel tomó su mano y se detuvo un momento ante una puerta tras atravesar un largo corredor adornado con hermosas pinturas de serafines que ella no dejaba de encontrar encantadoras.

—¿No te parece extraordinario que sea tan callado? —preguntó él una vez que le franqueó la entrada—. Mi madre dice que yo hacía tal escándalo que podía oírseme hasta el establo.

Sapphira rio, en absoluto sorprendida de que mencionara algo como eso en aquel momento, pero le bastó con poner un pie en la estancia para que toda su atención se viera irremediablemente atraída al pequeño cuerpo sobre la cuna que una atenta niñera custodiaba con esmero.

—Yo también era callada de pequeña —susurró ella distraída al acercarse a acariciar al pequeño con un dedo en su pequeño moflete.

—No me extraña. Estoy seguro de que lo heredó de ti, claro.

—Pero tiene tus ojos.

Gabriel se inclinó sobre la cuna para atisbar los ojos entrecerrados del bebé con expresión inquisitiva. Este, que parecía curioso ante lo que le rodeaba, alzaba sus manitas y balbuceaba sin dejar de sacudir la cabeza de un lado a otro. Sus ojos, ciertamente, eran muy parecidos a los de su padre; un mar azulado en calma que contrastaba con el brillo tormentoso que, ninguno dudaba, iría exhibiendo según creciera.

—Me habría gustado más que fueran como los tuyos; tienes unos ojos preciosos —dijo Gabriel, tomando su mano tras dirigirle una mirada sesgada—. Pero tal vez el próximo.

Sapphira se abstuvo de mencionar que dudaba de que hubiera un próximo muy pronto, aunque por la forma en que Gabriel la miraba, era posible que eso no fuera del todo cierto. Aún le costaba creer que aquella criatura hubiera crecido en su interior y que ahora se encontrara allí; el amor que le inspiraba era tan grande, tan recóndito e inexplicable, que le costaba asimilarlo del todo. Su esposo, sin embargo, siempre pragmático por naturaleza, lo tenía mucho más claro. Sencillamente lo adoraba y lo trataba en consecuencia. Sería un niño terriblemente consentido, se dijo con un suspiro divertido al ver la forma en que Gabriel intentaba llamar su atención al elevar una de sus grandes manos ante sus ojos.

—Una niña. Una niña con tus ojos —continuó él, enredando sus dedos entre los suyos en una caricia tan sentida como siempre—. ¿No te gustaría?

Sapphira lo pensó un momento y llegó a la conclusión de que sí, sí que le agradaba la idea. Pero no estaba dispuesta a alentarlo, de forma que no respondió. En lugar de ello, suspiró e inclinó la cabeza para besar la frente de su hijo, encantada al oír los balbuceos que emitió al captar su presencia. La niñera, discreta, se había marchado para dejarles aquel momento de intimidad.

—¿Recuerdas lo que me dijiste en nuestra noche de bodas?

Gabriel había permanecido en silencio por unos minutos, pero cuando habló nuevamente lo hizo como si llevara mucho tiempo meditando aquella pregunta y Sapphira lo observó con las cejas elevadas por la sorpresa.

—Bueno, según recuerdo, ambos dijimos algunas cosas, pero tendrás que ser más específico —comentó ella.

Gabriel suspiró y se alejó un par de pasos de la cuna. Entonces, buscó sus manos y las sostuvo ante él con la mirada fija en sus ojos.

—Me preguntaste entonces si te ofrecía mi corazón, pero como yo no supe qué responder dijiste que no lo querías. Que si no estaba dispuesto a dártelo entonces no lo deseabas —comentó él pareciendo un tanto dolido al rebuscar entre sus recuerdos.

Sapphira asintió suavemente. Claro que se acordaba.

—Puedo recordarlo —dijo ella—. Y también que tú dijiste que pese a todo deseabas el mío porque eras demasiado egoísta para no quererlo todo de mí.

Gabriel cabeceó sin disimular su arrepentimiento, aun cuando Sapphira, que lo conocía tan bien, sabía que posiblemente no lo lamentara del todo. Tal vez resintiera la forma en que se dieron las cosas entonces, pero dudaba de que esa necesidad de poseer todo de ella hubiera cambiado. Podía entenderlo. A ella le ocurría algo parecido.

—Es verdad. Y continúa siendo así. Aún hoy. Mañana. Cada día…

Lo único que anhelaré hasta el día de mi muerte será tener tu corazón —dijo él, comprobando lo que pensaba.

Sapphira sonrió y sostuvo una de sus manos contra su pecho.

—Lo tienes. Lo tenías entonces y lo tienes ahora. Siempre será tuyo —dijo ella.

Gabriel cabeceó, suspirando, y llevó sus manos unidas a su propio corazón.

—Creo que lo que intento decir es que… el mío es tuyo también. Ya lo era incluso cuando no lo sabía y lamento no habértelo dicho entonces. Porque ya te amaba y no había absolutamente un centímetro de mí que no te perteneciera —dijo él en un susurro—. Quiero que lo sepas.

—Ya lo sabía —asintió ella.

Gabriel arqueó una ceja.

—¿Sí?

—Claro. Es bastante obvio.

—No tienes que parecer tan satisfecha de ti misma.

Sapphira emitió una suave risa y apoyó la frente sobre su pecho.

—¿Eso es lo que hago? —preguntó ella, divertida.

Gabriel la rodeó con sus brazos y besó su sien.

—La verdad es que sí —comentó él—. Mucho me temo que es posible que haya terminado por contagiarte algo de mi arrogancia.

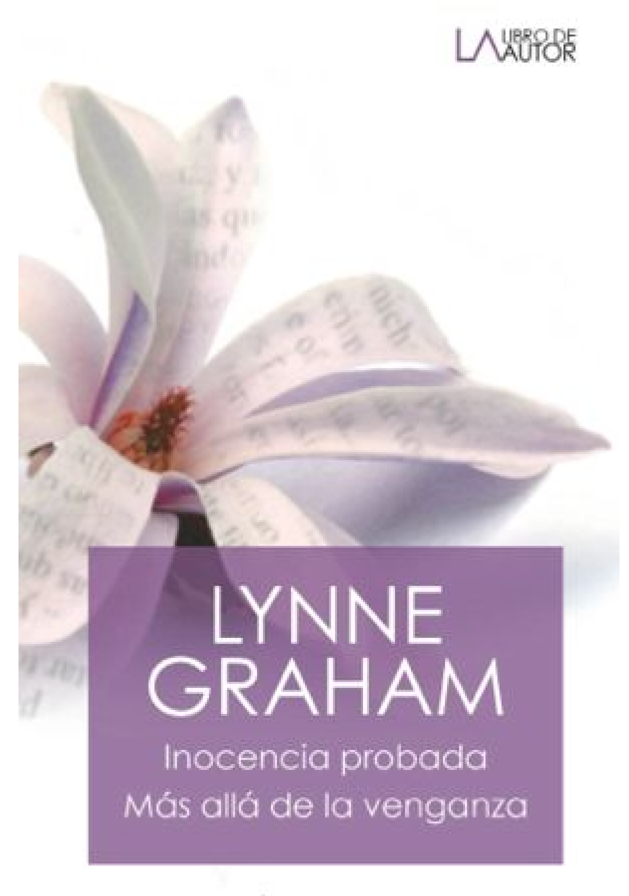
—¡Qué terrible! —exclamó ella, aun cuando no pareció que lo lamentara en absoluto—. ¿Y qué voy a hacer ahora?

Fue el turno de Gabriel para reír y, esta vez, lo hizo sobre su oído de modo que Sapphira sintió un delicioso cosquilleo en el trozo de piel en que la rozó con su aliento.

—No vas a hacer nada. Me encanta exactamente como eres —dijo él.

Y Sapphira supo que hablaba en serio, de la misma forma en que muchas veces antes ella había usado las mismas palabras para referirse a él. Y se dijo, tampoco por primera vez, que era maravilloso que hubieran llegado a ese punto en el que podían amarse de forma incondicional sin sentir la necesidad de cambiar nada el uno del otro, siempre dispuestos a apreciar incluso aquello que cambiara con el paso del tiempo. Un tiempo que les pertenecía a ambos y que ansiaban compartir cada día.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.





DIANA
Autora best seller de The New York Times
PALMER
Un hombre
DIFÍCIL

Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los recelos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia… Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".

The Romance Reader

"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".

Aff aire de Coeur


Donna Sterling
Sola con
un extraño
elit

Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

Cómpralo y empieza a leer

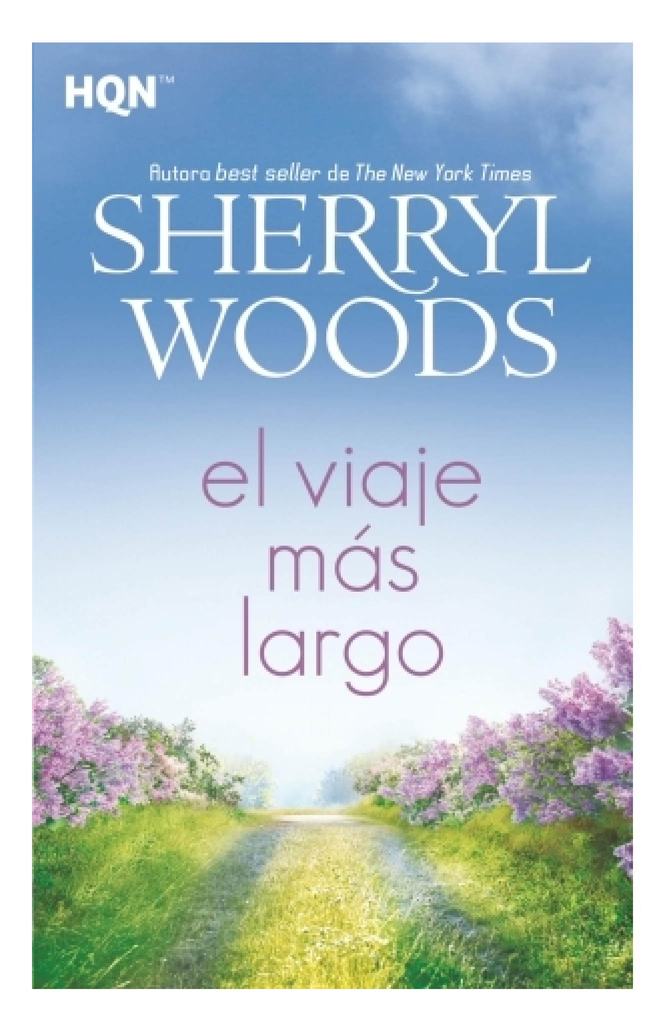

HARLEQUIN
INTENSE
ATRACCIÓN
LEGAL
LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa
9788413075150
224 Páginas

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio…

Cómpralo y empieza a leer


HQN™
Autora best seller de The New York Times
SHERRYL WOODS
el viaje más largo

El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

Cómpralo y empieza a leer


HARLEQUIN
Bianca™
Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

Cómpralo y empieza a leer